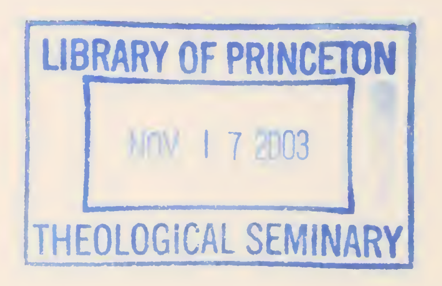


HISTORIA

DE LAS

MISIONES FRANCISCANAS

Y

NARRACION DE LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFIA EN EL ORIENTE DEL PERU

RELATOS ORIGINALES Y PRODUCCIONES EN LENGUAS INDIGENAS DE VARIOS MISIONEROS

POR EL

PADRE FRAY BERNARDINO IZAGUIRRE

De la Provincia de San Francisco Solano en el Perú, Misionero franciscano, Lector general de la Orden. ex-Ministro Provincial y Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima

1619--1921

LIMA
TALLERES TIPOGRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA
1923

HISTORIA

DE LAS

Misiones Franciscanas y narración de los progresos de la Geografía en el Oriente del Perú

1619-1921

TOMO SEGUNDO

1619-1709



El Venerable padre Fray Francisco de San José:
fundador del convento de Ocopa
1654-1736.

(*De una pintura tosca de Ocopa*)





LIBRO PRIMERO

BIOGRAFIA

DEL

VENERABLE PADRE FRAY FRANCISCO DE SAN JOSE
FUNDADOR DEL COLEGIO DE MISIONEROS
DE SANTA ROSA DE OCOPA

1654 - 1736

Primera parte: su vida en España y Centro América

1654-1708

MISIONEROS QUE INTERVIENEN: **Mártires:** Pablo Rebullida, Juan de Zamora. MISIONEROS: Melchor López de Jesús, Antonio de Jesús Margil, Francisco de San José, Antonio Andrade, Francisco de San Esteban, Juan de Abarca.



CAPITULO PRIMERO

Nacimiento, niñez e ingreso a la Orden

1754

SUMARIO: 1—Nacimiento: en ambiente de santidad. 2—Primeras orientaciones. 3—Estudios: soldado en Flandes. 4—Ingreso y profesión en la Orden Franciscana. 5—El celo apostólico.

El que más tarde fue un grande apóstol en Méjico y en Guatemala, lo mismo que en el Perú, el venerable padre fray Francisco de San José, era español, natural de la villa de Mondéjar, en la provincia de Guadalajara; y nació en el año de 1654, siendo sus padres Juan Jiménez y Ana de Brea, quienes en el bautismo le pusieron los nombres de Melchor y Francisco.

En la época en que nació Francisco, aún no se había extinguido en España el intenso perfume, esparcido por los grandes santos que florecieron en los siglos quince y dieciséis y en la primera mitad del siglo diecisiete. Los claustros de las instituciones religiosas vieron en aquellas centurias privilegiadas, figuras divinas y celestiales en un cuerpo tangible y terrenal; y las vieron, más que con asombro, con santa emulación de tomar en sí mismos una copia viva de aquellos excelsos ejemplares. Sólo en los claustros franciscanos viéronse desfilar un san Pedro Regalado, que suscitó en España muy extraordinariamente el austero espíritu de san Francisco de Asís; un san Diego de Alcalá, que llevó su fama de taumaturgo hasta la ciu-

dad de Roma; un san Pedro de Alcántara, héroe sin par por su asombrosa penitencia; san Francisco Solano, espíritu estático y grande apóstol; san Pascual Bailón, alma sencilla y soberanamente ilustrada por los resplandores que comunica a sus amantes el Dios de la Eucaristía; el bienaventurado Nicolás Factor, que informó de su espíritu seráfico a no pocos corazones aun en la capital de España; el taumaturgo Salvador de Horta, y otros a este tenor.

A lo dicho se agrega la afluencia de misioneros que partían a las Américas, cual sagrados batallones, muchos de ellos para derramar su sangre por la extensión del evangelio, confirmando no pocos de ellos su doctrina con notorios milagros.

2—Nacido Francisco Jimenez en aquella época en que el heroísmo pretendía ser común y ordinario en la raza española, no fue maravilla que propendiese con nativa inclinación a empresas arduas y dificultosas.

Su índole se exhibió apacible desde los más tiernos años; a lo que se juntaba una discreción natural, superior a la edad juvenil. Los padres de nuestro venerable eran cristianos y piadosos, lo bastante para dar a su hijo una educación religiosa, inculcándole la fuga de los vicios a que se inclina la niñez incauta, el temor de Dios, la recepción fructuosa de los santos sacramentos y la práctica de las virtudes.

La docilidad de Francisco a las amonestaciones de sus padres era gozosa y constante, dándoles alas con sus apacibles maneras para que ejerciesen con satisfacción y sin reparo el dificultoso magisterio que les correspondía.

3—Francisco Jiménez siguió la carrera de las letras por algunos años, dando muestras de una inteligencia clara y penetrante. Interrumpió las letras escolares para ir a las guerras de Flandes, donde hizo demostraciones de valor, durante seis años, siguiendo inviolablemente una conducta pundonorosa.

Aun no se había extinguido en los dominios de España el estruendo militar, a pesar de los vaivenes debidos a la menor edad de Carlos II y al poderío creciente de Luis XIV de Francia; todavía actuaba España en Flandes y Luxemburgo, en Rosellón y Mesina; aun quedaba a los pechos españoles donde ostentar su bizarría nativa, que en épocas anteriores había granjeado tantos laureles a la patria enaltecida.

Mas, aquellos laureles no se habían hecho para nuestro Francisco Jiménez; todo aquello era poco para llenar su gran corazón. En la guerra, muchas veces, a los grandes esfuerzos no corresponden sino pequeñas ventajas; los peligros son muchos e inevitables y se trae la vida colgada en un hilo; entre el ruído de las armas se hace difícil la práctica de la virtud, y la vida del alma, que es la gracia y amistad de Dios, se halla siempre insegura, si es que no se pierde pronto y lastimosamente, para no recobrarla sino muy tarde y con dificultad.

Todo esto decidió a Francisco, al cabo de los siete años que pasó en Flandes, a dejar para siempre sus afanes de lograr una gloria caduca en los campos de guerra y alistarse en una milicia en la cual los laureles nunca se marchitan, y los sudores y las fatigas quedan a cuenta del Padre Celestial para el día de la eterna jubilación; en la cual se trabaja por conservar robusta la vida de la gracia y se consagran las energías del espíritu a hacer partícipes de esta misma gloria a los prójimos, amados en Jesucristo y por Jesucristo.

4—Francisco Jiménez volvió a España, y dados los pasos necesarios para entrar en nuestra seráfica religión, vistió el hábito franciscano en el convento de **recolección** de San Julián, extramuros de la villa de Agreda, en la provincia de Soria.

El lector puede colegir cual sería el noviciado de nuestro santo religioso: él era lo bastante instruído para ava-

luar el beneficio que el Señor le había concedido, librándole de los peligros del mundo y asegurando su perseverancia en el sagrado recinto de la religión; él venía al claustro endurecido el cuerpo con las privaciones inevitables de la guerra; él quería mostrarse digno soldado de Cristo, sentando plaza en los reales de la austera penitencia; hecho hasta entonces a la disciplina militar, ahora quería someter su cerviz al yugo del Evangelio. Esto es lo único que ansió cumplir Francisco Jiménez en el noviciado y durante toda su vida con la perfección de los varones eminentes en santidad, como tendremos ocasión de comprobar más de una vez en esta sucinta biografía.

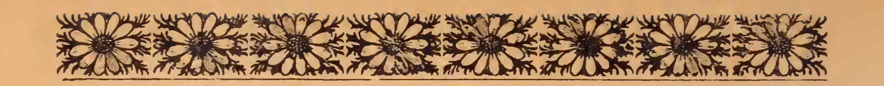
No es hipérbole decir que en él resplandecían todas las virtudes: humildad profunda, mansedumbre a toda prueba, modestia en sus ojos y en todo su continente a manera de san Pedro de Alcántara, mortificación singular y de pocos imitable, el perfume de la castidad cual si fuese ángel en la tierra, pobreza, desprendimiento y austeridad en que se asemejaba a los primeros hijos de San Francisco, oración y presencia de Dios nunca interrumpida, sueño breve, poco alimento, crueles disciplinas, trabajo sin reposo y sumisión incondicional, en todas las cosas, a las insinuaciones de la obediencia.

Animado de estas disposiciones hizo nuestro valeroso joven la profesión religiosa, con indescriptible júbilo de su alma y grande satisfacción de la comunidad, que presagiaba por los fervores del novicio sus futuras hazañas, y en los progresos del primer año veía retratados los vuelos de los años mayores. En la profesión tomó por nombre Francisco de san José.

Uno de los síntomas que se notó en su alma desde que abrazó el estado religioso, fue la caridad divina, abrasadora e intensa; y como consecuencia de esta caridad, el amor al prójimo y un deseo vehementísimo de emplearse en la salvación de las almas. Nuestro humilde y discreto reli-

gioso no se contentó con sentir aquellos impulsos soberanos e inefables: tomó la resolución de presentarlos a diario al Señor en la oración, pidiendo con profundos suspiros de su alma, tuviese a bien su Majestad escogerlo y segregarlo como a otro Pablo y Bernabé, para el ministerio de anunciar el Evangelio a los pueblos envueltos en las tinieblas de la gentilidad.





CAPITULO II

Misionero en Méjico y Centro América

1691

SUMARIO: 1—En Méjico. 2—En Guatemala. 3—Con los indios Urinamas.

PERFECCIONADO nuestro venerable padre en los estudios eclesiásticos y elevado a la dignidad sacerdotal, después de no pocos años empleados en la oración y en el retiro, en la humildad y en la rígida penitencia, cuando contaba cerca de cuarenta años, por el de 1691 (1), le deparó el Señor oportunidad para el logro de sus deseos de apostolado en bien de las almas; pues, entre los muchos religiosos que en aquella fecha partían a tierras de América, fue enumerado el padre Francisco de san José, en calidad de misionero apostólico y con destino a las anchurosas regiones mejicanas.

Llegado a este país, después de larga y penosa navegación, se dirigió al colegio o convento de misioneros de Santa Cruz de Querétaro, que acababa de ser fundado por el venerable padre fray Antonio Linaz, donde en cumplimiento de la obediencia permaneció dos años. Querétaro

(1). El cómputo de años en orden al siervo de Dios que se establece en la **Historia de las Misiones de Ocopa**, se halla evidentemente equivocado.

es hoy en Méjico una hermosa capital del Estado de su nombre, comprendido entre los estados de Guanajuato, San Luis e Hidalgo; y aun en la fecha a que nos referimos de la vida de Francisco de san José, era una de las ciudades más adelantadas y que ya ostentaba esplendor y grandeza.

En esta ciudad y en las poblaciones circunvecinas ejerció el ministerio sacerdotal nuestro venerable misionero por espacio de dos años, predicando la palabra de Dios incansablemente e inculcando la penitencia con eficacísimo celo. Desde que empezó aquí su sagrado ministerio, los pueblos y las muchedumbres le tuvieron por santo; y recibieron su doctrina con grande respeto y aprecio, realizándose luego ruidosas conversiones y notable mudanza de costumbres.

2. —Los preliminares de la actuación del padre Francisco en Centro América, como misionero entre los infieles de aquella región, van referidos por los autores de la **Historia de las Misiones de Ocopa** en los términos siguientes:

"Habiendo pues permanecido nuestro V. Padre en el Colegio de Santa Cruz de Querétaro por espacio de dos años, trabajando en aquella nobilísima ciudad y sus contornos con un celo incansable y haciendo maravillosas conversiones en todos aquellos pueblos que le veneraban como santo, fue destinado por su Guardián con otros tres celosos compañeros a la conversión de los Lacandones, donde había ya dos padres del sobredicho Colegio. Partieron gozosos todos cuatro, por caminos ásperos y fragosos, venciendo mil dificultades y sufriendo privaciones innumerables, y al llegar a un pueblo de los indios Choles se encontraron con los dos sobredichos padres (1); con quienes al verse se abrazaron mutuamente, sin poder articular pala-

(1) Melchor López y Antonio Margil,—Véase Padre Sánchez, página 37 y 42.

bra en largo rato por la abundancia de lágrimas que el gozo hacía brotar de sus amantes corazones, hasta que el padre Melchor de Jesús, a quien pertenecía la presidencia rompió el silencio, saludando cariñosamente a todos".

"En esta ocasión manifestó el Venerable padre Francisco, la caridad fraterna que ardía en su pecho, con un acto ostensible de desprendimiento religioso porque viendo que el padre Melchor llevaba un hábito muy remendado (había ya catorce años que lo usaba), le suplicó que le admitiese uno que él traía para sí; pero viendo el padre Melchor que nuestro padre tenía también mucha necesidad de él, no quiso admitirlo, hasta que instado de sus ruegos lo recibió y se vistió con él".,

"Comenzaron sin demora los seis apostólicos varones a conferir entre sí lo más concerniente a su expedición a postólica, y para implorar las luces de lo alto celebraron con asistencia de todos una misa del Espíritu Santo, a imitación de los apóstoles sortearon entre los seis las diversas conversiones a que cada uno debía ir, tomando aquellas palabras sagradas de los hechos Apostólicos: **"Tu Domine, qui corda nosti omnium, ostende quem elegeris:** Tu Señor que conoces lo más recóndito del corazón de todos, manifiesta a quien elegiste" (Act. Apos. c. 1 v. 24). En virtud de lo cual cayó en suerte al venerable padre Francisco las conversiones de Talamanca. Estando ya todos con ánimo pronto y alegre para partir a sus respectivos lugares, según la suerte que a cada uno le había tocado, determinaron de común acuerdo pasar juntos a Guatemala, para entregar una carta que el R. P. Guardián de Santa Cruz dirigía al Presidente de la Real Audiencia de aquella ciudad."

"Llegaron en breves días a dicha ciudad, y se fueron ante todo a dar la obediencia al Prelado de nuestro Convento, quien con toda su Rda. Comunidad los recibió con grandes demostraciones de benevolencia y respe-

to. Después de haber prestado sus atenciones y ofrecido sus servicios al Iltmo. Obispo y señores de la real Audiencia, presentaron la carta que traían; y como toda aquella nobilísima y religiosa ciudad con sus Magistrados tenía ya pedida fundación de Colegio de **"Propaganda Fide"**, fué muy fácil acceder a lo que suplicaba el padre Guardián en su misiva, que era se concediese a los RR. PP. Misioneros un lugar aparente para fundar hospicio, mientras como se esperaba, llegaban de España las licencias para erigirla en Colegio. En efecto, a 10 de Julio del 94 (1), nuestros misioneros tomaron posesión de una capilla intitulada del Santo Calvario con mucha solemnidad, asistiendo a la inauguración del nuevo hospicio tres comunidades religiosas, las autoridades civil y eclesiástica e innumerable concurso del pueblo, columbrando ya todos, los incalculables bienes que así en lo espiritual como en lo temporal reportaría la población a la sombra del nuevo establecimiento (2). Mantúvose en él nuestro venerable padre Francisco poco más de dos meses, observando las leyes y constituciones de su Instituto con una exactitud minuciosa. Salía cuasi diariamente a predicar por las calles y plazas y en las iglesias más capaces de la ciudad, obrando las palabras, que como dardos encendidos salían de su boca portentosas conversiones; hasta que recibió orden del P. Melchor de Jesús que era presidente del Hospicio, de pasar a continuar la espiritual conquista de Talamanca, en compañía del padre fray Pablo Rebullida, insigne operario evangélico."

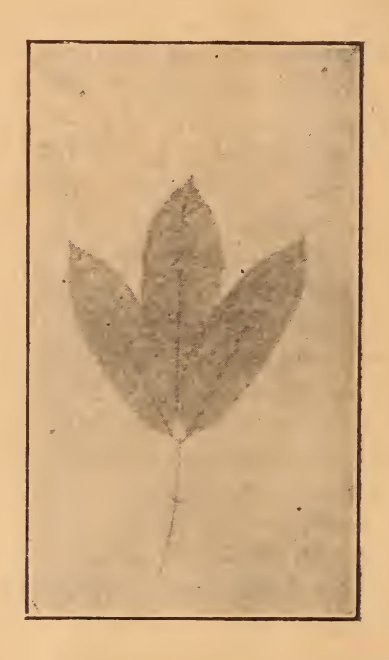
3—"Partieron ambos muy gozosos a emprender sus tareas apostólicas, y después de muchos trabajos y pena-

---

(1) Cuando el siervo de Dios contava 40 años: de donde se colige que al salir de España tendría aproximadamente 37 años.

(2) El padre Antonio Margil abandonó este lugar en 1701, y fundó el Colegio en otro sitio de la ciudad.

lidades, llegaron a la ciudad de Cartago, en la que dieron misión, extendiéndola consecutivamente a otros tres pueblos que necesitaban mucho de este cultivo espiritual. Del pueblo de Matina sacaron 34 indios Urinamas y los llevaron a su propio lugar con indecibles gastos y a costa de muchas privaciones viajando por lugares despoblados, sin hallar los alimentos necesarios ni otros efectos tan convenientes,



Hojas de copal

(*Hymenaea courbaril*)

para obviar los frecuentes percances que ocurren en todo viaje largo; a todo lo cual se agregaba otra dificultad no menos atendible, que era la fatiga con que el venerable padre Francisco caminaba, oprimido de unas cuartanas tan tenaces, que le duraron año y medio, para que aun

en esto imitase al Apóstol de las gentes, san Pablo, que se gloriaba en la tribulación y enfermedad. Luego que llegaron a Urinama con los sobredichos indios y otros que recogieron por el tránsito, ascendiendo entre todos al número de ciento y cuarenta, les fabricaron casas para que vivieran en ellas, con toda aquella comodidad que permitían las circunstancias del lugar y brevedad del tiempo, y evitar de esta suerte que volviesen a la vida salvaje, a que son tan propensos, mientras se les catequiza en la religión cristiana y se trabaja en su civilización. Uno de los primeros cuidados que ocuparon al padre Francisco fue buscar semillas para sembrar en los Urinamas, diligencia muy necesaria para conservar en la fe a los indios, pues es necesario que el Ministro evangélico cuide de lo que han de comer y aun sembrarles con las manos consagradas sus maizales o milpas.





CAPITULO III

El Padre Melchor y sus compañeros
1694

SUMARIO: 1—Aclaraciones. 2—Espíritus gemelos. 3—Los Lacandones. 4—Horario de Apóstoles. 5—Heroísmo de mártires.

En las líneas que anteceden se ha consignado que el padre Francisco de san José logró a fuerza de instancias que el padre Melchor de Jesús le aceptara su hábito, pues traía el propio en mal estado con el uso de 14 años. Hemos consignado también que el padre Melchor de Jesús resultaba presidente y superior entre los seis misioneros que se juntaron entre los Choles y se acogieron al Hospicio del Calvario en Guatemala, antes de emprender sus viajes a los puntos a donde debían partir, según les había caído en suerte. Los seis misioneros eran Melchor de Jesús, Antonio Margil, Francisco de San José, Pablo de Rebullida, Antonio Pereira y Pedro Urteaga. El proceso de beatificación del padre Margil casi le coloca en el catálogo de los bienaventurados; el padre Rebullida murió mártir, y los demás suspiraron sin cesar por los laureles del martirio.

El lector comprende muy bien la influencia que ejercen en nuestro espíritu los hombres con quien vivimos; y si estos hombres son de temple superior y su vida se desenvuelve bajo una inspiración sublime; basta un leve contacto con esos seres privilegiados, para sentirse un corazón noble bajo la misma inspiración y resuelto a seguir las huellas de aquellas almas generosas.

Mas, si los corazones que llegan a convivir son corazones gemelos, y si unos y otros por su propia cuenta formaron desde mucho antes los mismos designios, y si todos se trazaron como derrotero el camino del bien hasta el heroísmo: en este caso, el efecto que produce el encuentro de esos corazones hermanos es indescriptible; ese efecto es complejo y es inmenso, exclamando entonces cada uno de los corazones: Mis hermanos sienten la poderosa fuerza de la gracia, bajo la cual ha querido Dios guiarme también a mí; ellos han progresado felizmente en los dificultosos senderos de la abnegación y vencimiento propio; veo en ellos resueltos muchos problemas de la vida interior, que tanto hacen fluctuar al pobre corazón humano; y ¡qué sazonados frutos produce la gracia en esos corazones generosos!

¡Señor, bendigo tu inefable bondad, que me ha deparado la suerte de conocer estas almas tan heróicas, porque ya son tuyas, ante su ejemplo, reitero el firme propósito de andar por los caminos de la santidad, cueste lo que cueste.

2—Este hecho a que aludimos se realizó en altísimo grado en el encuentro de los padres Antonio Margil, Melchor de Jesús, Francisco de san José y demás compañeros, almas gemelas y espíritus generosos, en quienes el heroísmo y la caridad hasta dar la vida por las almas era el lema cotidiano. Su recuerdo nos hará ver con claridad la escuela en que fue adiestrándose día por día nuestro Venerable, hasta llegar a la cima del heroísmo.

Consignemos algunos hechos característicos y episodios increíbles de aquellos esforzados campeones.

El padre Melchor López de Jesús pasó a Méjico en compañía del padre Margil, conducido por el esclarecido padre Linaz.

El padre Melchor y el padre Margil, con porfía digna de los apóstoles, buscaron almas y martirio en Centro América, desde que arribaron a aquellas regiones en 1683.

3—El año 1694 (1), en que los padres Francisco de san José y Rebullida partieron a Talamanca, los padres Melchor y Margil penetraron en el primer pueblo de los Lacandones. Entraron allí de sorpresa y sin aviso previo. Los indios, viéndolos ya en la plaza, quedaron suspensos por la novedad y se entregaron a precipitada fuga, en la creencia de que, en pos de los religiosos vendría mucha gente armada. Mas, cuando el tiempo descubrió la verdad, y que los misioneros venían solos y desarmados, con furia de tigres cayeron sobre ellos: les destrozan sus hábitos, los maltratan a golpes y empellones, hacen añicos los pobres enseres que les llevaban los guías indígenas, arrebatándoles también los ornamentos sagrados. Cuando ya se resolvían a darles una muerte cruel e inmediata, intervinieron algunos caciques, para poner coto a los desmanes de los ánimos agitados y aplazar aquella muerte.

Seguros de que no traían armas y de que eran hombres de bien, los cobijaron en un pobre tugurio y les devolvieron los ornamentos. Los indios, al cabo de algunos días resolvieron quitarles las vidas y comérselos. Palpaban los pies del padre Margil, que aunque flaco estaba sano, y decían: "Esto bueno para comer".

Hacían otro tanto con el padre Melchor que estaba llagado, y agregaban: "Esto podrido". Mientras tanto a ambos misioneros no les cabía el gozo en el pecho con la esperanza del martirio. Apostrofaron a los indios por su idolatría e hicieron cuanto pudieron para resolverlos a quitarles las vidas; pero Dios no lo permitió por entonces.

4.—En otra ocasión viajaban ambos misioneros Melchor y Antonio de Mérida a Guatemala: empleaban muchos días en misionar en los pueblos del tránsito, y para merecer la gracia de la conversión en beneficio de sus o-

(1) Padre Sánchez, Un grande apóstol, pág. 38.

yentes, mientras el uno dormía hasta las doce de la noche, el otro velaba al pie del crucifijo; y éste hacía otro tanto hasta la hora de levantarse mientras su compañero descansaba. No fue parte a impedirles el tesón de esta vigilia ni el cansancio de los penosos viajes, ni el verse rendidos por haber predicado y confesado durante todo el día, ni el llegar a las posadas traspasados por la lluvia, cubiertos de lodo, faltos de todo abrigo y sin alimento.

Aquellos privilegiados misioneros no nececitaban para vivir y predicar largas horas, y confesar y hacer viajes difíciles, sino de un plato "de frijoles y tortillas, sin chocolate por la mañana, ni tarde, solo a la noche en lugar de cena unos tragos de chocolate: y levantarse a las cuatro de la mañana, rezar las horas; luego sentarse a confesar hasta las once; a esta hora la misa al pueblo, visitando luego con todos los del concurso los cinco altares en cruz, y después de cantado el "Alabado", recogerse a comer su plato de fríjoles, tortillas y agua y descansar hasta la una. Rezadas vísperas y completas, volvíanse a sentar al confesonario hasta puesto el sol: entonces rezaban el rosario con el pueblo, a que seguía el sermón por espacio de tres horas con grande espíritu. Luego la estación en cruz; luego la disciplina en público clamando todos con lágrimas: "Misericordia . . . etc. Luego los tragos de chocolate, rezar arrodillados los maitines, y al fin a toque de campana **Via crucis** en la iglesia hasta muy entrada la noche. Luego dormir sobre unas tablas con una piedra o palo por cabecera hasta las cuatro de la mañana, para proseguir al día y noche siguiente la misma heróica faena.

Concluiremos estos preciosos recuerdos con un hecho típico, singular, propio de aquellos dos espíritus formados para lo ultra-heroico.

En una ocasión los indios Talamancas resuelven quitar la vida a los dos misioneros. Los amarran, los conducen a unas breñas, y los mandan ponerse de hinojos para reci-

bir el golpe mortal. Obedecen los religiosos, pero los indios trepidan en la ejecución; y en aquella postura los tienen tres días y tres noches, sin comer ni beber cosa alguna, esperando por instantes la muerte. En las ausencias que hacían los indios, y por cuanto al tercer dia empezaban a desfallecer, fray Antonio dijo a fray Melchor que "sería bien levantarse a comer algunas yerbas para cumplir con la obligación de conservar la vida". Pero el padre Melchor contestó "que en aquellas circunstancias no debían tener más cuidado, que una total dependencia de Dios y de los indios, ya les quisiesen quitar la vida con el hierro, ya con el hambre".

Fray Melchor y fray Antonio se alternaban en ser superiores el uno del otro cada semana; y en la coyuntura a que nos referimos mandaba fray Melchor: rindióse por tanto fray Antonio, haciendo un acto heroico de obediencia, y a poco mudaron de parecer los indios, que empezaron a tirarles plátanos, mandándoles los comiesen, a lo que siguió el echarlos de sus tierras.





CAPITULO IV

Los Indios Talamancas, Térrabas, Borucas etc.

1694

SUMARIO: 1—Urinama. 2—Talamanca: primera evangelización. 3—Segunda entrada. 4—Los Térrabas y otras tribus.

Formado nuestro venerable Francisco en la escuela de los Margil, Melchor y Rebullida, reflejó en su vida, tanto en Centro América como en el Perú, hechos que guardan entera analogía con los de aquellos. Vimos en el capítulo segundo de esta narración que viajó hasta Urinama con destino a Talamanca.

Urinama era en aquella época como la puerta para entrar fácilmente a las misiones de los Talamancas, Térrabas, Borucas, etc. Por lo que hace a Talamanca, se hallaba situada en las inmediaciones de las que entonces eran provincias de Costarrica y Nicaragua.

2—A los Talamancas entraron el año 1688 los padres Melchor de Jesús y Antonio Margil, donde permanecieron hasta el año 1691. Las maravillas que en estos tres años realizaron aquellos varones que se movían con la celeridad de la luz, no son para contar. Entraron allí sin recurso humano: les bastó el crucifijo, un ornamento y sandalias que se ponían solo para celebrar la misa. Los Talamancas los quisieron matar y los martirizaron bárbaramente más de una vez: les dieron a comer veneno activísimo, librándolos Dios milagrosamente de la muerte. Por lo cual los in-

dios les interrogaron "si eran dioses, pues con el veneno no morían."

Con la paciencia y el ardor del celo, al fin los misioneros triunfaron, convirtiendo casi en masa la nación Talamanca: levantaron diez iglesias en diez centros de misión en estado floreciente.

3—Cuando en 1694 entraron de nuevo en aquellas regiones los padres Francisco de san José y Rebullida, mucho habían decaído los indios de su fervor primitivo, como suele acontecer, y como lo temía sentidamente en 1692 el Obispo de Nicaragua en su Informe al Rey (1).

Después de muchas fatigas empleadas en reunirlos de nuevo y en reedificar las iglesias, tuvieron el consuelo de ver que los indios, aun los más ocultos y remontados, les salían al encuentro tocados de la fama de su abnegado celo.

4—Luego el padre Francisco extendió sus cuidados y solicitudes a los vecinos Térrabas. También gran parte de éstos habían recibido la fe de los misioneros Melchor y Margil. Eran por todo extremo bárbaros, y tanto como bárbaros eran altaneros, gloriándose de no someterse nunca a poder humano, y sacrificando víctimas de sus iras a los españoles que incautamente se aproximasen a sus tierras. Andaban desnudos.

Entre ellos levantaron los misioneros dos iglesias, una en cada parcialidad en que estaban divididos.

Los Borucas, los Cavecaras, etc., que también estaban al cuidado del venerable Francisco, se portaban dóciles a su enseñanza y constantes en la fe.

(1) Padre Sanchez, pag. 32.



CAPITULO V

Entra a los Changüenes, Tojas y Panameños

1696-1700

SUMARIO: 1—Los Changüenes. 2—Animosa entrada. 3—Dificultades. 4—Una carta del padre Francisco. 5—Otra del padre Rebullida. 6—Hasta las costas de Panamá y Cartajena.

CONFINANDO con las montañas de los Térrabas y en la vecindad de las tribus Talamanca, Torreque y Boruca, se hallaba situada la numerosa tribu de los Changüenes. El padre Margil tuvo intentos de penetrar en ella; pero no lo pudo realizar, por haber dispuesto los Superiores que ejerciera su opostolado en otras diversas partes.

Los Changüenes no sólo eran bárbaros, crueles, insociables y en guerra declarada contra sus vecinos, pero ni aún llegaban a entenderse ellos mismos, divididos, en discusiones interminables, matándose como fieras. Pasaban su vida estos salvajes en grutas cubiertas de malezas y en las hendiduras de los peñascos.

2—Los padres Francisco de san José y Pablo Rebullida, que ya tenían en buen pie las misiones de los Talamancas y sus vecinos, quisieron avanzar y dilatar los términos de los profesores de la fe, y resolvieron entrar a los Changüenes y Tojas.

Entraron estos esforzados campeones con ánimo resuelto, primero a los Changüenes, sin más defensa que su humildad y mansedumbre, sin más espectativa que la con-

versión de aquellas gentes o el martirio a sus bárbaras manos.

Cuando los indios se vieron sorprendidos por gente para ellos extraña y desconocida, de primera instancia y sin más averiguación se amotinaron, se juntaron y se fueron sobre ellos, dándoles horribles lanzadas, echándolos al suelo, pisoteándolos brutalmente, resueltos a quitarles las vidas; de suerte que se tuvo a milagro el no haber perecido los indenfensos misioneros en aquella feroz arremetida.

La mansedumbre y serenidad que manifestaban los siervos de Dios y que padecían con alegría toda suerte de privaciones y malos tratamientos; el saber que venían a aquellas tierras sólo por el amor que tenían a las almas de los indios, de quienes no esperaban ningún bien terrenal; el trato suave y amoroso de los ministros de Dios, comprobado más y más, a la medida que iban permaneciendo en aquellas ásperas breñas: todo fue amansando a los indígenas Changüenes, que al fin se dieron a partido y aceptaron la abnegada misión de los bienhechores de sus almas.

3—Los misioneros comprobaron que su trabajo era ímprobo y muy duro, que no podrían sobrellevar sino a condición de tener buena salud, o que el Señor los asistiera con particular providencia. Recorrida aquella extensa región, se convencieron de que toda ella se componía, ora de montes inaccesibles, ora de bosques impenetrables, ora de ríos caudalosos que no se podían atravesar sin el auxilio de canoa o balsa. A pesar de todo no se acobardaron: más bien desafiaron a todos los trabajos, penalidades, enfermedades, hambre y sed, con tal de ganar las almas de los indios.

El padre Francisco se hallaba en efecto enfermo de cuartanas, que le duraron año y medio; además estaba llagado; en varios puntos los indios le recibieron con mal-

tratos y amenazas de muerte; más de una vez estuvo a punto de sucumbir: y con todo eso proseguía el varón heroico su tarea de enseñar, predicar y de recorrer diversas regiones; lo mismo que sus largas vigilias y oraciones, lágrimas y suspiros, pidiendo al Señor su gracia, vencedora de todo obstáculo, para la santificación de los ignorantes indios. Al fin tuvo el gozo de ver reducida a la obediencia del Evangelio aquella bárbara nación.

Así lo explica el mismo venerable padre, escribiendo al padre Margil desde Guatemala en noviembre de 1697.

4—He aquí la carta: "Mi carísimo padre: ejecuté la obediencia yendo a Talamanca y visitando todas aquellas Misiones, con mi compañero fray Pablo, bautizando los niños y reedificando los templos. Y fue el Señor servido (para que se conozca que no he hecho nada), de darme unas cuartanas que me duraron año y medio. Tuve unos días de salud y luego me cargué de bubas, originándose de las contínuas aguas y secarse el hábito en el cuerpo. Salí de la misión de Nuestra Señora de los Dolores (que es una isla de ochocientas personas bravísimas, que está en el mar del Norte tan cerca de Portovelo, que en seis dias se puede ir con una canoa) a curarme; y en Zunini de Térrabas tuve noticia que mi compañero Fr. Pablo estaba en Sta Ana de Vizeyta, que había salido a buscar desde los Changüenes, donde le habían dejado unos religiosos de Nicaragua, que tuvo noticia habían llegado a Urinama, de los cuales el uno se volvió enfermo desde San José de Cavecara, y el otro le siguió hasta la Concepción de Talamanca. Escribile que enviase los Talamancas para traerme en una escalera como difunto, que no podía por las llagas de los pies salir."

"Así lo hicieron y el día de Santa Inés, año y cuatro meses después de mi elección de Guardián, me dió la Patente, aunque corrió bien a prisa por la cristiandad, pero los ríos no le dieron lugar para buscarme antes. Salí a

Cartago, y el temple era muy frío, y no me dejaban dormir los dolores: fuime a Pacaca, y me purgué y sudé algo de suerte que me pude poner en camino para Guatemala con ánimo de curarme aqui en forma y proseguir a cumplir mi obediencia. Tres dias después de llegado recibí la de vuestra Paternidad (con mil consuelos por ver ella), que desde 23 de abril habia llegado al Colegio y ejercitar el oficio que será con muy diferentes mejoras, como lo espero con la ayuda de nuestro amantísimo Jesús."

"Aunque no estoy sano me vuelvo a mediados de este mes, por si en tierra caliente y con el ejercicio de las Misiones entre fieles, pueden consolidarse los huesos y los pies. Están los males complicados y la naturaleza destemplada, el hígado y exterior abrasado, los tuétanos helados y desde las rodillas abajo tan llagado, que no se sabe de que tela son las piernas. En fin la salud nos la ha de dar el Altísimo, si gusta que se prosiga aquella conversión; y así pido particulares oraciones para que dé su Majestad, lo que convenga, porque conozco que aunque puedo andar sin mucho trabajo, es temeridad volver a la montaña hasta estar bien sano, porque sería imposibilitarme del todo."

"El primer Domingo de Cuaresma partió mi compañero Fr. Pablo de la Concepción de Talamanca para los Changüenes, con el padre Fr. Juan de Abarca, el cual se volvió desde Guangura de Térrabas con una buba en un pie, y fray Pablo (aunque solo) prosiguió a acabar de catequizar ochocientos Changüenes, que estaban medio instruídos, y con ánimo de pasar a mi isla de Tojas a bautizar cien personas cuya lista le dejé, y a los que no pude haber a su tiempo a las manos, por las llagas de los pies, y últimamente a los Torreques que están tres dias de camino de allí, como lo espero en Dios que lo irá haciendo, porque es gran Ministro . . . . Y en fin de lo poco que hemos hecho, él lo ha hecho casi todo; que yo he estado hecho un enclenque."

La carta que antecede fue motivada por el hecho siguiente: el padre Margil fue electo Guardián de Querétaro en Méjico, y en su defecto nuestro venerable padre Francisco. Como tardasen en ponerse al habla con el padre Margil, internado entre los Lacandones, dispusieron que el padre Francisco fuese a Querétaro para el predicho oficio. Puesto en camino y llegado a Guatemala, supo nuestro venerable por la carta del Padre Margil, que ya estaba en ejercicio de dicha guardianía en Querétaro.

Desde Guatemala, en lugar de continuar su viaje a Querétaro se dirigió a varios pueblos de fieles, para predicarles misiones, en que se ocupó dos años hasta 1699.

En esta fecha volvió a las misiones de Talamanca, Changüenes y Tojas, juntándose de nuevo con su buen compañero fray Pablo. En Octubre 1700 daba cuenta al padre Guardián de Guatemala de que estaba lleno de llagas hasta las manos. Sin embargo visitó todas las converciones, bautizando desde luego quinientos ochenta y seis párvulos y muchos adultos enfermos y moribundos. Fabricaron dos iglesias y un convento muy capaz para tener fácil acceso a la isla de Tojas, que es el punto de predilección del padre Francisco, lo cual no es ciertamente porque en Tojas le hayan tratado nada bien.

5—Cuenta de él el padre Rebullida, en carta que escribió al padre Guardián de Guatemala: "Queriendo el padre Fr. Francisco de San José entrar por el río de la Estrella con gente española, lo arrebató el mar y fue a reconocer la isla de Tojas, en donde le mataron cuatro hombres y a él le acometieron con lanzadas, por lo cual se fué a Panamá a pedir socorro. Dióle el Gobernador de aquella plaza una balandra que le quitó el enemigo y lo soltó en Matina sin matarle la gente, pero desaviados. No obstante el inminente peligro que corría su vida en la isla de Tojas, mantúvose bastantes años en ella, consiguiendo maravillosamente progresos en la fe de Jesucris-

to; trabajó además en la reducción de otros muchos bárbaros, de los que logró con indecible gozo de su alma bautizar muchos adultos, que como mansos corderos se arrojaban a sus pies, depuesta su nativa ferocidad y recibiendo con docilidad la doctrina evangélica, que como celestial rocío se desprendía de sus labios. Pero fueron muchos más los párvulos que regeneró en las salutíferas aguas del bautismo, de los cuales murieron muchos para ir a aumentar el coro de los ángeles, y cantar alabanzas sin fin al Todopoderoso en el cielo (1)."

6—El padre Francisco recorría extensos territorios con la presteza del rayo, anunciando con gran fuerza y eficacia la palabra de Dios y conmoviendo hondamente los insensibles pechos de los indígenas. Parecerá increíble que discurriendo de una nación a otra, haya salido de los límites de Centro América, llegado a las costas de Panamá y recorrido parte de Cartagena, hallando a los indígenas dóciles en todas estas regiones, de modo que pudo administrar el santo bautismo a un gran número de ellos.



(1) Padre Sánchez, pág. 121.



CAPITULO VI

Lamentable estado de las misiones de Talamanca

1704

SUMARIO: Antecedentes. 2—Rebelión. 3—Informes e instancias del Padre Margil.

El éxito obtenido en Talamanca por los padres Francisco y Rebullida y sus compañeros no podía ser más halagador: habían "reducido y pacificado en aquellas montañas más de seis mil cuatrocientos indios" (1) para el año de 1704. Y en el año de 1706 en que el padre Francisco andaba ya por Panamá, pudo afirmar el padre Margil que los bautizados en aquellas regiones eran como "ochenta mil hombres y mujeres, chicos y grandes, antes más que menos."

Se deduce de la documentación de aquella época que el padre Francisco fue progresando y abriendo nuevas misiones como la de los Changüenes, Tojas y costas de Panamá y Cartagena, y que el padre Rebullida se mantuvo en las de Talamanca, administrando el bautismo a nuevos catecúmenos, instruídos y dispuestos con ardiente celo y muchas fatigas.

2—Mas, cuando por aquel año de 1704 todo hacía

---

(1) Informe del padre Margil a la Audiencia, padre Sánchez, pág. 122 y 135.

presumir que aquella misión seguiría su estado floreciente, "cuatro mil" de los indios pacificados se alzaron en abierta rebelión, se retiraron de los puntos en que se habían reunido para recibir la instrucción catequística, y se internaron a sus primeras guaridas.

No contentos con su defección, molestaban y azuzaban para el alzamiento a los que aun permanecían fieles.

Después de esta catástrofe, vemos al padre Rebullida, el que más tarde debía morir mártir entre aquellos ingratos Talamancas, retirado a Urinama y exhalando un grito de angustia de su enardecido pecho: "Oh qué dolor y desdicha, que se hayan perdido tantas almas: lea ese informe, y verá en qué estado tan triste está esta conquista tan desgraciada."

3—El padre Rebullida puso el hecho en conocimiento del padre Margil, que se hallaba dirigiendo la construcción del Colegio de Misioneros de Guatemala.

El padre Margil elevó su informe y sus instancias a la Audiencia, demostrando el tema de que "no es bastante el trabajo del misionero y del apóstol para asegurar y cimentar las conversiones de los indígenas, sino que hace falta el concurso de la fuerza oficial y pública".

Y demandaba para el beneficio de los indios que se mantenían obedientes en Talamanca, entre bejaciones y molestias de los alzados y para consuelo y resguardo de los misioneros, "que de las provincias de Costarrica y Nicaragua como más inmediatas, pasen a aquellas montañas ochenta hombres armados, mantenidos y pagados de la Real Hacienda, por ser todo conforme a los ardentísimos deseos con que nuestros Reyes y Señores han solicitado y contínuamente solicitan el mejor logro de tan loables empresas."

Insta el padre Margil porque se mande aquel socorro, teniendo en cuenta "tantas almas perdidas por los montes,

las incomodidades y riesgos de los cinco operarios de mi sagrada religión, que con amor y constancia no pierden de vista aquella abundante mies, esperando fuerzas con que recoger, etc.'' Y que será de temer con mucho fundamento se hagan insuperables (los daños) dilatándose la escolta, que como inexcusable tengo pedida, para arraigar y asegurar a los indios que en las misiones de la Talamanca quedaron obedientes y restituir a ella a los autores, que además de haberse apartado de sus iglesias y ministros, huyendo de la sujeción y doctrina, molestan a sus compañeros con repetidas hostilidades: pues como es notorio y consta de tradición y de varios libros historiados, en "ningún reino, provincia, ni distrito de esta dilatada América, se ha logrado reducción de indios, sin que a la predicación evangélica y trato suave de los ministros, acompañe y asista el miedo y respeto que ellos tienen a los españoles.''

Agrega el padre Margil que a los militares que se podría enviar por la Audiencia de Guatemala, se agregarían los que "vinieren de Panamá, al cuidado de Fr. Francisco de S. José religioso de aquella misión.'' (1).



(1) Fecha de este informe, Guatemala, dos de Marzo de 1705.



CAPITULO VII

El padre fray Francisko de San José pasa al Perú y predica en sus comarcas

1708

SUMARIO: 1—Deseos del padre Margil. 2—Los realiza el padre Francisco. 3—Recorriendo el Perú.

La idea de pasar de las misiones de Centro América a las misiones del Perú para fundar un colegio apostólico, tal vez no fue originada en el ardoroso pecho de nuestro padre Francisco de San José, sino en el iluminado y extraordinarió espíritu del padre Antonio Margil de Jesús. Sin duda el ángel de las santas inspiraciones, tutelar del Perú, volaba por aquellas regiones de Centro América, recorridas por misioneros tan genuinamente apostólicos, y hacía resonar en sus almas con eco atrayente el nombre del Perú que a la verdad necesitaba del ardor de aquellos apóstoles.

En vano le disuadieron al padre Margil de su intento, porque lo mantuvo hasta que la obediencia le obligó a entender en la fundación del colegio de Guadalupe cerca de Zacatecas. Recibió la obediencia para ir a Zacatecas en Julio de 1706, en ocasión en que iba a Talamanca con escolta y acompañado de algunos misioneros a restaurar aquellas misiones, y no dió un paso más.

Rogado de un compañero para que llegase a Talaman-

ca y dispuestas las cosas podría emprender el viaje: "Eso no, dijo fray Antonio,ni un paso adelante: lo que me manda la obediencia es volver! Y volvió haciendo a Dios un heroico sacrificio de sus deseos, que eran pacificar Talamanca y pasar al Perú." (1).

2—Ya que no vino al Perú el gran apóstol Margil, quiso Dios que viniese aquel religioso a quien el padre Margil, denominaba "nuestro padre carísimo San José."

Al efecto recibió el título de vice-comisario de Misiones del padre fray Francisco Esteves, Comisario y Prefecto Apostólico de "propaganda fide" en toda la Nueva España y en el Perú.

3—El año de 1708 lo vemos entrar en Lima, predicando penitencia por todas sus calles y plazas a grandes muchedumbres, demostrando que pertenecía a la escuela de los Solanos, de los Margil y Melchor de Jesús. Nuestro venerable era una vera efigie de la penitencia; empuñaba el Crucifijo en la diestra con la vehemencia y ardor del apóstol, que cifra la eficacia de su palabra en el precio de de la sangre deífica y en las llagas del Redentor.

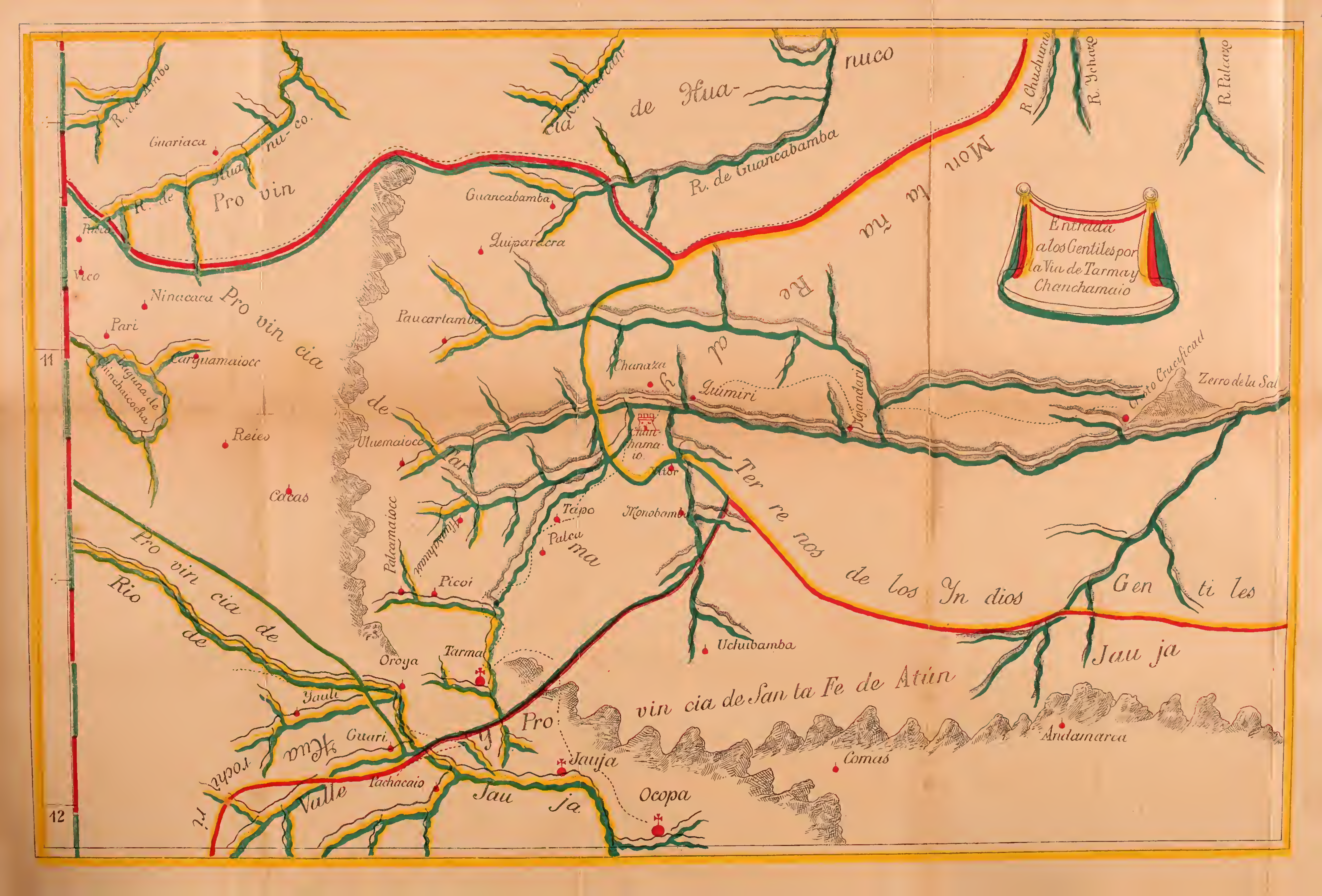
Su oratoria era la directa y sin rodeos, sin flores ni figuras. Su elocuencia la del celo verdadero, la del amor que se lanza a Dios y la del aborrecimiento del pecado que se horroriza ante la idea de que una alma lo puede cometer y vivir con él.

No contento de predicar en Lima con libertad evangélica y grande fruto, tuvo misiones desde el Callao hasta Ayacucho y Cuzco, con gran reformación de costumbres.

---

(1) Padre Sánchez, pág. 131





Entrada a los Gentiles por la Via de Tarma y Chanchamaio
R. de Ambo
Guariaca
R. de Hua nu-co.
Pro vin cia de Hua- nuco
R. de Guancabamba
R. Chuchurra
R. Ychazo
R. Palcazo
Mon ta ña Re al
Guancabamba
Quiparacra
Ninacaca
Vico
Pari
Pro vin cia de Tar ma
Paucartambo
Laguna de Chinchaicocha
Carguamaiocc
Reies
Uluemaiocc
Chanaza
Quimiri
Nejandari
Christo Crucificado
Zerro de la Sal
Chanchamaio
Vitor
Ter re nos de los In dios Gen ti les
Cacas
Tapo
Monobamba
Palcu
Palcamaiocc
Picoi
Pro vin cia de Rio de Hua rochi ri
Oroya
Tarma
Uchubamba
Jau ja
Yauli
Guari
Pro vin cia de San ta Fe de Atún Jau ja
Andamarca
Comas
Jauja
Ocopa
Pachacaio
Valle Jau ja
11
12



LIBRO SEGUNDO

BIOGRAFIA

DEL

VENERABLE PADRE FRAY FRANCISCO DE SAN JOSE

Segunda parte: Su vida y muerte en el Perú
1708-1736

Misioneros que intervienen: Mártires: Fernando de San José, Tomás de San José, Lúcas de Jesús con un hermano donado. catorce españoles y veinte cristianos, Juan Delgado, Tomás de San Diego, el negro Antonio y una india cristiana con su hijo, Angel Gutierrez con tres indios serranos murieron de hambre, Manuel Bajo, Alonso del Espíritu Santo, Cristóbal Pachcco, Juan de San Antonio y tres indios cristianos, una india con dos hijitos, Simón de Jesús y dos muchachos, un negro y dos mujeres, Domingo García, José Cabanes, Manuel Albarran.—**Misioneros:** Francisco de San José, Mateo Bravo, Honorio Matos, Cristóbal de San José, Pedro Vaquero, Pedro Ortíz de Tuesta, Juan de la Marca, Francisco de San Tadeo, Cristóbal de Echevarría, Gregorio Luengo, José de León, Mateo de San Miguel, Antonio de la Hoz, Pedro Camacho, José Arévalo, Gregorio Lezcano Pedro Navarro, Francisco Suarez, José Ansorena, Pedro Pons, Mariano Badía, José Sánchez, José Gil Muñoz, Joaquín Daturi, Tomás de Cañas, Simón Jara, Fernando de Jesús, José de San Antonio, Ignacio Tejo, Pedro Pont, Francisco Simón Gazo, Antonio Rodríguez, Juan Lisarber, Cayetano Pinedo.

El diseño o mapa adjunto de la Entrada a los Gentiles por la vía de Tarma y Chanchamayo de la región que comprende: se debe a los estudios del padre José Amich y debió ser dibujado aunque imperfectamente por el padre fray Pedro González de Agüeros.



CAPITULO VIII

Restauración de las misiones del Cerro de la Sal de Huánuco y de Andamarca

1709-1713

SUMARIO: 1—Ansias de apóstol. 2—Celosos compañeros. 3—Dificultades. 4—A los Panatahuas: el Pozuzo. 5—El Pangoa: Santa Cruz de Sonomoro. 6—Hechos halagadores.

No contento el venerable padre Francisco de San José de haber recorrido las montuosas regiones esparcidas en el Perú, desde el puerto del Callao hasta la antigua ciudad episcopal de Huamanga o Ayacucho, dirigió su vista a las regiones del Oriente, teatro de los acontecimientos narrados en el tomo anterior.

El aspecto de aquellas regiones no podía ser más yermo y asolado; allí no fructificaba la gracia, allí no producía fruto alguno la palabra evangélica, sembrada en años anteriores con tantos sudores y aun regada con sangre de mártires.

Allá resolvió partir el fervoroso apóstol, a pesar de sus cincuenta y cinco años y no obstante la pesada carga de un sin número de achaques en un cuerpo flaco y extenuado.

2—Con las facultades de que le investía su cargo de Comisario de Misiones, gestionó con prudencia y sagacidad con los superiores de la Provincia de los Doce Apóstoles, la apertura de las misiones del Cerro de la Sal,

que eran de acceso menos difícil, internándose de Tarma a Chanchamayo.

La Provincia de los Doce Apóstoles le dió seis buenos misioneros, de vida ejemplar y ánimo esforzado, que eran los sacerdotes Fernando de san José, Mateo Bravo, Honorio Matos, Cristóbal de san José y los legos fray Juan Lisarber y fray Cayetano Pinedo.

Diéronse a conocer en Tarma, predicando fervorosas misiones y previniendo a su favor la opinión pública. Luego se encaminaron a Quimirí.

3—El lector recordará los funestos acontecimientos realizados entre los indios Campas del Perené y Quimirí y los Amueshas del Cerro de la Sal por el año de 1694, cuando los indios dieron muerte a sus conversores, y con actitud de fieras cerraron la puerta a los misioneros para intentar nuevas entradas a dichas regiones.

De donde puede colegirse, que el empeño del venerable padre Francisco de san José y de sus compañeros era tan heroico como arriesgado y con peligro de su vida.

Los indios de Quimirí, Pichana y Cerro de la Sal, promotores de aquellos acontecimientos, tenían muy vivo el remordimiento para no sentir temores y zozobras con la proximidad de los misioneros.

Lo que más temían era que en pos de los padres viniese fuerza armada de españoles, para vengar las muertes alevosas que perpetraron; por lo cual, no sólo recibieron con frialdad a los misioneros, sino con desvío inquieto y azaroso.

Observado por los padres lo que pasaba entre los salvajes moradores de aquellas amenas y verdeantes selvas, comprendieron que su plan de combate espiritual se reducía a los siguientes puntos: primero, hacerse con un gran caudal de paciencia, resignación a no hacer nada, quizás en el espacio de un año y tal vez por un espacio de

tiempo más largo; segundo estudiar y poner en práctica los modos más benévolos y atrayentes que pudieran interesar a los indios; y tercero hacerles todo el bien posible, con objetos útiles, con la asistencia en sus enfermedades y con servicios que estuviesen al alcance de los misioneros, de suerte que entrase en el ánimo de los indígenas la convicción de que los amaban y sólo para su bien temporal y eterno permanecían allí, sin más aliciente que la esperanza de hacerles un día todo el bien por junto, al hacerse cristianos. Todo esto fué táctica del padre Francisco, a que ya estaba acostumbrado desde Talamanca y los Térrabas de Centro América.

Dos años estuvieron los conversores en estas condiciones y con esta espectativa, al cabo de los cuales se dió por vencida la frialdad e indiferencia de los indios: entraron en trato con los misioneros, dieron muestras de querer abrazar la Religión y mudó de semblante para los padres toda aquella región. Como fruto de todo esto, fundaron un pueblo en Quimirí y otro en el Cerro de la Sal, y viendo que los progresos de la misma serían lentos, creyó conveniente el padre Francisco de san José ensanchar el frente donde pudiera colocarse mayor número de operarios evangélicos. Para esto, a fines del año de 1711 pasó a la ciudad de Huánuco, con el propósito de restaurar las misiones de los Panatahuas; pero fuéle imposible realizar su deseo, por no contar con número suficiente de padres para tan grande empresa, donde todas las cosas deberían emprenderse de nuevo, sin exceptuar la apertura de caminos.

Viendo que era imposible la restauración de las antiguas misiones de Panatahuas en la cuenca del Huallaga, tuvo informes sobre la región más próxima, al oriente de Huánuco, en las márgenes del Pozuzo, a donde era fácil el acceso, siguiendo la ruta de los puntos hoy denominados Panao y Chaglla.

Pareciéndole realizable aquella expedición, bajó a Lima, obtuvo del virrey una escolta compuesta de un capitán y algunos soldados; en 1712 volvió rápidamente a Huánuco con los despachos necesarios; por senderos fragosos entró al Pozuzo, donde halló cosa de treinta familias Amueshas, que se dejaron catequizar sin resistencia alguna. Luego fue recorriendo los puntos a la sazón denominados Piño, Cuchero en el Huallaga, Panchis, Uniti y Tillingo; quedó por el momento un lego al frente de estas misiones; hasta que en 1713 entró allí el padre Honorio Matos, que permaneció en aquella región cuarenta años, muriendo al cabo entre sus fieles y neófitos en 1753.

Para entrar al Pozuzo con facilidad e introducir los artículos necesarios para la alimentación, vestido y culto divino, se abrió un camino de herradura, con lo cual se facilitó también el intercambio con la coca, pues la del Pozuzo era la mejor que a la sazón se conocía.

Los indígenas del Pozuzo se mantuvieron fieles a la fe.

5—Ya que tuvo en buen pie la misión del Pozuzo, el padre Francisco de san José se trasladó a Lima, a dar cuenta de lo actuado a los superiores de la Orden y al gobierno. Hecho lo cual, obtuvo la licencia y los despachos necesarios para abrir las misiones del Pangoa. En 1713 hizo misiones en Jauja y entusiasmó los ánimos para entrar a Comas y Andamarca. Se ofrecieron a esta empresa los padres Pedro Vaquero y Pedro Ortiz de Tuesta, este último muy versado en la lengua quechua, a quien apellidaban el Demóstenes cuando se exhibía en este idioma. Los acompañaba un donadito de catorce años.

Entraron a la montaña por Andamarca en mayo de 1713.

Hallaron desolados los sitios donde años antes se levantaban las misiones de Santa Cruz y San Buenaventura de Savini: los indígenas habían desamparado aquellos

lugares y se habían internado en los bosques, evitando aun la posibilidad de ser hallados por los misioneros.

Sin embargo, las excursiones realizadas por los padres en aquella coyuntura no eran ignoradas por los indios de los contornos: pues es regla general que los indígenas se dan cuenta de cuanto sucede en la proximidad de sus moradas.

Un hecho inesperado puso a los ministros de Dios en comunicación con los indios: fue el caso, que el cacique del lugar se despeñó y se le fracturaron las piernas en la caída; y no quiso exponerse a la muerte sin haber recibido el bautismo. Mandó llamar a los padres misioneros y quiso ser catequizado e instruído por ellos. Los misioneros le complacieron gustoso, pero rogándole al propio tiempo que reuniese su gente y viese modo para que pudiera ser catequizado.

Así sucedió con la presteza con que los indios ejecutan sus resoluciones cuando las emprenden de veras. A la voz del cacique se juntó su gente, y el mismo día comenzaron a fabricar la iglesia y la casa de los padres; el 18 de Julio de aquel año de 1713 se bendijo y estrenó la iglesia, poniendo al pueblo el nombre de Santa Cruz de Sonomoro.

6—A poco tiempo, en ocasión en que los padres se habían internado por aquellos bosques, buscando indígenas y ganarles la voluntad, un muchacho por descuido prendió fuego a la iglesia y casa de los misioneros en coyuntura, que los hombres del pueblo estaban ocupados en el monte. El cacique animó a las mujeres indias a descolgar del altar las imágenes y a recoger las alhajas, como lo verificaron valerosamente, sin temor a las llamas que ya se extendían y sin que se quemara ninguna.

No se contentó con esto el cacique, sino que reunidos los indios, les exhortó a que levantasen de nuevo, tanto la iglesia como la casa, antes que vinieran los padres, a fin

de que no les viniera la menor sospecha de que el incendio hubiera sido intencional. Así lo hicieron rápidamente los indios.

En la gira que hicieron los padres por los contornos de Sonomoro, hallaron en una pobre choza un indio moribundo .Exhortáronle a que recibiese el bautismo, sacramento necesario para que obtuviese la salvación. Como el indio pertinaz y rebelde no quería ni oir hablar del bautismo; los religiosos resolvieron hacer oración por él. Mientras encomendaban a Dios la salvación de su alma, el donadito de catorce años que los acompañaba, se llegó al moribundo, y le dijo: "Piensa bien si te quieres bautizar, porque el infierno es para siempre y la gloria." A esta voz quedó el indio suspenso por un rato, y luego dijo al donadito: "Llámame a los padres". Llegados éstos, el indio les pidió que le bautizasen.

Y ¡cosa maravillosa! En siendo bautizado empezó a expresar cosas divinas y encumbradas de Dios, siendo él rústico y poco adoctrinado. A poco de esto expiró, quedando su cadáver muy hermoso, y alegres los indios que presenciaron el hecho, de ver que lo enterraban con ceremonias propias de cristianos.

Epilogando lo dicho en este capítulo, tenemos que el venerable padre fray Francisco de san José, en el corto espacio de cuatro años, desde 1709 hasta 1713, abrió con felicidad las misiones del Cerro de la Sal, del Pozuzo y del Pangoa, colocando en dichas misiones algunos operarios evangélicos con esperanzas de éxito, aunque a costa de trabajos y de paciencia.

Para realizar con felicidad estas empresas, anduvo con presteza de un joven, de Lima a Chanchamayo, de Chanchamayo a Huánuco, de Huánuco a Lima, nuevamente a Huánuco, de Huánuco por segunda vez a Lima y de Lima a Andamarca. Y el lector recordará las dificul-

tades a que estaban sujetas esta clase de jornadas en aquélla época.

Solo la caridad de un apóstol puede ser explicación suficiente de estos viajes ,en un hombre que frisaba ya en los sesenta años. Tal vez presentía nuestro venerable que aun le quedaban veintidós años más, para nuevas empresas y nuevas jornadas.





CAPITULO IX

El venerable Comisario pide obreros al Rey Católico

1713

SUMARIO: 1—La satisfacción del apóstol. 3—Escasez de operarios. 3—Exposición y súplica al Rey. 4—Provisión real.

El venerable padre fray Francisco de san José estaba satisfecho del éxito obtenido en la apertura de las misiones del Perú, y daba por bien hecho su traslado de Centro América a las vastas regiones peruanas.

Dejando en buena sazón la cosecha espiritual en las tres misiones abiertas en el Pozuzo, en el Cerro de la Sal y en la región del Pangoa, bajó de nuevo a Lima, a tratar del progreso de dichas misiones con los superiores de la Religión y con el virrey.

2—El padre Francisco deploraba la escasez de operarios, pues en las tres misiones no había sino ocho sacerdotes y algunos legos y donados; de estos algunos ya estaban para terminar su carrera bajo el peso de las fatigas y privaciones; y no hallaba en la Provincia de los Doce Apóstoles con quien sustituirlos.

Por otra parte veía que los animosos conversores extendían su área de acción, y que dentro de poco tiempo harían falta más operarios.

3—Teniendo en cuenta lo antedicho, a fines del año 1713 resolvió elevar al conocimiento del Rey Católico todo lo actuado en el Perú, en su calidad de Comisario de

Misiones, y pedir a su Majestad le enviase operarios evangélicos.

Al mismo tiempo gestionó con el Cabildo eclesiástico de Lima para que remitiese una exposición de los hechos a que se refería, que confirmase el informe del venerable padre y pidiese también nuevos misioneros. Idéntico informe y la misma súplica hacía el reverendísimo Comisario general de Indias, Fray José Sanz.



Sachavaca—Danta (*Tapirus americanus*)

Todos de común acuerdo y en forma análoga exponían al Rey los hechos que el padre Francisco redactó por el tenor siguiente: "Señor: es de mi obligación, como Comisario de todas las conversiones de estos Reinos del Perú,

de la Orden de San Francisco, dar noticia a Vuestra Majestad para el consuelo, de lo que la divina Providencia obra en ellos.

Cinco años ha, que vino de la Nueva España con este cargo; uno se me pasó haciendo misiones desde Huamanga hasta Lima y Callao, y los cuatro en conversiones de infieles. Entró por la provincia de Tarma a las conversiones de Quimirí y Cerro de la Sal, tan famoso hasta en esa Corte, por las muchas naciones que navegan su río. Estaba desamparada esta conversión desde el año 94 en que mataron los indios dos sacerdotes, un lego y un donado; y en 99 entraron otros conversores, no pudieron formar pueblos, por el mal natural de los indios **Andes**".

"En Quimirí, tres leguas de los últimos cristianos, procuramos hacer un pueblo de mestizos e indios de la cristiandad, para que sirvan de freno a los recien convertidos; tienen su iglesia con el título de "Patrocinio de Nuestra Señora", que es antiguo. En el Cerro de la Sal tenemos debajo de campana quinientos ochenta y cinco de todos sexos y edades: bautizados ciento y doce angelitos, y muchos han muerto con viruelas: la iglesia se titula **Cristo Crucificado**; dista de Lima como setenta y tres leguas, diez y seis de los últimos cristianos. Diez leguas más adelante tuvimos la iglesia de la Purísima Concepción de Eneno, con más de seiscientos y porque hubo evidencia que querían matar al Padre; le retiramos con ornamentos y alhajas al Cerro de la Sal; tiene esta conversión tres sacerdotes, dos legos y cinco donados."

"En la provincia de Huánuco estaba desamparada otra conversión de payansos y panatahuas, de los que por la peste pasaron al cielo más de treinta mil, bien dispuestos y asistidos; los que quedaron mataron un sacerdote en el año 1704. Tiene esta conversión cinco pueblecillos (que se han de reducir a tres), con trescientas almas, cuarenta siete bautizados, dos iglesias, la Asunción y San Miguel;

un sacerdote y un lego. Lo dicho he visto: dista esta conversión de los últimos cristianos diez y siete leguas."

"Por la provincia de Jauja estaba desamparada otra conversión desde el año 87, en que mataron tres sacerdotes y un lego: entró en ésta el padre predicador apostólico Fr. Pedro Ortiz de la Tuesta, y después le socorrí con el padre lector de Theología Fr. Pedro Vaquero, ambos doctos y timoratos. Escriben que tienen tres iglesias en Sonomoro, Savini y el Carmen; y que un gran gentío que inquirieron nuestros conversores antiguos y no lo hallaron, se lo descubrió Dios."

"No puedo individuar más el número de la gente y bautizados porque no lo he visto ni me lo escriben: solo sé que son tres sacerdotes, un lego y dos donados; y que me crucifican por más ministros, y no me atrevo a pedírselos a V. M., porque le considero empeñado con la gloriosa defensa de la fe: pero le suplico como a mi padre y señor, me envíe una Real Cédula en que, estimando al Comisario general y prelados de esta santa provincia de Jesús de Lima el ardiente amor y fervoroso celo, con que me han asistido en el soberano empleo de las conversiones, pues me han dado tantos ministros como dejo referidos, ordene se me conceda un convento formado, y con todas sus preseas como estaba en la ciudad de Huánuco, para erigirle en colegio apostólico de Propaganda Fide, y criar en él sujetos para el ministerio y cinco religiosos con que al presente le mantengo; empeñándolos más V. M. con su amoroso mandato, a que con mayor aplicación y esfuerzo exhorten y animen a los súbditos, para que se dediquen al colegio y a las conversiones; porque cada día crece más la necesidad con mayor número de infieles; y a todos los prelados de las otras provincias para que ayuden a mí y a mis sucesores a erigir los colegios y fomentar las conversiones."

"También suplico a V. M., sea muy servido de mandar que cada año con toda puntualidad y de los haberes

más prontos de su Real Hacienda, se dé a cada una de estas conversiones, la limosna que pareciese necesaria a los méritos o progresos de cada una, atendiendo a que ya no podemos dar paso sin escolta y custodia de soldados; porque nos matarán como llevo referido de todas tres conver-



Pueblo Pardo—.Colonia inglesa *Peruvian*. Paucartambo y Chanchamayo formando el Perené. (*Aspecto moderno*)

siones, y se acabarán o retrasarán, como hemos visto. Y ésta Cédula, Señor, necesita de mucho aprieto, y que no la glosen porque la plata es peor que Lucifer. En estos cua-

tro años han dado para estas conversiones seis mil pesos, y juzgo que no les pasa por el pensamiento socorrerlas más en otros seis años; a V. M. no le duela socorrerlas para que Dios le mire con misericordia, y me le guarde muchos años en su divino amor,, como su fiel vasallo lo desea y pide. Lima, etc."

4—La Majestad de Felipe Quinto recibió este Memorial con regia complacencia y proveyó a cuanto se le pedía; pero vea el lector si las providencias podían ser oportunas, dada la inmensa distancia que mediaba desde el Perú a la Corte de España: el Memorial estaba fechado el 25 de noviembre de 1713, y el rey expidió la primera Real Cédula el 16 de enero de 1715, otra el 12 de marzo de 1718, y otra el 10 de noviembre de 1719; y estas cédulas no tuvieron efecto hasta el año de 1725, y los religiosos misioneros que venían como socorro al padre Francisco no llegaron a Lima hasta el año 1732, detenidos en Cartagena y Panamá por falta de avíos.





CAPITULO X

Progreso de las Misiones

1713-1730

SUMARIO: 1—Celo incansable: cooperadores. 2—Los Piros: martirio del padre Fernando y sus compañeros. 3—El padre Marca. 4—Mártires. 5—Estadística.

MIENTRAS esperaba el fruto de sus gestiones ante el Rey no descansó nuestro venerable anciano: visitó frecuentemente las tres misiones de Huánuco, Tarma y Pangoa, y bajó a Lima muchas veces a solicitar limosnas y operarios.

Además, Dios le deparó muy buenos cooperadores. Es digno de especial mención el padre fray Fernando de san José ,natural de la provincia de Búrgos en España, que desde los primeros momentos en que el padre Francisco empezó su labor apostólica entre los infieles, fue su eficaz coperador. Resplandecían en él las virtudes religiosas y apostólicas en grado heroico. Por mucho tiempo fue presidente de las Misiones de Tarma y Jauja. En 1723 fundó el pueblo de Jesús María en la inmediación de la confluencia de los ríos Ene y Perené.

En ese mismo año bautizó al cacique de la aguerrida gente llamada **Antis**, fracción de la Campa. Al cacique llamó Fernando Torote; y su bautismo fue presenciado por más de tres mil indios.

2—En la primavera del año 1724 recibió el padre

Fernando una embajada del cacique de la nación de los **Piros**, que decía que "sus muchachos y su gente se morían sin bautismo con la peste, y que según oía decir a los cristianos, se iban todos al infierno; que fuese a enseñarles como habían de ir al cielo."

El padre Fernando creyó en la sinceridad de esta embajada de los Piros, nación que siempre se ha mostrado fiera y desleal: alegróse no poco oída la embajada, dando gracias a Dios de que hubiese dispuesto los corazones de aquella criminal gente para recibir la ley santa del Evangelio.

A la brevedad posible dispuso su viaje, embarcándose el 10 de marzo de 1724, con los religiosos legos fray Tomás de san José y fray Lúcas de Jesús, un hermano donado, catorce españoles y veinte indios cristianos.

En dos canoas y siete balsas partieron alegres, llevando todo lo necesario para una nueva conversión.

Más, al segundo día del viaje, en el momento menos pensado, les sorprende una lluvia de flechas: en la primera descarga de ellas cae muerto el padre Fernando y no pocos de sus compañeros: el resto huye como puede, pero, los indios agresores que son Piros y Mochobos, les van siguiendo al alcance: cerca de Jesús María matan a los dos legos a lanzadas, y al cabo de algunas horas no queda con vida ninguno de los que salieron a la expedición.

Quien tramó esta emboscada fue el curaca cristiano Fernando Torote, infiel a sus promesas, y secundado por un hermano suyo: fingieron la embajada de los Piros, se coaligaron con los mismos Piros y los Mochobos y llevaron a efecto la matanza.

El padre Fernando sellaba sus labores apostólicas con la sangre del martirio a los cuarenta y ocho años de su edad.

3—Otro varón muy experto y gran auxiliar del padre

Francisco fue el padre fray Juan de la Marca, desde el año de 1726.

Era francés de nación, que de España vino como adjunto del ingeniero Alberto de Minson; desengañado del mundo tomó el hábito franciscano en los Descalzos de Lima en 1722; cuatro años después, ordenado de sacerdote, pasó a las conversiones de Sonomoro en compañía del padre Francisco de san Tadeo. Consagró diez años a la conversión con gran celo y actividad; aprendió a la perfección el idioma de los **Antis**, compuso gramática y diccionario en el mismo idioma y algunas pláticas doctrinales acomodadas a la capacidad de los indios. De sus labores apostólicas, sus fundaciones de pueblos y entrada al Gran Pajonal hablaremos en capítulos posteriores.

4—Por cuanto no llegaban desde la Península los refuerzos demandados al monarca, parece que nuestro **venerable** padre Francisco de san José tuvo el don de multiplicarse y la facultad de multiplicar a los suyos: en el extenso frente que representaban las misiones, desde el Huallaga hasta el Ene, se notaba una acción vigorosa y constante y un desarrollo progresivo que no se detenía.

Sin embargo, la felicidad con que se desplegaba la acción de los misioneros no quiere decir que la purpúrea sangre de sus venas no esmaltara de cuando en cuando de carmín aquellos vírgenes campos de color de esmeralda.

En 1718 los indios próximos a Pichana mataron al hermano donado Juan Delgado.

En 1721 martirizaron en la misma proximidad al donado Tomás de san Diego, y ahogaron a un negro de la conversión, llamado Antonio, juntamente con una india cristiana y su hijo.

En 1726 el lego fray Angel Gutiérrez y tres indios serranos murieron de hambre, en ocasión que trataba de abrir camino desde Bombón al Cerro de la Sal.

5—Para comprobante de los progresos en las misio-

nes, consignaremos en este capítulo algunos datos estadísticos que se refieren al año 1730, formados en aquella fecha:

"Conversión de Jauja:—En el pueblo de Santa Cruz de Sonomoro había doscientas treinta almas de indios Campas, a los cuales, administraban los sacramentos los padres fray Cristóbal de Echevarría y fray Gregorio Luengo."

"El pueblo de Chavini tenía ciento diez y seis almas de la nación Anapati; a quien administraba el padre fray José de León."

En el pueblo de San Antonio de Catalipango había noventa almas de la nación Campa, a quienes administraba el padre Juan de la Marca."

Conversión de Tarma:—En el pueblo del Patrocinio de Nuestra Señora de Quimirí, había ciento treinta y dos almas de indios **Antis** y treinta y seis serranos; a todos los cuales administraba el padre fray Mateo de san Miguel."

En el pueblo de san Joaquín de Nijandaris, había veinte y una almas de indios Campas a quienes administraba el padre Francisco de san Tadeo."

"En el pueblo de Cristo Crucificado del Cerro de la Sal, había noventa y siete almas, de indios **Antis**, a los cuales adoctrinaba el padre fray Mateo de san Miguel."

"En el pueblo de la Purísima Concepción de Eneno había doscientas cuarenta y tres almas de indios Campas, a los cuales adoctrinaba y administraba el padre definidor fray Antonio de la Hoz."

En el pueblo de San Francisco de Pichana había ciento y tres almas de indios **Antis** a los cuales, adoctrinaba el padre fray Pedro Camacho."

"En el pueblo de San Tadeo de los **Antis**, habia doscientas cincuenta y cinco almas de indios **Antis**, aunque solo había setenta y seis cristianos; a todos adoctrinaba el padre fray Juan de la Marca."

"**Conversión de Huánuco.**—Las parcialidades en que estaban dispersos los indios Amueshas de esta conversión se redujeron a dos pueblos, que eran la Asunción de Pozuzo, que tenía ciento sesenta y cuatro almas, a las cuales administraba el padre fray Honorio Matos.

"Y en el pueblo de Nuestra Señora del Carmen de Tilingo había más de cien almas, a quienes adoctrinaba y asistía el padre fray José Arévalo."

"Item: en los pueblos de Punchaumarca y Yanapo asistidos del padre fray Gregorio Lezcano, cura de Huancabamba, había doscientas noventa y tres almas de indios Amueshas y algunos serranos."

"Item: en el camino de Pozuzo, tres leguas más adelante del pueblo de Panao en tierras de la conversión, en un alto que llaman Chaglla se hizo un hospicio, para que los religiosos que transitaban por allí a Pozuzo tuviesen donde albergarse y rehacerse del penoso camino de la montaña, con su capilla para celebrar; y en este sitio dispuso el venerable padre comisario, se hiciese una vaquería en la cual se pusieron cien cabezas de ganado vacuno, para que sirviese de dar provisión a los padres conversores y de hacer cecinas para las entradas que se hacían a las Pampas del Sacramento."





CAPITULO XI

Fundación del colegio de Misioneros en Ocopa

1725-1758

SUMARIO: 1—Los colegios de Misioneros. 2—Colegios de Misioneros en Huaraz. 3—Santa Rosa de Ocopa. 4—Nuevos misioneros. 5—La satisfacción del éxito.

Aunque la Orden Seráfica tiene como tendencia nativa desde su origen una poderosa inclinación al ejercicio de la conversión de infieles; mas, en los siglos diez y siete y siguientes, quiso la divina Providencia que se formaran en América Colegios de Misioneros, con educación para lograr aquel nobilísimo fin.

Hemos tenido ocasión de ver en la primera parte de esta Biografía el vigor espiritual y apostólico que representaban los colegios de Querétaro, Guatemala y Guadalupe en Méjico y Centro América, bajo la inspiración de hombres tan eminentes como los padres Linaz, Margil, Melchor etc.

Uno de los motivos principales que tuvo el padre Margil para haber intentado pasar al Perú, fue el de traer a esta región el régimen de Colegios de Misioneros, que suponía como base necesaria para continuar con vigor y sin desmayo la obra de las Misiones entre infieles.

No estuvo de Dios que aquel gran hombre viniese al Perú; pero el mismo Señor en su adorable economía nos mandó al padre Francisco, en cuya alma estaba la misma

resolución de fundar en el Perú uno o varios colegios de misioneros, donde él formase a los religiosos en un apostolado especial, para emprender y arrostrar las dificultades de las misiones de infieles.

2—Apenas llegado al Perú y recorrido parte del virreinato dando misiones en los pueblos, hizo presente el padre Francisco su deseo a los superiores de la provincia de los Doce Apóstoles. Estos le oyeron y atendieron de buen grado y le ofrecieron, en 1709 ,el convento e iglesia de Recolección de Huaraz, cuya fábrica se hallaba en buen estado.

No rehusó el padre Francisco la oferta, pero vió que ella era enteramente inútil, por la gran distancia que mediaba entre aquella ciudad y el territorio de infieles.

3—Nuestro venerable puso los ojos para lograr sus intentos en un rincón del bellísimo y fértil valle que se extiende de Jauja a Huancayo. El rincón se denominaba Ocopa: correspondía a un pueblecillo con su capilla, que tenía por titular a Santa Rosa de Lima. Era anexo del curato de Concepción, distante una legua larga de ella; y curato y anexo estaban al cuidado de nuestra Orden.

El padre Francisco pidió a la provincia de los Doce Apóstoles que le cediesen Ocopa, para erigirle en hospicio de las conversiones, donde pudiesen establecerse los misioneros que esperaba de España y sirviese de lugar de convalescencia para los padres que saliesen enfermos de la montaña.

La provincia de los Doce Apóstoles hizo cesión del mencionado anexo al padre Francisco para los fines que deseaba, el 31 de Octubre de 1724.

El hospicio de Ocopa era insuficiente en aquella fecha para lo que se intentaba allí no había sino una capilla pequeña, dos celditas y una cocina minúscula.

El padre, por tanto, hizo correr los trámites entonces

acostumbrados ante el virrey de Lima para hacer una fábrica en regla. Fue otorgada la licencia en Febrero de 1725, y se tomó posesión del anexo a nombre de las conversiones el 19 de abril del mismo año.

Encargáronse de la fábrica y de las limosnas correspondientes tres religiosos legos, fray Pedro Navarro, andaluz fray Francisco Suárez, gallego, y fray José Ansorena, viscaíno.

4—De los doce sacerdotes y dos legos, que a pedido del padre Francisco salieron de España, dos socerdotes murieron durante el viaje. Estos misioneros no se agregaron a la provincia de los Doce Apóstoles, sino que quedaron bajo la inmediata jurisdicción del Comisario de Misiones. En 1732, funcionando como hijos del colegio de Misiones, tuvieron Capítulo guardianal en la Recolección de Pisco, presidido por el comisario general fray Antonio Cordero, en que fue electo guardián el padre fray Tomás de Cañas. En esa misma fecha la Provincia de los Doce Apóstoles entregó a los nuevos Misioneros las conversiones de Huánuco, Tarma y Jauja.

Cuando el hospicio de Ocopa fue capaz de albergar a los mencionados misioneros, que fue el año de 1734, pasaron todos ellos al dicho hospicio.

Desde aqui se repartieron algunos de ellos a diversos lugares de misiones: a la misión de Tarma fueron los padres fray Pedro Pons y fray Mariano Badía, de la provincia de Cataluña, hijos del colegio de Escornalbou: a la de Jauja los padres fray Manuel Bajo y fray Alonso del Espíritu Santo; a la conversión de Huánuco fueron los padres fray José Sánchez y fray José Gil Muñoz.

5—El venerable padre Francisco pudo quedar en buena parte satisfecho del éxito obtenido: pues la fundación de Ocopa llevaba el sello de la perpetuidad. Ni el convento de Huaráz ni el de Pisco, cedidos generosamente por la provincia de los Doce Apóstoles para colegios de

Misioneros, según disposiciones emanadas de la Santa Sede, ofrecían garantía de estabilidad, por la distancia a que se encontraban del teatro de las Misiones. Mas, el convento de Ocopa se hallaba, por decirlo así, a las puertas de la región montañosa poblada de infieles.



Hospicio primitivo.—(Ocopa)

Para obtener del gobierno de Esapña, con todos los trámites entonces en vigencia, el título de colegio de Misiones a favor de la fundación de Ocopa, envió a la Península al lego fray Joaquín Daturi, que partió en marzo de 1734. El hermano lego llevaba además el encargo de hacer presente al monarca que doce religiosos eran pocos para misiones de tan vasta extensión; que hacían falta unos veinte sacerdotes más, con los correspondientes legos.

Ambos puntos gestionó con celo y sagacidad el buen lego, de modo que obtuvo real cédula para el envío de nuevos misioneros, y el nombrado virrey marqués de Villagarcía traía el encargo de informar lo que viere conveniente en el asunto de Colegio de Misioneros.

Para apurar la fábrica del convento e iglesia de Ocopa alcanzó de la provincia de los Doce Apóstoles que le cedieron los proventos del curato de Comas; y él, a pesar de sus ochenta años, hacía de sobrestante de la obra, en que tenía puesta su alma y su corazón, como morada de Dios, de donde debían salir tan grande número de apóstoles en busca de almas para el cielo.

Los requisitos legales entonces necesarios para la erección de un colegio apostólico de misiones no se llenaron respecto del colegio de Santa Rosa de Ocopa sino el 18 de agosto de 1758, fecha en la cual Clemente XIII expidió el breve **Militantis Ecclesiae regimini**, habiéndose obtenido la Real Cédula el 2 de octubre del año anterior de 1757.





CAPITULO XII

Heroica exploración a las Pampas del Sacramento

1726-1735

SUMARIO: 1—Heroísmo de apóstoles. 3—Antecedentes. 3—Las Pampas del Sacramento 4—Misión en las Pampas. 5—Dificultades.

Mientras el venerable padre Francisco de San José estaba en sus afanes de fundar el convento de Ocopa, de elevarlo a la categoría de Colegio de Misioneros, y de alcanzar el aumento del personal de las conversiones; los misioneros en actual servicio, esparcidos por diversas regiones hacían prodigios de valor y de celo para ensanchar su campo de acción, con hambre y sed de que ninguna agrupación de indígenas infieles quedase sin el beneficio de ser evangelizadas.

Lo que sucedió en la región del Pozuzo, en su afán de penetrar en las Pampas del Sacramento, y las exploraciones que reiteraron con heroica tenacidad, llega hasta lo increíble: nadie ha hecho por la codicia de riquezas o por el loco amor a la humana gloria, más de lo que hicieron nuestros misioneros en esta ocasión por ilustrar, convertir y salvar las almas de los indios.

Consignemos la serie de aquellas exploraciones, cada una de las cuales parecía ser un fracaso, y a la verdad no era sino un estímulo para continuarlas hasta obtener el éxito deseado.

2—Los conversores de la región del Pozuzo, que vi-

vían en la proximidad del río de este nombre, fácilmente se dieron cuenta del sistema fluvial que se desplegaba al oriente de la misión de Tilingo: el pequeño río Mairo a donde los indios del Pozuzo concurrían a pescar, río que luego desemboca en el Palcazu; la confluencia del Palcazu con el Pozuzo a pocos pasos de la boca del Mairo; la confluencia del Palcazu con el Pichis; la colina de san Matías donde terminan las alturas para dar comienzo a los mares de verdura que luego se extienden del río Pichis al Pachitea, del Pachitea al Ucayali; del Ucayali al Amazonas, que comprende una zona extensísima, hasta que este coloso de los ríos abandona las playas terrestres para entrar en las playas del océano Atlántico.

Los neófitos de la misión del Pozuzo y de Tilingo no ignoraban los más de estos pormenores topográficos, y lo hablaban en sus conversiones con los padres. Además decían que allí cerca, en unos llanos donde no había monte, ni colinas, vivían los Carapachos y algunos Amueshas. Los Carapachos ya eran gente conocida por los misioneros de Panatahuas, que desde las márgenes del Huallaga habían avanzado hasta aquellas regiones ribereñas del Pachitea.

Estas noticias encendían en los corazones de los padres misioneros ardientes deseos de explorar aquellas llanuras, y dedicarse a la conversión de sus moradores, que suponían eran muchos. Lo único que los aterraba era la dificultad de abrirse paso en aquel laberinto intrincado de bosques sembrados de ríos.

Porque en nuestras llanuras orientales se presentan los bosques con dos distintos caracteres: los bosques de vegetación arbórea gigantesca, en los cuales las capas de los árboles forman cual tupida techumbre que no deja pasar los rayos del sol, ni permiten que la vegetación herbácea se desarrolle en el suelo: estos bosques son tran-

sitables sin auxilio de machete, porque se hallan desnudos de vegetación menuda; pero tienen el inconveniente de que es imposible la orientación, dentro de ellos; pues no se ve con suficiente claridad el movimiento del sol.

Aún resulta prácticamente imposible caminar con la brújula en la mano; pues si esto se puede realizar a ratos y por poco tiempo, es moralmente irrealizable en una caminata de días y semanas.

El otro tipo de bosques es aquel donde domina la vegetación de menor altura, donde crecen en abundancia plantas pequeñas que impiden e imposibilitan el paso; lo cual sucede generalmente en los declives próximos a los ríos, donde se combinan los sotos con la vegetación arbórea.

Ante estas dificultades, nuestros misioneros retrasaron por algunos años su entrada a los llanos amazónicos, a pesar de su celo por la salvación de las almas, y a pesar de que sus espíritus estaban de un temple de atletas, acostumbrados a superar con frecuencia mil obstâculos que oponía la malicia del indio y la inculta naturaleza.

El 11 de mayo del año 1726 se logró que unos indígenas de Pillao y Panao y algunos del Pozuzo, con un capitán suyo a la cabeza, emprendiesen la entrada a dichos llanos, a donde penetraron después de un recorrido de cuarenta días, vagando sin rumbo por aquellos bosques. Llegaron el 21 de junio, día de Corpus, y llamaron a los llanos Pampas del Sacramento. Y no habiendo bastimentos, volvieron sin reconocer el lugar ni avistarse con sus moradores.

En 1727 retornaron: y en habiendo llegado al paraje, al querer reconocer el país, se vieron impedidos de caudalosos ríos. Pasaron en una balsa uno de estos ríos y subieron a un cerro aislado, que pudo ser el cerro San Ma-

tías, y desde su cumbre descubrieron varias humaredas, coligiendo que por allí había gentiles.

Con esto se volvieron a Pozuzo, a dar cuenta y razón de lo que habían visto.

En octubre del año 1731, el padre fray José Antonio de Arévalo, presidente de la conversión de Pozuzo, salió a la misma empresa con los neófitos de la misión y aprovechando de las rutas conocidas en las entrada anteriores, en diez dias llegó a las Pampas; subio también al mencionado cerro, y distinguió en varias partes rancherías de indios. No se atrevió a ir a reconocerlas, por no haberse prevenido para este caso, y volvió al Pozuzo, mortificado por las lluvias torrenciales que desde octubre suelen caer y aumentan de un modo temible el caudal de los ríos.

Así mismo, en 1732, entró a las Pampas el padre fray Simón Jara conversor del Pozuzo, acompañado de los indígenas de Pillao y Panao. Y en esta coyuntura reconocieron el país, deseosos de entrevistarse con los indios para convivir familias enteras y en personal de su amistad íntima: en el caserón había muchas flechas, ollas de servicio doméstico, etc.; pero los indios se habían retirado y escondido en el bosque.

Quedaron allí por varios días, esperando que viniesen los indios; pero éstos no vinieron.

Considerando que de permanecer allí se exponían a una sorpresa, tan fácil en la oscuridad de la noche, y que los bastimentos iban mermando, resolvió retirarse hasta ocasión más propicia.

4—Como el padre Simón Jara era veterano en las misiones, después que personalmente hubo inspeccionado la Pampa del Sacramento en su región más próxima; formó su plan de conquista y trató de realizarlo con sagacidad y prudencia.

Convino con algunos naturales de Panao y Pillao y

algunos indios de la misión del Pozuzo, en que fueran al punto de las Pampas donde hallaron el caserón o galpón de indios, y que en su proximidad formaran un pequeño pueblo, cultivando la tierra y haciendo plantaciones que evitaran la necesidad de llevar bastimentos desde fuera; que luego iría él al mismo punto, y allí esperaría con calma que se reuniesen los indios y se vería el modo de catequizarlos. Proveyóles de yucas, maiz, fríjoles y otras semillas; y les envió bien instruídos de lo que debían hacer.

Logrado previamente lo antedicho, en mayo del año 1734 entró allí el padre Simón Jara, acompañado de más gente de los mismos puntos de Pillao; y entre las plantaciones que se habían hecho levantó una capilla y viviendas para los padres y la colonia. Con esto, dedicóse el padre Jara a recorrer aquellas regiones repetidas veces; pero no halló vestigio siquiera de los indios.

Por otra parte con el cambio de clima y las penalidades en escudriñar infructuosamente aquellos bosques, se enfermaron de gravedad algunos colonos; y fué preciso pedir más personal a Pozuzo y Panao, en lo cual fue atendido el padre Jara, pues el gobernador de la frontera le envió doce hombres con su cabo.

El padre Jara no desistió de su afán de recorrer aquellas selvas enmarañadas, buscando indios. En el mes de setiembre tuvo la satisfacción de hallar un galpón muy capaz, con gran cantidad de maíz y yucas, y en torno del galpón algunas chozas. Se instaló en dicho lugar, tanto para descansar y curar a los compañeros enfermos, como para dar lugar a que los indios viniesen.

En momentos en que el padre estaba ayudando a bien morir a dos enfermos y teniendo de gravedad a otros cinco, a eso de las diez del día, se dejaron ver como cien indios gentiles, desnudos y pintados, con vistosas coronas de plumajes, y sartas de dientes de cuadrumanos en los

brazos y piernas. Se presentaron armados y en son de combate a órdenes de sus respectivos cabecillas.

Los nuestros, viéndoles, comprendieron que venían de guerra, gritaron y los indios arrojaron algunas flechas, una de las cuales atravesó la pantorrilla del padre Jara que estaba de rodillas auxiliando a los moribundos.

Ordenó el padre Jara a los suyos que arrojaran sus armas al suelo; visto lo cual, se les acercaron los indios en son de paz. Estos no tenían la menor idea de los misioneros, pues les causó no poca sorpresa ver el hábito del padre Jara; pero pesarosos de verlo herido, le sacaron la flecha y le curaron la herida con el cogollo de **caña brava** (1) machacada, con tanta felicidad, que sanó de la herida y simultáneamente se le corrigió la cojera de que el padre Jara adolecía en la pierna herida.

Repartió el misionero a los indios cuchillos y **chaquiras**: acción que celebraron con muestras de alegría, comidiéndose luego a dar sepultura a dos cadáveres de dos colonos que aquella mañana habían muerto.

A pesar de que el padre Jara era versadísimo en la lengua quechua y en la amuesha, y a pesar de que entre los colonos habían personas de diversos puntos, no pudieron entrar en inteligencia con los indios, pues ignoraban recíprocamente la lengua los unos de los otros. Así, no pudieron averiguar la nación a que pertenecían los indios, aunque los nuestros por verlos desnudos, les llamaban Carapachos. Ya que empezaba a oscurecer, se internaron los indios complacientes y benévolos.

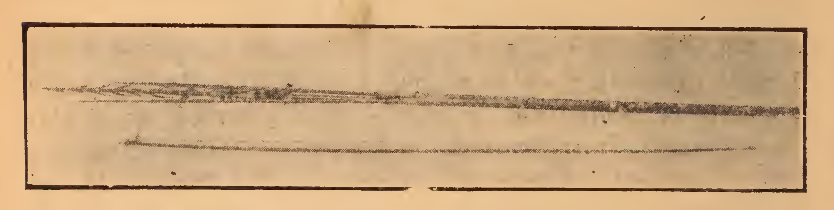
5—Todo lo que se había hecho y logrado no llenaba las aspiraciones del padre Jara: por el contrario, creía hallarse en la obligación de desistir por el momento de su em-

---

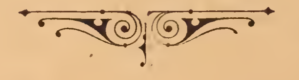
(1) **Gyneriums agittatum.**

presa y volver a Pozuzo; dar cuenta a los superiores de todo lo actuado, y con su consejo tomar con madurez la determinación más conveniente. Al volver, dejaba enterrados once compañeros en la soledad de aquellos bosques.

Una vez retornados a Pozuzo, se convenció el padre Jara, de que los indígenas de la frontera que le acompañaron a las Pampas del Sacramento, estaban poseídos de terror por la muerte de sus compañeros y sin ánimos para volver. A esto se agregaba que el corregidor de Huánuco, de consuno con otros personajes de la ciudad, dió al gobierno de Lima un informe contra lo actuado por los misioneros del Pozuzo, y remitieron a los superiores de la Orden una querella contra los mismos misioneros. Al extremo de que el padre fray José Sánchez, presidente de las conversiones de Huánuco, creyó prudente constituirse en Lima y dar razón de las empresas llevadas a cabo, como lo hizo después de principios del año 1735.



Flechas y arcos de Cashibos y Carapachos





CAPITULO XIII

Se continúan las exploraciones a las Pampas

1735-1736

SUMARIO: 1—Renuncia el padre Francisco su cargo. 2—Gestiones del padre Núñez. 3—Sexta entrada a las Pampas del Sacramento. 4—Entra también el padre Sánchez.

El venerable padre fray Francisco de san José ya no era Comisario de misiones, cuando ocurrió el incidente que hemos apuntado al finalizar el capítulo anterior. Cargado de años y no exento de achaques, comprendió que ya octogenario no podía emprender los largos viajes que reclamaba el cargo de comisario y vice-prefecto de misiones de que estaba investido; y a fines del año 1734 hizo renuncia de ambos cargos, ante el comisario general fray Antonio Cordero. Aceptada la renuncia, dicho padre Comisario general hizo que los cargos mencionados recayeran en el padre fray Lorenzo Núñez de Mendoza, a la sazón visitador de las conversiones de Huánuco.

2—El padre José Sánchez, a quien vimos bajar de Huánuco a Lima, expuso al padre Comisario Núñez los hechos acaecidos en las conversiones de Huánuco y en las exploraciones a las Pampas del Sacramento, y en espera de lo que se resolviera, retiróse a descansar al convento de Ocopa.

El padre Núñez triunfó ante el gobierno de Lima de

los que tal vez eran gratuitos adversarios de los misioneros. Y allanados todos los tropiezos, escribió al padre Sánchez que fuese a las misiones del Pozuzo a hacerse cargo de la presidencia de aquellas conversiones, y a proseguir las exploraciones de las Pampas del Sacramento.

Cumpliendo las órdenes recibidas, arribó el padre Sanchez a Huánuco el 21 de julio de 1735, y de aquí comunicó a los padres fray José Gil Muñoz y fray Simón Jara la resolución de emprender de nuevo la conquista espiritual de los Carapachos; y que entre los dos, echasen suertes sobre quién le había de acompañar en ella. Tocó la suerte al padre fray Simón Jara; quien, animoso para reanudar aquellas penosas exploraciones, contestó al padre Sánchez que apresurase los preparativos, puesto que se acercaba la época de las lluvias.

Mas, como el consabido corregidor no aprobaba estas empresas, negóse a dar gente de los pueblos fronterizos a la montaña, agregando que estaba suficientemente autorizado para ello. Sólo después de atravesadas varias razones entre el corregidor y el padre superior de las misiones, y debido a la protesta enérgica de estos, consistió en dar diez hombres de Chinchao, Panao y Pillao; juntándose a estos algunos serranos de Chaglla y neófitos de Pozuzo, se resolvió hacer la entrada.

Se determinó que se adelantase el padre Jara, quien después de celebrar devotamente la santa misa el día de la Asunción de Nuestra Señora de aquel año de 1735, partió acompañado de veinticuatro hombres; a los diez días de caminar con felicidad, llegaron al embarcadero que daba acceso a las Pampas, donde hallaron en buen estado la capillita construída el año anterior.

Habiendo descansado en aquel punto por algunos días, fuéronse al paraje donde el año antecedente hablaron a los indios; pero no encontraron ni rastro de ellos.

Dieron a recorrer todas las inmediaciones; y si rastreaban por trechos algunas huellas, luego se perdían.

En estas correrías emplearon dos meses, haciendo el oficio del buen pastor que busca las ovejas descarriadas, pero sin fruto, deplorando su mala suerte. Y de ver que los infieles no parecían los fronterizos de la expedición se amotinaron, asegurando que no podían quedar por más tiempo en aquella soledad; y acudiendo a las vías de hecho, se salieron con su cabo, quedándose en el embarcadero el padre Simón Jara con algunos neófitos del Pozuzo, que no quisieron desampararle.

4—En aquella coyuntura había llegado a Pozozo el padre superior de la misión fray José Sánchez, y viendo que salían los fronterizos e informado por cartas del padre Jara de lo que pasaba en el interior, determinó también entrar él, acompañado de alguna gente y socorrer al padre Jara.

Llegó al embarcadero el 14 de noviembre de 1735, y ¡admírese el lector prudente! estuvieron cerca de ocho meses en los afanes de hallar a los indios en aquellos solitarios bosques.

Es fácil deducir todo lo que debieron padecer durante aquellos ocho meses: lluvias torrenciales y tempestuosas que hacían difícil todo viaje; escasez de muchas cosas necesarias para la vida; podrirse los vestidos con la humedad; carencia de víveres en las excursioses que intentaban; y los indios que con estudiada maña se ocultaban para no ser vistos por los cansados exploradores.

El padre Jara fue enviado a Tilingo y Pozuzo para atender a los neófitos de dichas misiones; mas como en junio de 1736 volviesen seis exploradores, mandados por el padre Sánchez con la noticia de que los indios Carapachos tenían sus chácaras de allí a unos ocho días de camino; y que habían visto en ellas a dos indios, los cuales al instante que vieron a los cristianos se metieron al monte y no fue posi-

ble encontrarlos; el padre Sánchez le notició del hecho, encargándole que con la gente que pudiese recoger, volviese al embarcadero, para entrar al punto donde vivían los Carapachos sin pérdida de tiempo.

El padre Jara no tardó en cumplir la orden, y el 13 de junio ya le tenían en el embarcadero. Con su llegada se dispuso el viaje: determinaron hacerlo por el río, que debió ser el Pozuzo unido al Palcazu, que con este nombre se dirige al encuentro del Pichis; se embarcaron en balsas con diez hombres de compañía el día 25 de junio; pero con tan mala suerte, que descomponiéndose una de las balsas, perdieron los víveres y se ahogó uno de los indios bogas. Por cuyo motivo fue preciso tornar al embarcadero, proveerse nuevamente de bastimentos y emprender el viaje por tierra.

Mientras se hacían los últimos preparativos para la salida, llegó allí el capitán Lorenzo Eugenio, con doce hombres de Panao, y descansando cuatro días, emprendieron juntos la marcha a los Carapachos. Después de seis jornadas avistaron las plantaciones de dichos indios. En aquel punto se quedó el padre Jara con el cuidado de cuatro serranos enfermos. El resto de los expedicionarios continuó la marcha; y al día siguiente dieron con un grande galpón, que distaba poco de los terrenos cultivados de los indios.

Comprendiendo el peligro que corrían, se confesaron y comulgaron al amanecer del 14 de julio, día de san Buenaventura; y a eso de las nueve de la mañana se les acercaron como cien indios, armados de arcos y flechas, con una gritería peculiar que usan en señal de alarma y toque de guerra.

Se adelantó a ellos el padre José Sánchez con muestras de padre y de misionero, dándoles a entender que venía de paz y no de guerra. Desde luego les regaló cuchillos que traía, y con esto quedaron los indios sosegados. Pero la fal-

ta de intérprete fue también esta vez un obstáculo insuperable, pues no hubo de los exploradores quien supiese la lengua de los indios. Estuvieron juntos hasta las cinco de la tarde, hora en que amistosamente se despidieron.

El padre Sánchez formó la resolución de quedarse entre aquellos indios por algún tiempo para dedicarse al estudio de su idioma y a su conversión; pero los fronterizos de Panao no vinieron en ello, diciéndole que si no se retiraba, le dejarían solo aquella noche; con lo cual hallóse forzado a salir, como lo hizo dirigiéndose al embarcadero. Y consultado el punto con el padre Jara, resolvieron pasar al Pozuzo, y comunicar a los superiores de la Orden y al gobierno de Lima todo lo ejecutado y estar a lo que resolviesen.

He aquí el término de tantos viajes, acompañados de tantas penalidades; pues hasta fecha muy posterior no se intentó nueva entrada por el Pozuzo a las Pampas del Sacramento. He aquí una muestra de los esfuerzos que exige generalmente la apertura de una nueva misión. Aquellos Carapachos que vivían próximos a las riberas del Pachitea, quedaron sin instructores evangélicos por muchos años, no por culpa del misionero que los buscó tan solícitamente, sino por su indolencia nativa, por la cual desestimaban brutalmente el beneficio de la regeneración espiritual.

Los padres conversores de Huancabamba se preocuparon también de las Pampas mencionadas, y así en el año de 1741 vemos explorando el Palcazu y el Mairo al padre Manuel Albarran, que recogió allí algunos apóstatas y los llevó a su parroquia de Huancabamba.





CAPITULO XIV

Misiones en el Gran Pajonal

1733-1742

SUMARIO: 1—Vaivenes de los humanos sucesos. 2—En comunicación con el Pajonal. 3—Entrada al Pajonal. 4—Fundación de pueblos.

No hace muchos lustros desde que el afamado misionero de nuestro Oriente el padre fray Gabriel Sala se coronó de gloria ante la expectación interesada de la República del Perú, con un viaje a la región llamada el Gran Pajonal. Aquella exploración fue necesaria para compulsar el ánimo de los indios Campas, que habitan el Pajonal y los territorios próximos; pues aquellos indios podrían haber sido un peligro para el movimiento desde Chanchamayo a Puerto Bermúdez; por el nuevo camino llamado de Capelo y para las empresas agrícolas que se proyectaban en aquellas regiones, colindantes con el Perené, Pichis y Pachitea. El viaje del padre Sala, atravesando de parte a parte el Pajonal entrando por el río Tambo y saliendo al río Perené después de tratar amigablemente con los indios que lo habitan y dejándolos bien impresionados resolvió el problema ofreciendo garantías suficientes para la realización de empresas útiles y para el usufructo de aquella zona en beneficio de la nación.

El padre Sala recorrió el Gran Pajonal hallándolo

en estado tan salvaje, cual si nunca hubiera visto la figura del misionero, cual si nunca hubieran levantado allí conventos y capillas en gran número. Pero era verdad que la sombra benéfica del padre Francisco de san José, que tenía la peregrina virtud de fecundar los campos donde trabajaban él y sus enviados, había hecho del Pajonal un centro floridísimo de misiones; de forma que resultaba aquella zona una gloria especial del varón apostólico y de los misioneros que contribuyeron a introducir allí las luces y los beneficios del cristianismo.

2—Veamos los pasos que dieron para lograr el éxito deseado. Un misionero alentado del espíritu de Dios, el padre fray Juan de la Marca, fue el inspirador de la idea de llevar el evangelio a los moradores del Gran Pajonal. Explorador insigne y fundador de varias poblaciones en la montaña, estaba hecho a ver las cosas que más podían contribuir al bien de las almas. Siendo conversor de san Tadeo de los **Antis** en el Perené, supo lo muy poblado que estaba el Pajonal, que no distaba mucho de aquel punto de san Tadeo. Con maneras afables y persuasivas indujo al cacique de Eneño, don Mateo de Assia, a que se pusiera en correspondencia con aquellos infieles.

Era el cacique don Mateo de Assia hombre que gozaba de grande autoridad entre los indios de los contornos; y por esto se animó a llevar a cabo la delicada expedición. Lo acompañaba un negro llamado Gatica, que servía a las conversiones.

Entraron por san Tadeo y por una ladera que con el nombre de Tranca ofrecía el acceso menos difícil al Pajonal, que se halla circuido de un cordón de cerros.

La embajada del cacique tuvo todo el éxito que se podía esperar; los indos moradores del Pajonal no sólo estaban llanos a recibir a los padres que allí fuesen a enseñarles la religión, para que recibiesen la ley de Dios;

sino que además con el cacique salieron de sus tierras ciento setenta y dos personas, entre hombres, mujeres y niños, y vinieron al pueblo de san Tadeo.

Esta salida de los indios del Pajonal no fue prudente; pues, como la temperatura de las altiplanicies de aquella región es fría, en san Tadeo se enfermaron muchos de disentería; de estos murieron más de cuarenta personas, y el resto atemorizado volvióse a su tierra a fines del año 1730.

3—En 1732 entró a las conversiones de Tarma el padre visitador de ellas fray Lorenzo Núñez de Mendoza, y en el pueblo de san Tadeo le informó minuciosamente el padre La Marca de todo lo acaecido con los moradores del Pajonal; que a pesar del sensible fallecimiento de los que vinieron a aquel pueblo, no habían perdido su buena voluntad para con los misioneros, que él cultivaba muy amistosamente relaciones con cuatro caciques principales del Pajonal, y otros pormenores que acreditaban lo fácil que sería establecer una misión fructuosa en aquella región, si hubiese más operarios evangélicos.

El padre visitador quiso cerciorarse al por menor de todo esto, como también ver y agasajar a los cuatro caciques. Los caciques fueron llamados y vinieron amigables y gustosos. El padre Núñez de Mendoza les regaló herramientas y otros objetos útiles, y les dijo que se vinieran a San Tadeo. A este dijeron que no era posible venir a san Tadeo, en donde la gente moriría. Que aun en el mismo Pajonal era difícil juntar la gente y formar pueblos, pues vivían diseminados y arrimadas las familias a sus plantaciones. Que sin embargo, si venía el padre al Pajonal, ellos harían todo lo posible para reunir la gente.

Se les dijo que en el verano inmediato se procuraría que entrase allí un padre; y mientras tanto les dieron algunos muchachos bien instruídos en la doctrina cristia-

na ,para que fuesen aprendiendo lo necesario para la salvación de sus almas.

En el mes de abril del año 1733, entró al Pajonal el padre Juan de La Marca, según se había ofrecido a los caciques. Hizo la entrada con quince indios cristianos de San Tadeo. En el río Tampianiqui halló a los cuatro caciques, quienes le recibieron con demostraciones de complacencia y alegría.

En este lugar fundaron un pueblo que llamaron Nuestra Señora del Puerto.

A poco se fundó en la margen del río que el padre Amich llamó Ubenique el pueblo de san Francisco Solano de Aporoquiaqui, siete leguas distante de Tampianiqui.

La falta de operarios impidió proceder a nuevas fundaciones, aunque el terreno estaba disponible y dóciles los corazones de los indios; pues el padre de La Marca atendía con un donado y un español por compañero, desde Catalipango en la región del Pangoa y san Tadeo en el Perené, hasta el Puerto y Aporoquiaqui en el Pajonal.

4—En el año de 1735, con el aumento del personal de los misioneros, mejoraron no poco las conversiones. Los padres Alonso del Espíritu Santo, Manuel Bajo, Cristóbal Pacheco y el lego Fernando de Jesús, visitaron la misión de Sonomoro. Luego esos mismos tres padres, con el lego fray Francisco Sánchez, con alguna gente armada y el cacique Mateo de Assia, recorrieron todo el Pajonal y reconocieron sus centros de indígenas, fundando tres pueblos. Emplearon en esto el tiempo que media desde el 10 de junio hasta el 20 de julio.

Con tanta prosperidad iban las cosas de las conversiones del Pajonal y demás puntos abarcados por el celo del venerable padre Francisco de san José, que en el año de 1736 se pudo formar un cuadro que en verdad sor-

prende, dando idea de la incomparable eficacia de aquel varón eminente para promover las misiones.

Estas misiones se dividían por el siguiente orden y denominación: Conversiones de Jauja, Tarma, Huánuco y Cajamarquilla. Abarcaban los centros siguientes: Quimirí con 201 almas, Nijandaris con 29 almas, Cerro de la Sal con 119 almas, (Huancabamba), Metraro con 73 almas, Eneño con 213 almas, Pichana con 125 almas, Antis con 313 almas, Paroquiaqui con 111 almas, Tampianiqui con 278 almas,, Andamarca con 500 almas, Anariqui con 172 almas, Carete con 143 almas, Tiguanasqui con



Cuadro de la conversiones, segun existe en un claustro del convento de (Ocopa)

222 almas, (Comas), Onichaque con 178 almas, (Chavirosqui), Comarosqui con 172 almas, Puyeseronti con 270 almas, Jesús María con 310 almas, Catalipango con 130 almas, Sonomoro con 137 almas, Chavini con 219 almas, Parva la Baja con 262 almas, (Parva la Alta), Pozuzo

con 200 almas, Tillingo con 184 almas, (Charubamba, Pampa del Sacramento), Pirintoqui con 103 almas, Chanasá con 451 almas, Siercobamba con 200 almas, Anchay son 250 almas, Ochonaqui Santa Cruz del Valle, Saniuco, Guanay, Curaneca, Tintabamba, Apisoncho, Apotobamba, Pisaua, Ichupiamorias, Pucará, con 2752 almas, Tumapasa, Llollica, Capellanía, Pelechuco, Isiamas y San Juan de Buenavista: es decir unos cincuenta centros de misión cuya población indígena pasaba de 10.000 almas.

Se hallaban empeñados en promover aquellas misiones unos cuarenta misioneros entre sacerdotes, legos y donados de la Orden (1).

Pero ¡oh dolor!: los más de estos centros no tenían más porvenir que hasta el año de 1742, fecha en que el rebelde Santos Atahualpa hizo de ellos ruína y desolación.

El padre Juan de la Marca salió en 1735 de san Tadeo de los Antis a la sierra, para cumplir la orden del gobierno de Lima de que inspeccionara el puente de piedra de Jauja; contrajo una grave enfermedad al atravesar las alturas frías y destempladas, y entregó su alma de apóstol en manos del Criador en el valle de Jauja.

(1) El cuadro que mencionamos y que se conserva colocado en uno de los claustros del convento de Ocopa, hace mención de los siguientes conversores: José Antonio Arévalo, hermano Domingo, el padre Gazo, Manuel del Santo, Martín Barela, Esteban de Arambulo. Juan Carino Francisco Otozu, Juan Benavides, José Portales, Cayetano Rodríguez, Francisco Lego, hermano Juan de Jesús, Mateo Bravo, Francisco Silva, Buenaventura Otlaiza, Padre Mariano, Alonso Lombarda Padre Dominguez, José Gil, Padre Baltazar, Fernando Perez, Juan Pollanco, Domingo García, Pedro de la Concepcinn, Juan Algaba, fray Pedro, Bernardo Remusgo, José Fuentes, Manuel Albarrán, Bernardo Mar, Simón Perez Jara, Tomás Alvarez, P. Montiel, Diego López.—Aquí ofrecemos al lector un fotograbado del cuadro referido.



CAPITULO XV

Sucesos de Sonomoro: felonías y crueldades de Ignacio Torote

1735-1737

SUMARIO: 1—Antecedentes. 3—A sangre y fuego. 3—Después de la matanza. 4—Castigo de los culpables. 5—Los chichirenes.

RECORDARÁ el lector que en el capítulo décimo de este libro hicimos mención de las eximias cualidades del padre fray Fernando de san José como misionero; que allí consignamos que este santo religioso tuvo el gusto de bautizar en 1723 al cacique de los Antis, a quien llamó don Fernando Torote, bautismo que solemnizaron con su presencia unos tres mil indios; que el padre Fernando recibió en 1724 una falsa embajada de los indios Piros del Tambo, y que en una emboscada y entre una lluvia de flechas entregó a Dios su alma de mártir; y que esta emboscada y esta lluvia de flechas se atribuyó nada menos que al propio Fernando Torote.

El lector no debe admirarse de que esto hubiera sucedido.

Por desgracia hechos como aquel son más de uno en la serie de acontecimientos que estamos narrando. Desde aquel año de 1724 en que Torote dejó de ser buen cristiano, para pensar de nuevo en sus antiguas libertades y tener más de una mujer, no contento de entregarse a toda suerte de extravíos, hizo entre los suyos abierta pro-

paganda contra los padres misioneros, tratando de sembrar también la cizaña en el campo de sus enseñanzas. Ya se murmuraba entre varios indios principales que los misioneros venían a quitarles su libertad, haciéndoles andar a reglamento y a toque de campana, sin poderse dar gusto en su antigua vida, en que disfrutaban de muchas mujeres y de sosegada vida en el monte.

Quien se esmeró en las quejas más que los demás descontentos, fue un hijo de Fernando Torote, llamado Ignacio. Este llegó a lo sumo de la maldad, y le era enojoso todo lo bueno, y tomó la resolución de quitar la vida a los conversores y a cuantos se lo quisieran estorbar. A este efecto reunió de entre sus parientes y parciales a los que creyó secundarían sus planes, previniéndoles que estuviesen listos para el momento oportuno.

También recordará el lector que el año de 1735 estuvieron en Sonomoro los padres fray Alonso del Espíritu Santo, fray Manuel Bajo y fray Cristóbal Pacheco, y que por entonces pasaron a explorar el Pajonal, como lo hicieron con sorprendente prontitud y felicidad.

Luego el padre Cristóbal Pacheco pasó a la misión de Sonomoro, quedándose en el Pajonal los padres Alonso y Manuel.

Acercándose la fiesta de san José en marzo de 1737, los mencionados padres Manuel y Alonso resolvieron pasar la fiesta del santo Patriarca en Sonomoro con el padre Pacheco, y juntamente conferenciar entre los tres sobre el mejor modo de entrar nuevamente a los Cunibos del Ucayali; y como lo resolvieron así lo ejecutaron.

2—A Ignacio Torote le pareció esta muy buena oportunidad para dar comienzo a sus planes de exterminio. Juntó su gente en Catalipango, que eran diez y siete indios cristianos renegados y cuatro infieles.

Ante todo quisieron despejar Catalipango de todo lo que les pudiese servir de estorbo para sus planes. En aque-

lla misión no había por el momento sino un hermano donado llamado Simón de Jesús, con dos muchachos que se criaban en el convento y un negro de la conversión, casado con una india. Torote empezó la matanza por el negro, para impedir que pudiese dar aviso de lo que ya iba siendo público; luego mató a su mujer, en seguida a los dos muchachos del convento; después a la mujer del cacique de Sonomoro, que se hallaba en Catalipango y por último al hermano Simón de Jesús.

En seguida Torote y los suyos profanaron la iglesia: las sagradas imágenes fueron arrojadas al río, se apropiaron todo lo que les pareció de utilidad e incendiaron la iglesia y el convento.

Esta horrible matanza y profanación sucedía el 17 de marzo de 1737. Perpetrado lo antedicho y teniendo las espaldas seguras, emprendieron sus jornadas a Sonomoro, antes que ellos llegasen.

Entraron en Sonomoro a las 11 del día veinte, cuando todos los neófitos de la misión se hallaban ocupados en el cultivo de sus tierras. Ignacio Torote dejó su gente oculta en el bosque, y el nuevo Judas entró solo en el pueblo y subió al convento, donde con muestras de sumisión respetuosa tomó la bendición a los padres. Dióse perfectamente cuenta de que los padres estaban indefensos; bajó luego y convocó a sus compañeros; puso centinelas a las puertas del convento, para que nadie se escapase; y subió las escaleras junto con seis indios, todos armados, que dispararon sus flechas a los tres misioneros a boca de jarro. En pocos instantes quedaron los tres misioners atravesados de flechas; quienes, dándose cuenta de lo que pasaba y la negra mano que les hería, dieron gustosos sus vidas en defensa de la Religión que predicaban, invocando los tres unánimemente los dulcísimos nombres de Jesús y María.

Hallándose el padre fray Manuel Bajo en la última a-

gonía, con dos flechas atravesadas, dijo amorosamente al cacique:

"Pues Ignacio, ¿por qué nos matais . . . ?

Respondió con insolencia el malvado:

—"Por que tú y los tuyos nos estais matando todos los días con vuestros sermones y doctrinas, quitándonos nuestra libertad."

Luego con las macanas los acabaron de matar.

Bajaron en seguida rápidamente y quitaron la vida al hermano donado Juan de san Antonio y a tres indios cristianos que asistían a los religiosos. Sin tardanza saquearon el convento, robaron un gran número de herramientas que había con intención de llevarlas a los Cunibos; de la iglesia sacaron la ropa blanca, haciendo irrisión de la misma; y si no incendió la iglesia y el convento, fue para que con la humareda no se diesen cuenta los indios cristianos de Sonomoro y ejecutasen en los asesinos y profanadores una terrible venganza. Por lo mismo, fuéronse de allí a toda prisa, satisfechos de haber muerto, robado y profanado.

Así terminaron su preciosa existencia los padres Alonso del Espíritu Santo, Manuel Bajo y Cristóbal Pacheco.

3—Quiso la Providencia que un donadito de trece años, luego que vio venir al convento los indios armados, se escondiese en un hueco, bajo la escalera, desde donde se dio cuenta de todo lo ocurrido. En yéndose Torote y los suyos, dió aviso a la gente de la cristiandad, quienes sin perder tiempo pasaron al curato de Comas, a dar cuenta del hecho al cura de aquella parroquia padre fray Cayetano Rodríguez; el cual, juntando sesenta mozos esforzados de su doctrina, pasó a Sonomoro, reconoció los cadáveres de sus hermanos que aún permanecían insepultos, destrozados a golpes de macana y con las flechas atravesadas. Sacó las flechas, recogió los esparcidos miembros y les dió sepultura honorífica.

Recogió el inventario de las halajas de la iglesia, las llevó a Andamarca para evitar el peligro de que fueran profanadas.

Ignacio Torote y su facción se mantuvieron en las inmediaciones de Sonomoro hasta que llegó el padre cura de Comas con su gente; luego, teniendo por cierto que su horrible atentado no se ignoraba ya fuera de la montaña, con el temor consiguiente a las armas españolas, se retiraron a Catalipango, donde pegaron fuego a todo el pueblo, y fuéronse a Jesús María, como a un lugar más apropósito para la fuga.

Mientras Torote permaneció allí, ofreció a los indios herramientas como premio de las matanzas que ejecutaron en algunos de los padres o de los cristianos que los asistían, no ocultando el deseo que le devoraba, como a fiera salvaje, de que desapareciera de las montañas aun el nombre cristiano.

4—El padre José Amich cuenta en este lugar muy al pormenor la forma que tuvieron las autoridades españolas para proceder al castigo de los culpados: que el cura de Comas, padre fray Cayetano Rodríguez, bajó a Lima llevándose consigo las flechas ensangrentadas con que fueron traspasados los cuerpos de los mártires; que se pusieron en movimiento los gobernadores de Tarma y Jauja, lo mismo que los padres fray Lorenzo de Núñez, fray José de san Antonio, fray Pedro Camacho, fray Ignacio Tejo, fray Pedro Pons, fray Simón Jara y fray Domingo García, y los hermanos Fernando de Jesús y Francisco Suárez; que para el castigo contaron con el apoyo y diligencias del cacique de Sonomoro don Bartolomé Quintimari y de su alcalde Manuel Sumonte: que les ayudó en esta misma labor el cacique de los Cunibos Siabar, con excelente voluntad.

Como resultado de todo y siguiendo la forma del derecho, se pronunció contra los autores y cómplices de aquellos atentados sentencia de muerte. Solo Torote evitó la

pesquisa y el castigo, internado entre los Simirinches.

Ejecutado el castigo se procedió a levantar un castillo en Sonomoro, en el cual quedó de guarnición un alférez con catorce soldados.

5—Mientras se llevaba a su término la fábrica del castillo, no quiso tener ociosa la fogosidad de su celo el hermano fray Fernando de Jesús, que en aquella coyuntura fue a visitar a los Chichirenes, reducidos un año antes, y que formaron el pueblo de Santa Bárbara de Pariac, veinte leguas al sur de Sonomoro.

Hallólos tranquilos y de buena voluntad; les aconsejó que se reuniesen e hiciesen sus plantaciones, prometiéndoles que pronto vendría un padre sacerdote que les instruyese y administrase los santos sacramentos.

En 1742 vemos a los legos fray Juan de san Antonio y al mismo fray Fernando de Jesús recorriendo los montes de Parica y embarcándose con sus indios en viaje al Perené.





CAPITULO XVI

Entradas a los Cunibos de Ucayali

1736-1724

SUMARIO: 1—Puerto para el Tambo y Ucayali. 2—Entrada a los Cunibos. 3—Conducta caballerosa de Siabar. 4—Promesas que se cumplen. 5—Infructuosa entrada a los Cunibos.

TENDENCIA fue de nuestros misioneros establecer la entrada a las regiones del Oriente por Andamarca, Pangoa, Perené, Tambo y Ucayali, ruta que ofrecía el acceso más fácil y corto a aquellas zonas orientales. Con este fin, en tiempos del gran explorador padre Biedma se abrió un camino de carretera hasta el río Pangoa y se fundó un pueblo, Jesús María, en la desembocadura del Ene; con este fin el año de 1727 el padre fray Juan de La Marca, vencidas dificultades de todo género que ofrecían los Campas poco manejables, fundó el pueblo de san Fermín de Parica, cerca del punto en que el río Pangoa se junta con el Perené, con ánimo, de construir allí un fuerte para contener en el debido respeto, así a los apóstatas que allí se refugiaban, como a los Campas del Tambo, a los Mochobos, Simirinches y Piros, indiadas levantiscas que siempre han rehuído la coyunda del Evangelio.

Verdad es que aquel pueblo de Parica se tuvo que abandonar pronto, por hallarse situado en un lugar malsano donde ya empezaba a morir gente; y en 1729 se trasladó el pueblo a tres leguas más al nordeste, a terreno venti-

lado, llamando al nuevo pueblo san Antonio de Catalipango.

2—Después de la desastrosa muerte del padre Biedma y de sus compañeros, no se pensó por algunos años en entrar a los Cunibos del Ucayali, teniendo que pasar, como lo hemos apuntado, por el río Tambo, sometido al acceso de los indios Mochobos, Simirinches y Piros.

Mas, cuando las misiones todas encomendadas a los franciscanos en el Perú tomaron un incremento, puede decirse ,inesperado y prodigioso, bajo la influencia poderosa del padre Francisco de san José, volvió a despertarse en los misioneros la antigua idea de las exploraciones al Ucayali por la ruta del Tambo.

El año de 1736 entró a los Simirinches y Cunibos el padre fray Alonso del Espíritu Santo, cumpliendo el deseo de sus superiores. Partió de Catalipango el día 15 de Agosto, y tuvo la suerte de ser bien recibido, no solo de los Simirinches, sino de los Cunibos que se habían establecido en Camarinahue. Mereció la amistad íntima y la profunda veneración del cacique Siabar, que vivía en Caparosqui y era hijo de D. Felipe Cayabay, de tan gratos recuerdos por la cooperación prestada galantemente al padre Biedma.

El padre Alonso no volvió a Catalipango, sino que pasó al Gran Pajonal por Chipanaque, a un punto no lejos de la laguna de Pirintoqui, ganando con esta franca entrada la voluntad de los moradores del Pajonal.

3—Los deplorables sucesos de Sonomoro y Catalipango el año de 1737, trajeron como consecuencia el estrechar más las relaciones del cacique Siabar con los padres misioneros. Porque con las noticias que ya corrían por la región del Pangoa, de que el gobierno de Lima se movía con gran aparato para el condigno castigo; de que el gobernador de Jauja don Benito Troncoso Lira y Sotomayor, de noble linaje y de gran valor, con gente de armas, y a-

compañado de los padres fray José de san Antonio, fray Ignacio Tejo y algunos hermanos, venía personalmente a Sonomoro: con estas noticias que dejaban ver que se trataba de un castigo en regla, Ignacio Torote y no pocos de sus cómplices, inseguros en la región del Pangoa, pasaron unos a los Simirinches con Torote y otros a los Cunibos.

Cuando Siabar fue informado de cuanto había pasado en Pangoa, lo sintió muchísimo lo deploró angustiado, sobre todo, sabiendo que en la matanza habían comprendido a su grande y venerado amigo el padre fray Alonso del Espíritu Santo. Luego ordenó matar a un indio joven cristiano, que entre los Cunibos decía mal de los religiosos; mandó prender a dos primos hermanos de Torote y compañeros de sus crueldades, y con la cabeza del que hizo matar, remitió a estos dos con buena escolta al cacique de Metraro y Eneño, don Mateo de Assia, para que diese cuenta de ellos.

Esto sucedía cuando el Gobernador de Tarma don Pedro de Milla, había llegado con su tropa a Metraro, al castigo de los delincuentes fugitivos.

Cuando el Gobernador don Benito Troncoso pasó con su gente hasta Catalipango, Siabar envió a un criado suyo, llamado Nanzo, a que cumplimentara en su nombre al gobernador, ofreciéndose de buen grado a ser vasallo del rey y siervo de los misioneros.

El gobernador por su parte agradeció a Siabar su rectitud en la prisión de los malhechores y su lealtad en sus ofrecimientos; y a más le envió hachas, machetes, cuchillos y un vestido militar, nombrándolo de parte del rey, general de todas las naciones del rio Paru o Ucayali.

Agradecido Siabar, subió en sus canoas hasta Jesús María para entrevistarse con el gobernador y los padres; y no hallándose ya en dicho pueblo, envió a Sonomoro a un cuñado suyo con tres Cunibos, con encargo de que di-

jesen al gobernador el deseo que tenía de verle y hablarle, sobre la prisión de Torote y otros puntos.

A los Cunibos se trató en Sonomoro con agasajos y reconocimiento; se les regaló un cuchillo a cada uno, y al cuñado de Siabar una hacha y un machete.

No hallándose con ánimos para moverse, ya cansados y rendidos de los penosos viajes, así el gobernador como los padres; enviaron a fray Fernando de Jesús con los Cunibos un hermano donado intérprete y el cacique de Sonomoro D. Bartolomé Quintimasi, que salieron de Sonomoro el 12 de enero de 1738. La instrucción que llevaba fray Fernando era que dijese a Siabar de parte del gobernador, que le daba las gracias por su celo, que le ofrecía su amistad, que persiguiese a Torote y sus parciales para el justo castigo de sus atroces crímenes; que dispusiese su gente para que recibiera la fe de Jesucristo y para que fuesen salvados del gran rey de las Españas; que esperaba el verle el verano próximo; de parte de los padres que le daban las gracias por el sentimiento que había manifestado por la muerte de los misioneros asesinados, ofrecerle las herramientas que necesitaba, y que en el verano inmediato entraría un padre a su tierra, para instruirles en la ley de Dios y hacerles cristianos.

Siabar recibió la embajada con muestras de gran satisfacción; besó el hábito a fray Fernando de Jesús, se sentó en una silleta; los demás indios se sentaron en el suelo y escuchó atentamente al religioso. Luego dijo: "Que en cuanto a la prisión de los tres reos que había remitido, fue obligación suya ejecutarlo así, porque habían muerto a su grande amigo el padre fray Alonso del Espíritu Santo, a quien amaba de corazón, por haber estado en su tierra el año antecedente y haberle instruído en la ley de Dios. Que su ánimo era ser cristiano como lo fue su padre que se llamó D. Felipe Caya-bay, a quien mataron los Simirinches, en la guerra que les movió para vengar la muer-

te que habían dado al padre Biedma y sus compañeros. Que supuesta la amistad con el señor gobernador, se sujetaba él y su gente a reconocer por soberano al que lo era de los viracochas. Y por lo tocante a la prisión de Ignacio Torote, empeñaba su palabra de sacarle de los Simirinches, aunque fuese moviéndoles guerra, y de traerlo con sus cómplices, vivos o muertos, a Sonomoro."

A los padres agregó: "Que agradecía mucho su buena voluntad, y que en cuanto a enviar padre a su tierra, sería de su mayor complacencia, porque deseaba ser cristiano y que los suyos fuesen; pero que llevase pocos viracochas y ningún negro, para que su gente no se alborotase.

Descansaron aquella noche del 15 de enero, el 16 lo pasaron en amenas charlas y regocijos, y el 17 se despidieron como amigos, abrazándose: los Cunibos embarcados repetían: Adiós amico ,adiós amico.

4—En la coyuntura a que nos referimos se cumplían promesas de alta importancia, que no siempre se realizan, cuando han sido hechas por personajes sujetos a varia e incierta fortuna. El monarca Felipe V de España cumplía su oferta hecha al padre fray Francisco de san José de enviarle refuerzos, que consistían en veinte sacerdotes y algunos legos. El gobernador D. Benito Troncoso cumplió su palabra de verse con Siabar, pues en el verano de 1739, acompañado de los padres Núñez, García Gazo y Cabanes, entró hasta Jesús María y vióse allí con Siabar. El padre Núñez cumplió su palabra, enviando al Ucayali con Siabar al padre José Cabanes, para que reconociese el estado de la nación cuniba.

Siabar entregó su hijo primogénito al padre Comisario Lorenzo Núñez, quien le hizo conocer el convento de Ocopa y en Lima le presentó al virrey, marqués de Villagarcía; hizo que se instruyese en lo que podía convenirle y devolvió honrosamente a su padre.

5—El padre fray José Cabanes entró a los Cunibos

en 1739, acompañado del teniente Juan Flores y del intérprete Cristóbal Parragués. De su entrada no sacó sino disgustos; pues reuniéndose a su paso varios caciques, pretendían que les suministrase herramientas como a Siabar, y no teniendo qué darles, vió que se hallaba en peligro su vida, y creyó prudente volver a Jesús María. Más tarde volvió a visitar a Siabar y entregarle su hijo que le remitían de Lima.

Vista general de Ocopa (Fotografia moderna)





CAPTULO XVII

Muerte del venerable padre Francisco de san José

1736

SUMARIO: 1—Logro de frutos espirituales. 2—Retiro obligado. 3—Santa muerte y sepulcro glorioso. 4—Elogios al venerable. 5—Estado actual de las reliquias.

Por segunda y última vez diremos en este capítulo con que cerraremos este libro, que el padre fray Francisco de san José podía estar satisfecho de haber venido al Perú, según era el éxito obtenido por su medio en las misiones del Oriente. Podía dar por bien empleados los veintiocho años que pasó en este virreynato.

Cada una de las secciones en que se dividían las misiones ostentaba una gran fuerza de expansión.

La misión del Pozuzo, colocada, diremos, en angostura, hizo esfuerzos supremos por extenderse a las Pampas del Sacramento.

La misión del Cerro de la Sal tuvo la suerte de penetrar en el Gran Pajonal y fundar muchos pueblos allí mismo y en la cuenca del Perené y del Paucartambo.

La misión del Pangoa también hizo la tentativa de organizar las conversiones entre los indios del Tambo y del Ucayali.

Para todo esto contó el venerable padre con la buena voluntad y la generosidad de la Provincia de los Doce Apóstoles, que le franqueó óptimos obreros evangélicos.

Contó así mismo con la regia voluntad del monarca español, y en consecuencia con el apoyo del gobierno de Lima.

No puede negarse que le acompañó una amplia bendición de Dios y la buena voluntad de los hombres.

2—Durante los 28 años que estuvo en el Perú, más de los veinte fue activísima la vida que llevó, interviniendo personalmente en los sucesos de las misiones. Los últimos años, viéndose imposibilitado para los viajes penosos y largos, fué peciso descargar el peso en un visitador de misiones, que fue el prudente y benemérito padre fray Lorenzo Núñez de Mendoza; y últimamente en 1734, hizo dejación completa de los cargos de comisario y vice-prefecto de misiones, cargos que recayeron en el mismo padre Núñez.

Retirado en el convento de Ocopa, tenía la satisfacción de ver que la fábrica de aquel convento iba creciendo rápidamente, que ya se iba a cerrar la bóveda de su hermoso templo y que estaban construídas muchas celdas y oficinas y cultivada una hermosa huerta.

Su vida en Ocopa era la de un ángel, ya purificado por las virtudes más acendradas y listo para entrar en la mansión de toda pureza. A pesar de su ancianidad, cumplía con las obligaciones conventuales y atendía a la fábrica.

3—Esperaba en Dios poder morir habiendo rezado el oficio divino aun el día de su muerte, como así sucedió. Su feliz tránsito a mejor vida acaeció un día lunes, 26 de noviembre del año 1736. Pues habiendo comido al medio día con la comunidad, cayó desmayado al salir en la puerta del refectorio. Al desmayo siguió una copiosa hemorragia por la nariz. El padre fray José de san Antonio le administró luego la extremaunción y le atendieron con cariño de hijos los religiosos de la comunidad; pero momentos después expiró, entregando su heróica alma al

Criador, por cuya gloria se había sacrificado tan denodadamente. Al tercer día de su muerte le dieron sepultura en un nicho al lado izquierdo del coro, donde perpetuaron su memoria con el epitafio siguiente:

"Aquí yacen las reliquias del Vble. P. Fray Francisco de san José; natural de Mondejar en el arzobispado de Toledo: honra y decoro de la España y de la Religión Seráfica, quien habiendo profesado nuestro sagrado instituto en el convento de san Julian de Agreda en Castilla la Vieja, vino de edad de 40 años, de misionero apostólico a las Américas, y como astro celestial, derramó su benéfica influencia en Méjico y Perú; fundando en el primero el Colegio de Propaganda Fide de Huatemala, y en el segundo este de Santa Rosa de Ocopa, restaurando y estableciendo de nuevo muchas misiones en los departamentos de Jauja, Tarma y Huánuco, trabajando y evangelizando con impondareble celo del bien de las almas por el espacio de 42 años, y dejando a todos a los 82 años de su edad."

Murió lleno de méritos y en olor de santidad, en este Colegio a 26 de noviembre de 1736, a los 82 años de edad."

4—Su confesor el padre fray José de san Antonio nos ha dejado del padre Francisco un elogio digno de su ardorosa pluma y digno del gran varón a quien trata de glorificar. Dice así:

"Certifico yo, fray José de san Antonio, Predicador apostólico del Colegio de Santa Rosa de Ocopa, y Comisario de la misión de infieles del Cerro de la Sal, que mi venerable padre fray Francisco de San José, como Comisa-

rio de dichas Misiones, Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, y muy diestro cazador de almas, entró por aquellas montañas con dos pobres compañeros, hijos de la santa provincia de Lima, como clarines del Evangelio, publicando las verdades de nuestra santa fe, pisando peligros y a sangre y fuego tocando a degollar los más agigantados monstruos de la idolatría, abusos, superticiones diabólicas, etc. Descubrió su apostólico celo el celebrado Cerro de la Sal, a costa de mucho tiempo y trabajo; lo que no pudieron conseguir los virreyes de Lima con el ruído de las armas aunque lo intentaron varias veces consiguió esta nueva Compañía de mi V. Padre."

"Tomó nueva posesión de dicho Cerro en nombre de la Silla Apostólica, del Rey de España y Prelados de la Religión Seráfica como también de las misiones de Huánuco y Jauja, perdidas por las cruelísimas muertes, que los bárbaros apóstatas y gentiles dieron a los ministros apostólicos que con su santo celo trabajaron en cultivar aquella dilatadísima viña del Señor."

"Fue tan conocido por su predicación apostólica y celo de la salvación de las almas en el reino de Méjico, en donde fue compañero del V. padre fray Antonio Margil de Jesús así en el Colegio de Santa Cruz de Querétaro y Misiones de Católicos, como en la fundación del de Cristo Crucificado de Huatemala, y en el reino del Perú, donde hizo tantos portentos y maravillas, que lo miraban como a segundo Solano de aquel reino: fuí testigo de su ejemplarísima vida en tres años que viví con él, en los que le confesé muchas veces: hizo conmigo su última confesión; murió en mis manos el día 26 de noviembre del año 1736 siendo yo presidente del Colegio que fundó de Santa Rosa de Ocopa".

"Fué su dichosa muerte, a los ochenta y dos años de su edad, canté la misa y prediqué el día de su entierro,

que fué cuatro días después de ella, en la que se cumplieron varias profecías suyas; y en los dichos días estuvo su cuerpo flexible hasta el día de su entierro, y antes de él le mandé registrar delante de muchos testigos las señales de las lanzadas, que le dieron los indios en las misiones de Talamanca, lo que me refirió el mismo siervo de Dios: le mudé tres hábitos, el uno lo repartí entre la multitud de gente que concurrió a su entierro, para consuelo de todos los que le amaban tiernísimamente por sus virtudes y le veneraban como a Santo."

"Así en salud, como en enfermedad, era el consuelo de todos, curando a muchos enfermos de gravísimos accidentes y distintas enfermedades, con tres plátanos, agua bendita y el Evangelio de San Juan; y por el gran concepto que hicieron de su sabiduría, virtud y celo apostólico, los prelados de la religión de nuestro padre Santo Domingo, le dieron patente de Vicario Provincial de la Provincia de San Juan Bautista de Lima, para el gobierno de las doctrinas y religiosos, que tiene dicha santa provincia en la frontera de nuestras seráficas misiones de infieles, en las que pasaba los ríos más caudalosos volando en alas de su encendido amor por la conversión de las almas: fue tan celestial su sabiduría, que en el Evangelio del día y en la oración estudiaba todos sus sermones, en los que predicaba con el espíritu de San Pablo."

"Tuvo don de lenguas como otro San Francisco Solano: todo el infierno se conjuró contra él en la entrada que hizo con sus venerables compañeros a restaurar las tres referidas conversiones, en las que hicieron los demonios tan gran sentimiento, que se oyeron en el aire sus espantosos aullidos y en altas voces dijeron estas palabras: "Este capilludo y sus compañeros nos vienen a quitar nuestro patrocinio; y habiéndolos oido el siervo de Dios, les dijo: Andad, malditos, precipitáos en lo más profundo del infierno, dejad libre este sitio, que os lo mando como mi-

nistro de Dios; y para que no inquieteis estas pobres almas, yo les pondré aquel mejor patrocinio de María San-



Retoño del olivo plantado por el venerable Padre Fray Francisco de San José (Ocopa)

tísima mi Señora, para que a ellos les defienda de vuestros engaños, y a vosotros os pise y quebrante la cabeza."

"El mismo sentimiento mostraron los demonios por la conversión de Huánuco, en cuyos pueblos fronterizos se oyó el ruido espantoso que hicieron al mismo tiempo como el traquido de una pieza o piezas de artillería. Se le

humillaban las fieras: le seguían los tigres como mansos corderos: fue un verdadero retrato de san Pedro de Alcántara, a quien siguió en la penitencia, humildad, espíritu profético y conversión de los pecadores: fue el hombre más docto, más santo, más humilde, más pobre, más casto, más celoso de la mayor gloria de Dios y bien de las almas, y de más fe, esperanza, caridad amor y temor santo de Dios de cuantos he conocido en la religión en más de cuarenta años que tengo el hábito."

Teniendo en cuenta la excelencia de las virtudes heróicas y la fama de los portentos obrados por el venerable padre Francisco, se dió comienzo a la causa de su beatificación en Lima, e ignoramos los motivos por los cuales se haya suspendido dicha causa.

5—En orden al sepulcro y reliquias del venerable, el discretorio de Ocopa autorizó en Junio de 1919 la descripción siguiente:

"Primero: El lado izquierdo del coro de este apostólico colegio de que habla la "Historia de las Misiones de fieles e infieles del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa," es la que corresponde a dicha mano al entrar al coro."

Segundo: En este sitio reposaron las reliquias del Venerable Fundador hasta el año de mil ochocientos noventa y dos, en el que por haberse colocado el órgano en ese lugar, se trasladaron a un nicho de la sacristía de esta misma iglesia, a la parte izquierda de la puerta de entrada. Aquí reposaron hasta el año de mil novecientos, en el que por el suceso funesto de los incendios de nuestro templo, se trasladaron interinamente al oratorio del coristado (1)."

(1). Posteriormente han sido trasladadas dichas reliquias a una capilla nueva y artística, fabricada junto a la sacristía; donde quedan con decoro en la pared derecha y con su antiguo epitafio.

"Tercero: Estas son las únicas traslaciones que han tenido las venerables reliquias. En la actualidad se encuentran, precariamente, en el oratorio de la Virgen de la Misericordia, hasta terminar el nicho que se ha proyectado construir en la pared derecha de la misma capilla de la Virgen."

"Cuarto: Las reliquias se reducen en la actualidad: a) cráneo íntegro, con la mandíbula inferior (sin dientes); b) vértebras, todas las del esqueleto: c) costillas las diez y ocho principales, con su esternón: d) los dos huesos coxales: f) dos clavículas, dos homóplatos, dos húmeros ,dos cúbitos, y dos radios; g) dos fémurs, dos rótulas, dos tibias y dos peronés. Lo huesos de las falanges de las manos y pies no están íntegros: solo existen veintitrés piezas . . . que se encuentran, por lo general en buen estado de conservación."






300 Gra de 301 Longo segun 302 el Merid: 303 de Tene 304 rife 305
PLAN DEL CURSO
de los Ríos Huallaga y Ucayali
y de la pampa del Sacramento
LEVANTADO POR EL
P. Fr. Manuel Sobreviela
Guardián del Colegio de Ocopa, en 1790
CORREGIDO Y AÑADIDO EN 1880
Según las noticias, apuntes y diarios más nuevos
Por D. Amadeo CHAUMETTE - DES - FOSSÉS
Individuo de varias Academias y Sociedades literarias.
Comendador y Caballero de varias órdenes;
Cónsul General de Francia en el Perú, &
En todos estos Rios habitan Antes ó Campas,
y Piros ó Semirinches
NOTAS
Ciudades
Montaña
Fieles
Tierras de Gentiles
Pueblos de Convers.
Entradas a la Montaña
Infieles
Laguna L. Fuerte F. Rio P.
Escala de 30 legs. por elevación de las de 20 en el Grdo.
5 10 15 20 25
Xh se deben pronunciar como ch frances ó sh ingles
N B nación barbara Pto puerto Plo pueblo
RIO MARAÑON
Reamaynas
Omaguas
S Regis
R Tigre
R Chambiri
Urarinasó
Tibilos
Otanauis
Chipeos
Sapote
Aquanos
Caño Pintua
Caño
Panes
R Aypena
Xeberos
Sta Cruz
Repoblado
Barranca
Pongo
S Borja
R Morona
R Santiago
Laguna de Logr. Cocama
Chamicuros
Paranapuras
Chayavitas
R Paranapuras
Muniches
Yurimaguas
R Sanusi
R Caynarach
R Sillay
R Cahuapanas
Chachapoyas
Moyobamba
R Huambo
R Sapo
R Huayabamba
Pajaten
Vitos
Lamas
S Miguel
Chumia golfo
Aguirre
Pongo
R Chipurana
R Yanayacu
RIO HUALLAGA
tierras salitrosas
Maparis N.B.
Ramiyacu
Rd Sta Catalina
Sta Catalina
Caño de Sahuaya
Chunaya 1811
Urhiabatay
Panos
R. Sarayacu 1790
R. Maquea
R Manoa
R Cuchiabatay
Pueblos d Setebos
Manais
y Conibos
Nª Sra del Pilar
R pueno 1799
San Antonio
Canchauaya 1794
S. Luis d Charasmana 1809
S Buenaventura de Conlamana 1811
R Pisqui
S Domingo
R d Sipunos
Sta Barbara
Sta Cruz
Shipeos N.R
R d Aguaytia
Chanuya
Setebos
Putoquencia
R Abujau
R Tamaya
Anroya
Chasumanú
S. Miguel d Conibos
Playa d los aorcados
Isla deseada
Mayoruna
Barbudos
R Tapichi
Suyabus
Chuntis
Sencis
Capanaguas
Yunaba
Cascas
Rumubi
Puynahuas
Aguanaguas
Viabus
Monahuas
Isunaguas
Diabus
Sinabus
Naciones Gentiles
Remos
UCAYALI
PAMPA DEL SACRAMENTO
HABITADAS DE GENTILES
Casibos
R Pachitea
CORDILLERA DE LOS CHOLONES
R. Luna
R. Sumen
R. Uranzoc
Juscusbamba
R. Apisoncho
R y Pto del Valles
Siono
R Matollen
R Balsayacu
R Polvorayacu
R. Mixiollo
Pampa hermoso
R Tocachi
Salis
R Teperijol
R Nalliza
R.Uchiza
R Huamanzo
R.S.Jacinto
R.S. Marta
R Magdalena
R Ucayacu
R Tulumayo
R Taso
R Monzon
R Malpaso
R Malpaso
R Tambar
R Pajarabay
Playa
Huacaybamba
Xican
Tantamayo
Chavin
Pachas
Huacrachoco
Tayabamba
Huancaspata
Huary
Huanuco
Valle
Ambo
S Rafael
Huariaca
Cerro
Pusco
Pozuzu
Cerro de S. Matias
Carapchos N.B.
Amajes N.B
R. Mayro
R Chuchurras
R Palcazu
R Pichis
Huancabamba
Quiparacra
R Paucartambo
Paucartambo
Cerro d la Sal
Metraro
Eneno
R. Perene
Pichana
Antes
Campas
PAJONAL
Sabirosqui
Tampianiqui
Aparoquiaqui
Tiguanasqui
Capotequi
Camarosqui
Cuichasqui
Caratequi
Quisopango
R. Sampaya
La Vuelta del Diablo
R. Charantaray
R Senonia
P Nanipaboro
Maspos
R Caco
R Paruoancha
Amahuacas
N.B.
R Coniganti
R Oncano
Saninahuacanos N.B
R Pucani
Camarinaguas N B
R Camarinaguas
Conibos
R Coumari
Pichobos y Soboibos N B
R Coingua
R Cuja
R Sipahua
R Paro d Beni
R Casinaria
Piros ó Semirinches
Lima
Rosa Pto Pato
R Tambo
R Unine
Cipanaguas
R Pangoa
Jesus Maria
Catolipongo
R. Mantaro
R Setipo
Comber d Jauja
Andamarca
R. Sonabamba
R. Viscatan
R Acon
R Quillobamba
R Quimpiri
R Ynatale
Simariba
R Apurimac
Uchubamba
Monobamba
Colleo
Pucará
Vitoc
Huaraguas
Palca
R Chanchamayo
Tarma
Oroya
R. d Jauja
Jauja
Ocopa
Huancayo
Xapallanga
Aco
Pampas
Colcabamba
Paucartambo
Paticara
Parcos
Marca
Huanta
Iscuchaca
Yauli
S Mateo
Surco
Malucana
R. Rimac
S Ines
LIMA
R Huaura
R Pasamayo
R. Carabaillo
Chinchaycocha
Reyes
Carhuamayo
Utucumayo
Quimiri
Nijandria
R Octabamba
CORDILLERA OCCIDENTAL
ANDES
R. DE HUANUCO
Chaglla
Panao
Acomayo
Muña
Pillao
Chincha
Conchamarca
Cuibilla
Pandos
Baños
Jesus
Lauricocha
Borranca
Huallanca
S. Marcos
Chavin
Huonlaro
Zingao
R Marañon
Huannpuncha



LIBRO TERCERO

SUBLEVACION DE SANTOS ATAHUALLPA APU-INCA

Primera parte: Pérdida de las Misiones

1742-1752

Misioneros que intervienen: Mártires: José Cabanes, Domingo García, José de Jesús o Tenorio, Manuel Albarrán, Fernando de Jesús y el donado Jacobo con diez españoles. Misioneros: Santiago Vasquez de Caicedo, Pedro Dominguez. Francisco Gazo, José Arévalo, Pedro de la Concepción. Lorenzo Núñez, Pedro Navarro, Juan Francisco Mateo, José de san Antonio, Francisco Otazuo, Salvador Pinado, Juan de Dios Frazneda.



CAPITULO XVIII

Sublevación de Santos Atahuallpa

1742

SUMARIO: 1—Las defecciones aisladas. 2—Cosas mayores. 3—Actitud de los misioneros.

Por la narración que antecede y que hemos incluído dentro del marco de la vida del padre Francisco de San José, ha podido notar el lector que en el año de 1742 se hallaban en estado floreciente las misiones sostenidas por la seráfica Religión en el Oriente peruano.

No es mengua de dichas misiones la defección de algunos indios, que generalmente eran los caciques, en quienes un orgullo nativo, mal domado, se sobreponía al espíritu de humildad que nos enseña el Evangelio y les llevaba a sacudir con loca intemperancia el yugo de la ley cristiana y luego a desplegar ira y furor contra el misionero incansable en predicar la incorruptible doctrina de Jesucristo. Y no contento el infeliz con la apostasía interna, por la cual dejaba de ser cristiano a los ojos de Dios, se lanzaba a las demostraciones más trágicas de la apostasía externa, acabando con la vida de algunos misioneros con cruel derramamiento de sangre.

Estos hechos aislados que llevaban la gloria del martirio a las filas de los misioneros, no decrecían el entusiasmo de los obreros evangélicos ni disminuían su número; pues, por regla general, se ansiaba ocupar el puesto, rubri-

cado de purpúrea sangre, que dejaba el mártir, cuya figura, rodeada de un especial nimbo de resplandores, hacía dulcemente deleitable pisar el suelo que él santificó y evangelizar las regiones iluminadas por su predicación gloriosa.



Santos Atahuallpa en Quimirí
1767

2—El acontecimiento que vamos a narrar en el presente Libro no reviste los caracteres de los hechos a que nos referimos al hablar así.

Este fatal acontecimiento viene a ser el vendaval que destroza cuanto encuentra a su paso, y que reduce a la nada en poco tiempo la paciente labor de muchos años.

El funesto promotor de semejante desgracia es un indio del Cuzco, llamado Juan Santos, que hizo un viaje a España como sirviente de un padre jesuita; un indio que volvió al Perú con humos de haber conocido hasta donde

llegaban las cosas en Europa, sin que le causaran ya sorpresa los acontecimientos de mayor o menor monta.

En una Información jurídica que el padre fray Manuel Albarrán, presidente de nuestras misiones, procuró se instruyese, el testigo maestre de campo don José Bermúdez, establece que el rebelde "venía fugitivo de la ciudad del Cuzco, por haber muerto a su amo, que fue un Religioso de la Compañía de Jesús, y que considerando que en ninguna otra parte que no fuese en aquellas montañas estaría seguro y tendría la estimación y aprecio de descendiente legítimo de los antiguos Ingas de este Reyno, se había retirado a ellas (1)."

Era por el mes de mayo de 1742 cuando Juan Santos encontró a don Mateo Santabangori, curaca o cacique de Quisopango en el Gran Pajonal. A la curiosidad y preguntas de Santabangori satisfizo Juan Santos, diciendo que él era verdadero inca, descendiente de Atahuallpa, a

---

(1). Tomamos estas palabras de la **Información mencionada**, inserta en el **Archivo Ibero-Americano** N. LIII, pág. 218. Este número de la sabia y erudita publicación franciscana de Madrid, que contiene una serie de documentos referentes al padre Domingo García, ha llegado a nuestras manos en vísperas de entrar en prensa este segundo tomo; y merced a ella, hemos dado ciertos retoques y mayor holgura a nuestra narración. en lo tocante a los padres García y Cavanes. La documentación a que nosreferimos viene a confirmarnos en la idea, de que, publicada la presente historia y teniendo en ella el cuadro general de nuestras misiones, habrá llegado la oportunidad de escribir biografías muy interesantes de no pocos de nuestros misioneros, que han sido grandes evangelizadores, por que fueron santos y admirables religiosos, escogidos por el Señor para cultivar y regar su viña.

Esto sucederá, sin duda, con el padre fray Domingo García, de cuya santa vida, gloriosa muerte y causa de beatificación se preocupó con tanto celo su feliz hermano el padre franciscano fray Miguel García.

quien los españoles quitaron la vida en Cajamarca; que su nombre era Juan Santos Atahuallpa Apo-Inca; que a él correspondía el cetro de todos los territorios del Perú, dentro y fuera de la montaña, y la dominación de las Américas. Santabangori oyó todo aquello con gusto y satisfacción, y llevó a Juan Santos a su pueblo de Quisopango, donde hizo las mismas declaraciones a toda la gente: agregando que como señor de todos los reinos de América, le tocaba su conquista para gobernarlos, y que había entrado a la montaña para empezar por allí la conquista. Santos Atahuallpa reconocía y adoraba a Dios, y decía que Dios le enviaba para arrancar a los indios de una dominación extranjera e injusta. Como sabía leer correctamente en castellano y en latín hizo comprender a los indios que tenía no menos sabiduría que Salomón; y más aún, pues él era el hijo de Dios; que le creyesen y obedeciesen; porque si no lo hacían, haría que los cerros cayesen sobre ellos.

Tomó luego aire de sociólogo para agregar que compondría y equilibraría con tal temperamento su imperio, que ya no habría obrajes, talleres, panaderías y demas oficios penosos, y mucho menos esclavitud. Dióles leyes a que se acomodasen, mandando que le doblasen la rodilla.

De este hombre dice nuestro Amich que era de "estatura más que mediana, de color pálido amestizado; fornido de miembros, el pelo corto a modo de los indios de Quito; la barba con algún bozo y su vestido una cusma pintada."

Sus embustes conmovieron a todos los indios de la montaña; y en cuanto a los indios del Pajonal dejaron desiertos sus propios pueblos. En las márgenes del Perené aconteció otro tanto, despoblándose Eneño, Metraro, San Tadeo, Pichana, Nijandaris y Cerro de la Sal. Si los padres misioneros, sorprendidos de semejante movimiento, les preguntaban a dónde y a qué iban, respondían que iban

a ver a su Apu-Inca, que se hallaba en Simaqui. El embustero se ostentaba generoso en promesas, ofreciendo cosas grandes para una época no lejana, y desde luego mucha herramienta y todos los tesoros de los españoles.

3—El padre fray Santiago Vásquez de Caicedo, que se hallaba de conversor en san Tadeo, quiso saber a ciencia cierta lo que había de verdad en los rumores que corrían, y pasó personalmente a Simaqui o Quisopango, donde residía Juan Santos.

Llegado allí a las cinco de la tarde, halló a los indios frente a la casa donde estaba Santos, dispuestos en forma de media luna. El padre Santiago dijo en voz alta: Ave María; y ellos, según costumbre adquirida, respondieron: Sin pecado concebida. Cerraron los indios el círculo, tomando al padre en medio; y luego le quitaron de las manos el báculo y la cruz.

No tardó en salir Juan Santos: saludáronse ambos, y el misionero le preguntó su nombre y si estaba instruído en la doctrina cristiana. Juan Santos rezó las oraciones en buen castellano y el credo rezó en latín.

Luego muy comedido hizo sentar al padre y que le diesen de comer. En seguida descubrió sus pensamientos por el tenor siguiente:

"Que hacía mucho tiempo que deseaba manifestarse; pero que Dios no le había dado licencia hasta aquella hora. Que venía a organizar su reino; y que su ánimo era salir a coronarse en Lima; que no pretendía pasar a España ni a reino que no fuese suyo. Que el virrey podía tener a bien dejarle tomar posesión de sus reinos, porque de no proceder así, a él y a su hijo les torcería el pescuezo como a unos pollitos. Que si salía a estorbarle con cuatro españoles, que él tenía sus hijos los indios y mestizos, y los negros comprados con su dinero. Que viese por dónde habían de escapar, porque su pariente el inglés vendría por mar, y él combatiría por tierra. Que en coronándose, él arreglaría

...

su reino; que remitiría a los frailes a España en navíos, en los cuales vendría licencia de Roma para que se ordenasen sus hijos los incas. Que no había de haber más clérigos que los indios y los padres de la Compañía, porque éstos eran muy provechosos para la república."

Por este tenor acabó de manifestar sus majaderías el flamante Atahuallpa.

Oida aquella singular cantilena, el padre Santiago Vásquez se retiró a San Tadeo; de aquí, no sin muchas dificultades, a Sonomoro, donde participó lo que pasaba al padre Comisario de Misiones fray José Gil Muñoz, sucesor del padre Núñez y Mendoza; el padre Comisario comunicó lo mismo al virrey, para que pensase en poner el remedio que urgía. Se sabe que don José de Arnedo, teniente de gobernador de las fronteras y Andes de la provincia de Tarma, fue de capitán a Quimirí, por orden del general don Miguel Martínez, que se hallaba de corregidor.

El padre conversor de Sonomoro, sabido por el padre fray Santiago lo que pasaba en el Pajonal, despachó por su parte a Simaqui unos indios neófitos con el alcalde de Sonomoro, para que viesen y refiriesen lo que allí continuaba acaeciendo. El alcalde se enfermó en Simaqui, y no pudo tornar inmediatamente; pero volvieron dos de los indios que fueron con él, e informaron: "Que el inca era cristiano; que todos los días rezaba en un libro la doctrina cristiana; que traía un crucifijo pendiente al pecho; que había dicho a los negros de las conversiones del Pajonal, que quería padres y la ley de Cristo menos negros y viracochas."

Llegó también el alcalde el 13 de julio, e informó que desde lejos venían a dar la obediencia al inca; que allí estaba Siabar con tres canoas, que había subido a rendir pleito homenaje al Apu-Inca.

Además el alcalde traía la comisión de que el Inca mandaba decir al curaca don Bartolomé Quintimari, que

"fuese a Simaqui con toda su gente de Sonomoro, que tenía algo que hablarles y comunicarles. Que supiese que había determinado vivir en Simaqui hasta que saliese a coronarse." El alcalde manifestaba de su parte que no sabía si el inca era cristiano, pero que predicaba a los indios como lo hacían los padres.

La cristiandad de Sonomoro, teniendo a la cabeza a su cacique Quintimari, no quiso dar la obediencia al intruso; más bien se puso el castillo en condiciones de defensa, y todos los fieles de Jesús María, Catalipango y Parica se concentraron en Sonomoro.

Los padres conversores del Pajonal fray Pedro Domínguez y fray Francisco Gazo viéronse abandonados de sus neófitos varones que se fueron todos al rebelde, y quedaron sin más compañía que muchachos y mujeres; y considerando los peligros inminentes que les amagaban en el Pajonal, creyeron prudente refugiarse también a Sonomoro, como lo hicieron venciendo mil dificultades, con fatigas y sustos y con la añadidura de no tener bastimentos para el viaje.





CAPITULO XIX

Carta de los padres Del Santo y García dando razón del alzamiento de Juan Santos Atahualpa, Apuinga.

1742

SUMARIO: 1—La carta. 2—Aparece en el Pajonal un indio. 3—Dice ser Inga de Cuzco. 4—Llama a todos los Indios. 5—Está ahora en Quisopango. 6—Post datam.

Además de la narración que hemos trascrito del padre Amich, que nos da el retrato físico y moral de Juan Santos, ofrecemos en este capítulo otra serie de pormenores, escritos por los padres Manuel del Santo y Domingo García, acerca del mismo. Estas noticias se consignaron en medio de la zozobra que produjo un acontecimiento inesperado, como fué la aparición y los designios tumultuosos del rebelde, que presagiaba consecuencias fatales a los misioneros y a las misiones (1).

La carta está firmada el dos de junio, el mismo día en que el padre Vásquez Caicedo se animó a ir personalmente a la presencia del improvisado cabecilla. El padre García, uno de los autores de la carta, y el padre Cabanes uno de los firmantes de la **Post Data**, estaban próximos a ser sacrificados por los indios con envidiable martirio.

(1) Ha sido preciso introducir nueva puntuación para hacer inteligible en varios pasajes el sentido de esta carta.

La carta, entre los documentos del Archivo de Indias, lleva el título siguiente que debió ser escrito por el padre Gil Muñoz en 1743:

Carta escrita por los padres fray Manuel del Santo y fray Domingo García, Misioneros Apostólicos del Colegio de Santa Rosa de Ocopa, y misiones de infieles del Cerro de la Sal, al Rdo. padre fray Joseph Gil Muñoz. Comisario de dichas misiones en la que le dan noticia de la entrada que hizo a ellas el escandaloso apóstata Juan Santos Atagualpa, Apuinga Guainacapac, indio cristiano de la imperial ciudad del Cuzco . . .

2—"Viva Jesús. Muy Reverendo Padre Comisario Joseph Gil Muñoz.

Habiendo escrito los días pasados al padre Presidente, que havía aparecido en el Pajonal un Indio, que decía ser inga, que llamaba todas las gentes de la Montaña, y que yo bajaba también a verme con él, y a ver si podía convertir toda la Montaña de un golpe, baxé a Eneno, en donde haviendo sabido más de lo que me dixeron en la Sal, dí orden para que ningún indio de mi Pueblo, ni los demás, baxase, que yo iba, y sabría la verdad de todo, y avisaría. Vine á este Pueblo de Pichana, en donde encontré al Padre solo, sin gente, que toda se le havía huido, contra su voluntad, y estando para salir a baxo mañana tres de Julio (1) llegaron los negros que fueron al Pajonal, el Congo y Francisco muy azorados, y trabasosos, con las noticias y novedades, que el Inga les dijo para que hablasen, y por quanto el Inga llama al Padre Manuel del Santo determinadamente, diciendo que vaya solo, sin otro Padre ni negro, etc. y no se atreviendo el Padre a ir solo, determino el acompañarle, y antes de que salgamos nos parece preciso el escribir a V. P. lo que hay, segun oimos de la boca de los ne-

(1) Debe decir Junio.

gros, para que V. P. avise, é informe a quien se debe, y para que puedan leer los Padres, etc. la carta, aunque V. P. no esté en Ocopa, la remitiremos abierta, y es del tenor siguiente la noticia:

3—Viene este indio que dice ser Inga del Cuzco, traido por el río llamado Tagualpa, por un curaca Simirinche, que se llama Bisabequi, y dice que dexa en el Cuzco tres hermanos, uno mayor que él, y otros dos menores, y que él tendrá poco más de treinta años: Que su casa se llama Piedra: su ánimo es, dice cobrar la corona que le quitó Pizarro, y los demas Españoles, matando a su padre, que asi le llama el Inga, é imbiando su cabeza a España. Dice que estuvo y viene de Angola, y de los Congos, que habló con los Ingleses, con quienes dexo pactado, que le ayudasen a cobrar su corona por mar, y que él vendría por tierra recogiendo su gente para el fin de recobrar su corona, y que a esse fin le embiaron sus hermanos, principalmente el mayor a la Montaña: Que él es bueno, que no intenta introducir ley nueva mas que la que predican los Padres, que essa es la verdadera: Que luego que acabe de juntar esta gente, sube con ella a Quimirí, en donde llamará a los Serranos sus vasallos, para que le acompañen a la empresa, pero que antes que vaya el P. Fr. Manuel del Santo solo, que quiere que escriba al Sr. Virrey para que se la restituya, esto es su corona, y sino que él la pasará a tomar por fuerza. Llama a todos los indios Amages, Andes, Conibos, Sepibos, y Simirinches, y yá los mas tiene juntos y obedientes a su voz, y todos clamando, que no quieren Padres, que no quieren ser cristianos, é incitandole á que les dexe matar los negros, para que ya tuvieron tres amarrados, cortando a uno la cara con un cuchillo: Que aun sin saberlo el Inga, que él a todo se opone, y en hablandole de eso les riñe, hacen los indios, tanto cristianos como infieles, muchos bailes, y están muy contentos con su nuevo rey y dicen mil cosas contra Españoles y negros, y ni de los Padres

hacen caso alguno, dandose mil parabienes de que ya huviese llegado el remedio a sus trabajos. Habla este inga, que dice ser lengua serrana, Ande, y Española.

4—Llama a todos los indios como decimos, pero que no vayan negros ni Españoles, a su presencia, que son todos unos ladrones, que le han robado la corona: Que en este mundo no hay más que tres Reynos, España, Angola y su Reyno, y que él no ha ido a robar a otro su reyno, y los españoles han venido a robarle el suyo; pero que ya a los Españoles se les acabó su tiempo y a él le llegó el suyo: que sus vasallos se han acabado por los Españoles, pero que ya se acabaron obrages panaderías, y esclavitudes, pues no ha de permitir en su reyno esclavos, ni las demas tiranías de los Españoles: Que ahora han de venir Padres a la Montaña a enseñar sus indios, pero que no los han de acompañar negros, ni Viracochas, y si los Padres no quisieran asi que él traerá a el Obispo del Cuzco para que ordene de estos indios para Padres, pues también entre los negros ha visto él Padres negros, con barbas largas, diciendo Misa, y que aunque no sean blancos, como los Españoles, bien pueden ser padres y sacerdotes. Del Governador dice que viene a su montaña como puerco (son terminos suyos) espantando a sus indios, y llevandolos amarrados afuera, y que ya aora no hay mas governador, ni mas rey que él. Buelvo a decir que llama a todos los indios de arriba, y que si los Padres les impiden la baxada, se enojará mucho: Que el embiar a llamar a los de Sonomoro, le dixeron que de allí no vendrían porque había muchos negros, que lo impedirían: a que respondió: que el tenía pies para irlos a buscar. Masca mucha coca, y embia recados a los pueblos para que le lleven y él de ella reparte a los que no tienen. Dice que es yerba de Dios, y no de brujos, como dicen los Viracochas. Que no se admiren de verle pobre, pues todo se lo han robado, pero que tiene mucho oro, y plata escondida,

la que luego que se coronase manifestaría, pero que no la poseerían mas los Españoles. Se levantó con las cosas del pueblo de Sabirosqui, con las escopetas de los negros y dice que él las restituirá a los Padres, y que todo negro le saliese del Pajonal, como lo hicieron todos: hasta tres cuchillos que yo havía dado a un negro para que me comprase tres cusmas, se los quitó, pero me los ha de él volver: Hizo que le traxésemos las Bacas que tenemos en Sabirosqui para verlas, y dixo que era buen ganado, que él embiaría también Ovejas, pero que cochinos nó por ser mal ganado, e hizo matar no sé que cochinos del pueblo: Su asiento es Quisopango, en lo de Santobancori; que a Sabirosqui fué solo a acompañar a los indios que querían matar a los negros, y a entregarse (sic) de las cosas.

Ya está ahora en Quisopango, en donde manda se junten todos. Todas estas cosas y otras muchas más que omitimos por abreviar, y no ser tan sustanciales, habló con los negros el Inga y sacando un Cricifixo de plata, que trae al pecho, les dixo que por aquel Christo les pedía hablasen verdad, y no añadiesen ni quitasen de lo que él decía, y los despidió: Un negro se huyó de noche por la vía de Quisopango, y a este suplicó Santobancori que hablase bien de él, que las cosas del mundo iban y venían y que no fuesen a venir los Españoles a echarse sobre este Inga, y luego diesen también sobre él, porque le admitía: Que él no le admitía, sino que ya él se había hecho señor del pueblo, y que a tanto poder no le era posible resistir, que hablase bien de él; que ya estaba escamado de las pasadas. A otro negro que le amarraron los indios de noche, y por la mañana le soltaron para que se viniese, y aqui le vimos las señales de las ligaduras en los brazos. Todo lo arriba dicho sucedió en Sabirosqui, y aora como decimos, está en Quisopango esperando a los indios, que llama hombres, mujeres y niños y todo. Todo esto escribimos en este pueblo de Pichana y solo por dicho de los negros: mañana baxamos a San

Thadeo, y al día siguiente nos tiramos abaxo ,y haremos por llegar a Quisopango, verémosle y hablarémosle con toda prudencia, y sagacidad hasta conocer su intención, y conocida en la mejor forma que se pueda, daremos aviso de todo. Añadimos que es indio serrano, vestido con cusma, y no más, estos indios havían levantado otras cosas, pero fueron mentiras e ideas suyas. V. P. nos encomiende mucho a Dios y suplicamos a nuestros hermanos hagan lo mismo, que nosotros también pediremos a su Magestad guarde a V. P. muchos años. Pichana y Junio dos de mil setecientos quarenta y dos. Fr. Manuel del Santo. Fray Domingo García.

Post Data.—Confirmanse las noticias contenidas en este Papel, menos la resolución de baxar los RR. Padres Fr. Manuel y Fr. Domingo, por no contravenir a las ordenes del R. P. Presidente de Quimirí, antes de comun consentimiento de los tres que aqui firmamos determinamos retirarnos hasta Quimirí con todas las alhajas de los conventos e Iglesias, porque la gente de todos los pueblos está toda levantada, pues sin hacer caso de lo que los Padres les mandan, se baxan desalados, llevandose sus mugeres é hijos en busca de su nuevo Rey o Inga, parece que esta gente se tiene muchas veces merecida la maldición que manda echar Cristo Señor nuestro, Matheo 10. 14: "Et quicunque non receperit vos neque audierit sermones vestros, exeuntes foras de domo, vel de civitate excutite pulverem de pedibus vestris." Lo que se encarga es que no pongan la menor duda en las noticias aqui expresadas y se participen para que se den las providencias necesarias y que en ningún tiempo ni se diga, ni menos suceda, que por omisión de los Conversores se pierdan las Conversiones, y acaso el Reyno, y no tengan esta resolución por ligera, porque está la gente en estado de que a la menor insinuación obedece las órdenes de su nuevo rey, y siendo preciso no asentir al intento de este mal hombre, antes si ca-

reados los Padres con él, le deben anunciar la verdad, no se pueden esperar buenas consecuencias en disputarle su ningún derecho a su reyno etc., y además los negros están acoquinados, y no hay ni una escopeta. Este es el sentir de los RR. PP., salvo meliori, infra firmados. Fr. Manuel del Santo.—Fr. Joseph Cabanes. Fr. Domingo García.





CAPITULO XX

Se mueve el gobierno de Lima contra el rebelde. Gloriosísimo martírio de los padres García y Cavanes y del hermano José de Jesús

1742

SUMARIO: 1—Preparativos de Juan Santos. 2—Don Benito Troncoso Capitán General de los Andes. 3—Don Pedro Milla: fervores del padre García. 4—El martirio. 5—Avance al Cerro de la Sal 6—Juan Santos se mueve hacia Quimirí: actuación muy digna del padre Núñez.

El que se intitulaba con aparato indígena Juan Santos Atahuallpa Apu-Inca, no ignoraba que el gobierno de Lima tenía que desplegar contra él la fuerza de las armas, en proporción del alboroto que había promovido en las montañas. Y porque no lo ignoraba, se preparó hasta donde llegaba su previsora astucia para los hechos que no podían tardar.

Tuvo maña para ganarse las voluntades de los indios de diversas tribus, así infieles como cristianos, valiéndose sobre todo de magníficas promesas. Estaban a su mando los Piros, nación feroz que casi siempre ha estado a favor de las peores causas; se pusieron a sus órdenes los Mochobos, gente indisciplinada, bastante parecida a los Piros; estaban con él los Simirinches infieles de Parica; y aún los moderados Cunibos con Siabar a la cabeza, celebraron con Juan Santos Atahuallpa tratados de alianza.

Los indios del Pajonal, del Perené y Cerro de la Sal se sentían orgullosos de ser el centro de donde partía el nuevo movimiento de autonomía en grande escala, hasta entonces nunca visto.

Juan Santos hizo general de sus tropas a don Mateo de Assia, aquel cacique cristiano, tan respetado de los indios en Metraro y en las regiones circunvecinas, y que sirvió de introductor a los misioneros para abrir las conversiones del Gran Pajonal. Don Mateo había decaído mucho de su primitivo fervor y daba no poco que decir por su conducta licenciosa. El rebelde hizo su segunda persona a Antonio Gatica, negro, cuñado suyo, que mientras estuvo al servicio de los misioneros alcanzó cierto grado de cultura, como también algunos conocimientos militares y tenía por coadjutores a sus hijos. Este negro Gatica causó a los cristianos molestias y daños proporcionados a su negra alma.

Juan Santos construyó en Quisopango o Simaqui una especie de castillo para depósito o arsenal, donde fue dejando cantidades de flechas y macanas, y destinó para su custodia sesenta hombres de valor, antis y simirinches.

2—Llegada a Lima la noticia de lo que pasaba en el lejano Oriente, dio margen a los más variados comentarios: para muchos lo que se contaba era un sueño, una imaginación; otros culpaban a los padres conversores, cuyos malos modos ocasionaron, a no dudarlo, aquel levantamiento; y así a este tenor iban los demás comentarios.

El virrey dio orden de que el gobernador de las provincias de Jauja y Tarma entrara al teatro de los sucesos y tomara preso al fingido inca. Don Benito Troncoso de Lira y Sotomayor era en aquella fecha "Gobernador, Capitán General, Justicia Mayor, Teniente de Capitán general, de los Andes y sus fronteras de la Provincia de Tarma y Jauja". Don Benito conferenció en Tarma con don Pedro Milla, quedando acordado que éste entrase por Qui-

mirí para impedir que el enemigo escapase mientras el gobernador le persiguiera en Quisopango. El gobernador haría la entrada por Sonomoro.

Esto sucedía a mediados de agosto de aquel año de 1742.

El gobernador don Benito Troncoso reunió en el valle de Jauja y en Comas cosa de noventa hombres de armas y entró a la montaña a principios de setiembre, llegando a Sonomoro el 17 de mismo mes. Y mientras esperaba el aviso convenido de don Pedro Milla, a quien ya suponía en Quimirí, despachó tres individuos de confianza de Sonomoro a Quisopango, para que explorasen el terreno e informasen del punto donde se hallaba el rebelde. Sabiendo que éste se hallaba en Quisopango, y no teniendo noticias de don Pedro Milla, resolvió Troncoso aprovechar las excelentes disposiciones de ánimo en que se hallaban los indios cristianos de Sonomoro y atacar a Juan Santos en Quisopango.

El padre Francisco Gazo, conversor de Sonomoro, franqueó al gobernador todas las armas y municiones del castillo y proveyó de bastimentos a la tropa. El cacique Quintimari se asoció al gobernador con veinte indios flecheros valerosos, y llevando de capellán al padre fray Pedro de la Concepción, salieron para Quisopango el 27 de setiembre.

La tropa caminó con cautela y precaución, y el día 9 de octubre, después de caminar toda la noche, amanecieron en Quisopango. En la fecha el rebelde no estaba allí. Custodiaba el arsenal el curaca Santabangori con mucha gente. Los nuestros atacaron y los indios se defendieron con denuedo y arrojo temerario: muerto Santabangori de un balazo, y cuando yacían tendidos no pocos indios principales, a quienes los nuestros de preferencia disparaban, los demás se dieron a la fuga. De los nuestros hubo muchos heridos, pero ningún muerto.

Noticioso el gobernador de que Juan Santos se ha-

llaba en Eneño, con mucha indiada, resolvió retirarse con buen orden; y dejando buena guarnición en Sonomoro los demás salieron a la sierra.

3—Don Pedro Milla sólo después de mediados de setiembre se hallaba con su gente en Quimirí. El Padre presidente de aquella conversión, fray José Arévalo, en previsión del movimiento de tropas que debería realizarse, envió a un hermano donado con algunos neófitos a componer los caminos que le debían conducir a los puntos del interior; pero los indios apostados en aquellos parajes en gran número se lo impidieron.

Llegada a Quimirí la fuerza procedente de Tarma al mando de don Pedro y dándose cuenta del estado de las cosas, no se animaron los milicianos a pasar de Quimirí al Cerro de la Sal, distancia de dos días de mal camino, sino se exploraba previamente el terreno.

En el vecino pueblo de Nijandariz, términó del valle de Chanchamayo, poco distante de Quimirí, apresaron los militares tres indios del partido del rebelde: estos con doblez y mala fe dijeron a los capitanes que si el padre Domingo García les acompañaba, ellos harían de manera que Juan Santos cayese en manos de los Españoles.

Oído lo cual, el siervo de Dios que suspiraba por el martirio, entró en grandes fervores y dijo que iría gustosamente con los tres indios al Cerro de la Sal, donde ya había ejercitado el ministerio y le conocían; que iría sin soldados ni aparato de fuerza, para cautivar mejor la benevolencia de los indígenas, y procuraría allanar la entrada al corregidor de Tarma, que también se hallaba en Quimirí, y a los milicianos, para que ejecutasen lo que conviniera.

El padre Arévalo, presidente de la conversión de Quimirí, que conocía bien el terreno y sondeaba las torcidas intenciones de los indios, no vino en ello e hizo cuanto pudo para disuadir al padre Domingo de su pensamiento: mas,

como el ánimo de este santo misionero se hallaba azorado con deseos del martirio, no viendo sino las ventajas espirituales que le brindaba la ocasión, y por otra los planes



Padres Fray Domingo García, asturiano de la provincia de Santiago, Fray José Cavanes, de la provincia de Valencia, y el hermano Tenorio mueren flechados en el río de la Sal.—1742.

del corregidor y de los militares coincidían con los anhelos del siervo de Dios; prevaleció la determinación de llevar a cabo esta arriesgada empresa.

Agregáronse al padre García el padre José Cavanes y el hermano Tenorio, y partieron de Quimirí con los tres indios. De estos, dos se adelantaron, dando por motivo que iban a alistar las balsas para pasar el río Paucartambo; pero solo iban para entregar con seguridad las víctimas a los verdugos. Llegados los misioneros a las riberas de este río, en el punto más cercano a la cumbre del Cerro de la Sal, aparecieron en la banda opuesta, junto con los dos indios que se adelantaron, otros no pocos, dolosamente alegres, risueños y fingiendo amistad: decían que se hallaban pesarosos de la ausencia del padre Domingo y desengañados de los embustes de Juan Santos Atahualpa.

4—Consecuentes con su actitud, los indios pasaron con presteza en balsa la carga de los misioneros y a nado las mulas. Luego se embarcaron en una balsa los tres misioneros: y cuando se hallaban en el punto más peligroso, los indios balseros voltearon la balsa, yéndose al agua los tres religiosos. Mientras éstos luchaban con la corriente impetuosa y con los peligros de la muerte, ansiosos de ganar la orilla, salieron del espeso bosque en poblada los indios del Cerro de la Sal, y empezaron a disparar una lluvia de flechas sobre los náufagos.

A pesar de los disparos incesantes los misioneros se iban acercando a la ribera, pero ya llenos de flechas y mortalmente heridos. Por lo cual levantaron en alto los crucifijos que llevaban a los pechos, y con alentadas voces afearon su impiedad y felonía a los indios; y luego no cesaron de anunciarles las verdades de nuestra santa Religión, mientras pudieron sostenerse sobre los pies.

El padre Cavanes, reparando que ya se desangraba del todo por innunerables heridas y que le iban dejando los últimos alientos, acordóse de la agonía de nuestro divino Salvador en la cruz, y con gran deseo de la salvación de sus mortales perseguidores, dijo en alta voz: "Amorosísimo Padre y Señor mío, perdónales por tu infinita mi-

sericordia, pues no saben lo que hacen. Y en acabando de hablar así, su cuerpo se inclinó y se desplomó al río, para ser arrastrado por las ondas, mientras su alma volaba al cielo y era recibida por los ángeles.

El padre Domingo arribó a la orilla, donde le recibieron con las macanas embrazadas, y a recios golpes lo mataron. Luego un negro del partido del rebelde le cortó con furia la cabeza; que viéndola en el suelo uno de los indios menos malévolos, la envolvió en la capilla del mismo santo misionero, la subió a la iglesia del Cerro de la Sal y la enterró en ella. El cuerpo fue arrojado al río y arrastrado por sus corrientes, como los de sus compañeros.

Esto pasaba el 21 de setiembre de 1742.

Declararon los indios del Cerro de la Sal que en una de las noches inmediatas al martirio, vieron en el cielo hermosísimas palmas y una cabeza cercada de luces y resplandores. Según testimonio del padre fray Manuel del Santo, ya previamente se habían visto palmas formadas de nubes sobre los respectivos pueblos en que se hallaban de conversores los futuros mártires, Cavanes y García.

5—Sabida la catástrofe por el gobernador de las conversiones don Benito Troncoso, que ya estaba en Quimirí, después de su expedición a Quisopango; a mediados de octubre resolvió moverse con la poca gente que había reunido allí don Pedro Milla, y castigar el atrevimiento de los indios. Llegó en efecto al Cerro de la Sal; pero, como era de suponer, dada la astucia de los indios, halló el pueblo deshabitado, sin más que alguna poca gente, buena y creyente que lamentaba su lúgubre situación.

Iba en esta expedición el padre Arévalo, que tuvo el cuidado de recoger la cabeza del padre Domingo García, que se hallaba incorrupta, a pesar de los calores y humedad de aquella región, que en menos de veinticuatro horas suele descomponer toda carne. Luego mandó que también buscasen río abajo el cuerpo del siervo de Dios; pero

sólo fueron hallados los huesos: y la sagrada cabeza y los venerables huesos los remitió el padre Arévalo al colegio de misioneros de Santa Rosa de Ocopa, en cuya iglesia fueron enterrados entre la admiración y lágrimas de la comunidad, que veía la gracia divina en el glorioso fin que tuvieron sus tres hermanos mártires.

La escasa fuerza que había avanzado hasta el Cerro de la Sal esperaba un refuerzo que debía llegar a órdenes del capitán don Francisco Abia; mas, viendo que el refuerzo no llegaba y que con la demora se enfermaba la gente que se tenía disponible, se resolvió atacar al rebelde que permanecía en Eneño. Movióse la gente del Cerro de la Sal el día primero de noviembre; el día dos dio en varias emboscadas, con peligro inminente de ser arrollados y muertos todos, pues los indios les cortaron la retirada. A fuerza de actos de valor y a beneficio de las armas de fuego emprendieron la retirada, dejando algunos muertos y caminando otros con muchas heridas. Llegados a Nijandariz, creyeron hallar amigos a sus moradores; mas no fué así, sino que los encontraron obstinadamente enemigos, y fue preciso trabar recio combate. Llegaron a Quimirí casi todos heridos de estas mal combinadas refriegas.

6—El padre conversor de Quimirí se veía molestado con la proximidad de los apóstatas y en peligro de la vida, y pidió que le enviasen sucesor, y fue a sustituirle el padre Lorenzo Nuñez en abril de 1743. El padre Comisario fray José Gil Muñoz también hizo renuncia de su cargo, y entró en su lugar el padre fray Manuel Albarrán, cura de Huancabamba.

En el verano de 1743 Juan Santos comenzó a arrimarse a Quimirí, ufano con lo que estimaba felices principios de su imperio. Estaba claro para él que los dos gobernadores nada podían contra su causa; pues, su acción no se dejaba sentir en la montaña, desde que fugaron a-

rrojados con precipitación y poco crédito de sus armas. Decía lleno de satisfacción que toda la indiada de la montaña se hallaba a su mandado, y que en la primavera próxima vendrían los indios serranos a rendirle obediencia; y que sólo ésto era lo que esperaba para ir con ellos a coronarse en Lima.

Por mediados de junio de aquel año mandó decir al padre fray Lorenzo Nuñez, que saliese pronto de Quimirí a la sierra. Aun cuando no se lo dijera, el padre Núñez comprendiendo que ya no podía permanecer más en Quimirí por falta de víveres, para su gente y para él; pues los cristianos apóstatas y los infieles hacían por allí frecuentes correrías, y nadie se animaba en Quimirí ni a ir a las propias plantaciones, a traer lo indispensable para la vida.

El padre Núñez ponía en conocimiento del virrey, de los gobernadores y corregidores de Tarma y Jauja todo cuanto pasaba en aquellas montañas, pidiendo remedio y socorro; pero todo era en vano. Por lo cual resolvió salir de Quimirí a una hacienda que había en Chanchamayo a distancia de tres leguas, llevándose consigo los ornamentos y vasos sagrados.

El mismo día en que el padre Núñez realizaba su salida, tomaron en la hacienda a un espía de Juan Santos, que llevaba el encargo de ganar las voluntades de los serranos.

El padre Lorenzo Núñez iba todos los domingos a Quimirí a decir la misa a los fieles; pero el primer domingo de agosto se halló con la novedad de que el rebelde se hallaba ya en dicho pueblo, que había llegado el primero de dicho mes con dos mil indios de varias naciones.

El padre Núñez envió a Quimirí un hermano donado en traje de serrano y al alcalde de Quimirí para cerciorarse de lo que había. Apenas pasaron el río Chanchamayo los cogieron los indios, y reconociendo al hermano do-

nado, le quisieron quitar la vida; sólo que le perdonaron la vida al oir al alcalde que llevaba un recado a nombre del padre Núñez.

Llevaron al hermano a la casa de Juan Santos; pero este rehusó ver al hermano. Averiguado por boca del alcalde que el recado del padre Núñez consistía en que viniese a arreglos y a inteligencias; respondió que se fuesen; que él no quería hacer mal a nadie, sino que exigía que le diesen lo que era suyo.

Ordenó que dejasen ir al alcalde y al hermano que esa misma tarde llegaron a la hacienda: y con la voz que se propaló de que el inca no miraba mal a los serranos, que por el contrario deseaba entenderse con ellos, tuvieron los indígenas de Chanchamayo aquella noche grandes festejos y algazara, bailes y borrachera, ni más ni menos que los chunchos indios, celebraron la llegada de su inca, cantando en quechua que beberían chicha en la calavera del padre y del teniente gobernador.

El lunes, día cinco de agosto de aquel año de 1743, desde las primeras luces del sol se vió el río de Chanchamayo cubierto de infieles, pasando en dirección de la hacienda, con su algazara acostumbrada en ocasiones de triunfo por lo cual el padre Núñez y los demás cristianos que le acompañaban pasaron sin pérdida de tiempo a Tarma.

Juan Santos hizo que le alcanzasen al padre, para decirle que si le quería ver, le esperase en Tarma, y asegurase a los militares que no se molestasen en venir a buscarle, que él los iría a ver en Palcapampa.

Ostentaba esta petulante arrogancia en momentos en que se presentaban a darles obediencia cien indígenas de la sierra.





CAPITULO XXI

Constrúyese un fuerte en Quimirí y se pierde con la guarnición: Entrada del general Llamas a la Montaña.

1743-1746

SUMARIO: 1—En Lima. 2—Saqueo de Huancabamba. 3—Combates en Quimirí. 4—El gobierno de Lima prohibe arreglos con el rebelde.

En Lima había empeño para no dar importancia a los lamentables sucesos que traían en conmoción a los habitantes del Chanchamayo, Paucartambo y Perené, y en angustia y honda amargura a los misioneros encargados de evangelizar aquellas abruptas regiones.

Por una causa u otra, debido o no a descuidos y errores del gobierno de Lima; el hecho era que Santos Atahuallpa avanzaba en el logro de sus intentos, arrancando de la devoción de los padres misioneros a un gran número de infieles, neófitos y cristianos indígenas, y que en las cuencas de los ríos mencionados no era respetada la palabra del misionero ni obedecidos sus mandatos.

Cuando este hecho se llegó a saber en Lima con caracteres de verdad innegable, no dejó de producir sobresalto en los ánimos de los encargados de encaminar la cosa pública; y al fin se pensó seriamente en poner remedio al creciente mal. Se resolvió que se construyese un fuerte en Quimirí, que sirviese de barrera infranqueable a los in-



La antigua Quimirí fundada por fray Jerónimo Jimenez (1635): hoy la Merced fundada por el Coronel Pereira (1869): teatro de fatales hechos de armas, pero más aún del heroísmo de incomparables misioneros franciscanos: junto al Chanchamayo y al pie de una montuosa bajada.

fieles, a fin de que no entrasen a las serranías; lo mismo que a los serranos para que no pasasen a las filas del rebelde. Además, el fuerte serviría de base para las operaciones que se llevarían a cabo con el fin de apresar al seudo-inca.

Hasta que se aprestase el fuerte cubrirían las obras dos compañías de la tropa del Callao, mandadas por sus capitanes Pedro Alzamora y Fabricio Bártuli. Se trasportarían algunos cajones de granadas, cuatro cañoncitos de a cuatro, cuatro pedreros, pólvora y demás pertrechos. Llegado todo esto a Tarma y organizado un cuerpo de doscientos hombres, se puso al frente de las fuerzas el corregidor de Tarma Alfonso Santa, haciendo de segundo jefe Benito Troncoso, gobernador de las fronteras.

A los milicianos acompañaban los padres misioneros fray Lorenzo Núñez, fray Pedro Domínguez y el hermano fray Pedro Navarro.

2—La expedición se puso en movimiento el 15 de octubre de 1743, y llegaron a Quimirí el 27 de aquel mes; empleando doce días en el trasporte de bagajes y carga, por senderos escabrosos.

Por aquellos días se hallaba Juan Santos con numerosa gente saqueando Huancabamba.

El fuerte de Quimirí quedó terminado y en estado de defensa en pocos días; de modo, que el ocho de noviembre se le armó con cuatro cañones y cuatro pedreros, agregándose a ello un buen número de granadas y municiones.

Hecho lo cual, el 11 de noviembre se retiró de Quimirí el grueso de la fuerza, quedando en el fuerte el capitán Fabricio Bártuli, con sesenta soldados, el padre Lorenzo Núñez con ánimo sereno y esforzado, y todos con muy pocos víveres y sólo con la palabra de remitírselos con toda brevedad.

Casi se hace increíble la conducta del corregidor Al-

fonso Santa que comandaba aquella expedición, cuyo blanco principal era quebrantar la altivez y las fuerzas del rebelde, ansioso de extender los términos de su dominio. No podía ignorar Alfonso Santa que el intruso estaba acompañado de verdaderas muchedumbres, de enjambres de indios armados, que así como sembraron la desolación en Huancabamba, intentarían lo mismo en Chanchamayo; y que sesenta hombres, aunque protegidos por un castillo, no eran bastantes para imponer el respeto a una indiada que procedería al asedio con la multitud repartida por todas partes y sin enemigo que la molestase.

3—Salidas las tropas de Quimirí, a dos días de camino hallaron las piaras que venían de Tarma con víveres para la gente del castillo; y no maliciando la presteza de los movimientos del rebelde, los dejaron ir a su destino sin escolta. En eso ya Juan Santos había obtenido informes de todo lo hecho por los nuestros, y había apostado sus fuerzas en la vecindad del castillo. Cuando se quiso pasar el río para introducir los víveres al fuerte, cayó Juan Santos sobre ellos: mató diez y siete hombres que los conducían y se apoderó de las piaras.

Inmediatamente cercó el castillo, cortó los puentes, y destacó fuerzas a los vados por donde podían ser socorridos.

El capitán Fabricio desplegó su pericia militar con grande ánimo y prudente sagacidad: tuvo manera para pedir víveres a Tarma; pero el socorro tardaba mucho en llegar. Cansado de esperarlo, halló modo para que el padre Núñez fuese en persona a Tarma, acompañado de un donado; pero no halló en Tarma sino el desengaño. El padre Núñez bajó rápidamente a Lima y delató la omisión del corregidor. Obtuvo orden para los dos corregidores de Jauja y Tarma a fin de que socorriesen prontamente a Quimirí .Cuando llegó a Tarma estaba la gente en preparativos para entrar a la montaña. Con las prisas que

el misionero les comunicó, pudieron salir de Tarma el diez y ocho de diciembre, llevando al frente al gobernador de la frontera Benito Troncoso, con trescientos hombres, el equipo correspondiente y víveres.

Cuando el tres de enero de 1744 se vieron delante del castillo y con el intento de pasar el río Chanchamayo, comprendieron lo errado de sus providencias al haberse atrasado tanto, y al haber dado lugar a Juan Santos para que se apoderara de la dotación del castillo.

Quisieron construir puentes; pero se lo impidieron de la opuesta orilla los indios y los negros, haciéndoles mortífero fuego con los cañones y pedreros, con granadas y fuegos artificiales. Cuatro días de afanes para pasar el río fueron del todo infructuosos. Hubo de ambas partes buen número de muertos y heridos.

Los indios hacían gala de su triunfo y superioridad, levantando en alto ropa, sombreros, sábanas y camisas en señal de haber muerto a la guarnición del presidio. Y dando de seguro el gobernador que el castillo estaba perdido, que se moría la gente en las refriegas, y que era grande el número de los indios; fue retirándose en buen orden y dejó las cosas de Quimirí en estado tan lastimoso como antes estaban.

Aqui exclama el intendente Urrutia: "Yo no puedo recordar nunca sin conmoción la desgraciada catástrofe que padeció el año de 1743 el capitán Fabricio Bertoli, que de orden de la junta de guerra celebrada aqui en Tarma, se quedó de guarnición con 80 hombres en el fuerte que se formó en el pueblo de Quimirí. Reconvenido este por el rebelde para que desamparase el punto con entrega de sus armas, se excusó de practicarlo sin previa disposición del Gobernador de Tarma, a quien pasó el correspondiente aviso de aquella novedad. Franqueóle el rebelde dos treguas de quince dias para que se retirase; y aunque pidió el auxilio que necesitaba se creyó inverificable

el acceso del jentil contra la precitada guarnición, o se procedió con suma lentitud en las providencias. Lo cierto es que viendo Bertoli avanzado, y próximo a cumplirse el último segundo plazo que se le había otorgado, determinó valerse de la oscuridad de la noche para hacer clandestinamente su retirada; pero cuando la emprendió, ya halló cortados los pasos con unas emboscadas de jentiles que bárbaramente mataron a toda aquella tropa, y cuando llegó de aquí el auxilio impetrado solo consiguieron ver en poder de los indios chunchos el vestuario, y armas, de que estaban usando los bárbaros como despojo infeliz de nuestras víctimas.

"Miserable tragedia que hizo recrear considerablemente la insolencia del infiel, y que se hubiera evitado si la ignorancia, y la desidia no hubiesen tenido inpracticada la navegación del rio, que es el principal resguardo de las asechanzas de emboscadas, desde donde no se necesita de mayor estrago para disiparlos brevemente; basta únicamente el estruendo del cañón para aterrar. y alejar a cuantos chunchos lo oigan, y asi nos dejan francas las riberas de los rios, que es cuanto nos interesa (1).

4—Cansóse el padre Núñez de esperar nada bueno y eficaz ni del gobierno de Lima, ni de los corregidores de Tarma y Jauja, ni del gobernador de las fronteras, para contener a Juan Santos en sus desmanes, para rehabilitar las misiones perdidas y continuar la evangélica labor en aquellas cuencas inolvidables del Chanchamayo y del Perené.

Entre las angustias de un corazón lleno de celo por las almas y por la prosperidad de las misiones quería dar con alguna providencia que pusiera remedio al mal; y pensó ponerse al habla con Juan Santos y convencerle a

---

(1) Informe del Intendente Urrutia sobre las ventajas etc. pág. 75.

que se diese a partido. Como un gran número de los que acompañaban al pretenso inca eran sus hijos de espíritu, neófitos a cuyo cariño se había hecho acreedor, trató con ellos este punto.

Juan Santos a quien hablaron del asunto, no se negó a entablar las negociaciones: aun envió un aviso al padre Núñez para que entrase a Quimirí, juntamente con el padre Comisario de misioneros fray Manuel Albarrán.

Pero no se llegó a tener la entrevista, porque hubo orden del gobierno de Lima para que ella no se llevase a efecto.

El motivo de esta prohibición y otros acontecimientos que se siguieron los escribe el padre Amich por los términos que siguen:

"La causa por la cual el señor virrey impidió la entrada a la montaña a los padres misioneros, fue porque discurría componer las turbulencias con facilidad por medio de los padres jesuitas. Hallábase en el colegio de la Compañía de Lima un jesuita coadjutor Vizcaino, llamado el padre Irusta, el cual siendo secular había estado algún tiempo en la montaña y conocido algunos indios principales, particularmente al curaca don Mateo Assia. Persuadieron los jesuitas al señor virrey, que si el padre Irusta entraba a la montaña, compondría fácilmente las alteraciones. El señor Villagarcía se alegró de hallar aquel medio, que le pareció oportuno, para finalizar aquella guerra, y les encomendó esta empresa a los jesuitas. Entró el padre Irusta en la montaña con un compañero sacerdote en el verano del año 1745 (1), y llevaron una

(1). Según una **Certificación** del gobernador Troncoso, entraron, primero el padre Juan Antonio de Irusta de la Compañía de Jesús, y después con él los padres Miguel Izaguirre y Carlos Pastorizo, de la misma Compañía.

porción de herramientas. Habló el padre Irusta a los caciques y principales que conocía. Lo que pudo ajustar con ellos no lo dijeron a nadie; pero por los efectos que después se vieron, se conoció no haber conseguido cosa alguna"

"Este año 1745, por el mes de julio, llegó a Lima nuevo virrey, que fue el excelentísimo señor D. José Manso de Velasco, a tiempo que los jesuitas estaban en la montaña. Después que estos salieron, bajaron a Lima, y comunicaron con el nuevo virrey lo que habian ejecutado en su comisión, y lo que dejaban tratado. El virrey encomendó al general de las armas D. José Llamas, (marqués de Mena-Hermosa), la expedición de la montaña, según el proyecto de los jesuitas. Vino dicho caballero a Tarma a principios del año 1746 con nombramiento de gobernador de la provincia; y como de secreto se hicieron las prevenciones para una formal entrada."

"El mes de febrero mandó llamar al gobernador de las fronteras D. Benito Troncoso, para que mandase un trozo de la tropa en la entrada que se meditaba. Advirtió este caballero al general lo intempestiva que era esta expedición en aquel tiempo, por ser en el rigor de las lluvias, y el grande peligro que corría de malograrse con pérdida de la reputación de las armas españolas. Respondió el general Llamas que tenía órdenes expresas para que se ejecutase asi."

"Determinóse la sailda para principios del mes de marzo. El general José Llamas con doscientos hombres y trescientos de carga entró por Huancabamba al Cerro de la Sal; y D. Benito Troncoso con ciento cincuenta hombres de armas y doscientos de carga entró por Ocsabamba y Quimirí, para juntarse al primer trozo. Acompañaron al general los padres misioneros franciscanos fray Juan Francisco Mateo y fray Pedro Domínguez. A D. Benito Troncoso acompañó el padre fray José de san Antonio."

"La expedición fue desgraciada por intempestiva. Los víveres se pudrieron por la humedad de las contínuas lluvias. Las mulas asi de silla como de carga se despearon; de suerte que habiendo llegado a últimos de marzo el general Llamas con su gente fatigada al Cerro de la Sal, no pudiéndose incorporar con la gente de Troncoso, que se había adelantado a Nijandaris, se vio precisado a dar la vuelta con su gente a pie por donde habían entrado, dejándose en el camino alguna gente cansada, de las cuales murieron catorce personas de la fatiga."

"La gente de Troncoso tuvo un pequeño combate con los indios de Nijandaris, y hubo heridos y muertos de ambas partes. Finalmente se retiraron todos, sin mas fruto que muchas enfermedades contraídas por el cansancio y humedades, y mucha pérdida de caballerías, víveres y tropa. Dispuso Dios para bien de los nuestros que el rebelde se hallaba retirado; pues si los hubiese acometido por aquellos montes, con el desorden y fatigas en que se hallaban, sin poder valerse de las armas de fuego, por estar la pólvora húmeda, hubiera sucedido un estrago muy afrentoso a las armas españolas; pues los pocos indios que se hallaban escondidos por los montes, hicieron algunas hostilidades y muertes en los soldados, que desmandados del cuerpo de tropa, caían al alcance de sus flechas. Se tiene por cierto que el general don José Llamas se quejó de haber sido engañado de los padres jesuitas, que le habían asegurado que luego que llegase con su tropa al Cerro de la Sal, saldría el curaca don Mateo de Assia con su gente, a auxiliarles, y le entregaría en su poder al rebelde. Este fue el motivo de hacer la entrada intempestiva y sin hacer las prevenciones necesarias, sin consulta de experimentados y todo como en secreto (1)."

---

(1). Cap. XXXVII.



CAPITULO XXII

Ilustre martirio del padre Albarrán y sus compañeros

1747

SUMARIO: 1—Continúa narrando el padre Amich. 2—Buscando mejor entrada para Sonomoro. 3—Martirio con los corazones preparados. 4—Nuevo Comisario el padre Núñez: pertinacia de Juan Santos.

Vimos en el capítulo anterior los percances desastrosos y la malograda expedición del general Llamas al Cerro de la Sal, narrados por el padre Amich; quien a todo lo antedicho continúa agregando:

"Con esta malograda expedición quedaron los infieles y los apóstatas tan insolentes que no temieron el desafiar a los españoles, ni se descuidaban al hacerles todo el daño que podían."

Cuenta luego el padre Amich una irrupción de los indios y de los negros al pueblo de Monobamba, donde, en ocasión de una fiesta mataron treinta y dos personas y se llevaron cautivas algunas personas de ambos sexos a Quimirí, donde se hallaban Juan Santos, y entre los cautivos se contaba el cura párroco.

"A este mandó Juan Santos que le acompañasen afuera y le dió cartas para el virrey, para el provisor y un recado para el general don José Llamas, diciéndole que no le escribía porque era muy inferior. Las cartas se reducían a decirles, que él era señor del reino, y que se lo des-

ocupasen. Súpose por este clérigo (el cual bajó a Lima) que el pretenso inca tenia poca gente, y esta de los Simirinches; pero que cuando le parecía necesario la juntaba de todas las naciones."

Con estas noticias el señor virrey, mandó a los jefes militares que se hallaban en Tarma, que se juntasen a consejo de guerra, y consultasen el mejor expediente para poner la frontera a cubierto de los insultos de los gentiles. Túvose la junta el día 20 de Agosto del mismo año de 1746, y determinaron que se construyese un fuerte en Schanschamayo y otro en Ocsabamba, para que de esta suerte se contuviese a los infieles su audacia, y a los serranos se impidiese su entrada a la montaña." (1)

2—La simple lectura de los episodios que narramos deja en el ánimo penosa impresión, causando profunda extrañeza de que el gobierno de Lima hubiera mirado con tanta indiferencia un acontecimiento tan funesto, como era el levantamiento del llamado Juan Santos Atahualpa Apu-Inca; caudillo cuya audacia redujo a la nada misiones tan florecientes como las que surgieron al cultivo del venerable padre Francisco de san José y sus celosos compañeros.

Si a nosotros, meros contempladores de aquel escenario, se nos contrista el alma: ¿qué sufrirían los nobles corazones de tantos generosos misioneros, a quienes se privaba violentamente de su campo de acción?

Uno de los misioneros más hondamente sumidos en la pena era el venerable Comisario y vice-prefecto de misiones padre fray Manuel Albarrán. Este celoso prelado y ardoroso misionero, perdidas las esperanzas de lograr la mies evangélica en Huancabamba, en Oxapampa, en el Cerro de la Sal, en el Gran Pajonal, en Chanchama-

(1) Cap. XXVII.

yo, en Metraro, centros de misión ya agostados por la irrupción salvaje de Juan Santos, concentró todos sus cuidados a la conservación de la cristiandad de Sonomoro, protegido por un fuerte, cuidando de que éste se hallase en estado de defensa. Hallábase con el inconveniente deplorado siempre y no remediado jamás, de la dificultad de los caminos de sierra, intermedios entre Jauja y Sonomoro, que dificultaban la buena conservación del castillo y el surtirlo de los efectos necesarios.

3—Informáronle, dice nuestro padre Amich, que en la montaña de Acon que confina con la provincia de Huanta, los indios infieles que suelen salir a los cocales de dicha provincia, decían querían tener paz con todos y ser cristianos; y que si los padres entraran por allí, les recibirían con amor, y les entregarían al rebelde."

El padre Albarrán juzgó que no debía perder aquella coyuntura para lograr una entrada franca a la región de Pangoa por la provincia de Huanta; y en el mes de febrero de 1747, salió de Ocopa acompañado del religioso lego fray Fernando de Jesús y de Jacobo, hermano donado de hábito.

En Huanta obtuvo el padre Albarrán informaciones más amplias de la buena disposición de ánimo de los mencionados infieles; por cuyo motivo no dudó en continuar el viaje con las prevenciones del caso. Acompañóse de diez soldados españoles y veinte indios cargueros; y salidos de Huanta a mediados de marzo, el 28 de aquel mes estaban en las márgenes del rio. Era martes santo, y pasaron la noche en aquellas riberas, con las balsas ya listas para pasar el río al día siguiente.

El padre Albarrán no ignoraba que aquel sitio era de los más peligrosos; y así exhortó a todos los de la comitiva a que se confesasen como lo hicieron, y él con sus compañeros religiosos pasó la noche en oración.

Los indios serranos antes de amanecer se fugaron.

El padre Albarrán celebró la misa el miércoles santo con gran devoción y recogimiento y en ella comulgó a todos los compañeros.

Hallábase sumido en la consideración del beneficio recibido con la comunión del cuerpo de nuestro Salvador adorable, y rindiendo a Dios por él devotas acciones de gracias; cuando sorpresivamente se vieron cercados de una muchedumbre de indios, que luego arrojaron sobre ellos una lluvia de flechas, con la tumultuosa gritería que suelen alzar en semejantes ocasiones.

En vano los nuestros les hacían demostraciones de amistad y benevolencia; pues prefirieron los bárbaros desfogar contra los cristianos, tan pocos en número, su pasión de ira, en la seguridad de acabar con ellos.

Los militares hicieron uso de sus armas; pero oprimidos por el número luego sucumbieron.

Los indios arojaron los cuerpos de los cristianos al río, que es el castigo con que se vengan de sus enemigos.

Habríamos ignorado este glorioso martirio del padre Manuel Albarrán, de fray Fernando de Jesús y del hermano Jacobo, con los diez españoles, a no ser uno de los cargueros de Huanta, que permaneció escondido en el montuoso paraje y pudo ver el estrago que los indios ejecutaron.

El serrano testigo del hecho salió a Huanta el 14 de abril de aquel año de 1747, y contó lo acaecido al padre fray José de San Antonio y a fray Juan Raimondez, que se hallaban en Huanta en viaje á España por la via de Buenos Aires.

Parece que este acontecimiento fatal no se debió ni a la influencia subversiva de Santos Atahualpa ni a la sola malevolencia de los indios Campas, o Simirinches o Piros que concurrieron a la facción. Así se deduce de una

Declaración jurada de Juan de Cáceres (1) agregada a otra que hace el padre fray José de San Antonio en 1747, que corresponde al año mismo de este martirio.

El padre José de San Antonio pone por título a su Declaración: "Relación lastimosa de las cruelísimas muertes que dieron los apóstatas y gentiles de varias naciones al R. P. fray Manuel Albarrán" etc. Y Juan de Cáceres se encarga de declarar quienes eran los apóstatas o cristianos renegados de Acón. Este Juan Cáceres era cocalero o negociante en coca que tenía su hacienda en la entrada a aquellos indios. Y dice así: "Oí decir y me aseguraron con toda verdad, los indios de estas fronteras, que entran adentro a comunicar con los chunchos, que los tales chunchos querían y deseaban mucho ser bautizados, y tener paz con todos los fronterizos, y por lo tanto deseaban mucho que entrasen los Padres Misioneros; y aun ahora quatro años despues que se levantaron, y mataron a un Señor Sacerdote, que estaba alli en una haciendita suya, oi decir, que querían entrasen los Padres a bautizarlos, porque habían padecido muchos trabajos, y que les pesaba mucho de haver muerto a aquel sacerdote, y que esto no lo habían hecho de su **motu propio,** sino animados y esforzados de unos serranos cristianos de acá afuera, que se han entrado adentro, por ser matadores asesinos, y por vivir a la ley que quieren, como animales indómitos y andan vestidos con el mismo traxe que los chunchos, y sirviéndoles de maestros para que salgan a robar a las fronteras, y enseñándoles que hagan cosas inauditas, y quitando la compañía de estos intrusos, se apaciguarán, porque es una gente muy doméstica . . . y fuera de estos serranos, hay adentro muchos negros, mulatos y mesti-

(1). Véase el **Apéndice** correspondiente al fin de este tomo.

zos, los quales queriendo los chunchos salir a pedir Padres, se lo impiden . . . porque los chunchos siempre están con la mira de bautizarse, estar a la obediencia del Rey nuestro Señor (que Dios guarde), y de los Padres, para que los doctrinen, y enseñen la Ley de Dios . . . También por entonces me dijeron los dichos, que entran a comunicar con los chunchos, que ellos avisarían a los fronterizos para que ellos avisasen a fuera para que entrasen todos, y matasen o aprisionasen a dichos rebeldes, y a todos sus parciales, y aliados ,y que ellos mismos ayudarían a matarlos, o aprisionarlos."

La conducta bastante razonable, aunque no exenta de inconstancias, de estos indios en épocas posteriores, viene a dar algún valor a las declaraciones que aqui hacen.

4—En Ocopa se tuvo este hecho como un triunfo de la gracia y de la fe, y se rindieron los debidos homenajes de respeto y veneración a la memoria de los mártires: luego eligieron nuevo Comisario y vice-prefecto de misiones, recayendo la elección en otro religioso no menos benemérito que el padre Albarrán, que era el padre Lorenzo Núñez. Este ardoroso e intrépido misionero quiso que luego se hablara con Juan Santos: para ello envió a Quimirí a los padres Francisco Otazuo y Salvador Pando y al hermano Francisco Suárez, con un donado, en mayo de 1747.

Juan Santos desplegó mucha y ceremoniosa gravedad al recibirlos, y no dejó de considerarlos, y aun llegó a oirles la misa.

No quiso tratar de composición ni arreglos, porque aun seguía el ampuloso inca acariciando la ilusión de que no tardarían en moverse todas las serranías, para darle la obediencia, como a su natural señor, y ante semejante espectativa no podía pensar en otro temperamento que el dominio del Perú y de las Américas,

Estas impresiones llevaron al padre Núñez los misioneros Pando y Suárez, al salir de Quimirí, dejando allí al padre Otazuo con el hermano donado.

Consintió Juan Santos en que el padre Otazuo hiciera un recorrido general por todos los puntos en que antes florecía la cristiandad; recorrió el misionero aquellos montes, trató de ganar las voluntades de muchos que eran cristianos, hizo ofertas a Juan Santos y a los principales caudillos de aquella flamante república; pero todo fue inútil. No era sólo Juan Santos el que se resistía a composición e inteligencia: aún los cabecillas con quien Santos repartía, diremos, el comando, estaban bien hallados dónde y cómo estaban; y no ignoraban que si el inca entraba en arreglos, se desbarataba también su efímera autoridad y comando.

Los cabecillas fueron los instigadores para que el rebelde arrojase de aquellos lugares al padre Otazuo o lo matase.

Juan Santos lo redujo a la cárcel con el donado, y los maltrató durante tres meses, dándoles por otra parte muy poca comida.

Sabido el caso por el padre Núñez, vínose a Quimirí en agosto con fray Francisco Suárez, a librar a sus hermanos, o a morir con ellos. Juan Santos no se dejó ver del padre Núñez; y sólo permitió que todos los misioneros se salieran de Quimirí, disponiendo que los indios los acompañaran hasta pasar el río.

Con esto se perdió toda esperanza de arreglo.





CAPITULO XXIII

Memorial que eleva en España al Rey el padre fray Antonio de San José: menciona los frutos de las misiones, el levantamiento de Juan Santos Atahualpa y el peligro de una sublevación general.

1750

SUMARIO: 1—El padre fray Antonio de San José. 2—Muertes de Religiosos. 3—Número de bautizados. 4—El año 42. 5—Remedio a los males.

VIMOS, que en la fecha en que se había consumado en Acón el martirio del padre Albarrán y sus compañeros, el padre fray José de San Antonio se hallaba en Huanta, donde practicó averiguaciones jurídicas del suceso y luego siguió viaje a España. Realizaba este viaje para obtener del Rei Católico, entre otras cosas, sesenta religiosos misioneros para el Perú, la elevación oficial a Colegio de Propaganda Fide del Hospicio de Ocopa y la construcción de algunos fuertes en la región del Cerro de la Sal.

Para obtener estos fines el celoso misionero presentó en España un animado recuerdo de lo que han sido desde su origen las misiones del Perú, y en la parte que corresponde a la materia histórica de que tratamos, hace la siguiente pintura:

2—No puede el Suplicante (Señor) en cumplimiento de su obligación dexar de hacer presente a V. M. que desde la primera conquista de dichas Misiones (que han pa-

sado ciento veintiquatro años hasta este de cinquenta) están regados aquellos elevados montes, la aspereza de sus caminos, y las dilatadas playas de sus caudalosos ríos, con la sangre de quarenta y cinco Misioneros Sacerdotes, y Legos, diez Donados, quatro Terceros, dos cientos cinquenta y tres cristianos, con los diez y ocho últimos, que han muerto en estos años pasados, y dexo referidos, que por todos son trescientos y doce, sin otros muchos, cuyo número solamente se podrá saber el día del juicio, porque después de las repetidas sublevaciones y muertes de los Misioneros, y Christianos, que los acompañaron en varios tiempos, los apostatas, y gentiles han arrojado al fuego, y los caudalosos rios los Padrones, Libros de Baptismos, y Casamientos, Papeles, Imajenes, y Apuntes de los Padres difuntos, y dexando profanadas, y destruidas las Iglesias, se han llevado a los montes los Ornamentos, y Vasos Sagrados para celebrar sus funciones gentilicas, y muertes de los Padres, con la destemplanza de sus bebidas, y para cuya presentación presento con este un dibujo, con el Mapa de los pueblos, por lo que en varios tiempos ha sido preciso entrar con soldados a entablar de nuevo la Fé en dichas Misiones: por cuyo motivo, y el de haver salido el Suplicante de Lima en tiempo que se hallaba dicha ciudad perseguida con la repetición de los temblores, después de haver predicado en ella muchos días con otros Religiosos del convento de San Francisco, se halla sin muchas noticias, que le hacen falta en la estación presente. Este es (Señor) el número que he podido averiguar, y no pongo otros muchos, que han muerto por el mismo fin porque solamente lo he sabido por noticias de los Indios, como también el horror con que miran los sitios en que han muerto los Padres, y Christianos, flechados por la Fé, por las portentosas señales, que ha puesto Dios en dichas partes para confusión de los sacrilegos apostatas, y escarmiento de los Gentiles.

3—El número de almas, que han muerto hasta oy, con el agua del Baptismo, en dichas Misiones, desde su primera conquista, son ciento veinticinco mil setecientos y cinco almas en los ciento y veinti quatro años, como consta del referido Mapa de los pueblos, y de otros instrumentos autenticos, pues solamente en los noventa años primeros murieron con el agua del Baptismo más de setenta mil almas, solo de la nación de los Panataguas, como consta del instrumento que presento con este; y si en todos tiempos huvieran tenido estas Misiones el fomento necesario, huviera sido duplicado, y triplicado el fruto de ellas. (1)

Del Mapa de los pueblos, que acompaña a este (copiado el año de setecientos quarenta y seis del original que queda en el oficio del superior Govierno de Lima) consta que dichas Misiones tenian en la ultima numeración, que se hizo el año de setecientos treinta y seis (y no se ha hecho otra por las repetidas sublevaciones de estos años pasados) siete mil setecientas y cinco almas en los muchos pueblos que oy están perdidos por esta última sublevación del rebelde Atagualpa, y las que huvo en los años antecedentes de veintiquatro, y treinta y siete. Los pueblos perdidos por el dicho Atagualpa, y sus sequaces son los siguientes: Santo Domingo de Chanaza, el Patrocinio de Quimirí, San Joachim de Nijandaris, el Christo Crucificado del Cerro de la Sal, la Concepción de Metraro, San Antonio de Ennano, San Francisco de Pichana, San Judas Thadeo de los Antes, San Francisco Solano de Aporoquiaqui. Nuestra Señora del Puerto de Tampianiqui, el Patrocinio de San Joseph de Chabirosqui, San Lorenzo

(1). En la margen hay una nota que dice: El instrumento que antes se cita parece es el mapa con que principia este memorial.

de Comarosqui, San Miguel de Quisopango, el Pueblo de Jesús María, San Antonio de Catalipango, San Fermin de Parva la Alta, Santa Bárbara de Parva la Baxa, San Diego de Tiguanasqui, San Pedro de Anariqui, Santiago de Cuichaqui, San Pablo de Carete, Nuestra Señora de la Laguna de Pirintoque, Guancabamba con otros dos pueblos que están en sus cercanías, el Pueblo de apostatas de Mandorbanba, (descubierto por el Suplicante, y otros compañeros el año de treinta y ocho; y al mismo tiempo recogieron otras quarentas familias de Christianos de la Sierra, que anduvieron fugitivas por los montes tres años, sin oir Misa, ni asistir a la Doctrina, las que hasta oy viven suxetas en el pueblo de Surcubamba, del Obispado de Guamanga (que está en la frontera de dichas Misiones) dos pueblos en la nación de Cimirinches, otras dos en la nación de los Conibos, fundados el año de treinta y seis (como consta del instrumento, que se guarda en este Archivo de Indias) por el Apostólico Varon Fr. Alonso del Espíritu Santo, el que haviendo entablado la amistad con las dos referidas naciones, murió flechado por la Fe el año siguiente de treinta y seis.

En el dilatado Pajonal tenían los Misioneros descubiertos otros quince pueblos, que pedían Padres, y sin estos otras muchas Rancherías (1) desde el año de setecientos y quarenta, y hecha la amistad con la nación de los Campas, cuyos pueblos, como todos los demás de dichas Misiones, tenían tan poca gente por la peste que huvo en ellos, y oy están perdidos por falta de fomento, y por la referida sublevación de Ataguałpa.

Los pueblos que oy están existentes, y corren al car-

---

(1) Una reunión de casas campestres que en el Perú se llaman ranchos.

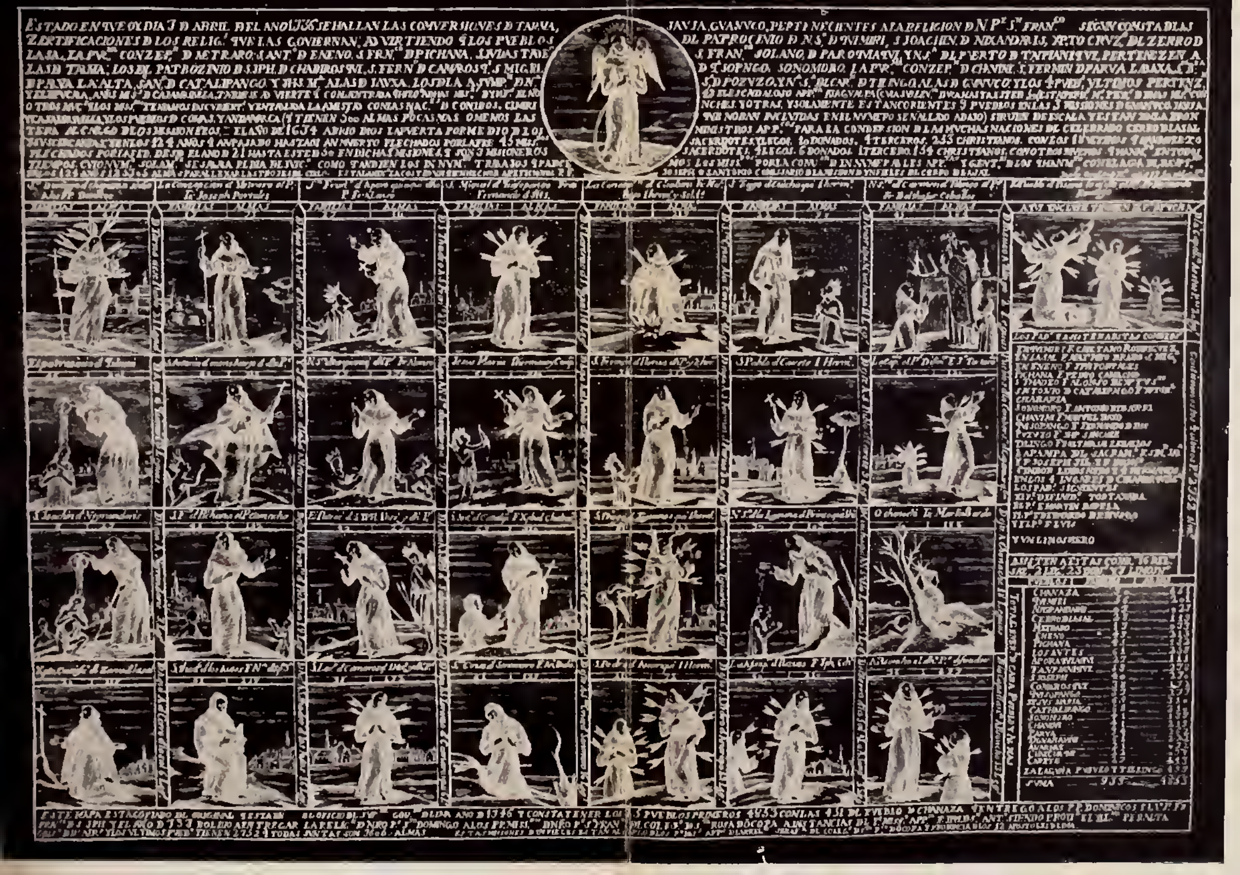
go de los Misioneros de Santa Rosa de Ocopa, son once, con los dos de Comas, y Andamarca, que son los primeros, y sirven de escala para entrar a dichas Misiones: el de Comás está ocho leguas de Ocopa, y el de Andamarca catorce leguas más adelante de el de Comas ;el tercero (que es el de Santa Cruz de Sonomoro) está vinticinco leguas de el de Andamarca: el quarto es el de Santa Bárbara de Meneаro: (mudado nuevamente al sitio donde antiguamente estaba el pueblo de la Assuncion de Chavini, tres leguas de Sonomoro) estos son los que han quedado libres en la sublevación de Atagualpa, y pertenecen a la Conversión de Sonomoro, y á estos quatro pueblos asisten solamente tres Misioneros por la gran falta de Ministros.

En las Misiones de Guanuco ay solamente dos pueblos, que son el de la Assunción de Pozuzo, y el de el Carmen de Tilingo, (ya mudado al de San Antonio de Cuchero. En estos dos pueblos asisten otros dos Misioneros por la falta de Operarios evangelicos.

En las Misiones de Caxamarquilla (que están en la frontera del Obispado de Truxillo, y entregó a nuestra Misión la santa Provincia de Lima algunos años después que llegamos a aquel Reyno, hay los pueblos siguientes: la Capellanía, que está a la entrada, y sirve de escala a dichas Misiones, el de Ochonaque, el de Apisoncho, el de Pisano, y el de Pucará; en estas Misiones havía el año quarenta y siete tres Misioneros, por falta de Operarios, y el uno postrado yá en la cama, por sus muchos años, y accidentes. El año de quarenta y seis, por el mes de Setiembre, estando el suplicante haciendo Misión en la ciudad de Guanuco, llegaron a dicha Ciudad catorce Indios Christianos de dichas Misiones, después de haver caminado muchos días Río arriba, con muchos trabajos, y peligros, y muchas leguas por tierra de malísimo camino, pidiendo con ansias dos Religiosos, empeñando al Guardian de di-

cho convento, y a los Caballeros principales de dicha Ciudad, para conseguir el fin de su penoso, y dilatado viage, alegando con voces lastimosas el derecho que tenían para llevar a los dos Padres a sus pueblos, que eran Christianos, que temían mucho el condenarse por falta de Misioneros, por lo que se morían los niños sin Baptismo, y sus padres sin Sacramentos, y traspasado el corazón del suplicante por la gran falta de Misioneros, deseó mucho el irse con dichos Indios, lo que no pudo executar por estar proximo el viage a ponerse a los pies de V. M. para llevar la crecida y deseada Misión (que pide a V. M. con el mayor rendimiento) para que haviendo copia de Ministros, se mantengan dos en cada uno de los pueblos para consuelo suyo, y de los indios, que son los párvulos que claman en pluma del Profeta Jeremías, pidiendo el pan de la Doctrina, y mueren de hambre por no haver quien se lo parta: y para darles algun consuelo a estos pobres miserables (que por su mucha docilidad anduvieron tantas leguas, por llevar dos Misioneros) pasó el Suplicante, con uno de ellos, a Lima, (que está ochenta leguas) a ponerse a los pies de los prelados, con el dicho Indio, para que les contase la justísima petición de aquellas pobres almas tan desamparadas de ministros, y dieron el más pronto remedio a tan extrema necesidad, la que por entonces remediaron en el modo posible, embiando dos religiosos, los que no sé si perseveran en dichas Misiones, por ser acto voluntario en ellos, y no poder los prelados obligar a ninguno hijo de aquellas Provincias para dicho exercicio.

4—El año de quarenta y dos, estando tendida la red, y bien dispuestas las almas, para coger la copiosísima mies de apostatas, y Gentiles, que esperabamos los ministros apostólicos, entró en dichas Misiones el **inimicus homo** del Evangelio, a sembrar su maldita cizaña y destruír con ella el copiosísimo fruto: este fué el escandalo-


ESTADO EN QVE OY DIA 3 D ABRIL DEL AÑO 1736 SE HALLAN LAS CONVERSIONES D TARMA,
ZERTIFICACIONES D LOS RELIG.S QVE LAS GOVIERNAN. ADVIRTIENDO Q LOS PVEBLOS
JAVJA, GVANVCO, PERTENECIENTES A LA RELIGION D N. P.E S.N FRAN.CO SEGUN CONSTA D LAS

so apostata, y fingido Rey Juan Santos Ataguālpa, Apu-Inga, Guainacapac, indio cristiano de la Ciudad del Cuz-co, donde oyó la Misión del Suplicante el año de setecientos treinta y nueve, y muchos años antes fué profetizado por el V. P. Fr. Joseph Vela, Religioso Lego de aquella Provincia de san Antonio de los Charcas, del Cuzco por estas palabras; "El año de quarenta y dos se lebantará un monstruo abominable, con el titulo de coronarse rey de todo este Reyno del Perú, el que pondrá en grandes trabajos." Los que hasta oy está experimentando con gran dolor, y sentimiento de los Misioneros, y que como testigos de vista, hemos sido participantes de ellos, y vemos cumplida a la letra dicha profecía. El citado año de quarenta y dos entró este instrumento del demonio por el pueblo de Guanta, y sus fronteras, se embarcó en el caudaloso rio de Xauja a destruir dichas misiones (dia del Corpus, en el que temblaron aquellos elevados montes con su entrada) sublevó los pueblos, y Misiones del Pajonal, Montañas y Pueblos del Cerro de la Sal, Guancabamba, y muchos pueblos de las Misiones de Xauja, y alborotados los pueblos cristianos de dichas Misiones con la novedad de su nuevo Rey Inga, (que asi se llamó desde su entrada, en la que ofreció a todos los indios, que los libraría de la persecucion, tyranías y pesadas cargas de los Españoles, coronandose en Lima Rey de todo aquel Reyno, negaron la obediencia a Dios, á V. M. y a los Misioneros, y embarcados en las flotas de balsas, baxaron por los rios a dar la obediencia, y reconocer al dicho rebelde por su rey, y señor: lo mismo hicieron varias naciones gentiles por medio de sus caciques, o curacas principales, de cuya novedad dieron los Misioneros quenta luego al punto al superior Govierno de Lima, el que dió orden para la entrada que hicieron el Corregidor de Tarma Don Alphonso Santa de Ortega, y el Governador de dichas Misiones Don Benito Troncoso, Lira y Soto Mayor, con soldados y gente de la

Frontera, hasta el río de Chanchamayo, donde tuvieron una batalla muy reñida con los indios, sin poder conseguir el fin de coger al Rebelde vivo ni muerto.

Otra entrada hizo después el dicho Governador, con soldados por orden del superior Govierno de Lima, hasta el pueblo de san Miguel de Quisopango, donde tuvieron otra batalla, en la que murieron a balazos algunos de los indios mas principales, y más queridos del rebelde Atagualpa; y viendose este en peligro de morir o de caer en manos de dicho Governador, salió fugitivo y se metió en el monte.

Otra entrada hizo el año quarenta y seis el General del Callao Don Joseph de Llamas, marqués de Mena hermosa, con mucha gente de armas, llevando a los Misioneros en su compañía, los que también han acompañado a los Oficiales en todas las entradas, por orden del superior Govierno de Lima, por el pueblo de Guancabamba, de donde sacó quince indios prisioneros, los que entregó al Virrey, y al mismo tiempo el dicho Governador Don Benito de Troncoso con ciento y cincuenta soldados, a los que acompañó el suplicante con otro compañero por el pueblo de Tarma al de el Patrocinio de (Mantaro (1)) Quimirí, y no se pudo lograr el fin de coger a los enemigos, por ir muy crecido el caudaloso río del Cerro de la Sal, el que pasaron los indios a nado, y se metieron en el Monte; y bolviendo de retirada cinquenta soldados que por orden del Governador pasaron a llevar un pliego al General tuvieron dos batallas con los enemigos, que emboscados en distintos parages del monte, Sabado Santo, a las cinco de la mañana, junto al pueblo de Nijandaris, murieron muchos de los enemigos, cuyas armas presentaron al Gober-

(1). Debe suprimirse Mantaro.

nador y tuvo el Suplicante en sus manos, nueve soldados quedaron mal heridos de las flechas, de los que después murieron algunos, y haviendo tenido el governador (orden) del General para la retirada, la hicieron por el rio Ocsabamba, donde por havernos cortado el enemigo el puente de madera, que hicimos a la entrada, fue preciso hacerlo segunda vez, y salimos al pueblo de Tarma, de donde pasó el suplicante con pliego del Governador, a dar noticia como testigo de vista en la dicha entrada trabajos y peligros de ella al Virrey y a sus prelados,

Estas y otras muchas providencias, ha dado el superior Govierno de Lima, por cuyo orden se mantienen soldados en aquellas fronteras, para contener al indio rebelde, y sus sequaces, los que han executado muchas crueldades dentro, y fuera de las Misiones, con repetidas salidas a los pueblos cristianos, y Haciendas de las fronteras de Tarma, Bombon y Guanuco, de los que han saqueado algunos, robando sus ganados, y las alhajas del culto divino, flechando a unos y matando otros llevando prisioneros a otros muchos hombres, y mugeres de dichas fronteras, como consta de las cartas, que el Suplicante recibió de sus compañeros en este último navío.

5—El mejor medio (Señor) que le parece al Suplicante, como muy preciso, propone a V. M. con el mayor rendimiento, para remedio de tantos males, y que se puede conseguir con menos dificultad, por el conocimiento que tiene de la aspereza de los caminos, y Rios caudalosos, la prisión del indio Atagualpa, es: Que estando dos Misioneros en cada uno de los tres fuertes, que pide en el Cerro de la Sal, Chanchamayo, y Ocsabamba, para el consuelo de los soldados y pobladores, luego que llegue a noticia de los muchos mal contentos que tiene el dicho rebelde por sus muchas tiranías, y crueldades, todos los que desean su libertad por verse libres del tirano yugo de Atagualpa se refugiarán al abrigo de las armas Españolas, con el de-

seo de hallar el mejor consuelo entre los Misioneros, que como Padres, los engendramos por el Evangelio, como dice el apostol San Pablo, y sin atender a su torpe ingratitud, é inconstancia, los miramos como hijos, y sufrimos sus miserias, por ganar sus almas para Dios, y como practicos en las montañas y parajes, donde asiste el dicho rebelde, pueden ser los mejores instrumentos para entregarlo a los Españoles, quitar aquel padrastro de dichas Misiones, y abrir la puerta para la salvación de innumerables almas, que se están perdiendo, por tenerla tan cerrada este instrumento del infierno, desde su primera entrada a dichas Misiones, en las que están enseñando muchos errores, los que omito por no dilatar tanto este Memorial, y presentaré con otros muchos de aquel Reyno, si fuere necesario.

Por todo lo dicho, y por otros muchos escandalos públicos, los que solamente Dios y V. M. con su Catholico zelo, pueden remediar ha embiado Dios tan repetidos castigos desde el año de setecientos y treinta hasta este de setecientos y cincuenta, a las Provincias de aquel Reyno, alternando su Magestad en cuasi todos los avisos misericordiosos por medio de nuestras continuas Misiones, con lo repetidos golpes, como los del martillo de Noé en la Fábrica del Arca a los del Diluvio: por lo que es muy necesaria la Misión crecida, y la fundación del Colegio de Propaganda Fide, que el Suplicante pide y suplica a V. M. con el mayor rendimiento, en las siete Provincias, que su Religión seráfica tiene en aquellos dilatadísimos Reynos, o que cada una de ellas dé uno de los conventos de Recolección, en los parages más convenientes, para Colegio de Misiones, asi para las de Catolicos, como para abrir por varias partes nuevas Misiones de infieles, en la misma forma que lo disponen las bulas Apostólicas, para que en breve tiempo y sin gastos, se estienda en todo el Reyno el Ministerio Apostólico, y se evite la condenación de millones

de almas, y este es el principal motivo, que tuvo el Suplicante para venir de aquel Reyno a ponerse a los pies de V. M. para remedio de tantos males, por hallarse sus dilatadas y remotas provincias en el más infeliz estado, y en peligro de perderse, por la excesiva e infernal codicia tyranías y crueldades y escandalos, los que cada día van en aumento, y las malisimas consequencias, que de ellas se siguen contra los pobres indios mestizos y muchos españoles, y lo mismo en los obrages, en las minas, trapiches y haciendas cañaverales, donde se executan horrores contra los pobres miserables que por no hallar alivio, ni consuelo en la tierra, claman al cielo, y por verse libres de tantas tyranías pensiones cargas públicas pesadisimas, acompañadas de crueles violencias, se van muchos huyendo a los montes, eligiendo por mejor o menos mala, la compañía de los infieles, que la de muchos españoles. Muchos de los referidos desean con ansia la del rebelde Atagualpa (1), y si este (lo que Dios no permita) saliera para Lima con dos cientos indios flecheros, se pudiera temer (con los muchos fundamentos que tiene el Suplicante, la sublevación general de los indios en las provincias del Reyno, lo que pone en noticia de V. M. para descargo de su conciencia en el rectisimo tribunal de Dios, con la experiencia que tiene de veinte años de Misiones, y lo mismo sus compañeros en aquel dilatado Reyno, y sus provincias de Catholicos y gentiles, por el temor vien fundado que tiene (en lo que dexa referido, como público y notorio) de que totalmente se pierda la Fé en él no ponien-

(1) El descontento de los indios mestizos habría subido de punto a ser verdad que Juan Santos hubiese recorrido, por los años de 1730, la sierra desde el Cuzco hasta Cajamarca, según se dice en un Informe de los Oficiales Reales de la Caja de Pasco en 1744.

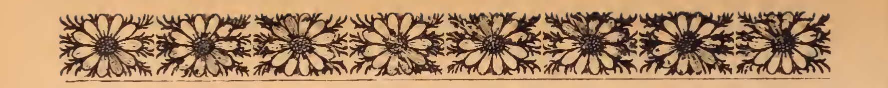
do V. M. el pronto remedio a tan extrema necesidad, por medio de la crecida Misión, y demás providencias, que con el mayor rendimiento pide a V. M. si V. M. fuere servido de concederle para arrancar la maldita semilla de los referidos escándalos, tyranias y crueldades y la idolatria que está muy arraygada, y la Fé muy adulterada en muchas partes de aquel Reyno, porque como los indios ven que lo que executan muchos españoles contra ellos, es contra la Ley de Dios, y que se mantienen muchos años en este infeliz estado, dudan, ó no creen las doctrinas que les predicamos los Misioneros, y sus parrocos en las Misiones, y Provincias, por lo que el Suplicante se vió obligado, por el cumplimiento de su obligación, no solamente a predicar contra las idolatrias sino también a quemar publicamente los idolos, que llegaban a sus manos, fuera de confesión, en las Misiones de las referidas Provincias.

Todas las expresadas providencias las contempla el Suplicante muy precisas para la subsistencia de las Misiones, que existen, restauración de las perdidas por el rebelde Atagualpa, y los demás que ha havido en los años pasados como también para el consuelo y remedio de todo aquel Reyno, y no sin escrupulo dexa cosas igualmente precisas, y de dar otras muchas noticias del estado de aquellas provincias, lo que omite executar por no hacer más molesto este reverente informe, el que concluye con el mayor rendimiento.

Suplicando a V. M. que en atención a todo lo referido, se sirva con la innata piedad, y catholico zelo, dar las providencias, y ordenes que fuesen de su superior agrado, para la Exaltación de la santa Fé catholica en aquellos vastos Dominios, alivio de aquellas pobres almas, que claman por la Doctrina Evangelica no hay quien se le administre, por lo que pierde el Altisimo muchas almas, y V. M. un nuevo Imperio con otros tantos vasallos y mu-

chas tierras muy ricas, muy fertiles y abundantes por naturaleza, como consta de instrumentos autorizados de este Archivo de Indias. Assi lo pide el Suplicante, postrado a sus reales pies, en nombre de todos sus compañeros y de todos los pobres desvalidos, assi catolicos como Gentiles, de aquel su dilatado Reyno, y asi lo espera de la piedad y Catholicisimo zelo de Vuestra Magestad.—Señor B. L. P. de V. M.—Fray Joseph de San Antonio (Manuscrito dice: Cnosejo de 11 de julio de 1750.—Arch. Gen. de Ind., 72-2-31).





CAPITULO XXIIII

Segunda entrada infructuosa del general Llamas, Marqués de Mena-hermosa a la montaña.—Correrías de Juan Santos.

1750-1752

SUMARIO: 1—Errores cometidos. 2—En estado de defensa. 3—Segunda entrada de Llamas. 4—Ultimos desmanes de Juan Santos.

Hemos visto ya que en el año de 1743 el corregidor de Tarma Alfonso Santa entró a Quimirí con dos bravos capitanes Alzamora y Bártuli, con doscientos milicianos regularmente armados, sin contar un buen número de hombres encargados de introducir bagajes y víveres.

Vimos así mismo que el corregidor anduvo indolente en el punto de perseguir al rebelde, a quien pudo tomar en Huancabamba entre dos fuegos, entrando él al valle por Santa Cruz, y disponiendo que por las serranías le acometiera un número suficiente de hombres.

No lo hizo así, contentándose con levantar en pocos días un fuerte en Quimirí y dejando en él y a su mala suerte un escaso destacamento de hombres expuestos a ser envueltos por la multitud de enemigos.

Con no menor sorpresa vimos al general Llamas entrar con poco acierto a los bosques montañosos, y retirarse de ellos con mengua del nombre castellano y con alegría de Juan Santos Atahualpa,

Más tarde, el virrey don José Manso no dejó de preocuparse de la seguridad de las fronteras en la región oriental del Perú: se formaron cuatro compañías de gente de Lima, dos con residencia en Tarma y dos situadas en Jauja, que estarían prontas a cualquier llamamiento y al socorro de cualquier punto amenazado por Juan Santos.

También se organizó una compañía de caballería que estuviese en guardia y observación a fin de que los indios serranos, engañados por el rebelde no pasasen a su bando.



Santos Atahuallpa

3—No contentándose con esto, deseó el virrey mucho la prisión del pretenso inca, y para lograrla dispuso en el verano de 1750 que entrara a la montaña nuevamente el general don José Llamas, con no escasos preparativos. El general entró por Chorobamba y parte de las fuerzas por Tarma. Pero, se hallaron con que el rebelde, conocidos los

intentos de Llamas, se fortificó en Eneño, destacando para los lugares de tránsito numerosas partidas de emboscadas, que no perdonaban a los que se desmandaban de la tropa; llenó de anchos y profundos fosos los puentes inmediatos a Eneño; y, en una palabra hizo la prisión que se intentaba mucho más dificultosa de lo que se suponía en Lima.

Presentáronse luego en la tropa, como acaece generalmente, las enfermedades y llagas que produce el clima húmedo y el género de vida que en la montaña se lleva; las dificultades de caminar a pie, la alteración de los víveres y por consecuencia su escasez y falta.

Y por último, la necesidad de abandonar el intento de la expedición, dejando el campo desembarazado a Juan Santos y libertad por ende para los apetecidos desmanes.

4—Estos desmanes no se hicieron esperar.

Desde luego en el verano de 1751 se encaminó con fuerza suficiente a castigar a los Simirinches y Antis de Sonomoro que se negaron a reconocer su autoridad. A la sazón el castillo de Sonomoro no se hallaba en estado de defensa, siendo censurable en este caso el gobernador de las fronteras por esta omisión. En el fuerte solo se hallaban catorce hombres con escasos víveres.

Lo primero que hizo la gente del rebelde al moverse hacia Sonomoro fue aprovecharse de los sembríos y frutos de los indios cristianos. Estos, dándose cuenta de la invasión, no tuvieron otro recurso que cederles el campo y retirarse a la sierra, resueltos a no rendir vasallaje al intruso. Una noche, con prevención de bastimentos y protegidos por la escolta salieron por caminos poco frecuentados hasta llegar a Andamarca y de allí al valle de Jauja, imponiéndose este sacrificio por no perder el tesoro de la fe. No tardaron en contraer enfermedades, con las cuales

pasaron a mejor vida, a recibir la recompensa de la firmeza de su fe.

Juan Santos devastó el territorio de Sonomoro y salió a la sierra para solicitar el rendimiento de los cristianos indígenas a su autoridad; y en 1752 se presentó en Andamarca, no sin superar grandes dificultades por la intensidad del frío a que no estaban acostumbrados los suyos.

Hallábase de párroco en Andamarca el padre fray Juan de Dios Freznada, acompañado del padre lector jubilado fray Mauricio Gallardo. Ambos suplicaron a Juan Santos que no hiciese males a los serranos; a lo cual se negó con inusitado orgullo y altanería, y desdeñando la súplica encerró a los dos misioneros en la cárcel pública.

Irritóse aún más cuando acabó de convencerse de que aquella cristiandad no estaba para someterse a la autoridad antojadiza de un hombre de su laya; recogió luego todo el ganado que pudo por aquellas punas, saqueó el pueblo y lo entregó a un voraz incendio, intentando también que los misioneros fuesen quemados.

Los religiosos hubieran perecido abrasados entre las llamas, si un piadoso vecino no hubiera roto las puertas, en momentos en que las llamas se extendían por todo el pueblo.

Retiróse Juan Santos de Andamarca con toda su gente, que se hallaba aterida de frío, anonadada e inhábil para el manejo del arco y flechas: coyuntura que habría sido propicia a la tropa acantonada en Jauja para haber batido con todo éxito a Juan Santos y apresarlo. Pero ya se ve que en todo este tejido de episodios referentes a esta sublevación, no hubo de parte de los nuestros un solo acierto ni un solo éxito de nuestras armas; y todo fue perder ocasiónes propicias, alentar con los errores no interrumpidos la innoble arrogancia de un alucinado, y prolon-

gar indefinidamente una situación anómala en los centros más floridos de las misiones franciscanas con detrimento de muchas almas y no poco desdoro del nombre español.





CAPITULO XXIV

Personalidad de Juan Santos Atahualpa, que se denominó Apu-Inga 1742-1755

SUMARIO: 1—La narración del padre Amich. 2—Don Sebastián Lorente. 3—La Combe y Von Hassel. 4—Religiosidad astuta. 5—Los Ingleses. 6—Conclusión del Capítulo.

El juicio emitido y la descripción hecha por nuestro padre Amich ha sido generalmente la base del criterio seguido al mencionar los hechos que historiamos. Hemos visto también que no es discrepante la pintura que nos hacen del cabecilla los autores de la carta consignada en el capítulo décimo nono, los cuales tuvieron medios adecuados para formar una idea aproximada de la personalidad de Juan Santos.

Entre los que abrazan con llaneza las ideas expresadas por el padre Amich debemos contar al sabio Raimondi, que siempre patrocina las causas serias y no se muestra amigo de novedades infundadas. Dígase otro tanto del erudito y fundado Mendiburu.

Mas, no se puede exigir uniformidad absoluta de criterio en un punto sujeto a la apreciación de muchos: así ha sucedido con Santos Atahualpa, a cuya actuación han dado muy diverso colorido algunos escritores recientes.

3—Don Sebastián Lorente, aunque no se aparta de la idea tradicional franciscana, da sin embargo pie para que se entable la duda y la discrepancia en el dictamen.

El ameno historiador dice así: Todavía quedaba preocupado el espíritu público con la sublevación de los chunchos, no solo por las valiosas e irreparables pérdidas ocurridas, en la montaña, sino porque se atribuía al Apuinga un peligroso prestigio entre los indios de la sierra, y aun se recelaba que pudiera ser apoyado por los ingleses para un general alzamiento. Los temores se acrecentaron al regreso de cierta especie de comisión confiada a los jesuitas, a quienes Juan Santos aparentaba gran deferencia. El astuto impostor les hizo concebir una alta idea de su poderío suponiéndose a la cabeza de un vastísimo, opulento y pobladísimo imperio."

"Más los hombres reflexivos y los misioneros franciscanos, que conocían a fondo la despoblación y escaseces de las selvas virgenes, no cayeron en la ilusión, cundiendo solo en el sencillo vulgo las creencias de un nuevo y dorado gran Paititi. Como, desde luego dominaron los sueños, que halagaban la codicia y propagaban las alarmas, se emprendieron otras dos expediciones sin mejor éxito, que las anteriores."

"Al fin se conoció, que ni los chunchos eran peligrosos fuera de sus casi inatacables espesuras, ni en la pavorosa soledad de los árboles primitivos podían hacerse ricas presas, aunque la Providencia reune allí inapreciables tesoros al habil y paciente trabajo de nuestro siglo. No habiendo llegado la hora de la colonización agrícola y militar, única que puede asegurar la provechosa conquista de la montaña, solo pudo pensarse en protejer la ceja con algunos destacamentos y fortificaciones, y muchos conservaron todavía la esperanza de que volvieran a prosperar las recien destruídas conversiones (1)."

---

(1) Historia del Perú bajo los Borbones. pág 81.

Es extraño que Lorente haya agregado a lo dicho la especie de que

3—Quien habla en la materia con soltura y escasa consideración es el coronel La Combe: "Las misiones de los padres de Ocopa, escribe, estaban en via de gran prosperidad, y si es cierto que todos los Campas que frecuentaban los pueblecitos no se habían convertido al cristianismo, no demostraban hostilidad a los padres, los que paulatinamente ganaban terreno y nuevos neófitos todos los días, cuando empezó la sublevación de los indios debida a Juan Santos Atahualpa. Es esta una figura tan notable, tan curiosa, que nos parece bueno detenernos sobre su historia."

"Cometió un homicidio en Huamanga, y perseguido por la justicia se internó en la montaña. En 1742 se encontró con el curaca de Quisopango, Mateo Santabangori, que lo condujo a su pueblo, donde muy pronto le prestaron obediencia, diciendo que era descendiente de Atahualpa, y que venía mandado por Dios para vengar a sus antepasados y arrojar a los españoles del Perú, prometiendo a los indios todas las riquezas de aquellos."

"Lo cierto es que, muy pronto, se hizo obedecer de todas las tribus de las selvas, porque del Marañón, del Santiago y del Napo vinieron los indios a rendirle homenaje."

"No hay duda que Juan Santos Atahualpa, el Apu-Inca, era hombre superior, dotado de ciertos conocimientos, y que su plan bien preparado puso a la dominación española en serio peligro."

"Juan Santos, a nuestro parecer, tenía preparado su pro-

---

el rigor desplegado por los misioneros dio margen a la sublevación de Juan Santos Atahualpa, punto que dejó bien aclarado el padre Albarrán en la Información que antes se ha mencionado y justifica la conducta de los Conversores.

yecto de mucho tiempo atrás, porque vemos que en una entrevista con el padre Santiago Vásquez de Caicedo, le dice: que el virrey podía tener a bien dejarle tomar pose-sesión de sus reinos, porque si salía a estorbarle con cuatro españoles, el tenía los indios y mestizos y también los negros comprados con su plata; y además los ingleses vendrían por mar."

"Esto concuerda con lo que dice el virrey conde de Superunda, que había recibido una carta del Excmo. señor marqués de la Ensenada, fechada el 12 de enero de 1745, en la cual le participaba de orden de S. M.: "que una escuadra inglesa compuesta de cuatro navíos de guerra al mando del comandante Carnet, se suponía ir en corsarios para el mar del sur." De otro lado hay una correlación tan directa con la conspiración de los indios de Lima, que tenía relación con las provincias de Huarochirí, Canta y de Lambayeque, que de los tres jefes comprometidos uno logró escaparse y refugiarse con Juan Santos. Claro es que era una vasta conspiración por todo el reino y apoyada hasta en el exterior. El individuo capaz de poner en movimiento tantos elementos y coordinar un plan de esa importancia, no podía ser un hombre vulgar (1)."

Si La Combe habla con soltura y sin escrúpulos, por su parte Von Hassel se expresa en términos, debemos decir, descabellados, no fáciles de suponer en hombre de su carrera y conocimientos. Dice asi: "Las tribus bravas de los Campas del Gran Pajonal fueron indomables para los conquistadores. Los misioneros españoles, fundándose en la veneración fanática de estas tribus por sus Incas, llevaron un joven Campa a España, donde le dieron una educación esmerada; después de algunos años le trajeron

(1) Informe de su viaje al Pichis.

de nuevo, infundiendo la noticia de que era descendiente de los Incas, y dándose el nombre de Santos Atahualpa. Creían por medio de este joven adicto a los misioneros, dominar las tribus del oriente. Pero Santos Atahualpa, en lugar de ayudar a los españoles en sus proyectos, se sublevó, y atacando todos los fortines rechazó a los españoles. En las cercanías del Perené donde fué sepultado este príncipe indígena, existía hasta ahora pocos años la llamada tumba de Santos Atahualpa (2)."

No es fácil reunir en menos lineas mayor número de aseveraciones gratuitas.

4—Otro punto hay en el multiforme Apuinga digno de ser sabido, y es su religiosidad, mañosa sin duda y con fines logreros, pero constante, según los indicios que se tienen. Acerca de esto consignaremos un hecho registrado por Urrutia en su **Informe**.

"De resultas, dice, de la mencionada rebelión e invasión hecha en nuestro territorio con tantos sacrificios de vasallos del Rey nuestro señor, destacó este superior gobierno el correspondiente auxilio militar para contenerlas, y promover la persecución del insurjente a cargo del Jeneral de las armas Marques de Mena-hermosa: este jefe tomó varias providencias militares, y una de ellas fue su entrada a la montaña con bastante refuerzo, que verificó el año de 1750, ocho años después de la rebelión, y expulsión de los sacerdotes de aquel territorio, practicada por el apostata Juan Santos, y sus secuaces."

"Con todo, al llegar al pueblo de Quimirí no solo encontró subsistente la Iglesia, bien barrida, y adornada, sino con velas encendidas a las imájenes; señales muy ciertas de que aquellos moradores entre los horrores de la

---

(2). **Las tribus salvajes de la región amazónica del Perú**

conspiración, no obstante el largo tiempo corrido desde que sacudieron el freno de la obediencia a los Españoles, conservaban el afecto a la santa relijión católica, apostólica, romana, en la alma, y que aunque privados de los ministros de ella, sostendrían entre si las congregaciones y ejercicios católicos, a los cuales los habia instruido la caridad paternal de los misioneros."

"El indicado Marques de Mena-hermosa, que lejos de haber conseguido en dicha población las prisiones a que se dirijia su celo, vio por la constitución del lugar burlados sus designios, y que era materia inaccesible a la fuerza el querer rendir en unos bosques inmensos las errantes disposiciones de los rebeldes, tomó la disposición extrañísima de mandar quemar todo el pueblo de Quimirí con inclusión del templo del Señor que halló mantenido por sus vecinos con tanto cuidado como he referido, juzgando que así los alejaría mas de nuestras posesiones: resolución que fue sobre manera sensible a los habitantes de los Andes, y con que se les hicieron odiosísimos nuestros pasos, y nuestros conatos destestables; pero que también dio ocasión para la siguiente prueba que nos ministraron de su dedicación al culto religioso en los mayores incrementos de su libertinaje y de la preocupación en que les empeñó su rebelión."

"En el año de 1756 repitió otra entrada por aqui con tropa el señor Brigadier D. Pablo Saez de Bustamante, y ya encontró reedificado el pueblo de resultas de su padecido incendio, y en el medio de su plaza una cruz grande situada en una peaña con el mayor aseo, lo que persuadió nuevamente su sincero amor al culto, y que si no reedificaron también la iglesia, no fue por desafecto a ella, sino que enteramente carecian ya de imajenes para adornarla, y a quienes tributar sus adoraciones."

"Estos dos rasgos del imperio que tiene en aquellos ignorantes la verdad, mediante el conocimiento que llega-

ron a adquirir del verdadero Dios, y que no será imposible la conservación hasta hoy trasmitiendo de uno en otros, excita en mi espíritu la mas grande compasión al contemplar los escollos que hasta aqui ha presentado el infierno para impedir los frutos de unos destellos de cristiandad tan piadosos como eficaces, y que estos por nuestra inercia llegarán a sofocarse y extinguirse, si se sigue en la misma inacción con que hasta ahora hemos manejado este asunto."

Aquí podemos agregar a las palabras de Urrutia, que Juan Santos, generalmente no fue irrespetuoso ni cruel con los sacerdotes, si se exceptúa uno que otro caso, como la destrucción de Andamarca donde, teniendo en la cárcel a los dos misioneros de la doctrina, promovió el incendio del pueblo, que habría inmolado también a los dos padres.

5—Por lo que hace a la supuesta connivencia de Juan Santos con los ingleses, inducen alguna duda las palabras consignadas por los padres Del Santo y García en su carta, donde afirman: "Dice que estuvo y viene de Angola, y de los Congos, que habló con los Ingleses, con quienes dexo pactado, que le ayudasen a cobrar su corona por mar, y que él vendría por tierra recogiendo su gente para el fin de recobrar su corona, y que a ese fin le imbiaron sus hermanos, principalmente el mayor, a la Montaña."

No es inverosímil que Juan Santos en sus andadas de Europa formase alguna idea de la rivalidad existente a la sazón entre España e Inglaterra: pero es de temer que en la ocasión a que se refiere la carta de los misioneros, Juan Santos mintiese, al señalar como causa de su entrada a la montaña un pacto con los ingleses.

Y por conclusión de esta materia, diré, que Juan Santos hizo alguna propaganda en la sierra antes de su entrada a la montaña; que esta entrada tuvo por motivo evadir la acción de la justicia por el asesinato cometido; que

en la montaña se le presentó la suerte de hacerse el inca y el amo, y de ser respetado, seguido y obedecido; que no le faltaba astucia para representar su nuevo e inesperado papel; que de las rivalidades existentes entre España e Inglaterra se valió para dar cierto vuelo a sus embustes; que por otra parte no faltó peligro de que el alzamiento cundiese en algunos otros puntos del Perú, como en diversas épocas ha ocurrido; que, en medio de todo, la cualidad predominante del Apuinga era la vaciedad, la supercherería y el engaño.

De esto último nos hace una buena pintura don Sebastián Lorente cuando dice: "Entre los salvajes alzados... formaron una masa imponente en torno de un indio del Cuzco, llamado Juan Santos, el que ocultó cuidadosamente sus humildes antecedentes para asegurar sus encumbradas pretensiones. Tomando los nombres de Atahualpa y Apuinga, se hacía pasar por descendiente de los hijos del sol, y no omitía supercherías, ni ardides para fascinar a sus rudos vasallos. Según cuentan, llevaba sobre el pecho una patena de oro que los deslumbraba reflejando los rayos del astro del dia; conservaba la cruz y las imágenes veneradas como un vano simulacro de la perseguida religión; y no proscribía las artes y goces de cierta cultura social, ya agradables a los neófitos sublevados (1)."

No hay que olvidar tampoco que Juan Santos tuvo la buena suerte de contar con la cooperación de indígenas nada ignorantes, como eran varios caciques formados en la escuela de los misioneros, durante una época la más floreciente que hayan visto aquellas comarcas del Chanchamayo, Perené y Huancabamba: cuando aquellas misiones, según las describe el ameno Lorente "se hallaban en el pie

(1). Obra citada, pag. 78.

más brillante: veinte y cinco pueblos, cuyo vecindario iba en aumento; los salvajes, conocedores de los tejidos y otras prácticas adelantadas; las valiosas haciendas en relación con Jauja, Tarma y Huánuco, todo ofrecía en aquellas fértiles montañas el más lisonjero porvenir a la cultura evangélica. Un fuerte construído en el Cerro de la Sal por Fr. Juan de la Marca, que en el siglo habia sido ingeniero, protegía los nacientes establecimientos contra la crueldad de los fieros e inconstantes hijos del bosque (1)."
Los caciques colocados por los padres al frente de la administración de aquella pequeña república estaban hechos al manejo de asuntos de importancia y versados en cierta prudencia nada vulgar; que luego se convirtieron en elementos de organismo de la obra de Juan Santos.



(1). Página 56.



CAPITULO XXVI

Estado general de España y del Perú durante la sublevación de Juan Santos Atahualpa.

1742-1755

SUMARIO: 1—La España de Felipe V. 2—La guerra marítima con Inglaterra. 3—Los virreyes Juan Antonio de Mendoza, marqués de Villagarcía y José Manso de Velásco, conde de Superunda. 4—El terremoto de 1746. 5—Alzamiento en la costa.

DEDICAMOS este capítulo a una ligera reseña de la situación de España en 1742, año de la sublevación de Juan Santos Atahualpa, para deducir de ella la atención que debieron concentrar los virreyes del Perú a la defensa de sus costas: lo cual les servirá de escusa de las omisiones en que pudieron haber incurrido en debelar y sofocar oportunamente el alzamiento del cabecilla. Así mismo se verá a qué obedecía el retintín con que sonaba en los labios del rebelde el nombre de los ingleses, como elemento de destrucción de las posesiones españolas.

Era la época de Felipe V, en los postreros años de su largo reinado, y de Fernando VI en los comienzos del suyo. Las coronas de Francia y España quedaban intimamente ligadas con vínculos de familia, desde el advenimiento de Felipe al trono español. Pero, por esta causa, surgió más intensa que nunca la rivalidad entre España e Inglaterra. El comercio con España, fuente de sus riquezas, había subido a cifras muy considerables; y España, en res-

guardo de sus derechos, ejercía el de visitar los buques ingleses, que con pertinacia se dedicaban al contrabando. Irritábase Inglaterra y quejábase de los daños que le ocasionaban los cruceros españoles; pero análogas quejas presentaba España por las pérdidas que le acarreaba el contrabando inglés.

La mano de los diplomáticos en Londres y en Madrid se sentía impotente para equilibrar a las dos orgullosas naciones, las cuales se dieron ya prisa y no se dieron punto de reposo para construir un gran número de buques de guerra. Inglaterra pensó en formar grandes escuadras para tomar la ofensiva; España en multiplicar sus unidades de defensa, que repartidas en sus vastas colonias, le dieran la victoria.

La actividad de España sorprendió a Inglaterra, pues hubo en la península armadores en gran número; y este hecho retrasó algo la declaratoria de guerra. Esta empezó en 1739; y el hecho causó incontenible júbilo al pueblo londinense, pues, cuando el rey Jorge hizo alistar una poderosa escuadra de cuarenta y tres navíos, veinte y uno de ellos de línea, que puso bajo el comando de Vernón, para operar contra las Antillas y contra Cartagena, depósito general del comercio de América con la metrópoli; cuando expidió cartas de represalias contra España y levantó nuevas tropas; cuando dispuso que el comodoro Anson pasase a las costas de Chile y Perú, con una respetable escuadrilla: en Londres se echaron a vuelo todas las campanas de las iglesias creyéndose ya en posesión de las colonias españolas y de sus inmenas riquezas.

España por su parte se presentó a la lid unánime y con gran resolución: también deseaba la guerra, y había perfecto acuerdo para llevarla a cabo, con serenidad y a toda costa de sacrificios.

A los tres meses de haberse roto las hostilidades, diez presas inglesas quedaban en el puerto de San Sebas-

tián. Nuestra flota mercante de América, a pesar de la vigilancia inglesa, arribó a la península con felicidad y pingües caudales. Una flota de guerra inglesa enviada para destruir nuestras naves surtas en Ferrol, fue desbaratada por un temporal. La escuadra española partió a las Américas antes que se acabara de aprestar la escuadra de Vernón. Esta formidable escuadra que empezó con feliz fortuna y con regocijo en Londres el ataque a Cartagena, a poco hubo de huir con vergonzosa derrota, infligida por aquella plaza fuerte. Las operaciones de Anson en las costas de Chile y Perú, no tuvieron más importancia que cierto número de presas, entre ellas la del galeón Covadonga, el desembarco en Paita donde se hallaba un depósito de contratación ilícita y había al ancla algunas naves, y el susto consiguiente a su presencia por estos mares. Pero Anson, ni pudo combinar sus maniobras con las de Vernón, ni pudo conservar en buen pie su escuadrilla, que volvió maltrecha a Inglaterra en 1744.

El mismo Vernón, después de los temporales de Méjico, después de la derrota en Cartagena y después de sus desastres en la isla de Cuba, al tornar a su pais no conducía sino pocas naves con escasa y desfallecida tropa.

Después de esta campaña naval, España quedaba en muy buen pie: había capturado a su rival cosa de cuatrocientos siete bajeles: los buques españoles guarda-costas, repartidos por todas las colonias de América, se habían comportado con bizarría.

Muerto Felipe V en 1746, durante la guerra, su hijo Fernando VI ajustó la paz con Inglaterra en 1748, en Aquisgrán, firmando el tratado también Francia y Holanda. España no perdió nada: conservó hasta el derecho de visita. Inglaterra no ganó nada. Sólo se derramó sangre humana, sin miramiento y con profusión.

3—Los lectores comprenden que el ánimo del virrey don Juan Antonio Mendoza, Marqués de Villagarcía

(1736-1745), debió hallarse, durante los primeros años de la sublevación de Juan Santos Atahualpa, con otros cuidados de interés vital impuestos por la situación de la metrópoli y el peligro general de las colonias.

El comodoro Anson se vio forzado a refugiarse en las islas de Juan Fernández y restablecer allí su tripulación fatigada y enferma. El virrey fue avisado con tiempo desde Madrid de la expedición y planes de Anson; recibió además refuerzos marítimos de la península; sin reparar por su parte en gastos, armó una escuadra, y la envió al encuentro del invasor, aunque no llegaron a venir a las manos.

Las costas del Pacífico se hallaban entonces indefensas; que no fueron fortificadas sino poco después por el virrey Amat. Felizmente las fuerzas de Anson tampoco estaban en condiciones de emprender nada serio.

4—Si el virrey Villagarcía estuvo preocupado con los azares de la guerra, el sucesor, don José Manso de Velasco se halló en 1746, en los comienzos de su administración. con el terremoto más espantoso que pueda imaginarse: vio asolada Lima y Callao; la deliciosa capital convertida en un campo de ruínas y el primer puerto del Perú sumergido en las irritadas aguas.

"Era el 28 de octubre de 1746, dice don Sebastián Lorente, y desde días antes se oian ruidos comparables al bramido del toro y a las descargas de artillería. A las diez y media de la noche, faltando para el plenilunio cinco horas tres cuartos, tras un rumor leve e instantáneo, sintióse un violento movimiento, que viniendo principalmente del Noroeste, duró de tres a cuatro minutos. Todo fue al mismo tiempo, el estruendo subterráneo, el terremoto y la ruína. La conmovida tierra despedía de sí los edificios, como una bestia, que se sacude el polvo. Solo unos veinticinco quedaron firmes entre las 12,204 casas con puerta a la calle, dos palacios, la Universidad, la Moneda, el Cabildo,

diez y seis colegios treinta y seis conventos, el santuario de Santa Rosa, dos casas de ejercicios, las cárceles, numerosos establecimientos de misericordia y unas setenta iglesias. El clamor de la ciudad se elevaba entre nubes de polvo. El llanto alternaba con la repetición de los temblores. La aterrada muchedumbre se esparció en las plazas, huertas y campo, aspirando solo a que el instable suelo donde se apoyaba, no fuese su tumba . . . ”

“El Callao quedó sepultado entre las olas con sus edificios y más de cinco mil habitantes, salvándose de estos unos cien y quedando en pie algunos retazos de muralla. El mar que salió a poco del terremoto, levantaba muy alto los cañones de bronce, no colocados aun en las fortificaciones, y lanzó los buques hasta media legua de la playa, sepultando los demás en las ondas . . . ”

“El temblor se sintió hasta en el interior de la montaña. Las ruinas se extendian desde Pativilca hasta Ica. En la quebrada de Matucana reventó un volcán de agua. Caian algunos cerros arrojando los peñascos a distancias considerables. Hendíase la tierra y de algunos puntos brotaban copiosos manantiales. Las fuentes y los rios presentaban el color de la greda o del jabón disuelto en agua. La tierra se bamboleaba sin estrépito, ni alteración, como un navío mecido por las olas.”

El celo del virrey estuvo al nivel de la catástrofe. Desde el treinta fueron afluyendo las provisiones de las cercanías, funcionaron las panaderías. Mil trescientos cadáveres fueron sepultados en zanjas, habiendo quedado entre las ruinas más de dos mil. La reedificación se llevó a cabo con lentitud, por falta de medios; pero se restituyó la población a su antigua planta.

El virrey, por su celo en sacar personalmente los cadáveres de entre las aguas en el Callao, mereció el título de Conde de Superunda.

5—A los afanes consiguientes a tan formidable terre-

moto, se siguió una inquietud creciente en los naturales de la costa, quejas de los desmanes de gentes sin conciencia; desmanes que se atribuían también a la desidia de las autoridades. Se traficaba con niños de la sierra, casi en la misma forma con que en nuestros días se verifica este mismo abuso con los indígenas salvajes. A los niños robados y vendidos se daba el nombre de **cholitos.**

De resultas del descontento hubo una conspiración que se extendió a Huarochirí, Canta y Lambayeque: los conjurados pensaron en coaligarse con Juan Santos A-puinga; y lo hubieran tal vez realizado, a no haber sido descubierto a tiempo, siguiéndose luego varias ejecuciones de escarmiento, que pusieron fin a la asonada.

De modo y forma, que durante el alzamiento de Juan Santos Atahualpa Apu-Inga, hubo en Europa una guerra marítima entre España e Inglaterra; fueron visitados nuestros mares con poderosas unidades de guerra; se lamentó el más formidable de los terremotos que haya afligido al Perú; se concertó una conspiración no poco ramificada en la costa; y como consecuencia de todo esto, los virreyes hubieron de llevar una vida agitada por cuidados incesantes.

Mas, antes del año 1749, durante la administración del mismo conde de Superunda, la paz había tornado a España y a sus colonias. Ya los campas de Chanchamayo habían renunciado a la idea de moverse: cerciorados de las fuerzas que recorrían la frontera, hubieron de poner coto a sus irrupciones a las haciendas limítrofes, a que se habían acostumbrado. Para lograr esta seguridad bastaron 110 infantes, 50 hombres de a caballo y algunos fortines.

Se pobló y fortificó la lejana isla de Juan Fernández, y se aseguró la suerte del archipiélago de los Chonos, en el Sur.



CAPITULO XXVII

Postrimerías de Juan Santos Atahualpa

1751-1755 (?)

SUMARIO: 1—No hay noticias últimas. 2—Causa del retraimiento del pretendiente: los serranos no estaban por él. 3—Su muerte. 4—Sus restos y su sepulcro. 5—Su memoria en el día.

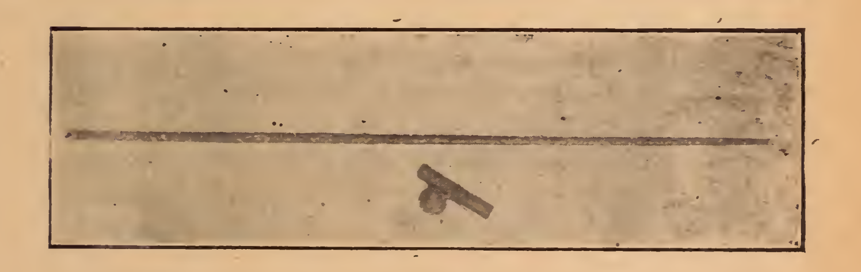
Desde la retirada de que hemos hablado en capítulos anteriores, cuando saqueado e incendiado el pueblo de Andamarca, ateridos de frío los indios salvajes, despechado Juan Santos por la insensibilidad e indiferencia de los serranos, abandonó la sierra; no tenemos noticia fidedigna de la suerte que corrió el flamante caudillo.

Los misioneros de Ocopa, no disponiendo de medios para penetrar en las perdidas misiones del Cerro de la Sal y Gran Pajonal, y con las manos atadas para reanudar sus antiguas labores, desde Huancabamba al Paucartambo, desde Quimirí y Metraro al interior del Gran Pajonal, desde Pichana a Sonomoro, desde las bocas del Pangoa a las márgenes del Enne: ya no pensaron en vencer lo invencible y en pasar el muro de bronce que circunstancias lamentables formaron a su paso.

Por lo que hace a Juan Santos, colígese de las conversaciones sorprendidas a los indios, que el pretendiente, después del desengaño sufrido en Andamarca, se retrajo a las vecindades de Metraro, Eneño y Pichana.

2—Una vez estancado Santos Atahualpa en aquellas

boscosas soledades, sin que en buena razón pudiese esperar un cambio de fortuna favorable, todo fue mudando de semblante en las montañas del Perené. Ya Santos Atahuelpa no sería el señor del Perú y de las Américas; se oponía a ello la insuperable barrera de la indolencia e insensibilidad de los serranos, bien hallados en sus pobres terruños, y se oponía el cordón de soldados que el virrey había colocado para vigilar las fronteras, y que los serranos no pasesen a la montaña a probar fortuna.



Pucuna (Cervatana) flechillas envenenadas,

Si Santos Atahualpa no había de ser el dueño del Perú y el Monarca de América, no había por qué rodearlo de gente y de honores en aquella triste soledad, y podía pasar la vida con menos aparato y ostentación.

La clarividencia de todo esto que hería profundamente el amor propio de Santos Atahualpa, disminuyó sus bríos alocados de sabio y poderoso, y le condujo a llevar una vida menos patriarcal y menos cortejada de amigos y vasallos. Este cambio le produjo un temperamento muy celoso, y dio muerte a Gatica y a otros caudillos, para evitar que le entregaran.

A pesar de la reclusión a que se redujo Santos Atahualpa, el gobernador de la frontera de Huánuco temió que cayese sobre los pueblos y misiones del Pozuzo y Ti-

lingo, y cometió el desacierto de sacar violentamente a los neófitos de aquellos lugares a Cuchero; dejando Tilingo despoblado y Pozuzo con muy pocos moradores, formando el pueblo de Cuchero como un lugar de refugio en caso de irrupción del rebelde. Todas estas providencias tuvieron más de precipitación que de prudencia, y contribuyeron en gran parte a dejar en estado de turbulencia e inquietud aquellos centros de misiones.

3—El señor Albino Carranza, presidente del Centro Geográfico de Tarma, describe (1) con visos de verdad los últimos hechos referentes a Juan Santos, por el tenor siguiente: "Después de sus encuentros con las guarniciones españolas y expulsión definitiva de los padres misioneros, continuó sus merodeos entre las quebradas de Chanchamayo, Vitoc y Monobamba, sin descuidarse de acrecentar su ejército, hasta el año 1752 en que se atrevió a invadir la zona alta y fría, apoderándose del pueblo de Andamarca que luego abandonó, después de saquearlo e incendiarlo."

"Murió por los años de 1755 a 1756 en una fiesta que acosutmbraban celebrar los salvajes en la cosecha del cholo (1). Consistía esta en beber y practicar simulacros de combate arrojándose los marlos (corontas) (2); en el fragor del simulacro un indio émulo de Santos, que tomaba parte en la fiesta, para cerciorarse si este era realmente hijo de la Divinidad, e invulnerable por consiguiente, le

---

(1) En la obrita intitulada: **El Valle de Chanchamayo**, páginas 28 y 29.—En los datos que consigna Carranza anduvo también la mano de nuestro padre misionero fray Tomás Hernández, que tuvo ocasión propicia para recoger las tradiciones relativas a Juan Santos.

(1) Mazorca de maiz en leche.

(2) Raspa de la mazorca de maiz.

asestó una pedrada, lanzada con una honda, que le hirió gravemente y de cuyos resultados murió. Antes de su muerte hizo que llevasen a su presencia al asesino, quien, según unos, fue muerto por sus propias manos y según otros victimado por orden suya. Esta es la tradición que conservan los naturales."

4—"La capilla que los indios erigieron a Juan Santos en el sitio llamado Metraro, según la exacta descripción del señor La Combe, es un monumento de 18 metros de largo por 8 de ancho, sostenida por ocho columnas de madera en esqueleto; los techos son de humiro (3) y en forma cruzada. En medio se levanta el túmulo donde descansaba el cuerpo del Apu-Inca y está hecho de cinco tablas de jacarandá labrado, de 8 a 12 centímetros de espesor y de una altura de 1 metro 20 centímetros y está situado en medio del templo mirando su puerta hacia el Oriente."

"Este sepulcro fue construído sobre las ruinas de una antigua capilla católica del pueblo de misiones de Metraro, situado a 1,325 metros sobre el nivel del mar."

"Estos restos han sido siempre objeto de gran veneración para los naturales, quienes iban en ciertas épocas del año a celebrar fiestas en homenaje a la memoria de su valiente caudillo, y cada año cambiaban por una nueva la túnica colocada sobre el túmulo, que era de un tejido fino de algodón a listas blancas y negras."

"El año 1891 fueron recogidos por el gobernador de Chanchamayo D. Adrián Zapatero, de orden del Prefecto, según se dijo, y fueron conducidos a Tarma, donde sin duda deben conservarse."

---

(3) **Phitelepha macrocarpa:** palmera, cuyas hojas se prestan para hacer sobre las casas un tejido impermeable.

Esta relación de Albino Carranza se refiere al año de 1894. Cuando en 1910 tuve ocasión de visitar lo que fue en Metraro sepulcro de Santos Atahualpa, allí no había sino algunos palos derribados y la excavación correspondiente al sitio del sepulcro.

5—La impresión que Santos Atahualpa dejaba en el ánimo de los Campas, Amueshas, Simirinches, etc., que le rodearon y acompañaron hasta su muerte, puede colegir el lector del siguiente párrafo de una carta que en enero de 1766 escribía el padre Salcedo desde los Cunibos de san Miguel del Ucayali: "El día 12 del corriente llegué a este de San Miguel del Cunivo y fuí resivido de sus moradores con estrañas demostraciones de regosijo: me salieron a resivir catorce canoas en las que hirian como hochenta hombres y en el pueblo encontraria como 600 almas a mi parecer, los bautisados fueron en aquel día 97 y hoy son 100 y siete solo de las estancias inmediatas de tres o cuatro dias, que de los demás no han bajado todavía y están repartidos en 22 parajes rio arriba, entre ellos venian dos capitanes del rebelde, el uno llamado Perote, que habla algunas palabras castellanas; el otro ocultó su nombre, estube hablando con ellos y exhortándolos a que se apartasen de su mala vida; pero sin fruto, porque estan muy satisfechos de las instrucciones y errores que les influyó su maestro, el que me aseguraba murió en Metraro, y preguntándoles a donde habia ido me respondieron que al infierno y que delante de ellos desapareció su cuerpo hechando humo, pero aun confesando este castigo no quieren negar sus errores."

"El dia que llegaron aqui mostraron los conivos lo fino de su lealtad, porque luego que tuvieron noticia de que venían se juntaron los capitanes y armaron toda su gente en guerra, mandándoles que todos vinieran a defender al padre con cuya orden se mostraron en casa mas de 90 hombres todos muy alegres y diciéndome que no

tuviese miedo, y a los campas mandaron los capitanes que no entraran con armas en casa de su padre. Quise salir a resistirlos y no me lo permitian hasta que les dije que aquellos eran nuestros conocidos, y entonces me respondieron Padre esta es mucha gente, son matadores, van detrás de nosotros; y no me desampararon un punto mientras estuvieron aqui y luego les dieron orden que al otro dia marchasen y asi lo ejecutaron habiendoles regalado antes un cuchillo tijeras y eslabón y agujas a cada uno, todo lo cual me dijeron ayer que lo habian votado al rio y que van en ánimo de juntar toda su gente contra nosotros y asi Reverendo Padre nuestro nunca más que ahora necesitamos del favor y amparo de V. P. R. porque si lo ejecutan asi no será lo más el perder nosotros la vida sino que se pierdan estas pobres almas y las innumerables que por medio de estas podemos conseguir (1).



(1) Archivo de Indias, Eclesiástico, Aud. de Lima, 115, 7, 22.





LIBRO CUARTO

EPOCA DE LA SUBLEVACION DE JUAN SANTOS ATAHUALPA

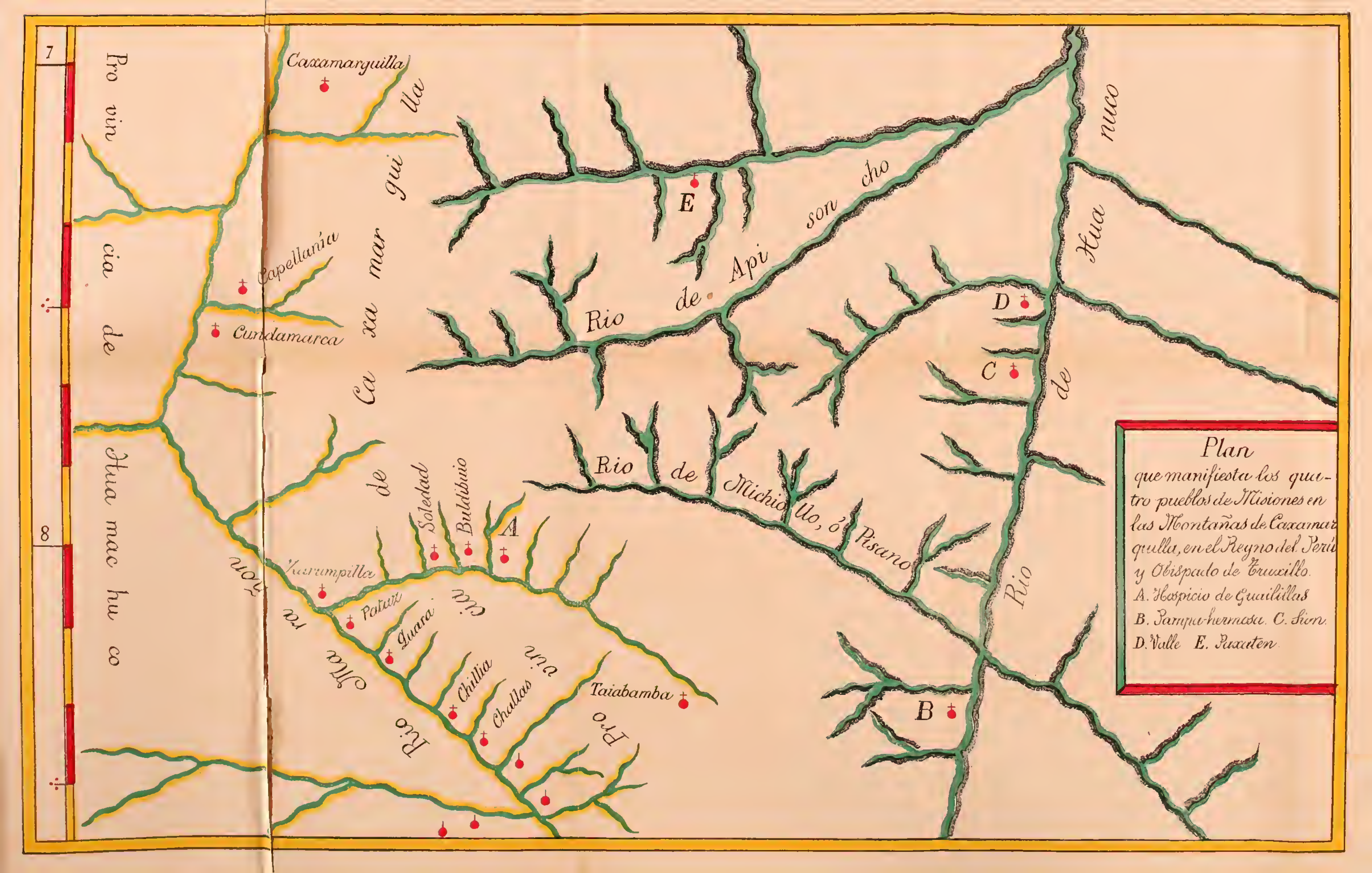
Segunda parte: Nuevas Misiones en el Perú, Bolivia y Chile.

Empieza una era de Gloria para Ocopa

1752-1787

Misioneros que intervienen: Mártires: Manuel de san Pablo, Antonio Cabello, Juan de santa Rosa, José Miguel Salcedo, Juan de Dios Frezneda, Francisco Francés con dos indios compañeros, Jose Caballero, Alejandro de las Casas, Antonio Gorostiza, Andrés Bernal, José Jaime, Mariano Erranz, Manuel Izquierdo, Francisco Jiménez, José Menendez, Roque Aznar, Manuel Ranero y 16 indios. **Misioneros:** José de san Antonio, José Ampuero, Juan de Campos, Juan Martínez, Jerónimo Caballero, José Araujo, Francisco Gutiérrez, Bernardino de san Antonio, Honorio Matos, José Seguin, Benito Novoa, Antonio Delgado, Alonso Abad, Manuel de la Concepción, José Hernández, Francisco Huerta, Francisco de san José, Manuel Gil, José Contreras, Antonio Varela, Pedro Arriola, José Amich, José Colás, Domingo de la Cruz, Juan Bonamó, Manuel Chacón, Raimundo Piqueras, Manuel Sola, Valentín Arrieta Lorenzo Ruiz, Manuel Samudio, Ramón Mesa, Isidro del Río, Tomás Piqueras.

El plano adjunto relativo a Cajamarquilla también se debe a los padres Amich y Agüeros.


Plan
que manifiesta los quatro pueblos de Misiones en las Montañas de Caxamarquilla, en el Reyno del Perú y Obispado de Truxillo.
A. Hospicio de Guailillas
B. Pampa-hermosa. C. Sion.
D. Valle E. Puxaten.
Caxamarquilla
Capellania
Cundamarca
Provincia de Caxamarquilla
Provincia de Huamachuco
Provincia de Caxamarquilla
Provincia
Rio de Apisoncho
Rio de Huanuco
Rio de Michiollo, ó Pisano
Rio Maraňon
Soledad
Buldibuio
Yurumpilla
Potuz
Guara
Chillia
Challas
Taiabamba
A
B
C
D
E
7
8



CAPITULO XXVIII

Nuevas orientaciones

1752-1768

SUMARIO: 1—Labor de propaganda del padre fray José de San Antonio. 2—El colegio de Tarija en Bolivia. 3—El colegio de Chillán en Chile. 4—El archipiélago de Chiloé.

LAS empresas más difíciles se convierten en obras muy hacederas a los hombres geniales que nacieron con innata inclinación para llevarlas a venturoso coronamiento.

Así sucedió con el padre fray José de san Antonio en orden a surtir de numerosos y hábiles operarios evangélicos las misiones de nuestras montañas orientales. No es creíble lo que hizo este hombre extraordinario para alcanzar este fin: memoriales a los virreyes del Perú, súplicas a los monarcas españoles, informes a los comisarios de Indias; a nada perdonó en el espacio de varios años, a fin de mover los ánimos de superiores y religiosos misioneros, para que de las playas españolas salieran obreros del Señor a cultivar esta inculta viña del Perú, para él tan amada.

El padre fray José de san Antonio bebió su espíritu en las mismas fuentes que el fundador de Ocopa el padre Francisco de san José, de cuya intimidad gozó algunos años.

Aquellos hombres, convencidos profundamente de la

inmensa importancia religiosa, política y social de la reducción de los infieles, tomaron este asunto como el tema de su vida, al cual hicieron converger todos sus afanes y todas sus energías.

Vimos como al amparo, diremos, del gran espíritu de Francisco de san José se llenó de ardorosos misioneros la región de nuestra montaña y el gran bien que allí hicieron. Muerto el venerable fundador de Ocopa en brazos del padre José de san Antonio, quedó éste por heredero de sus espíritu, logrando los últimos trámites para elevar a la categoría de Colegio de Propaganda Fide el convento de Ocopa, y trayendo un gran número de misioneros europeos a estas playas americanas.

En 1752 llegaron a Ocopa por la via de Cartagena veintitrés sacerdotes y nueve legos de la Orden, dispuestos a emplear sus ingentes energías en la conversión de los infieles. Venían enviados por el padre fray José de san Antonio, trayendo como superior y guardián al padre José Ampuero, instituído en la condición de guardián por el reverendísimo comisario general de Indias fray Matías de Velasco.

2—A principios del año 1754, el comisario general fray Francisco de Soto Marne, sonsiderando que el levantamiento de Juan Santos Atahualpa había cerrado las puertas en el Perú a las labores evangélicas de gran número de misioneros que el padre fray José de san Antonio traía consigo; creyó prudente buscarles ancho campo en otros países de América; y para esto solicitó oficialmente y obtuvo de la provincia de los Charcas de Bolivia el convento de Tarija, para convertirlo en colegio de **Propaganda Fide.**

El numeroso y selecto personal destinado al efecto reedificó dicho convento de Santa María de los Angeles de Tarija, y empezó sus labores apostólicas con el renombre

y frutos que constan amplísimamente en escritos que ya conocen la luz públira, con no escasa gloria de Ocopa.

Los acontecimientos realizados en Tarija desde la fecha de la fundación. están narrados con gallarda viveza en un hermoso volumen por el padre fray Alejandro Corrado, misionero del mismo colegio, con el título de "Colegio Franciscano de Tarija y sus Misiones: noticias históricas recogidas por dos misioneros del mismo Colegio."

Estos dos misioneros son el padre Antonio Camajuncosa y el mismo padre Corrado, al presente difunto.

3—La obra llevada a cabo en Bolivia con buen éxito, sirvió de estímulo para hacer otro tanto en Chile, a cuya provincia seráfica acudió el padre Marne, requiriendo también un convento para erigirlo en colegio de misioneros. En la patente que extiende en mayo de 1755 a favor del eximio padre fray José de Seguín, comisario de misiones en las provincias del Perú, para que gestione la fundación de colegios de misioneros, le autoriza para que lo procure no solamente en Chile, sino también en Tucumán, Paraguay y Buenos Aires.

La fundación del colegio de Chillán en Chile se llevó a efecto en 1756, distinguiéndose en él desde sus primeros tiempos religiosos procedentes de Ocopa, misioneros de la talla del padre Espiñeira, gloria especial de nuestra Orden en estas tierras americanas, los padres Seguín; Gondar, etc. Sus trabajos fueron desde los primros momentos los propios de hombres avezados a las rudas tareas del apostolado.

Aquellos trabajos están escritos con segura pluma por el padre Roberto Lagos en su obra **"Historia de las Misiones del Colegio de Chillán, 1908."**

En otros volúmenes tendremos ocasión de explicar como el colegio de Santa Rosa de Ocopa, no solo contribuyó a la fundación del colegio de Chillán, sino que aceptó además las misiones del archipiélago de Chiloé, por in-

convenientes que tuvo el colegio de Chillán para seguir administrando estas misiones.

No se contuvo aquí la fuerza de expansión del convento de Ocopa; pues, cuando en 1767 fueron expulsados de estas regiones los reverendos padres jesuitas, las conversiones que ellos regían en el Perú fueron encomendadas a los misioneros de Ocopa; y en el curso de algunos años aquellos misioneros exploraron nuestro Oriente peruano, uniendo los trabajos del apostolado con las observaciones y estudios del geógrafo; de suerte, que no tardó el día en que, teniéndose en cuenta los métodos seguidos por los misioneros de Ocopa, les fueron encomendadas aun las misiones de la comadancia de Mainas, que comprendía inmensos territorios que se extienden hacia el Ecuador, dando margen a los derechos que hoy favorecen al Perú en la materia y originando la cuestión de límites con aquella república que aun no ha tenido solución.





CAPITULO XXIX

Nuevas orientaciones en el Perú.—Las misiones de Cajamarquilla

1752

SUMARIO: 1—Pidiendo trabajo. 2—Antecedentes. 3—Misioneros franciscanos. 4—Frutos religiosos y sociales.

Aun atendiendo a las fundaciones de Tarija y Chillán, restaba en Ocopa un gran número de misioneros deseosos de emplearse en la conversión de infieles, para cuyo fin vinieron de España.

Aun intentaron aquellos ardorosos espíritus entrar a las misiones de Tarma y Jauja, revueltas y quebrantadas por Juan Santos; pero no vino en ello el gobierno de Lima.

Para algún digno empleo de sus fervores, resolvieron el padre Comisario de misiones fray Lorenzo Núñez de Mendoza y el guardián de Ocopa fray José Ampuero, pedir a la provincia de los Doce Apóstoles el cultivo espiritual de la misión de Cajamarquilla; gracia que tuvo a bien conceder el capítulo provincial del año 1752.

Obtenido este campo de acción, partieron de Ocopa a Cajamarquilla ocho sacerdotes y tres legos, para continuar la cultura evangélica de aquella región.

2—La provincia de Cajamarquilla o Pataz. dividida hoy en dos provincias, pertenece a la diócesis de Trujillo. Confina por el oriente con el departamento de San Martín,

por el sur con los departamentos de Huánuco y Ancash, y por el norte con el de Amazonas. Tiene como límite al occidente el río Marañón y al oriente un alto ramal de los Andes de difícil subida.

Para ir de Ocopa a Cajamarquilla o a Huailillas, los misioneros se constituían primero en Huánuco, seguían aunque con algunos desvíos la cuenca del Huallaga, tomaban una de las vertientes occidentales de este río, subían el ramal de los Andes hasta la división de las aguas del Marañón y se hallaban en la provincia de Cajamar-



Condormarca (Caja arquilla). Obras incaicas

quilla. Unieron a Cajamarquilla para los fines de la evangelización la zona del Huallaga que la provincia de los Doce Apóstoles venía evangelizando con la región de Cajamarquilla.

Se asegura que los indios de esta región, antes que se establecieran allí las conversiones, hicieron no pocas irrupciones en pueblos de cristianos, robando y destruyendo, como acaeció varias veces con Collay y Condormarca.

Mas, por los años de 1670, habiendo penetrado a la región forestal, habitada por los indios salvajes, un sencillo pastor, los indios le recibieron en buena paz y benevolencia; y además, acostumbrados al trato del pastor que era amable y buen cristiano, se animaron a salir a la sierra fría, morada de indígenas cristianos y a vender las producciones de su cálido clima; y comprobando la bondad de aquellas gentes, quisieron determinadamente que entrasen sacerdotes y misioneros a donde ellos vivían, para enseñarles la doctrina cristiana e informarles de las santas costumbres de los profesores de nuestra Religión.

Entraron primeramente jesuitas y luego un clérigo secular; y se dice que nada organizaron en durable forma, ni permanecieron allí mucho tiempo.

3—Noticiosa la provincia de los Doce Apóstoles de lo que pasaba, formalizó la entrada a Cajamarquilla con las correspondientes licencias del gobierno y del ordinario; y en el año de 1676 entraron allí el padre fray Juan de Campos y los legos fray Juan Martínez y fray Jerónimo Caballero, que bien recibidos por los indios, en poco tiempo catequizaron a una fracción denominada Hibitos. Experimentada esta bonanza y felicidad en el trabajo apostólico, se agregaron gustosísimos los padres fray José Araujo y fray Francisco Gutiérrez de Porras, predicadores de fama acreditada y avezados conversores.

Además de los Hibitos, había otra fracción de indios llamados Cholones; todos vivían con ese aislamiento que distingue a las tribus indígenas no reducidas a la vida civilizada ni acostumbradas a las reuniones que facilitan la práctica de la religión y la perseverancia en la misma. A-

maban las diversas familias de indígenas las soledades que en los espesos bosques habían elegido para morada, y donde habían hecho sus pequeños sembríos y plantaciones de que suelen vivir, agregando a ello la caza y la pesca.



Huailillas.—Convento de los misioneros

4—El fruto que los misioneros lograron está narrado por nuestro padre Amich en los términos siguientes:

"El venerable padre fray José Araujo, después de mucho trabajo redujo a un pueblo, que llamó Jesús de Ochanache, la nación de los Hibitos, los cuales civilizó, catequizó y bautizó. Aprendió su idioma, formó arte y vocabulario, tradujo el catecismo y texto de la doctrina cristiana con muchas oraciones, himnos y cánticos espiri-

tuales, pláticas y sermones, de la misma suerte que los había compuesto en lengua general nuestro ilustrísimo Oré. Estuvo este siervo de Dios en esta conversión más de treinta años, hasta que en ella acabó el curso de sus dias."

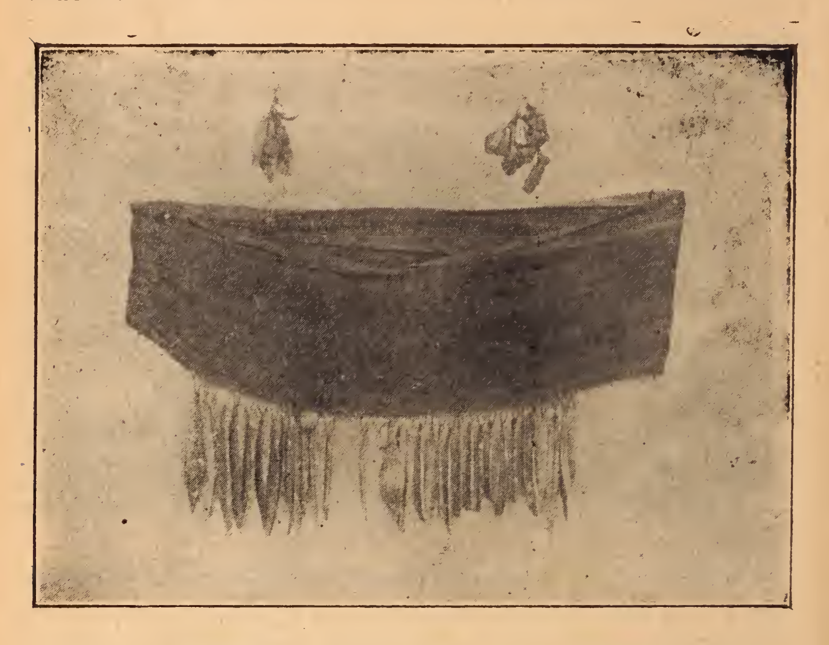
"El venerable padre fray Francisco Gutiérrez emprendió la conversión de la nación Cholona, más numerosa que la Hibita. Redújoles a un gran pueblo, que llamó san Buenaventura de Apisonchuc. Los civilizó, catequizó y bautizó. Aprendió su idioma, del cual formó arte y vocabulario, y tradujo en aquella lengua el catecismo mayor y menor, la doctrina cristiana y muchos himnos, oraciones y cánticos espirituales: estuvo muchos años en esta conversión, y murió pacíficamente entre sus indios."

"Entablaron estos venerables padres el gobierno moral y político de estas naciones con tal disposición que ningún día se falta a la doctrina cristiana y al rosario de la Virgen María; y los padres conversores sin tener nada propio nada les falta para el sustento y decencia de la iglesia. Para el sustento de los religiosos está puesto en práctica, que todas las familias (que están divididas en siete barrios), alternando un barrio cada día, traigan al convento limosnas de lo que producen sus chácaras. Unas traen yucas, otras plátanos, otras maiz tierno, frutas y otras cosas; de suerte que el padre conversor que es económico vive con decente provisión, sin que sea necesario acudirle de la sierra, sino de algunas cosas que no produce la montaña, como son vino para celebrar, harina para hostias, algún vizcocho, azúcar, tabaco en polvo, ajos, cebollas y menudencias."

"Después que murieron los venerables fundadores de esta conversión hubo entre los indios algunas disensiones; para apaciguarlas se halló por conveniente dividirlos en cuatro pueblos, dos de cada nación, los cuales siempre retienen los patronos antíguos. Los pueblos de la nación Hibita se llaman Jesús de Pajaten y Jesús de Mon-

te Sión. Los de la nación Cholona son san Buenaventura del Valle, y san Buenaventura de Pisano o Pampa Hermosa."

"En la numeración que en dicha conversión hice en el año de 1767 había en ellos cuatro mil ochocientas almas de todas edades y sexos y desde entonces se han aumentado mucho."



Indumentaria de gala.—Adornos de mujer campa y banda de hombre campa. (Colección de Ocopa).

"Los indios Cholones son corpulentos, de buenas facciones, trabajadores; y su ordinario ejercicio es la labranza de sus chácaras, la caza y la pesca. Las mujeres se ejercitan en el cultivo del algodón, en traer de las chácaras lo necesario para el sustento de su familia, hilar y tejer para si y sus hijos vestuario, que es de algodón. Los indios Hibitos son menos corpulentos y más afeminados, y

sus indias son más hermosas, aseadas y liberales que las de los Cholones."

"El modo de vestir de estas gentes es para el monte una **cushma** o camiseta de algodón, teñida de musgo. En el pueblo los hombres traen calzones y cotones de bayeta; las mujeres una ropa talar de algodón hasta los tobillos, y una especie de rebozo de bayeta. Los dias de fiesta para venir a misa y doctrina, los más se ponen camisa, unos de algodón y otros de lienzo de Castilla. Para comprar lo que necesitan, como es herramientas, algunas camisas, chupas, capas y rebozos para las mujeres, salen a la sierra (en cuyo camino tardan generalmente ocho dias) cargados con unos canastos de coca, de la cual cargan tres arrobas del bastimento que llevan para todo el viaje, y con el importe de la coca, compran lo referido y algunas niñerias. Pero no se permite entre ellos que ninguno use de medias ni de zapatos."

"Aunque el temperamento de la montaña es cálido y húmedo, los indios de esta conversión viven generalmente con salud; a lo que sin duda contribuye la uniformidad del mantenimiento, que todo el año se compone de plátanos asados y cocidos, maní (1) pescado salado, algunos monos, puercos de monte, yucas y frutas. Acostumbran bañarse en el rio al amanacer. Cuando en estas montañas entra la epidemia de viruelas, hace en ellas grande estrago, porque no hay forma de sujetarles a la curación que necesita semejante enfermedad. Entonces se retiran a los montes pareciéndoles que viviendo separados se librarán de la peste. Entre estos indios no se conoce ambición ni codicia. No se oyen hurtos ni pendencias. Sus vicios son los comunes de los indios: la embriaguez y la lascivia; aun-

---

(1). Cacahuete (arachis hipogea).

que esto último se procura evitar con la vigilancia de las justicias, y hacerlos que se casen en llegando a la edad competente; y si se les pudiese arrancar el vicio de la embriaguez, no dudo que serían los mejores cristianos de la América."

"Las iglesias de los pueblos son capaces, hechas de fuertes maderas con las paredes embarradas y blanqueadas, y los techos de palmas: tienen decentes retablos y muy buenos ornamentos. Las casas de los padres conversores, a las cuales llaman convento, son capaces y de muchas piezas para el gobierno económico. Las casas de los indios no son muy grandes; pero lo bastante para vivir con cristiana decencia. En sus chácaras tienen sus casas y enramadas, asi para guarecerse de los soles, como para depósito de sus frutos."

"Para socorro de los padres conversores se ha formado un hospicio en la provincia de Pataz, que con las limosnas que recogen en las provincias inmediatas asiste regularmente el padre presidente de esta conversión; y a él salen los padres conversores cuando se hallan notablemente enfermos, para recobrar la salud con la mudanza de temperamento. (1)."

Como dijimos al comenzar este capítulo, obtenido por el convento de Ocopa el cuidado espiritual de la provincia de Pataz, pasaron allí en 1752 ocho sacerdotes y tres legos, número suficiente para ejercer una labor extensa en aquella provincia, que nunca estuvo abandonada.



(1) Cap. XI.



CAPITULO XXX

Base de operaciones.—Cuchero y Cajamarquilla.— Exploracion a los Cashibos del Aguaitía

1753-1757

SUMARIO: 1—Cuchero y Cajamarquilla: decadencia del Pozuzo. 2—De nuevo a las Pampas del Sacramento. 3—El padre Alonso Abad. 4—Por segunda vez. 5—Aclaraciones del padre Amich.

El lector se dará cuenta de que a los padres misioneros de Ocopa no les quedaba campo seguro para sus labores apostólicas sino por la región de Huánuco, a donde no había llegado la acción destructora de Juan Santos Atahualpa. Que aun para entrar al Ucayali estaban cerradas las puertas, desde el río Enne y Tambo hasta el Chanchamayo y Huancabamba. Que la misma región del Pozuzo estaba calificada de terreno inseguro y no exento del peligro de una invasión desastrosa, por cuyo motivo la labor evangélica estaba allí decadente y atrasada.

En tales circunstancias no había otro recurso que dirigir la vista a los restos que aun quedaban de las primitivas misiones de Panatahuas y a las nuevamente procuradas de Cajamarquilla. Cuchero, que representaba el centro más poblado de los antiguos Panatahuas y san Buenaventura del Valle, con el Monte Sión y Pampa Hermosa, donde se hallaba el elemento más entusiasmado de las misiones de Cajamarquilla, serán los puntos de donde par-

tirán, en la época que vamos a describir, las exploraciones más heroicas y arriesgadas, con grandes ventajas para la geografía, con fruto para las almas, con gloria no interrumpida para la Orden franciscana.

2—Desde Cuchero y Cajamarquilla volvieron los ojos de consuno los misioneros hacia las Pampas del Sacramento, como única región que ofrecía anchura a sus deseos de trabajo y sacrificio.

Los primeros movimientos, que empezaron en 1753, no fueron sino ensayos sin éxito favorable.

El padre Bernardino de san Antonio penetra a las Pampas del Sacramento por la vía del Pozuzo, con algunos cristianos de Panao; encuentra en aquellos bosques algunos neófitos que se fugaron de Pozuzo, cuando intempestivamente los trasladaron a Cuchero; y recoge como solícito pastor y padre amoroso quince de ellos, para llevarlos a Pozuzo, su pueblo natal.

En 1755 entra por la misma vía el padre fray Benito Novoa con el mencionado padre Bernardino; reunen siete personas de los huídos, y con esmerado cariño los vuelven al redil que habían abandonado.

En 1757 con éxito análogo reiteran la entrada a dichas Pampas del Sacramento el padre fray Antonio Delgado y fray Manuel de San Pablo.

3—Mas, quien realizó en las Pampas un recorrido digno de escribirse, llegando hasta el río Aguaitía, fue el padre fray Alonso Abad, en el año 1755.

El padre fray Alonso Abad residía de conversor en san Antonio de Cuchero, cuando ocurrió la trasmigración de los neófitos Amueshas de Pozuzo y Tilingo a Cuchero; con cuyo advenimiento aquel pueblo mudó de semblante, entrando en animación y movimiento proporcionado al aumento de sus moradores.

Con esto el padre Abad se creyó con elementos disponibles para nuevas y arriesgadas expediciones. Herido

en su alma con el duro recuerdo de la pérdida fatal de las antíguas misiones de Panatahuas, habríale servido de gozo imponderable descubrir siquiera los puntos donde radicaban todas aquellas conversiones. Con este deseo impreso en su espíritu, encargó la misión de Cuchero a su compañero conversor, se hizo acompañar de nueve indios de los suyos, y en el verano del año 1755 tomó el derrotero, río abajo, hasta el punto donde antes se ubicaban los tulumayos; vio abandonado y sin moradores el antiguo pueblo, y allí mismo tomó la ruta a la derecha, para entrar de lleno en la región de los bosques. El boscaje se hallaba en extremo tupido y cerrado; casi era imposible andar por él; y viendo las trazas que llevaba aquella expedición, que se componía de sudores, rasguños, caídas y hambre, se le huyeron cinco de sus indios acompañantes.

El padre no se arredró con esta defección de sus indios, y continuó su expedición con los cuatro que le quedaban; y cuando notaron los primeros indicios de las cercanías de los indios salvajes de las Pampas del Sacramento, se le fugaron tres indios más, quedando sólo con un muchacho.

Viéndose en esta situación, sin amparo ni seguridad, perdido por aquellos espesos y solitarios bosques, resolvió tomar la vuelta para Cuchero. Así lo ejecutó, llegando al pueblo después de cincuenta y cinco días empleados en la frustrada expedición, y volviendo con llagas en piernas y cabeza, con el bastimento sobre sus espaldas, cansado y flaco; aunque ¡cosa de admirar! muy alegre y gozoso de haber visto rastros de gentiles en la Pampa, y resuelto a volver allí y buscarlos el año siguiente.

¡Oh misterioso resorte el que mueve al misionero para acometer empresas arduas en orden a buscar almas y regenerarlas por el Evangelio! ¡Oh prodigios de la gracia, que así trasforma a los débiles mortales en apóstoles y héroes! Que el señor bendiga esta sublime locura de la

Cruz y multiplique en la tierra estos esforzados varones, para quienes las fatigas de muerte son nada, con tal de lograr para Jesucristo algunas almas redimidas con su divina sangre.

El padre fray Alonso Abad no reiteró su premeditada expedición al año siguiente de 1756, por que durante el tiempo hábil de este año para viajes, le tuvo ocupado la obediencia en una expedición al río Monzón, para averiguar a ciencia cierta si era verdad que en las márgenes de dicho río hubiera indios infieles; y ejecutada por el intrépido misionero una minuciosa exploración, resultó que no los había.

4—En el verano de 1757 pudo el padre Alonso dar cumplimiento a sus deseos de descubrir gentiles, que él se imaginaba ser los Panatahuas. Dejó el pueblo de Cuchero el 4 de mayo y acompañado de diez y siete indios, tomó de nuevo el rumbo a Tulumayo, a donde llegó el día 15 de aquel mes; y siguiendo las orientaciones del primer viaje, halláronse el día 25 en el paraje en que un boquete abierto en terreno quebrado, daba salida a un arroyo que tomaba la dirección de las Pampas del Sacramento.

Con el fin de orientarse mejor, subieron dificultosamente a uno de los cerros contíguos arribando al anochecer a su cumbre, desde la cual se dejaba ver la Pampa en su inconmensurable anchura; y se dieron cuenta de que el arroyo que se desahogaba en la vecindad, saliendo de la estrechura, seguía serpenteando al pie de los cerros en dirección norte, y a una gran distancia se descubría un cerrito solitario, como un pan de azúcar, destacándose esbelto sobre el plano uniforme del océano de verdura.

Al siguiente día resolvieron bajar a la Pampa, donde emplearon ocho días en registrar las inmediaciones del río, sin hallar rastro de indígenas.

Avanzando algunos kilómetros más, y seguros de que el río, con el caudal que le iban rindiendo sucesivamente

varios arroyos, ya era navegable; hicieron balsas, en las cuales siguieron el curso de las aguas, durante cuatro días, observando cuanto les podía interesar para sus fines; hasta que dieron por último con sembríos de maiz y plantaciones de plátanos.

El 9 de junio fue para los expedicionarios un día fatal; en la mañana de ese día, pasando la balsa más adelante por un recodo que formaba el río, cayó sobre ella una multitud de flechas, disparadas por los indios que en el recodo se hallaban de emboscada. Cinco hombres de los que iban en la balsa mencionada cayeron heridos al río; las demás personas de la expedición, junto con el padre misionero, saltaron a tierra presurosamente, sin cuidarse de salvar cuanto llevaban en las balsas y dispersos por la espesura de los bosques, cada cual emprendió la retirada de su propia cuenta.

Mucho padecieron en esta retirada, juntándose los que pudieron y comiendo hierbas y cogollos de palmas, acosados del hambre y en peligro de perecer; hasta que el día 15 de aquel mes, hallaron de improviso el socorro que desde Cuchero les mandaba el padre conversor, y que fue en realidad su salvación para llegar a Cuchero.

5—Para concluir este capítulo, insertamos aquí las juiciosas reflexiones que hace en este lugar nuestro historiador padre Amich: "No puedo escusar, dice, a este religioso de incautamente arrojado; pues aunque su buen celo le justifique su caminata, así que llegaron a reconocer las chácaras de los infieles, no debía proseguir su viaje por el río, sino ir despacio por el monte inquiriendo y solicitando hablar a alguno de los dueños de aquella tierra; y cuando a todo poder suceder hubiera sido acometido de los infieles, en el monte les fuera más fácil retirarse sin tanta pérdida, y a lo menos conservar algún bastimento para la retirada sin esponerse a perecer con toda la gente."

"Sobre que infieles fueron los que flecharon a la gente de Cuchero que entraron a este descubrimiento ha habido varias controversias, por que unos discurren que fueron los Shipibos o Callisecas; otros que los Carapachos etc. Yo tengo por muy cierto que fueron los Cashibos que habitan en las márgenes de los rios Pachitea y Ahuaytiya.



Vivienda de Casibos en la ribera del Aguaitia.

El fundamento que tengo para afirmar esto, son las señas que el padre Abad vió desde la cumbre del cerro del boquerón. Desde allí descubrieron un cerrito, que desde allí parecía pequeño por estar muy distante, pero es muy alto y puntiagudo, excediendo en su punta la altura de otros muchos cerros que se continúan a su este."

"Cuando entré a las Pampas del Sacramento el año 1765, observé que se halla este cerro a 9° y 10 m. de latitud meridional, al oriente del río Pachitea, no muy apartado de su ribera. El río que por el boquerón se despeñaba a la Pam-

pa, y por el cual bajaron después en las balsas, es el río Ahuayti-ya, que recogiendo las vertientes de aquellas montañas, corre al norte y desagua en el río Ucayali. Los indios que habitan en este territorio son los fieros Cashibos, conocidos por tales por las naciones vecinas; luego estos fueron los que acometieron a los cristianos en esta entrada (1)."



(1) Cap. XXX.



CAPITULO XXXI

Siguen las exploraciones: de Cajamarquilla a los Setebos de Cuxiabatay o Manoa: martirio del padre Cabello

1754-1759

SUMARIO: 1—De Cajamarquilla. 2—Primera tentativa. 3—Segunda y tercera tentativa. 4—Amico, amico. 5—Cuarto viaje: martirio del padre Cabello. 6—Quinta expedición al amparo de la tropa.

YA dejamos consignado que en el año de 1752 entraron a las conversiones de Cajamarquilla ocho sacerdotes de Ocopa con tres legos.

Aquellos misioneros tenían espíritus juveniles y emprendedores, y no podían circunscribir su actividad a los trabajos que actualmente ofrecían las misiones de Cajamarquilla, en las cuales se hallaba bien afianzada la santa fe, que no sufrió vaivenes desde los comienzos de su entrada a la vida cristiana.

Los misioneros referidos, después de haber hermanado en Cajamarquilla la observancia de nuestro sagrado instituto franciscano con las obras de celo, para el progreso de la fe en aquella región; dirigieron su anhelante mirada a los territorios vecinos, y preguntaron a los neófitos si había gentiles en las regiones inmediatas.

Los neófitos entonces señalaron con el índice unos ce-

rros que se levantaban al oriente, y dijeron que detrás de aquellos cerros había bastantes infieles.

Oído esto, los misioneros conferenciaron sobre el punto, manifestando todos uniformemente ardorosos deseos de ir a descubrirlos; quedando en efecto resuelta la expedición para la primera coyuntura que la prudencia aconsejase.

2—La coyuntura se presentó en el verano de 1754, en el mes de julio; aprovechándose de ella el padre fray Antonio Caballero y el hermano Alonso de la Concepción, con treinta indios del Valle, y el padre fray José Hernández con treinta indios de Pampa Hermosa.

La primera caravana se perdió muy pronto en la espesura de los bosques, y se volvió a su pueblo de san Buenaventura del Valle, sin realizar cosa de importancia.

La segunda estuvo más feliz, pues en treinta días de movimiento llegaron a subir a la eminencia de un cerro desde donde los indios señalaron al padre Hernández el punto que correspondía al río Manoa o Cuxiabatay, habitado por Settebos gentiles.

La alegría que esta noticia produjo en el ánimo y rostro del misionero fue visible e intensa; y quiso comunicar el mismo entusiasmo a sus indios, pero sucedió todo lo contrario: estos se hallaban desanimados. Y bien se sabe que cuando un grupo de indios, ya en mutua connivencia, ha pronunciado un no, en ocasiones como ésta, es caso imposible de toda imposibilidad arrancarle un sí generoso, que corresponda a la magnitud de la empresa y al peso de las dificultades inevitables.

Dijeron los indios que los comestibles habían disminuído, que aquellos gentiles eran temibles, y razones por este talle; y no hubo más remedio que volver a Pampa Hermosa, con resolución de organizar otra expedición en coyuntura oportuna.

3—La ocasión se presentó en agosto de 1755, y la a-

provecharon los tres padres, fray Juan de Santa Rosa, fray José Miguel Salcedo y fray Francisco Huerta, que salieron de las misiones de Cajamarquilla con cincuenta indígenas neófitos de Pampa Hermosa y Monte Sión; pero sin más ventajas que haber empleado treinta y cuatro días con inalterable paciencia en buscar gentiles, habiendo hallado tan sólo restos dudosos de las antíguas misiones.

¡Dichosa generación de hombres fue aquella que vamos describiendo; pues los fracasos les alentaban, los peligros no les intimidaban, y cada nuevo verano que Dios les daba se creían en el deber de utilizarlo para el progreso de sus misiones.

Llegado el verano de 1756, los padres fray Juan de Santa Rosa, Juan de Dios Frezneda y Antonio Cabello combinaron un plan para llegar a todo trance al río Cuxiabatay o Manoa, partiendo todos tres por tres caminos distintos convergentes al mencionado río.

El padre Frezneda, que salió acompañado de los indios de Monte Sión, empleó inútilmente cuarenta y dos días, sin poderse orientar en la espesura del bosque.

El padre Cabello emprendió la jornada con los indios del Valle, y habiendo partido el 6 de julio, a los veinte días se hallaba en las primeras vertientes de un río que iba al norte, al que llamó de Santa Ana, por ser aquel día la festividad de esta santa. Este río era un afluente del Cuxabatay.

Allí mismo hallaron señales seguras de encontrarse en la vecindad de gentiles, pues vieron hogares con el fuego recientemente apagado, ollas quebradas y otros utensilios; y no es menester decir que el padre Cabello no cabía de gozo por haber hallado lo que tanto deseaba.

Pero, ¡condición de salvajes! catorce días empleados en registrar todo aquel paraje, escudriñando arroyos, riberas de ríos y espesuras de bosques, no fueron bastante para dar con los indios gentiles, que de intento se habían

escondido. De modo, que hallándose ya con los víveres mermados, y habida consulta de lo que convenía hacer, se resolvió de común acuerdo volverse, contentos de haber logrado algo más que en las expediciones anteriores.

Estudiando la orientación para volver a aquel lugar, pusieron señales para el reconocimiento del sitio, y regresaron al Valle.

El padre Santa Rosa anduvo más afortunado: él salió con los neófitos de Pampa Hermosa; y a los veinte días se halló en un punto del río Santa Ana que corría ancho y navegable, en cuyas cabeceras se hallaba al mismo tiempo el padre Cabello, pero sin darse cuenta el uno de la vecindad del otro.

El padre Santa Rosa con su gente se encomendó en balsas que construyeron a las corrientes del Santa Ana, y a los dos días se halló con las aguas del Manoa o Cuxabatay.

El 10 de agosto le sucedió al padre Santa Rosa lo mismo que a muchos otros misioneros exploradores en casos semejantes, que al amanecer de aquel día no contaba sino con el auxilio de siete indios, pues los demás le abandonaron, temerosos o cansados, o juntamente por ambos motivos.

En la confluencia del Santa Ana con el Cuxabatay había señales ciertas de ser aquel lugar vecino a indios salvajes. El padre Santa Rosa quiso sin demora entrar en parlamento con ellos; pero se lo impidió el terror que se había apoderado de su tímida gente: las razones que aducían en esta coyuntura eran muy atendibles, pues decían que eran pocos y no suficientemente armados y que el matarlos los gentiles sería asunto breve y fácil. Atento el buen padre a estas razones, tomó la determinación de volver a Cajamarquilla, para emprender en el verano siguiente la obra de la conversión de los indios del Manoa, de forma que no se les malograse y frustrase.

4—Con este pensamiento volvía el misionero con cuatro indios por una orilla y los otros tres por la orilla opuesta, cuando inopinadamente estos tres se hallaron con seis salvajes bien armados, con todas las precauciones que acostumbran para un encuentro con enemigos. Como el hallarse era casual, de primera instancia quedaron indecisos y sobresaltados los de uno y otro bando; y no ignoran lo los nuestros que en estos lances entre indios, el expediente más seguro es descubrir valentía e intrapidez, uno de los cristianos asestó una lanzada a un salvaje; quien desvió con la mano diestramente el golpe, si bien quedando levemente herido.

Con esta demostración de valor depusieron su altiva fiereza los gentiles, tomando una actitud pacífica y decían a los nuestros **Amico amico,** con ademanes cariñosos. Les correspondieron los cristianos en las demostraciones de sincera benevolencia; curando al herido con hierbas que al efecto traían prevenidas, y rogaron a los gentiles fuesen a ver al padre misionero que caminaba por la opuesta margen.

Marchando los nuestros para juntarse con el padre conversor, antes de repasar el río se hallaron repentinamente rodeados por una multitud de salvajes, prevenidos de todas armas, pintados en son de guerra, con ademanes desenvueltos y semblantes furiosos; visto lo cual nuestros tres cristianos, diéronse por perdidos, y solo pensaron en salvar la vida con alguna resolución heróica. Uno de ellos con verdadero furor se lanzó a romper el cerco, como lo consiguió, arrojándose luego al río. Imitóle el segundo con la misma felicidad; y sólo el tercero no pudo evitar que muchas manos cayeron sobre él, y le asieran de los cabellos que los indios suelen criar largos, dispuestos a matarle o ahogarlo.

El primero que escapó, llegó sobresaltado a la presencia del padre Santa Rosa, diciéndole que allí venían los gentiles a matarlos y que sus compañeros quedaban muer-

tos. Decía esto dando prisa a los suyos para que salvasen la vida con la fuga. El padre procuró detenerlo, para informarse del fracaso, pero el indio respondió: "Vamos, padre, que después te lo diré; y asiéndole del brazo le obligó a caminar, diciéndole: Vamos, padre, que ahí viene una tropa de gentiles para matarnos. Al cabo de un buen rato, los alcanzó el segundo indio que se había escapado, con la misma congoja que el primero, añadiéndole que a su compañero lo habían ahogado. Bien se puede discurrir el sentimiento del padre conversor al ver frustradas sus diligencias y deseos, y considerar la pérdida de un compañero. Pero Dios le consoló dentro de pocas horas con la llegada del que ya discurrían difunto, el cual dijo que era cierto que los infieles le habían agarrado de los cabellos y sacado del agua; pero que viendo que lloraba, le soltaron diciéndole que se fuese en paz.

Veinte días emplearon en llegar a Pampa Hermosa, con hambre y grandes privaciones, por la escasez de víveres, y el padre Santa Rosa con llagas en las piernas; aunque todos volvían gozosos de haber descubierto lo que tanto se deseaba, es decir una región de infieles donde se emplease el celo de los conversores.

5—Con el descubrimiento realizado por el padre Santa Rosa, formaron los misioneros de Cajamarquilla una idea cabal respecto de la conversión de los Settebos del Manoa o Cuxiabatay; de la distancia que mediaba del Huallaga al lugar donde aquellos infieles moraban; de las dificultades que la empresa presentaba y del éxito que se podía prometer, contando con el favor de Dios y el valor de los misioneros arrestados a dar la vida en la demanda si fuese necesario.

Resueltos nuestros conversores a ir al Manoa, obtuvieron de los superiores las licencias necesarias, previnieron herramientas y abalorios que regalar a los indios, prepararon bastimentos, adiestraron trescientos indios de los

cuatro pueblos de las conversiones, y partieron al Manoa los padres fray Juan de Santa Rosa, fray Juan de Dios Frezneda, fray José Miguel Salcedo, fray Antonio Cabello y el hermano lego fray Alonso de la Concepción.

Habiendo salido a principios de febrero de 1757, a fines del mismo mes ya estaban en el término del viaje, pues el 4 de marzo amanecieron en el pueblo llamado Masemage, compuesto de indios Settebos.

Estos se alteraron con la llegada de los cristianos; echaron mano de las armas, y se empeñó un reñido combate con notable mortandad de ambas partes; hasta que los padres dispusieron la retirada.

Anduvieron cosa de dos leguas, cuando el padre Cabello se detuvo a confesar y ayudar a bien a morir a algunos cristianos gravemente heridos; en cuyo ministerio se hallaba cuando llegaron los indios en persecución de los fugitivos: mataron al padre y a once indios Cholones que auxiliaba, e hirieron nuevamente un buen número de cristianos.

Grande calamidad fue ésta: a que se agregaron los trabajos del regreso, perdidos en la refriega gran parte de los bastimentos, escasos los frutos del bosque para tanta gente y verse los heridos en la necesidad de caminar cargados; añadiéndose a todo esto, cuando llegaron a sus respectivos pueblos, las lágrimas de las viudas que en la expedición perdieron sus maridos.

6—Parece imposible que con tales fracasos no se desalentaran nuestros misioneros: pero estaba comprobado que aquellos pechos no eran para desalentarse.

Al salir de los Settebos tomaron los nuestros un muchacho y dos muchachas, a fin de que en las expediciones futuras sirvieron de intérpretes. Los muchachos en el espacio de un año aprendieron con expedición el castellano, y bien catequizados recibieron el bautismo en Pampa Hermosa. Estos dijeron que la nación a que pertenecían

era de los Settebos, que era gente inclinada al bien, y no resistirían a la predicación de los conversores, sino que recibirían el bautismo.

El padre fray José Miguel Salcedo con los tres neófitos bajó a Lima, para solicitar fuerza armada y entrar con alguna seguridad a los Settebos, evitando los fracasos de las expediciones anteriores.

El padre Salcedo no logró en Lima sino veintiocho soldados que resguardasen a los misioneros. Con estos militares y con algún acopio de herramientas, chaquiras, pólvora, etc., salieron de San Buenaventura del Valle a mediados de mayo de 1759, el padre fray José Miguel Salcedo y el hermano fray Alonso de la Concepción, además los tres neófitos y algunos indios cargando el bagaje.

El elemento militar procedió los primeros días con grandes bríos y buena obediencia al padre misionero; luego cansados por la fatiga diaria apenas podían caminar; cerca del Manoa se amotinaron con pretexto de que escaseaba el bastimento. Nada bastó para reducirlos a razón y hubo de volverse al Valle, con trabajos y enfermedades y con la muerte de tres españoles en la travesía, llegando los demás "desfigurados, que parecían imágenes de la muerte (1)."

---

(1) Padre Amich, cap. XXXI.—Entre los tres pequeños setebos de quienes se ha hecho mención figuraba Ana Rosa, que informada de la vida cristiana en el convento de Viterbo, en esta ocasión que vinieron a Lima, sirvió de auxiliar a los misioneros, como se irá viendo.



CAPITULO XXXII

La Misión de Manoa o Cuxiabatay

1760

SUMARIO: 1—Reminiscencias. 2—Palabras del padre Amich. 3— De nuevo al Manoa. 4—Ana Rosa y Runcato. 5—Embajada de Runcato: Te Deum laudamus. 6—El curaca Santo-aray: primera misa en Manoa.

Al hablar de las misiones de Panatahuas en el tomo anterior, tuvimos oportunidad de consignar, que según relaciones fidedignas del visitador de las misiones el padre fray Francisco Andrade y del comisario fray Gabriel de Guillóstegui, en el año de 1657 el padre Alonso Caballero llegó a los Shipibos y a los Settebos, y dispuso que se quedaran entre ellos cinco misioneros conversores; que todos estos religiosos conversores redujeron a la fe mucha gente y fundaron dos pueblos; que los Callisecas al fin amotinados quitaron la vida a sus misioneros y bienhechores.

Vimos también figurar al padre Lorenzo Tineo, guardián de Panatahuas, que en 1661 llegó hasta los Settebos del Ucayali o del Paro, con el respetable acompañamiento de un capitán nombrado en Lima, veintiseis soldados y doscientos indios cristianos de guerra. Que de los Settebos en poco tiempo convirtió más de dos mil almas, que concentró en dos pueblos entre ellos la Exaltación de

Chupasnao, a cuyas iglesias concurrían religiosamente los recién convertidos.

Que también los Settebos se alzaron y sacudieron el yugo de los conversores; aunque más de un centenar de éstos fue siguiendo al padre Tineo en su retirada a los Payansos, donde fueron recibiendo el santo bautismo. No contentos con esto, después de algún tiempo salieron de la región del Ucayali treinta y cuatro Settebos a suplicar a los misioneros que tornasen, que estaban arrepentidos de lo hecho, que lo hicieron únicamente por malas instigaciones de los Callisecas o Shipibos.

Así mismo el infatigable padre Biedma se empleó desde el año 1663 hasta el de 1665 en reducir a estos Shipibos, donde formó un pueblo con su iglesia; y que continuó allí tres años más el padre Rodrígo Bazabil.

2—Refiriéndose a los Settebos de quien hablamos, dice nuestro padre Amich: "Esta es la misma nación que ahora (en 1760) estaba avecindada en las riberas del rio Manoa, que formándose de las vertientes de las tierras altas, desaguaba en el Ucayali del cual distaba cosa de veinte leguas. Habíanse retirado de las riberas de este gran río compelidos de las muchas hostilidades que habían padecido de las naciones circunvecinas, especialmente de los Shipibos, los cuales habitaban como veinte leguas al sur de Manoa. De estos Shipibos por los años de 1736 habían padecido tal destrozo, que de todos los Settebos que salieron a la batalla (que fueron casi todos) sólo escaparon muy pocos con vida. De esta guerra resultó un odio mortal entre las dos naciones; y obligó a los Settebos a vivir en un terreno cenagoso con mil incomodidades, para estar más resguardados y a cubierto de los insultos de los enemigos."

De esta relación del padre Amich se deduce que los conversores de las misiones de Panatahuas, por los años de 1657, entablaron sus conversiones en una amplísima

zona del río Ucayali, donde, en la vecindad de las bocas del Manoa vivían los Settebos ,y muchas leguas al sur, en las márgenes del rio Pisqui probablemente, moraban los Shipibos o Callisecas, y los Cashibos en las regiones comprendidas entre el Aguaitía y el Pachitea. Resultando lo que ya dijimos en el tomo primero, que nuestros misioneros exploraron en aquella época los ríos Cuxiabatay, Pisqui y Aguaitía, sobre todo en sus orígenes y primeras vertientes.

En conformidad de todo esto agrega el padre Amich: "Los Settebos (en 1760) tenían noticia del cristianismo pero mezclado con mil absurdos y barbaridades. Creían que hay Dios que castiga a los malos y premia a los buenos. Tenían noticia de la Madre de Dios, pero la equivocaban con Dios, teniéndola por criadora de todo, y ni sabían como se llamaba. Reverenciaban grandemente la Santa Cruz, y la colocaban por los caminos, casas, plazas y chácaras. Usaban el bautismo ridículamente; pues se reducía a bañarse con agrio de limón, sin pronunciar forma alguna . . . Todas estas noticias del cristianismo las tenían derivadas desde que nuestros religiosos (de Panatahuas) los tuvieron reducidos . . . Otras muchas barbaridades tenían por actos de religión; y para desimpresionarlos de ellas trabajaron mucho tiempo los padres conversores (1)."

3—Estos eran los Settebos en cuya busca realizaron tantas y tan penosas expediciones los padres conversores de Cajamarquilla, alentados con la esperanza de dar con los indios de las antiguas misiones de Panatahuas. Su increíble constancia y tenacidad tuvo por premio el hallazgo con que soñaban, al menos en buena parte.

(1) Cap. XXXI.

En la fecha de que vamos a hablar, que es el año 1760, nuestros misioneros estaban desalentados para entrar en nuevas aventuras hacia el río Manoa. Quienes no dejaban sosegar a los padres eran los tres neófitos Settebos, que ya eran tres buenos cristianos. Entre ellos se distinguía la joven Ana Rosa, de espíritu despierto, buena índole, viveza en el hablar y ánimo constante.

Tomando en consideración las súplicas de aquellas tres buenas almas, y que Ana Rosa podría servir de intermediaria para ponerse en comunicación con su gente, decidieron los padres volver al Manoa.

Salieron de San Buenaventura del Valle los padres fray Miguel Salcedo y fray Francisco de San José (1), con Ana Rosa por intérprete, setenta indios del Valle, veinte de Sión y siete militares europeos. Eran fines de mayo de 1760.

A los veintiocho días de buen viaje saludaron gozosos las aguas del Manoa, en cuyas riberas descansaron dos días, que se emplearon además en el recogimiento del espíritu, en confesarse y comulgar, suponiendo que no estaban lejos los infieles y que nada extraño sería haber de dar la vida por la fe y por ejercitar el apostolado de caridad con aquellos salvajes, sumidos en las tinieblas de la ignorancia.

Hecho ésto, el primero de julio se encaminaron al pueblo de Yapa-ati, donde Ana Rosa pensaba hallar a sus parientes. Pero Ana Rosa había olvidado las nociones relativas a la topografía de aquellos lugares; y en consecuencia se perdieron luego que entraron en la espesa arboleda: anduvieron desorientados siete días, no siendo la

---

(1) Distinto del fundador de Ocopa, pero fervientísimo misionero, como lo iremos viendo al proseguir la narración.

distancia al pueblo sino de dos días. Llegando por último a Yapa-ati, hallaron el lugar desamparado, con señales evidentes de que ya nadie vivía en el paraje.

El desconsuelo de los expedicionarios fue grande y por justos motivos; pues se ignoraba a qué punto se habrían trasladado los Settebos, ni qué rumbo se tomaría para dar con ellos; los bastimentos no eran muchos y los padres misioneros no disfrutaban de buena salud; pues el padre Salcedo se hallaba aquejado de tercianas y el padre San José con llagas en las piernas.

4—Para dar alguna solución al problema, se repartieron por los contornos algunos indios exploradores, buscando indígenas con quien ponerse al habla, o al menos camino para salir del punto donde estaban situados.

Los exploradores que recorrieron la orilla del río, hallaron ocultos entre las matas algunos plátanos, que indicaban la intención de recogerlos al haberse madurado; lo mismo que las señales que dejaron dos canoas en la arena próxima a las corrientes del río. Ya no había duda de que allí volverían las dos canoas.

Se resolvió ocultarse en las dos márgenes, y que en viéndolos venir, se dejase ver de ellos Ana Rosa y entablase conversación. En la tarde del día ocho se divisó una canoa, en momentos en que Ana Rosa no se hallaba cerca del río; y para no perder el lance, salieron algunos indios cristianos a impedir que se fueran; pero los gentiles sobresaltados y poseídos de temor, desamparada la canoa, echaron a correr bosque adentro.

No tardó en avistarse la segunda canoa con dos hombres y dos mujeres. Se acercó Ana Rosa para dirigirles la palabra; y su presencia, como que era una muchacha sola, no produjo espanto en los Settebos y entablaron una larga conversación. Los cristianos ocultos les acompañaban con fervorosas oraciones al cielo para que diese elocuencia persuasiva a la lengua de una joven y pobre setteba, y

docilidad a aquellos salvajes, cuyos padres habían abandonado la fe y arrojado de sus tierras a sus apóstoles.

Ana Rosa habló en estilo vibrante y enérgico; pero los Settebos estaban muy prevenidos contra los cristianos. Ana Rosa les puso en conocimiento de lo que pasaba; que en el bosque se hallaban ocultos dos misioneros; que allí mismo había muchos cristianos indígenas de Cajamarquilla; que ella estaba al corriente de la Religión cristiana; que los verdaderos cristianos ejercitan la caridad, que aman a sus semejantes y se ejercitan en hacerles bien; que solo a esto venían los conversores; que hablasen con ellos y se convencerían de cuan amables eran.

Nada de esto fue bastante para que aquellos Settebos se dieran a partido y se dejasen ver de los cristianos y de los padres. Y cuando estos salieron y los salvajes los divisaron, estos se lanzaron al monte, menos uno de los hombres llamado Runcato a quien Ana Rosa detuvo asido de la cushma.

Los padres acariciaron mucho a Runcato, le condujeron a la enramada en que estaban alojados y le regalaron no pocos objetos útiles a los salvajes. Con lo cual fue el indio entrando en calma y cobrando confianza.

Luego entabló su charla con Ana Rosa: con visible aire de tristeza fue refiriendo a la joven las guerras desastrosas tenidas con los Shipibos, con el exterminio de casi toda la gente Setteba; la necesidad en que se veían de vivir esparcidos en diversos puntos del Manoa, en cuitas y temores, huyendo de todo grupo que podían sospechar armado y superior a ellos; que estaban sin pueblo como lo habían comprobado en Yapa-ati. sin sembríos y plantaciones indispensables, sin algodón para hacer sus cushmas y cubrir sus cuerpos.

Al cerciorarse de la melancólica narración de Runcato los padres misioneros, le dijeron que se consolase, que ellos les darían herramientas para labrar la tierra, y les

defenderían de sus enemigos cuya voluntad ganarían, y podrían salir de la angustia en que vivían y llevar vida tranquila y sosegada. Que los padres y todos los cristianos serían sus amigos y sus hermanos.

Ana Rosa de su parte informó a Runcato de todo lo acaecido a ellas: lo que vio en tierras cristianas y en Lima, lo que aprendió, la bondadosa condición de los padres conversores que empleaban toda su vida en hacer el bien al prójimo, que solo eso profesaban y así vivían hasta morir; que los padres a nadie hacen mal, ni matan ni roban, ni maltratan, y porque otros coman ellos se privan de muchas cosas y ayunan.

5—El día nueve de julio los padres enviaron a Runcato con muchos regalos para que comunicase a los suyos lo que le había sucedido y lo que contaba Ana Rosa. Emprendió Runcato su marcha con visible satisfacción y alegría; pero a poco se encontró con sus parientes que venían armados y airados como fieras, a matar a los cristianos. El motivo de sus furores era, que un indio que escapó de la primera canoa había llevado la noticia de que los viracochas habían muerto a sus compañeros, habiendo él encomendado la seguridad de su vida a la velocidad de los pies. Mucho trabajo tuvo Runcato en apaciguarlos, para que le oyeran referir la verdad de los hechos y depusieran sus armas. Y logrado este fruto de su elocuencia, que tenía en su apoyo la variedad de regalos que ostentaba, fuéronse todos juntos a visitar a sus humanitarios huéspedes.

Esto sucedía el dia diez de julio en la mañana con aviso previo que Runcato dio a los padres, de que venían a visitarlos sus parientes. Adelantáronse los padres y los cristianos hasta la playa del río, desde donde contemplaron a los indios que aparecían en la opuesta orilla armados y pintados en son de guerra, muchos de ellos con plumajes de vivos colores: apenas se avistaron cuando los salvajes levantaron sus voces en algazara con el conocido

saludo: **Amico, amico**; que tuvo por respuesta con análoga gritería de nuestros indios que repetían: **Amico, amico.**

Se abrazaron luego con alegría, se dio lugar a una entusiasta, familiar y amena charla; y acto continuo los padres encaminaron a los indios gentiles y cristianos, a una especie de capilla hecha de palmas y preparada al efecto, entonando en el trayecto el **Te Deum laudamus,** que se terminó delante de una imágen de la Santísima Virgen, colocada en el altar improvisado.

6—El curaca de toda aquella gente de la nación Setteba se llamaba Santo-aray, quien dijo a los padres se fuesen a su pueblo, donde según había ordenado, las mujeres tenían preparada la comida. Fuéronse en efecto los padres con todos los cristianos, y después de un recorrido de cuatro leguas, entraron al pueblo Tsua-aray, entre las danzas de las indias que les salieron al encuentro y que alegremente cantaban: **Amico, amico.** En la casa del curaca tuvieron todos los forasteros una frugal comida.

Al siguiente día hicieron los padres una solemne declaración, valiéndose de la intérprete Ana Rosa, de los motivos que les movían a venir a aquellas tierras, que no eran otros sino su eterna salvación, sin detrimento de hacerles todo el bien temporal que estuviera a su alcance. Que al efecto debían hacerse cristianos e instruirse en las obligaciones del buen cristiano.

Todos a una voz respondieron que con gusto serían cristianos.

Luego se empezó la construcción de una iglesia; se procedió a la solemne bendición de la misma y de la Cruz, eligiendo por patrón de la iglesia y de la misión a San Francisco; y se cantó una misa solemne el 6 de julio de aquel año de 1760, con general regocijo de toda aquella gentilidad.

Luego fueron viniendo todos los Setebos que por frac-

ciones se hallaban esparcidos por aquellos contornos, manifestando todos general contento por la presencia y labores de los misioneros.





CAPÍTULO XXXIII

La vía del Pozuzo al Ucayali

1763-1764

SUMARIO: 1—Privaciones en San Francisco de Manoa. 2—Socorros desde Cajamarquilla. 3—La vía del Mairo y del Pozuzo al río Ucayali y al Manoa. 4—Martirio del padre Francés. 5—Viaje del padre Hernández del Mairo al Aguaitía. 7—Viaje del padre Frezneda viceversa del Manoa al Aguaitía. 7—Epílogo de las exploraciones realizadas hasta esta fecha.

INSTALADOS los misioneros en San Francisco de Manoa, en el punto llamado anteriormente Tsuá-ray, contaban los misioneros con la buena voluntad del curaca Santo-aray, y la docilidad, siquiera momentánea, de todos los Settebos. Desde los primeros días de la estancia de los misioneros en Manoa se mantuvo el culto religioso en la capilla recientemente construída, y se dió comienzo a la enseñanza del catecismo.

Sin embargo, en San Francisco de Manoa se presentaba un notable inconveniente para la existencia y prosperidad de la misión, que consistía en la escasez de víveres, si es que se quería hacer de aquel punto un centro de conversiones. Los Settebos vivían miserablemente: por falta de herramientas sus plantaciones eran reducidas y no abastecían ni para cuatro meses al año; en los meses restantes se vivía de la caza, de la pesca, de los

huevos de tortuga que traían de las playas del Ucayali y de las frutas silvestres.

La caza y la pesca, que podría ser un gran recurso en los bosques y en los ríos del oriente, no ofrece alimento sino para pocas horas; porque la carne y el pescado se alteran y pudren muy pronto en aquel clima húmedo y caluroso.

Sus plantaciones se reducían a plátanos, yuca y maiz en escasa cantidad, y el terreno producía como fruta indígena la popaya.

La plaga de mosquitos era terrible sobre toda ponderación en aquella soledad cubierta de espesa vegetación, sobre un suelo húmedo y pantanoso: cuando pudieron echaron mano de mosquiteros, no solo durante la noche, sino para pasar con algún reposo las horas del día.

Vistas todas estas cosas y arreglado convenientemente lo relativo al funcionamiento de la misión, se creyó de necesidad el retiro de la mucha gente venida del Valle; y así el padre Salcedo con los indios expedicionarios volvió a Cajamarquilla, quedándose en Manoa el padre San José, con los siete militares y cuatro indios cristianos.

Estos indios y los militares se dedicaron luego al cultivo del campo para tener con qué mantenerse; y mientras no llegó a sazón un grande y hermoso sembrío que hicieron, se dedicaron los militares a la caza.

2—Cerciorados los conversores de Cajamarquilla de las privaciones a que estaba sujeta la gente de Manoa, tomaron la resolución de aliviar aquella dura situación; y al efecto los indios de Cajamarquilla compusieron el camino a Manoa, corrigieron las curvas y labraron terrenos en varios puntos a lo largo del camino, que facilitasen el sustento del viajero. Los padres remitieron a Manoa cerdos y gallinas que criasen, arroz y fréjoles que aumentasen

sus artículos alimenticios de primera necesidad, de que carecían.

Si en la parte económica mejoraba de día en día el padre San José; en la religiosa y política, que diríamos, avanzaba muy poco: a los asustadizos Settebos se les había grabado fijamente en su escaso cerebro que los cristianos al fin de cuentas los matarían; que no era puro amor desinteresado todo aquel aparato de beneficencia hasta el sacrificio que ostentaban. En vano empleó Ana Rosa su labia en desvanacer aquellos antojadizos temores; pues los salvajes salían con la misma cantilena a cada rato.

De aquí los fundados y verdaderos recelos del misionero y de los cristianos; quienes no tenían la vida muy segura entre aquellos inconstantes y quisquillosos indígenas salvajes.

En el año 1761, considerando el padre fray Juan de Dios Frezneda los muchos trabajos sobrellevados en Manoa por el padre fray Francisco de San José, pasó a esta misión; y ambos en amable compañía fueron haciendo frente a las dificultades que se presentaban, y dieron estabilidad, en cuanto de ellos dependía, a la misión de Manoa. Entrambos estudiaron la lengua setteba, valiéndose de Ana Rosa, y compusieron gramática y vocabulario de la misma.

Ana Rosa, por su parte, catequizaba a sus paisanos, y puede asegurarse que los Settebos, llamados también Panos, tenían una misión bien organizada, con la instrucción religiosa diaria, administrada con celo e interés, en un ambiente de caridad apostólica y abnegada.

A pesar de ser esto así, el fruto espiritual y de vida eterna era escaso: oponíase a este fruto el rencor, el odio a muerte, que todo settebo alimentaba en su pecho desde la niñez contra sus vencedores los Shipibos. Por esta causa no se administraba generalmente el bautismo sino en el trance de la muerte.

3—Otro inconveniente no menos poderoso que los descritos hasta ahora acompañaba a la misión de Manoa, que era la necesidad de enviar allí un socorro anual desde Cajamarquilla, a pesar de las mejoras introducidas. La gente de las conversiones de Cajamarquilla fue siempre buena, dócil y abnegada; pero, a pesar de eso, no podía dejar de sentir aquel viaje anual y obligado hasta Manoa, con cargas pesadas a las espaldas, cuarenta días en ir y volver; enfermándose no pocos de ellos por las fatigas del viaje y sobre todo por lo mal sano del clima en el Manoa, y muriendo a consecuencia de la maligna enfermedad.

Para obviar a tanto desperdicio de vidas, optaron los superiores de la Orden por que se estudiase y tantease la vía del Pozuzo al Ucayali, hasta las bocas del Manoa.

En aquella fecha se hallaba expedito el camino que conduce de Huánuco a Panao y de aquí al Mairo por el Pozuzo. Discurrióse acertadamente que el Pozuzo no podía conducir sus aguas sino al gran río Ucayali, de quien era tributario a su vez el Manoa.

Este proyecto presentaba las ventajas de las vías fluviales, en las cuales se utilizan las corrientes del río como medio de movilización y trasporte, que ahorran no pocos sudores y cansancios.

Para llevar a debido efecto la resolución tomada, se construyeron dos canoas en el río Mairo, en el sitio en que este desemboca en el Palcazu, cerca del punto en que el Pozuzo se hermana con el mismo Palcazu.

Y en el verano del año 1763 se alistaron para emprender el nuevo viaje de exploración los padres fray José Hernández, fray Francisco Francés y el donado Antonio Gorostiza, y además veintitrés hombres con salario, entre remeros y de escolta.

El padre Hernández, apoyándose en un mapa rudimentario que halló en el archivo de Ocopa, incurrió en un error fatal, de creer las bocas del Cuxiabatay a cinco o seis

días de distancia del Mairo, viajando en canoa; error que le indujo a no llevar los víveres correspondientes.

En estas condiciones salieron del Mairo en aquel verano los expedicionarios, y a los siete días de navegación vieron, en una playa formada por la arena del río, cierto número de salvajes, que al notar la presencia de los cristianos, se pusieron en son de defensa; mas luego, seguros de que los nuestros viajaban de paz, arrojaron sus armas en la arena.

Correspondieron los cristianos a tan noble actitud de los infieles, saltaron a la playa y se acercaron a los indios amigablemente, realizándose luego manifestaciones mútuas de benevolencia, aunque solo con señas, pues con hallarse entre los cristianos, personas de siete idiomas diferentes, ninguno pudo entender a los salvajes. Pasaron luego a los galpones o casas a manera de salas grandes que suelen tener con techumbre de palmeras, donde los padres cantaron el **Te Deum.**

Estos indios según todas las señas habidas entonces y confirmadas después, eran los temibles Cashibos; y no deja de ser caso raro que ellos, siendo quienes eran, hubiesen tratado con tanta blandura a los padres y a los cristianos en la ocasión referida.

4—El padre fray Francisco Francés se entusiasmó muchísimo con el amable comportamiento de los salvajes, y creyó poder permanecer en aquel lugar, al menos durante el tiempo que emplease el padre Hernández en su viaje al Manoa; y así suplicó a éste le permitiese tentar la conversión de aquellos indios. Convino en ello el padre Hernández, dejándole para su compañía cuatro indios y un muchacho del Pozuzo.

Las vicisitudes por que pasó el padre Francés desde que se despidió del padre Hernández, en los pocos días que sobrevivió a la mencionada fecha, se verificaron sin más testigos que él y los inhumanos Cashibos; y así no

tenemos narración fidedigna de cómo acabó sus días.

Las conversaciones recogidas por los misioneros le suponen perseguido a muerte por los Cashibos, pero que tuvo tiempo de disponer de una balsa y escapar de la lluvia de flechas entregándose a las corrientes del Pachitea, acompañado de dos indios cristianos. Que en la balsa llegó al Ucayali, donde se acercó a un grupo de indios Cunibos, a preguntar dónde estaba situado el río Manoa; y que la respuesta fue dispararle de cerca y certeramente sus flechas y quitarle la vida.

Era el padre fray Francisco Francés muy virtuoso sacerdote y ejemplar religioso, que en muchos años de conversor en el Pozuzo llegó a ser muy amado de sus neófitos, a quienes él cuidaba como buen padre y pastor.

Quiso Dios recompensarle su virtuosa vida con los laureles del martirio.

5—El padre Hernández y el hermano Gorostiza, despedidos de su compañero en las playas del Pachitea, continuaron su viaje deseosos de llegar pronto al río Manoa. Pasados solo cinco dias, sin dar con lo que buscaban, pensaron que ya habría pasado la desembocadura del Manoa. Por otra parte, los víveres se iban consumiendo; y hallándose dudosos de lo que convenía hacer, resolvieron volver al Pozuzo para tomar allí un maduro consejo.

Aún para volver se hallaron con mil dificultades por faltarles comida, pues hubieron de quedar pacientemente y en muchos puntos, para darse a la caza y recoger de entre la arena huevos de tortuga; de tal suerte que emplearon un mes para llegar al punto donde dejaron al padre Francés.

De este misionero no encontraron ni vestigios; y dos cristianos que se internaron al bosque para hallarlo, sintieron que las flechas silvaban por las espaldas, quedando uno de ellos herido. Viendo lo cual, retrocedieron con ligereza y pudieron embarcarse en las canoas de su gente,

en momentos en que aparecieron los indios en gran número y con algazara de triunfadores, con que daban a entender la alevosía con que pretendieron quitar la vida al



El padre Fray Francisco Francés y compañeros. 1763.

padre Francés. Los militares cristianos con disparos de fusil contuvieron a los indios; y el padre Hernández prosiguió el viaje, no sin pasar por el hambre y por mil congojas, llegando al Pozuzo el dieciocho de octubre, él y sus compañeros, escuálidos y semimuertos.

6—En el verano de 1764 el hermano donado Antonio Gorostiza pasó a las misiones de Manoa y llevó allí las noticias de los trágicos sucesos acaecidos a las padres Francés y Hernández. El hermano Gorostiza era de dictamen de que el padre Francés no era muerto, sino que debía

estar internado por aquellos bosques del Pachitea o Aguaitía, o tal vez perdido como consecuencia de alguna jornada mal organizada.

El padre Frezneda se sintió con alientos para dar solución a aquella duda, llegando por el Ucayali al sitio mismo donde quedó el padre Francés, y practicando allí las correspondientes averiguaciones. Al efecto organizó muy prudentemente una bien combinada expedición: dos canoas y en ellas diez indios de toda confianza, procedentes de Pampa Hermosa, cuatro indios setebos y el hermano Antonio Gorostiza, componían el haber y la gente de la expedición. Salieron de San Francisco en setiembre de aquel año de 1764.

Bajaron rápidamente las corrientes del Manoa, y salieron con felicidad al Ucayali. Aquí, venciendo la corriente, anduvieron con la misma fortuna, y no tardaron en llegar a las bocas del río Pisqui, morada de los indios Shipibos.

Surcaron por el río Pisqui durante dos días, y dieron con algunos shipibos que se escondieron con presteza. Y aunque llamaron a voces no obtuvieron respuesta.

El padre mandó colgar allí de un árbol dos machetes y algunos cuchillos; hecho lo cual prosiguieron su viaje, y en tres días de navegación llegaron a la boca del río Aguaitía.

El hermano Gorostiza dijo que aquel era el punto hasta donde habia llegado el padre Hernández; y que de allí al punto donde se quedó el padre Francés, tardarían cosa de veinte dias. Y calculando los víveres con que contaban, vieron que no les alcanzarían para tantos días, por cuyo motivo mudaron rumbo para volver al Manoa.

Entraron nuevamente al Pisqui; vieron que los Shipibos habían dispuesto de los machetes y cuchillos que dejaron colgados; avanzaron desde aquel punto un día de navegación, y oyeron golpes en el bosque cortando palos.

Dieron voces nuestros setebos que hablaban el mismo idioma, y a las voces salió del bosque un joven que prorrumpió en el conocido saludo: **Amico, amico.**

Luego el padre Frezneda entró en los preliminares para entablar una conversión entre los indios Shipibos del Pisqui.

7—Con las expediciones llevadas a cabo por el padre Hernández del Pozuzo al Aguaitía y por el padre Frezneda del Manoa al mismo punto del Aguaitía, se dió complemento a las exploraciones más importantes de la zona del Ucayali. No quedaban por conocer en las regiones bañadas por este río sino algunos de sus afluentes de menor importancia. Se habían visitado hasta aquella fecha de 1764 por nuestros misioneros, el Perené con los afluentes que lo forman, el Pozuzo, el Palcazu, el Pachitea, el Mantaro, el Apurímac, el Enne, el Tambo, el Ucayali, el Huallaga, el Marañón y en el Ucayali se habían inspeccionado los ríos Aguaitía, Pisqui y Manoa; quedando por tanto vinculado al descubrimiento de cada uno de esos ríos el modesto nombre de un misionero, que no por ser modesto dejará de ser muy benemérito en la historia de la geografía del Perú.





CAPITULO XXXIV

Misiones de los Shipibos y Cunibos en el Pisqui. Achani, Aguaitía y San Miguel

1764-1765

SUMARIO; 1—Perspectiva de las misiones en esta fecha. 2—Misión de Shipibos en Santo Domingo de Pisqui. 3—Aumentan los operarios evangélicos: intervención del padre Amich. 4—Buscando al padre Francés. 5—Misiones en Achani y Aguaitía. 6—Gestiones para catequizar a los Cunibos.

La perspectiva que ofrecían nuestras misiones del Oriente peruano en el momento histórico a que se refiere esta narración, era verdaderamente halagadora, tanto si se atiende a la extensión de los territorios que abarcaban, como si se considera la importancia de las regiones exploradas, donde se trataba de introducir la religión cristiana y con ella la civilización que regenera los pueblos.

La etapa correspondía al retiro en que había vivido Juan Santos Atahualpa, y a los años inmediatos, continuando todavía la paralización que aquel impuso de toda acción sacerdotal en los territorios confinantes con el Perené. Fue menester para la continuación de las misiones orientales, rodear desde alguna distancia la región que se creía al alcance de sus flechas, y penetrar en el Ucayali por nuevas vías, tan lejanas como dificultosas.

El lector puede estar seguro de que los misioneros franciscanos no habrían realizado esta empresa titánica y dificultosa, a no hallarse animados de un espíritu superior y de una vitalidad cuya savia provenía de un tronco tan divinizado como San Francisco de Asís.

Felizmente, andando algunos años desde el retiro de Juan Santos, se pudo comprobar que toda la región del Pozuzo quedaba exenta de las extorsiones del rebelde; y como consecuencia, no sólo seguían floreciendo las misiones de Huánuco, que tenían por centro el pueblo de Cuchero y por presidente al padre fray Benito Novoa, sino que asi mismo fueron rehaciéndose las del Pozuzo y Tilingo hasta el Mairo. Por lo mismo, quedaba garantizada para las expediciones de los misioneros la vía del Pozuzo y Palcázu a los llanos amazónicos; y llegada la oportunidad, se trató de aprovechar esta vía para atender a las misiones del Manoa.

El padre fray Francisco de San José, superior de las conversiones del Manoa y Ucayali, veía prosperar sus misiones y presentársele un vasto campo de evangelización, que ofrecía trabajo a un número mayor de operarios, y no se descuidó en manifestarlo así a sus superiores.

A la prosperidad relativa que se veía en el Pozuzo y Manoa, debe agregarse la vida normal y bien sentada que se descubría en las misiones de Cajamarquilla, que eran, sin que ello se pueda revocar a duda, el punto donde se disponía de elementos adecuados para las grandes expediciones.

2—Vimos ya en el capítulo anterior, que el padre Frezneda, al regresar de la frustrada expedición para averiguar el paradero del padre Francés, se internó por el río Pisqui en tres días de navegación, y tuvo la buena suerte de ser recibido amigablemente por un joven shipibo. Viéndolo, dejaron los nuestros la canoa y fueron a abrazarlo con cariño. Dijo el joven que su casa estaba allí cer-

ca, y que en ella moraba su padre y toda su familia. Pasaron a la casa y el padre Frezneda regaló a la familia algunos objetos; y les suplicó que fuesen sus amigos, y como prueba de amistad viniesen a Manoa, donde les daría herramientas para labrar sus tierras. La familia respondió que lo consultaría con sus connacionales y se tomaría resolución conveniente.

Allí pasó el padre Frezneda un día, y luego se embarcó para Manoa, esperanzado en la palabra de los Shipibos de que tratarían de ir a verlo en aquel río. No se contentó con esto, sino que hizo ferviente oración para el logro de sus deseos de establecer una misión entre los Shipibos.

No quedó frustrado el padre Frezneda en su espectativa, pues el veintiocho de noviembre de aquel año de 1764 llegaron a San Francisco del Manoa cinco shipibos principales, en ademán de saber lo que deseaban de ellos los misioneros.

Estos se regocijaron grandemente de ver allí a los shipibos: hiciéronles sinceras demostraciones de cariño y les manifestaron la voluntad que tenían de ir a vivir en su compañía en el Pisqui; que luego les instruiría para que fuesen cristianos, y como hijos de Dios lograsen la felicidad del cielo.

Convinieron gustosos en esto los Shipibos, y convidaron al padre Frezneda para que fuese con ellos; quien fue recibido en el Pisqui el doce de diciembre de aquel año con regocijo de todas aquellas gentes.

Indújoles el misionero a que se juntasen en un pueblo, para que les pudiese enseñar la doctrina cristiana; ellos trataron este punto en consulta, y resolvieron acceder a los deseos del padre. Se escogió para pueblo la ribera del río Pisqui, donde se fabricó prontamente una iglesia, casa para el misionero y viviendas para los principales shipibos; y el día seis de enero de 1765 se dijo la pri-

Longitud Segun el Me

Chachapoyas

Moyobamba

R. Paxatem o Cateña

R. Vranzoc

R. de

R. Achuacot.

R. del Valle

R. de Sion

R. Quisco

R. Pisano

R. de Pampahermosa

R. Uchiza.

R. S. Jacinto.

R. Escusana

R. Tulumayo.

R. de Monzon.

R. Cayumba

R. de Chinchao

R. Zapan

R. Marañon

Latitud Meridional

Huanuco

R. de Poz

ri diano de 302 Tenerife. 303 304

O E S

Lamas

R. de Guallaga.

Luna

Cordillera de los Andes

S. Fran. de Manoa

R. de Manoa

Setebos.

+ 8.

Sto Domingo de Pisqui

S. Barbara de Achani.

+ 5.

Sta Cruz de Aguaitia

+ 3.

R. de Pisqui

Sipibos.

R. de Aguaitia.

R. Vcayali.

Casibos.

Pampa del Sacramento

Maspos

+ 20.

S. Miguel de los Conibos

R. Pachitea

R. Pacus.

R. Mingabore

R. de Carapachos

R. Mairo

R. Ychazu

S. Jose de los Conibos

Del P. José Amich

mera misa, denominando el pueblo Santo Domingo del Pisqui.

La nación de los Shipibos vivía muy extendida, ocupando una extensión de más de veinte leguas de norte a sur, y de diez o doce de fondo, al occidente del Ucayali. Este fue uno de los motivos principales para haber tardado en aceptar la amistad de los misioneros, sabiendo que estos querrían que se reunieran en población.

3—A las súplicas hechas por el padre fray Francisco de San José, superior de las conversiones del Manoa, exponiendo la mies copiosa que se presentaba en aquellas extensas regiones y la falta de operarios evangélicos, correspondieron benévolamente los superiores de la Orden, a quienes correspondía atender aquella súplica. El padre comisario de misiones fray Manuel Gil obtuvo para este fin, aun de la provincia de los Doce Apóstoles cuatro sacerdotes y tres legos, y el colegio de Chillán, cuyo personal en su mayor parte procedía de Ocopa, remitió algunos de sus misioneros. Los padres fray José Contreras y fray Antonio Varela y los hermanos fray Manuel de San Pablo y fray José Caballero; salieron de Lima el nueve de mayo de aquel año de 1765, con el padre Juan de Santa Rosa, presidente de las conversiones de Cajamarquilla; llegaron con felicidad a las dichas conversiones, y de allí pasaron al Manoa solo los legos fray Manuel de San Pablo y fray José Caballero, acompañados del padre José Miguel Salcedo, a la sazón conversor del pueblo de Sión. Los padres fray Pedro Arriola y fray José Amich, el hermano lego fray José Colás y un donado, resolvieron entrar por la vía del Pozuzo, con el fin de aprovechar la jornada para investigar el paradero del padre Francés.

El lector se dará cuenta de que entre los misioneros que ponen la mano en el trabajo evangélico figura ya el padre fray José Amich, a quien se debe la narración inge-

nua y fidedigna de la mayor parte de los hechos que forman el cuerpo de este segundo volúmen, y no escasa porción de los del primero.

El padre Amich era el religioso mejor dispuesto para escribir la historia de las misiones, mayormente para dar un sabor geográfico de alguna precisión, a descripciones que se refieren a un extenso cuadro topográfico, desconocido hasta entonces a la ciencia. El padre Amich, había sido piloto de la real armada española antes de ingresar en la Orden. Las informaciones presentadas por el virrey Amat a la consideración de la corte de Madrid le llaman "matemático perfecto que va encargado de observar alturas, demarcar derroteros y levantar mapas que darán a conocer las inmensas tierras desconocidas a nuestros matemáticos (1)." El preparó los datos más precisos para los planos que más tarde debían publicar los padres Sobreviela y Girbal.

En la narración de los hechos procede el padre Amich con selección acertada, propendiendo constantemente a consignar un gran número de circunstancias al rededor de los sucesos sustanciales, que sin más recurso dan colorido atrayente a la relación y el convencimiento de que habla como narrador fehaciente, que ha investigado los hechos con diligencia.

Del padre Amich dice el naturalista Raimondi, al tratar de la fundación de nuevos pueblos entre Shipibos (2): "En la expedición que debía entrar al río Ucayali por el camino del Pozuzo, iba también el padre fray José Amich, digno de ser recordado aquí por ser el autor del

---

(1) Archivo de Indias, 115, 7. 22.—Padre Agüeros, en el prólogo de la expedición a Otahiti.

(2) El Perú, T. II pág. 346.

"Compedio histórico de las Misiones", que tantas veces se ha citado y al cual se debe que hayan visto la luz pública tantas importantes noticias sobre la geografía de la región Oriental del Perú que en el país llaman Montaña."

4—En la ocasión de que hablamos, el padre Amich y sus compañeros salieron de Lima a fines de mayo de aquel año de 1765, dirigiéndose a las conversiones de Huánuco y Pozuzo, encargadas de suministrar personas que acompañasen, canoas y bastimento. A pesar de los esfuerzos del padre Novoa, presidente de las conversiones de Huánuco, y del padre Domingo de la Cruz, conversor en Pozuzo, se tardó no poco en hacer los preparativos convenientes.

Sólo el tres de setiembre pudieron embarcarse en el puerto del Mairo, en tres canoas y una balsa, el padre comisario fray Manuel Gil, los padres fray Juan Bonamó, fray José Amich, fray Pedro Arriola, el lego fray José Colás siete canoeros, veinticinco soldados, quince indígenas de la frontera, diez hombres más con salario y un cabo de la tropa.

Navegaron sin novedad durante siete días por el Palcazu y el Pachitea, y el día diez se hallaban en el punto en que se había quedado el padre Francés.

Se instalaron en una isleta que se hallaba frente al lugar mencionado. Determinaron realizar en aquel paraje una exploración minuciosa, para investigar el paradero del buen sacerdote, contando para ello con gente que se había hallado en la expedición de los padres Francés y Hernández.

Fuéronse a los galpones y casa, y no encontraron sino utensilios domésticos y flechas, y cerca de las casas algunos terrenos cultivados: recorriendo todas las sendas de aquel territorio, entraron, así los padres como los soldados y los indios, al interior del bosque en dos días consecutivos, y no tuvieron indicio alguno de la presencia

del padre Francés y de sus compañeros en aquella región.

En la pequeña isla habían pasado aquellos días desde que llegaron hasta el día trece, en cuya mañana tuvieron consejo; y no creyendo prudente continuar el viaje hasta el Manoa, resolvieron volver al Pozuzo.

En la vuelta exploraron el río San Nicolás, en cuyo paraje no vieron a los indios que habitaban aquel lugar.

Llegaron al Mairo el dos del mismo mes.

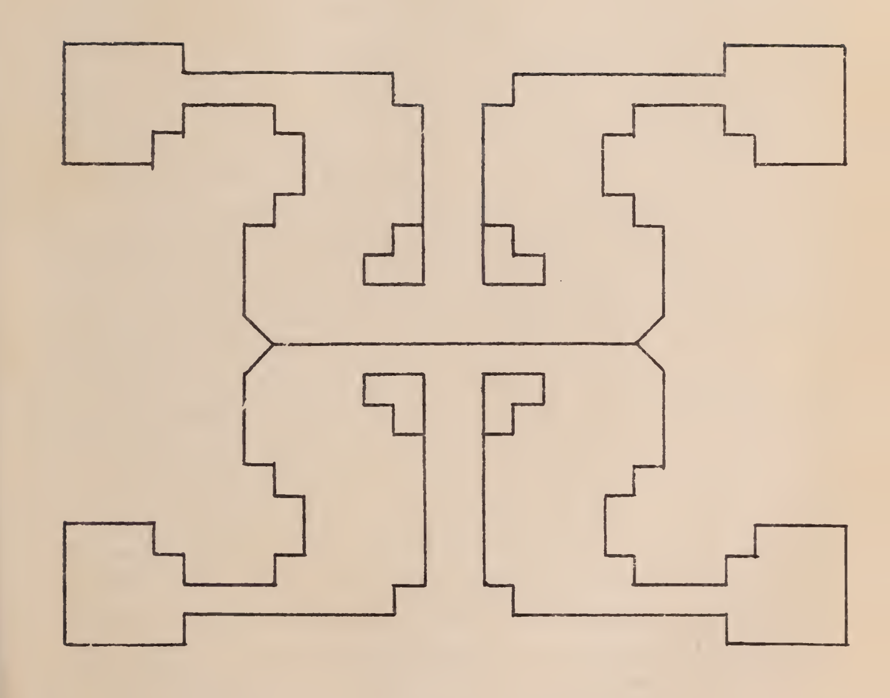
5—Los dos hermanos legos fray Manuel de San Pablo y fray José Caballero, que con el conocido misionero el padre Salcedo entraron al Manoa, resultaron dos buenos conversores; de modo, que a poco tiempo de haber llegado a aquella misión, fray José Caballero fundó la conversión de Santa Barbara de Archani, en las riberas del río del mismo nombre.

Esta fundación se llevó a cabo vista la imposibilidad de reunir en un solo punto a todos los Shipibos.

El lego fray Alejandro de las Casas realizó así mismo otra fundación, llamada Santa Cruz de Aguaitía, en las márgenes de este río.

6—Fácilmente se deja discurrir que nuestros misioneros del Ucayali situados en los ríos Aguaitía, Pisqui y Cuxiabatay, dedicados a la conversión de Settebos y Shipibos, extenderían su vista hacia el Sur, a San Miguel de los Cunibos, teatro donde se desenvolvieron hechos acompañados de gran heroísmo en años anteriores; donde nuestros conversores tuvieron ocasión de tratar a aquellos indios, cuya índole generalmente se prestaba a la intervención fructuosa del ministro de Dios.

No sólo se pensaba en esto, sino que se hicieron oraciones especiales a Dios, para que su Majestad moviese los corazones de aquellos infieles al deseo de los beneficios que trae al alma la religión. De esto se trataba, cuando un día, a principios de setiembre de aquel año de 1765, se acercan al padre San José los principales indios del Ma-



Dibujo de los Cunivos [Cesar Diaz Castañeda]

noa, para decirle: "Padre queremos ir a amistarnos con los Cunibos y los traeremos al pueblo."

Estudiando el punto entre los padres, se aprobó el intento. Los diplomáticos Settebos pasaron al Pisqui; de allí el padre presidente de la misión Frezneda les remitió con el hermano Gorostiza a Santa Bárbara de Archani; aquí unos Cunibos habían dejado dicho que deseaban la amistad con los Settebos y su conversión al cristianismo. Desde Santa Bárbara mandaron decir los Settebos a los Cunibos: Que allí habían venido para hacerse sus amigos. Sabido esto, no tardaron en presentarse en Santa Bárbara sesenta Cunibos, algunos de ellos con sus mujeres. Desde aquí pasaron a Santo Domingo del Pisqui catorce Cunibos con sus mujeres.

Aquí tuvieron un encuentro cariñoso los Cunibos con los misioneros, agasajándolos estos con la esplendidez que pudieron; a lo cual los Cunibos, gente despierta y de entendimiento, correspondieron con muestras de gratitud.

Aceptaron también los Cunibos el pensamiento que los conversores tenían de pasar a las bocas del Pachitea y a San Miguel, para que fuesen cristianos.

El lector no debe olvidar que nuestros indios, en medio de ser hombres por la edad y por algunas de sus acciones basadas en la reflexión; mas, en el fondo del alma son siempre niños, mayormente en las impresiones instintivas; y cuado menos se piensa, descubren puerilidades que introducen el desconcierto en las empresas más serias e importantes.

Esto sucedió en la ocasión a que aludimos: pues viendo los Shipibos en intimidades a los Cunibos con los Padres y los Setebos, invadió sus pechos la innoble envidia, que dejaron notar a las claras, y descubrieron sus temores de que les faltarían herramientas si los padres querían ganar las voluntades de los Cunibos.

Esta circunstancia impidió que en aquella ocasión fuera algún misionero con los Cunibos, dejándolo para la primera coyuntura que se presentase. Se tuvo ésta el día seis de diciembre de aquel año de 1765, fecha en que el padre fray Juan de Frezneda llegó a San Miguel de los Cunibos con el hermano Andrés Bernal.

La recepción que los Cunibos hicieron al padre Frezneda fue sincera y llena de entusiasmo; de modo, que en diez días que permaneció entre ellos, creyó el padre que podía bautizar algunos párvulos, encargando al hermano Bernal que se hiciera cargo del catecismo y emprendiese los trabajos preliminares de la misión, que debía completar el padre Salcedo,

Este excelente misionero llegó a San Miguel antes de finalizar el año 1765, y entabló la misión con un entusiasmo de parte de los Cunibos, que parecía garantizar la perpetuidad de aquellas conversiones.

El padre Frezneda, lleno de satisfacción por el semblante que presentaban las misiones en el Ucayali, salió de San Miguel a los diez días de haber venido, y volvió a Pisqui para acallar los injustificados celos de los Shipibos, a quienes prometió su pronto regreso.

El padre Frezneda gestionó además el aumento de misioneros para el Ucayali, en cuyas márgenes veía tanta mies en sazón para una cosecha copiosa.

Aún los Piros, de cuya alevosía y nativa fiereza dimos cuenta en el primer tomo, pedían en esta ocasión padres conversores.





CAPITULO XXXV

Apostasía y levantamiento de Runcato: sublevación general de Settebos, Shipibos y Cunibos del Ucayali Multitud de mártires.

1766

SUMARIO: 1—Movimiento de misioneros y cristianos auxiliares. 2—Runcato forma su parcialidad: mata alevosamente a los conversores Aznar y Ranero. 3—Levantamiento general de los indios del Ucayali. 4—Biografía de los misioneros.

En los capítulos anteriores hemos descrito la actividad saturada de celo apostólico que se notaba en nuestras misiones de Oriente, realizando expediciones muy útiles y de verdadero éxito al río Manoa, al Pisqui, al Aguaitía y al Pachitea. Consignábamos que se habían establecido centros de misiones en todos estos ríos, con tendencias a extenderse aún más, no sólo a los Cunibos de San Miguel en el Ucayali, sino también a los Piros del Tambo.

El padre Frezneda, ante la expectativa de un gran desarrollo de aquellas misiones, indujo al padre fray Francisco de San José que pasase a Lima y obtuviese el aumento del personal de misioneros, que correspondiese al buen semblante que presentaban las conversiones del Ucayali.

El padre San José, a pesar de haberse visto aquejado

de una gran dolencia y obligado a cuidarse en el hospicio de Huaililla, de las conversiones de Cajamarquilla, alcanzó por cartas dirigidas a Ocopa y a los superiores de Lima, que los deseos del padre Frezneda fueran atendidos.

Aquellas gestiones tuvieron efecto desde marzo de 1766, en que impartieron las órdenes convenientes a los misioneros que descansaban en Ocopa.



Huaililla.—Una sección del convento (Exterior del refectorio).

Sorprende ver movilizarse aquellas numerosas fuerzas de campeones evangélicos.

En el mes de enero de aquel año de 1766 vienen de Chillán, para auxiliar a los misioneros de Ocopa ocho padres: Raimundo Piqueras, Tomás Piqueras. Manuel So-

la, Roque Aznar, José Jaime, José Menéndez, Valentín Arrieta y Mariano Erranz.

Pasaron de Ocopa a Lima en el mes de abril de aquel año, para alistar su viaje a Huailillas, los padres José Amich, Lorenzo Ruiz, Juan Bonamó, Manuel Chacón, Pedro Arriola, Valentín Arrieta, Roque Aznar, José Menéndez, Mariano Erranz y José Jaime, con el hermano lego fray Manuel Izquierdo.

En mayo de aquel año salen de Lima a Huailillas los padres José Amich, Pedro Arriola, Lorenzo Ruiz, José Menéndez y Mariano Erranz y los legos fray Francisco Jiménez, fray Manuel Samudio y fray Manuel Izquierdo.

En agosto de aquel año emprenden viaje de Cajamarquilla a Pisqui los padres José Menéndez, Mariano Erranz, y los legos fray Manuel Izquierdo y fray Francisco Jiménez.

No tardaron en llegar a Huailillas, para entrar al Ucayali, los padres Juan de Santa Rosa, Manuel Chacón, Roque Aznar, Valentín Arrieta, Juan Bonamó y José Jaime, con un hermano donado.

Y en efecto entraron al Ucayali inmediatamente los padres fray Juan de Santa Rosa, fray Roque Aznar y fray José Jaime con tres donados.

No se reducía el movimiento a los misioneros, sino que juntamente con ellos acudían al Ucayali gran número de indios cristianos, que les servían de auxiliares, no sólo en los penosos viajes sino en sus residencias, sobre todo para el cultivo del campo y seguridad de los mismos.

En agosto de 1766, pasaron al Pisqui con los misioneros Menéndez, Erranz, Izquierdo y Jiménez cien indios cristianos de Cajamarquilla.

En el mes de octubre de ese mismo año fueron a Manoa sesenta y nueve cristianos de la misma misión, acompañando a los conversores.

2—Mas, amado lector, ha llegado la hora de suspender la narración de este movimiento de misioneros al Ucayali, pues dentro de pocos días quedarán las playas de aquel río enrojecidas con la sangre de estos apóstoles, que van allí presurosos en busca de almas que redimir.

Parece imposible de imaginar lo que vamos a escribir en el presente capítulo; pero todo ello, por desgracia, es una lamentable realidad, consignada con vivísimos colores por la pluma del padre Amich, que asistió desde alguna distancia a esta desgarradora tragedia.

El padre Amich en esta coyuntura se hallaba investido con el cargo de visitador de las misiones, y residía a la sazón en Huailillas, delicado de salud.

Aquí tuvo noticia de una esquela que el padre Frezneda dirigía al padre Santa Rosa, en que le hacía saber que se hallaba escaso de víveres, y no entrasen por entonces al Ucayali sino dos sacerdotes.

Y como lo hemos indicado ya, entraron los padres Roque Aznar y José Jaime, con dos donados, acompañándolos el mismo padre Santa Rosa.

Estos misioneros hallaron el pueblo de San Francisco de Manoa dividido en dos parcialidades por obra de Runcato.

El lector no habrá olvidado a aquel indio a quien Ana Rosa detuvo asido de la cushma en Yapa-ati, para que no se escapase y diese cara a los cristianos; aquel que tuvo su larga confidencia con Ana Rosa, y llevó la embajada de los misioneros al curaca Santo-aray, en cuyo pueblo Tsuá-aray se instaló luego la misión de San Francisco.

Este indio dio lugar en el Manoa a la parcialidad de los Settebos llamada Yanbos, y descontento de vivir en Tsuá-aray, fuese con todos los suyos a su antigua morada Yapa-ati: los acontecimientos comprobaron que esta separación era efecto de su espíritu apóstata y adverso a los conversores.

El padre fray Juan de Santa Rosa dispuso que el padre fray Roque Aznar y el hermano Manuel Ranero, pasasen a Pisqui, donde se hallaba escaso de operarios el padre Frezneda, acompañándolos no escaso número de indios cristianos de Pampa Hermosa y de Monte Sión.

Lo que con ellos sucedió, está referido por el padre Salcedo en carta al padre San José, en los términos siguientes:

"Mi padre fray Francisco. Ya llegó el caso que tanto me he estado temiendo, por no haber gente de armas en esta conversión. Llegando yo con mis Cunibos a este de San Francisco de Manoa para llevar socorro, y a buscar un padre para poner en los Piros, que repetidas veces me lo han pedido, hallé que cuatro dias antes de mi llegada había salido para Santo Domingo de Pisqui el padre fray Roque Aznar y el hermano donado Manuel Ranero, con indios de Pampa Hermosa, Valle y Sión, y llegando a Yapa-ati, los recibió el traidor Runcato y su parcialidad con extrañas demostraciones de afecto, trayéndoles yucas, plátanos y maiz en abundancia. Y al ponerse el sol, vinieron todos, y cogiéndolos descuidados empezaron a macanazos, y mataron al padre el primero, al donado y diez y seis indios. Esto es lo que han hecho los Yanbos (así llaman a la parcialidad de Runcato), los mansos, y los que teníamos por mejores. ¿Que podemos esperar de los demás, que no los juzgábamos tan leales?"

"Los Settebos no sabemos ahora que hayan sabido ni consentido en la traición. Nos dicen que tienen gran pesar de la maldad ejecutada, y que buscarán a los agresores, y los matarán. Que nos vayamos a los Cunibos, y que después que ellos hayan vengado las muertes, irán por su padre conversor; por lo que todos salimos para allá mañana 13. Desde allí avisaré con más extensión. Lo que en-

cargo es que nadie venga por esta vía hasta que avisemos (1)."

De la refriega inesperada pudieron escapar, aunque heridos, algunos indios de Pampa Hermosa, que llevaron la noticia de este hecho a los conversores de Cajamarquilla, siendo en Pampa Hermosa general el duelo, pues perdían un buen número de sus parientes cercanos.

Los padres Salcedo, Santa Rosa y Jaime, un donado, tres soldados y diez indios de Sión, se refugiaron a San Miguel de los Cunibos, suponiendo que allí estarían seguros.

3—Pero no era de esperar que Runcato no lograse cómplices para extender su conjuración: también los indios suelen tener sus vinculaciones políticas; hallan interés en contar con la amistad de las naciones vecinas, y poco les cuesta sacrificar un grupo de hombres, aunque sean conocidos bienhechores, si ello es condición necesaria para conservar intacta la benevolencia de los que mañana podrían ser sus enemigos.

Runcato logró sublevar a todo los Settebos del Manoa, a los Shipibos del Pisqui, Archani y Aguaitía, y a los Cunibos de San Miguel.

Todos aquellos indios mancharon su alevosa mano en la sangre inocente de sus insignes y abnegados biehechores.

4—Desde la fecha del levantamiento de Runcato, los misioneros se hallaban repartidos en los centros de Ucayali en la forma siguiente: San Francisco de Manoa quedó desamparado desde principios de octubre de aquel año de 1766, muertos los conversores Aznar y Ranero, con

(1) Padre Amich, cap. XXXIV.

diez y seis compañero indígenas, y fugados los demás ante el temor de una muerte igual a aquellos mártires.

En el río Pisqui con los Shipibos se hallaba el infatigable padre fray Juan de Dios Frezneda, que llevó a feliz término una gran serie de exploraciones para descubrir el Manoa, que promovió las misiones en el río Ucayali con acertada actividad, que llegó a poseer el idioma de los Settebos y Shipibos, que se hizo amar y querer de todos aquellos indios por su amable trato, y que esperaba para sus misiones de Ucayali, una era de gloria, habiendo puesto en movimiento para obtener este fin algunas docenas de conversores.

Le acompañaban en la emergencia a que nos referimos los hermanos legos fray Manuel Izquierdo y fray Francisco Jiménez.

En la misión de Archani se hallaba de conversor el padre fray Mariano Erranz, que por mandato de sus prelados hacía poco que había dejado las florecientes misiones de San Ildefonso de Chillán, en la gobernación de Chile, que había arribado a Ocopa en el mes de enero de aquel mismo año, y que luego en abril bajó a Lima para hacer preparativos, e inmediatamente emprendió ese viaje de héroes de Lima a Huánuco, de Huánuco a Huailillas, de Huailillas a Pampa Hermosa, y de Pampa Hermosa a Manoa y Achani; donde, apenas cosecha las primicias de su ministerio, queda segada su hermosa vida por la pesada macana de unos indios, en quienes se ha encarnado la ingratitud.

Le acompaña un hermano donado, lleno de valor, Antonio Gorostiza, que ya en mil episodios arriesgados entre feroces indígenas, se había acostumbrado a la idea de la muerte; que había repasado más de una vez aquel Puerto desgraciado, al cual la imaginación vinculaba el sacrificio del padre fray Francisco Francés; que había explorado los bosques del Huallaga y del Ucayali en mil direc-

ciones distintas; en cuya alma sinceramente religiosa ardía continuamente el anhelo de convertir y santificar a los indígenas del Oriente.

Entre los Shipibos, ubicados en las bocas del Aguaitía, no había en esta coyuntura sino tres legos: fray Alejandro de las Casas, que era el fundador de la misión, fray José Caballero que era el fundador de la conversión de Achani, y fray Manuel de San Pablo.



El padre Fray Mariano Herrans, de la provincia de Cantabria, gaditano: fray José Caballero, lego, natural de Lima, Hermano Manuel de las Animas, otro joven español y dos indios cristianos de Cajamarquilla, mueren a manos de los Shipibos en Santa Bárbara de Achani.—1766.

A San Miguel de los Cunibos se acogieron, como ya lo dijimos, los padres fray Juan de Santa Rosa, fray José Miguel Salcedo, fray José Menéndez y fray José Jaime, con el hermano Andrés Bernal.

Los acontecimientos vinculados a los nombres de los misioneros Santa Rosa y Salcedo, han servido para tejer la narración de una gran serie de páginas de esta **Historia**; perteneciendo estos dos religiosos a aquella generación de hombres, cuya actuación es útil donde quiera que intervengan; hombres, en quienes era ya un hábito la constancia y la longanimidad en las empresas arduas; hombres, a quienes pudo fiar la Religión Seráfica las misiones de nuestro Oriente, en las cuales ocurre con frecuencia la necesidad gloriosa de ofrecer la cerviz y verter la sangre, como testimonio de la fe divina que profesan y propagan.

Los padres Jaime y Menéndez se hallaban recientemente venidos de Chillán con el padre Erranz; prestos a las mismas fatigas por la obediencia, y en ocasión de recibir con sus compañeros la palma de los mártires.

El hermano Bernal se hallaba en San Miguel, desde algún tiempo antes, en compañía del padre Salcedo.

Estos eran los misioneros a quienes envolvería en sus furores el levantamiento general de los indios de Ucayali, cuyos comprobantes ofreceremos al lector en el capítulo siguiente.





CAPITULO XXXVI

Expedición al río Ucayali: se comprueba la matanza de todos los misioneros

1767

SUMARIO: 1—El padre José Amich. 2—Hasta las bocas del Pachitea. 3—Encuentro con los Cunibos: Maliciosas reticencias de estos. 4—Encuentro con los Settebos: el Curaca Curiquibari. 5—Ana Rosa: lastimosa narración. 6—La vuelta al Pozuzo.

En Cajamarquilla trascurrió el año de 1766 sin más noticias del Ucayali, que la matanza hecha por Runcato de los misioneros y de diez y seis indios cristianos.

Con toda presteza se hizo informar en Lima de lo acaecido en Ucayali al padre Comisario de misiones fray Manuel Gil y al padre Francisco de San José, que también se hallaba en Lima. Y como se creía que los Cunibos no estaban contaminados por la sublevación de Runcato, se tomó el acuerdo de socorrer a los misioneros de Ucayali por la vía de Pozuzo y Pachitea; a cuyo fin se hicieron grandes prevenciones de herramientas y demás objetos necesarios para ganar la voluntad de los indios.

Encabezarían esta expedición los padres fray Manuel Gil, comisario y fray Francisco de San José, conocedor

personal de los asuntos y gente del Ucayali y poseedor de su lengua.

Llegados los expedicionarios a Huánuco en mayo de 1767, se hizo inspeccionar por el padre conversor de Pozuzo fray Domingo de la Cruz el puerto del Mairo; y se notó en este puerto la presencia de infieles sospechosos, y se hubo de utilizar para la construcción de canoas como astillero un paraje surtido de cedrelas en el río Huamancoto, afluente del Pozuzo.

El padre fray José Amich, visitador de misiones, refiriéndose a la coyuntura que describimos, dice de sí propio: "Por este tiempo, habiendo concluído la visita de las conversiones de Cajamarquilla, venía yo navegando por el río de Huánuco (Huallaga) desde Pampa Hermosa para Cuchero, con ánimo de hallarme en la entrada que intentaba el padre comisario Gil. Llegué a Cuchero el día 7 de julio y por las noticias y cartas que hallé en dicho pueblo, inferí que no podía llegar al puerto del Mayro a tiempo de poder acompañar a los padres. Preveníame el padre comisario de misiones que mandase reconocer el antíguo camino de la quebrada del Tambor, para tantear si sería posible introducir con caballerías el socorro hasta el puerto de Mairo, para evitar la grave dificultad que se encuentra en cargarlo desde Pozuzo a dicho paraje en hombros de cargueros. Habiéndome hecho cargo de que este reconocimiento no se podía fiar a cualquiera, determiné hacerlo personalmente, acompañado del padre conversor fray Domingo de la Cruz. Dispuestas en Muña las cosas necesarias el día 20 de agosto salimos con dos guías y algunos indios de Muña; pero fueron tales las dificultades que hallamos por estar el camino cerrado de monte, y principalmente por la falta de agua, pues hubo ocasión que no la bebimos en dos días y una noche, que atendiendo a que las entradas se deben hacer por el verano, y que

esta falta de agua las imposibilitaba, regresamos de dicho registro a los ocho días de nuestra salida (1)."

2—La expedición del padre comisario, acompañado de los padres San José y Arrieta, estuvo lista y en marcha el día diez de julio de aquel año de 1767, en dos canoas con cinco remeros y once soldados. El segundo día del viaje, tropezó una de las canoas en una peña invisible, yéndose al agua víveres, herramientas y enseres.

Se hubo de ir al puerto de Mairo para componer la canoa y secar los bastimentos, herramientas y armas que se mojaron; tardando en esta operación hasta el día veinticinco.

El dos de agosto se hallaban en el puerto del padre Francés, que el padre Amich había denominado "Puerto Desgraciado", donde uno de los mozos indios hizo sonar una trompeta de cuerno; lo cual bastó para que las riberas del río se llenasen de infieles, que arrojaron algunas flechas contra nuestras canoas. Eran indios Cashibos, a quienes el padre San José habló en lengua Setteba que también hablan ellos, y al regalo de algunos cuchillos correspondieron con muestras de amistad.

Pero al siguiente día amanecieron los nuestros cercados de infieles armados, exigiendo herramientas. Se les dio algunos machetes y se les intimó se fuesen; pero la respuesta de los indios fue ganar ellos la orilla del río, para impedir el embarque de los nuestros. Sólo con las armas de fuego se intimidaron y dejaron campo para que se embarcasen, siguiéndolos sin embargo todo el día por la orilla del río con gritos desaforados.

3—El cinco de agosto salían los nuestros de las bocas del Pachitea y se hallaban en las temibles aguas del río

(1). Historia de las Misiones. T. I. Cap. XXXV.

Ucayali. Distinguieron una canoa con tres indios Cunibos, a quienes se agregó luego un cunibo en su canoa. Acercóse a ellos el padre Francisco de San José, y les preguntó por los padres misioneros: la respuesta fue que los padres estaban entre los Piros, que viven en el río Tambo, separados de los Cunibos; que se hubieron de ir allí, porque ellos no tenían que comer, pues una avenida les había destruído sus plantaciones. Las varias canoas que fueron reuniéndose en aquel lugar, daban la misma respuesta del paradero de los conversores.

El padre San José les dijo que venían trayendo socorros para los padres y herramientas para ellos.

Les preguntó si podrían llevar una carta a los misioneros que habían pasado a los Piros, para que viniesen; y dijeron los Cunibos que sí la llevarían. La escribió y se la entregó al que parecía más expedito. Y dijeron que allí esperarían a los padres.

Para dormir se fueron los nuestros a la playa opuesta, donde descansaron con centinelas apostados.

El día seis habló el padre San José con mayor número de Cunibos, y con algunos de ellos en particular; notando que se contradecían en lo relativo a la distancia en que estaban los Piros y al día en que podrían llegar los padres.

Entrado en sospechas, lo confirió con los compañeros, y resolvieron alejarse de allí y pasar a Manoa.

Pidiéronles comestibles, y sólo trajeron muy pequeña cantidad, agregando que andaban muy escasos.

Al caer del día despidieron a los indios, y aquella noche entraron de nuevo en consulta los padres; en la consulta se hallaron dudosos de si los conversores de los Cunibos estarían o no con los Piros; mas, cuando así fuera. que no convenía permanecer por más tiempo en aquel lugar; enterraron en la arena algunos cajones de herramientas e hicieron fuego encima, para borrar las huellas de

la arena removida; fijaron en un tronco una carta, por si pasaban por allí los padres al volver de los Piros; y al ponerse la luna, como a las cuatro de la mañana, se embarcaron cautelosamente, suspendiendo al principio el manejo de los remos para no ser sentidos, dejándose llevar sólo de la corriente; y después, alejados ya del paraje, anduvieron a todo remo.

En las primeras luces del día siete de agosto, cuando los nuestros se creían más distantes y menos molestados de lo Cunibos, se vieron rodeados de ellos por tierra y agua, con más de treinta canoas y numerosa indiada.

En vano gritaban los nuestros que iban a Manoa y que no les impidiesen el paso; pues los Cunibos les tomaron la delantera y se opusieron a que siguieran adelante.

Los padres y los cristianos saltaron a la playa de arena, y aquí los cercaron los infieles, saltando a tierra aun los de las canoas.

Los nuestros creyeron llegado para ellos el último día, pues de ninguna manera podrían defenderse contra aquella multitud innumerable.

4—Mas lo inesperado e inexplicable para el padre fray Francisco de San José, era que en medio de la gran indiada había también Settebos de Manoa.

Produjole esto profunda extrañeza: dirigióse a ellos y les preguntó, qué hacían allí. Dijeron que habian venido a ver a sus amigos los Cunibos.—¿Y los padres?—No sabemos de ellos.

Esta respuesta consternó al padre San José: pasó por su imaginación con la rapidez del relámpago, que no sólo era Runcato el que se había sublevado, sino que la sublevación era general; que no sólo habían quitado la vida a los conversores Aznar y Ranero, sino también a todos los misioneros.

El padre fray Francisco de San José, en lance tan sin salida, tuvo serenidad bastante para sacar de las circuns-

tancias el mejor partido posible. Observando bien todas las multitudes de indígenas, y a los Settebos de Manoa, distinguió entre éstos al curaca Curiqui-bari, y para ir despejando la incógnita, dijo al curaca que los padres venían trayendo socorro para sus hermanos del Manoa; que les acompañase. Respondió el curaca que en ese momento no tenía víveres para la travesía; que irían al día siguiente.



Viajan por el río Pozuzo los padres Fray Manuel Gil, comisario de misiones, Fray Francisco de San José y Fray Valentin Arrieta: llegados al Ucayali, los Cunibos cesan de flecharlos, deslumbrados por un globo de fuego. — 1776.

Diéronle palabra de esperarlo, y despedidos de ellos y de los Conibos se embarcaron.

El duro lance en que luego se vieron queda descrito con vivos colores por el padre fray Manuel Gil, testigo presencial y Comisario Apostólico de las Conversiones que

presidía aquella expedición. He aquí sus palabras, al informar al rey desde Lima con fecha 4 de marzo de 1768 (1).

"En este día (7 de agosto) como a las tres de la tarde divisamos inmediatas al río algunas canoas, y en la playa o ribera crecida multitud de gente armada, que con voces y gritería nos llamaban, diciendo y persuadiéndonos que nos acercáramos a ellos, a lo que en primera instancia escusamos condescender, de cuya repulsa determinaron los bárbaros entrar en ocho o diez canoas, destacándose mucha parte de los demás por la playa, y a corto tiempo nos cercaron por agua y tierra, en cuyo aprieto viéndose imposibilitados para la defensa por ser poca la gente, y esta precisa para el remo, resolvimos saltar a tierra preguntándoles que era lo que querían, reconviniéndoles sobre la persecución con flechas y arcos, a cuyo fín y por ver si se aquietaban, se advirtió darle a cada uno un machete discurriendo fuese éste el medio de apaciguarlos; nos despedimos dejándolos al parecer contentos con muchos abrazos, y demostraciones de paz, pero entrando en las canoas para proseguir nuestro viaje volvieron a tomar las armas y a seguirnos con más empeño cercándonos por segunda vez, por agua y tierra, lo que nos puso en precisión de saltar a la playa donde acordonados los gentiles se plantaron en forma de batalla, y sin hacer movimiento ni disparar una flecha se mantuvieron en un giro, desde las cinco de la tarde, hasta las ocho de la noche, en que con la obscuridad se fueron acercando, y disparando algunas flechas a que correspondieron los nuestros con fusilazos,

(1) Este **Informe**, en lo tocante a la visita hecha a los Cunibos, es paralelo con el **Viaje** narrado por el padre Francisco de San José, que aparece en los **Apéndices de este libro.**

aunque sin efecto de una ni de otra parte a causa de la obscuridad."

"Viéndonos en tan inminente riesgo, nos retiramos los religiosos a la lengua de la agua a fin de disponernos para morir, reconciliándonos recíprocamente, pero a este tiempo por la parte donde formaban su cordón los gentiles sobrevino un globo hermosísimo de luz con mucha lentitud, y pausa, tanto que dejándose caer en el río, como a una quadra de distancia de donde estábamos nosotros, se disipó y apagó en las aguas: No se intenta glosar el suceso por misterioso de que fuimos testigos oculares quantos en la ocasión nos hallabamos sumergidos en la congoja de vernos cercados de tan crecido número de gentiles, quienes de improviso levantaron el cerco, y se retiraron o a la novedad de esta repentina luz, o por themor de los fusilazos que podrían recelar fueron con mayor fijeza que antes, pero sin embargo de haber quedado libre y desembarazado el campo, asaltandonos el themor de que al rayar del día bolvieran a otra mas esforzada persecución, pasamos el resto de la noche pertrechando a nuestra gente con fuertes esculpiles a fin de asegurarlos dejandolos impenetrables a los tiros de las flechas."

"No desistiendo de su empeño nos bolvieron a cercar al rayar el dia con mayor numero de gente sin quedarnos otro arbitrio que morir o matar para abrir brecha y ponernos en fuga, contemplandose esta difícil, porque habiendo de ser por el río **(les)** hera mas asequible a vista de la ventaja de sus canoas a las nuestras en ligereza, velocidad, y como de gente para los remos; estrechados ya de la imposibilidad en la fuga, y sin tener otro alimento que una poca harina de maiz, quasi podrida, viendo que los gentiles se nos iban acercando, se resolvió este lance tan crítico a salirles al paso un Religioso lenguaraz (el padre fray Francisco de San José), quien hablandoles con

voces cariñosas, y de bastante peso en la razon, pudo apaciguarlos. (1)

El padre Francisco de San José, narrando el hecho nos dice: "A un extremo del cordón vimos a los de Manoa, y llamando al Curaca le pregunté qué intentaban los conivos, y me respondió: "Padre, ahora te diré lo que ayer no te quise decir; has de saber que han muerto a seis padres conversores y gente que los acompañaba, y lo mismo quieren hacer con vosotros; pero ya esta noche llegó su Curaca, y me he empeñado yo con él, y me ha dado palabra de que no os harán daño; pero es necesario que les regaleis algunas hachas para acabar de aplacarlos."

"No me pareció conveniente demostrar cobardía en esta ocasión, y así le dije: "Mira· Curaca, nosotros no tememos a los conibos; diles que si quieren hachas que dejen las flechas y nos tengan como verdaderos amigos; y de no hacerlo así, ninguno de ellos ha de quedar con vida. Intimóles el Curaca la amenaza, y luego al punto, dejando las flechas, se vinieron a nosotros con tales demostraciones de cariño como si fueran nuestros mayores amigos. Regalámosles algunas hachas, ellos nos correspondieron con algunas comidas y todo el dia nos estuvimos tratando con grande amistad (2)."

El padre San José, práctico en asuntos de indios, entabló luego con Curiqui-bari el siguiente diálogo:

—Curiqui-bari, pues, ¿no vamos a Manoa?

—No se puede, padre.

—Pues, ¿por qué no?

— No podemos ir porque los Shipibos también mataron a todos los padres y viracochas de Pisqui y Achani,

(1). Arch. Gen. de Ind. Ets. 3 (?), c. 4, l. 25.

(2). Relación manuscrita del P. San José.

y os aguardan para mataros, y también los Cunibos os quieren matar. Aquí el padre Francisco echó los brazos al cuello al curaca diciendo: "Es posible que por venir a traeros socorro, y a los de Manoa, me vea en este conflicto . . . ¿Así correspondéis al amor que os tengo . . . ?

Enternecióse el bárbaro, y agregó: A Pisqui no es posible pasar, porque los Shipibos os matarán: podeis volver al Pachitea, que yo intercederé con el curaca de los Cunibos, para que no os maten, y os dejarán ir libremente porque somos amigos.

Curiqui-bari en esa ocasión hablaba y obraba con sinceridad: se apersonó al curaca de los Cunibos, a quien halló asequible en el punto de perdonar la vida a los padres, después de haber ejecutado las muertes de los que se acogieron a San Miguel. Sólo después de exclarecimientos, lo prometió el pertinaz curaca y lo cumplió.

Aun obtuvo el padre San José las seguridades necesarias para desandar el río Ucayali, sin ser molestados por los Cunibos repartidos por aquellas riberas, pues habían de ir acompañados de ambos curacas hasta la boca del Pachitea.

Obtenidas estas promesas de seguridad, el padre les ofreció a su vez las herramientas de que disponían.

5—El ferviente misionero deseoso de noticias y por menores de aquel sangriento suceso, que le arrebataba violentamente tantos compañeros, preguntó a las indias manoas, que también habían concurrido al Ucayali, por Ana Rosa; dijéronle que se hallaba a una legua de aquel punto. Suplicóles el padre la trajesen, como lo hicieron con brevedad.

Llegó Ana Rosa y expuso los hechos ingenuamente: "Runcato, después que con los de su parcialidad mató al padre fray Roque y a los que le acompañaban, y después que los padres Salcedo, Santa Rosa y José Jaime se fueron a los Cunibos con los indios de Sión y los soldados: Runca-

to pasó a los Shipibos, los amonestó y provocó para que matasen a todos los cristianos, y el mismo acompañó en la maldad que ejecutaron en los tres pueblos de Pisqui, Achani y Santa Cruz de Ahuaytiya; porque como los cristianos se hallaban separados, no pudieron hacer vigorosa defensa. Los que fueron a los Cunibos, fueron bien recibidos y hospedados en casa del curaca, donde decían había muerto de enfermedad el padre fray José Menéndez. Después de quince días que estaban allí, como no tenían noticia de Manoa, determinó el padre Salcedo que fuese allá el padre fray José Jaime con un donado, y que si hallaba las cosas en paz, se quedase allí con los Settebos, y avisase lo que conviniese. El dicho religioso y el donado salieron en una canoa con cuatro indios Cunibos, los cuales cuando estuvieron en medio del río con los remos y macanas mataron a los inocentes pasajeros. Y habiéndose convocado los Cunibos, acometieron y mataron a todos los cristianos sus huéspedes, y arrojaron sus cadáveres al río (1).

Así terminó esta narración de Ana Rosa en que se descubre la maldad que penetró hasta las entrañas en Runcato, promotor de todas aquellas muertes, No se descubre que Runcato tuviera más motivo para sus infames procederes que la envidia, por no verse a tanta altura como los principales curacas del Manoa y demás centros de indígenas: de aquí el haber formado su propia parcialidad, y de aquí también ese afán de señalarse con algún hecho memorable, para imponer luego a todos el respeto a su persona.

El hecho es que convirtió en pocos días el río Ucayali y sus tributarios en una angustiosa desolación, sen-

(1). Padre Amich, cap. XXXV.

sible aún para los catecúmenos que se preparaban a recibir el bautismo en aquellas extensas regiones. Sensible, al fin y al cabo, aun para los infieles favorecidos por los misioneros con herramientas que les facilitaban el cultivo de sus campos.

Los únicos que salieron favorecidos y gananciosos de aquel infausto conflicto fueron los misioneros cristianos martirizados, a quienes la terrible ira del indio, enfurecido sin motivo, abrevió el vuelo al paraíso, lugar de descanso e inalterable ventura.

La persecución sacrificó en Manoa catorce víctimas, dos misioneros y doce cristianos; en Pisqui tres misioneros y cinco cristianos; en Achani tres misioneros y tres cristianos; en Aguaitía dos misioneros; en San Miguel de los Cunibos cinco misioneros: el gobernador, un español y varios indios cristianos.

Ana Rosa y las indias que la acompañaban, sintiendo ya la amargura de la soledad y desamparo en que quedaban, suplicaron al padre Francisco que se quedase allí en el Ucayali.

El padre les dijo que no traía ornamentos sagrados para la celebración de la santa misa.

Oído lo cual, callaron las mujeres; de donde coligió el padre que habían profanado también los ornamentos y vasos sagrados y quemado las iglesias y capillas de Manoa, Pisqui y Achani.

Interrogó el padre a Ana Rosa por qué los Settebos de Manoa habían salido al Ucayali.

Respondió que de temor que de Huailillas viniesen a vengar la muerte de los padres: que por esta causa se pusieron al lado de los Cunibos, dispuestos a defenderlos contra los cristianos.

Preguntóles además si él estaría seguro quedándose en aquel lugar. A lo que dijo, que de los Settebos podía

estar seguro de que no le quitarían la vida; pero que los parciales de Runcato le matarían.

6—No quedaba por tanto otra resolución que tomar sino volver al Pozuzo. Los curacas cumplieron su palabra de acompañar a los expedicionarios hasta el río Pachitea. El día doce de agosto se hallaban en la boca de este río; allí el padre Francisco repartió la herramienta que había ocultado; el padre en compensación les pidió víveres; pero dijeron que apenas los tenían.

Y, admírese el lector de la variabilidad de nuestros indios; pues los Cunibos prendados del padre Francisco, le rogaron que se quedase con ellos. Díjoles que no podía: que no traía ornamentos, que no se había provisto de sal, sin la cual los padres no podían comer, y otras razones; que en el verano volvería.

Antes de despedirse de los Cunibos cambió el padre Francisco una canoa grande por otra más ligera de los indios; el día trece se despidió nuestra expedición de los Cunibos y Settebos; en el viaje tuvieron para alimento una gran cantidad de tortugas; pasaron los puntos peligrosos del Pachitea, atestados de Cashibos, sin novedad que lamentar, entre la vocería y protestas de aquellos bárbaros.

Próximos al término de su viaje tuvieron un encuentro inesperado: la tarde del día veintiocho el padre Valentín Arrieta entró a cazar al monte, donde encontró dos arcos y un manojo de flechas; y luego se halló con dos indios desnudos, de rodillas a sus pies, que le dicen: "Padre, no nos mates! El padre les acaricia y les lleva a la playa donde estaban sus compañeros. Resultaba que el indio era Lorenzo y la india María, cristianos fugados de Pozuzo; que sus hijos no estaban bautizados; que tenían su pueblo allí cerca. Demostraron su bondad al día siguiente, trayendo a los padres grande cantidad de víveres; los padres les correspondieron visitando su pueblecito, y prometiéndoles volver en el verano siguiente.

El diez de setiembre tuvo término este viaje, que fue de los más arriesgados, cuyo éxito se debió en buena parte a la buena mano del padre fray Francisco de San José, en quien la virtud del celoso misionero se hallaba hermanada con la prudente perspicacia del hombre experto y avisado.





CAPITULO XXXVII

Sucesos varios de las misiones

1767-1787

SUMARIO: 1—Supresión de la Compañía de Jesús: sustitución de los nuestros en sus misiones. 2—Sucesos aislados en el Mairo y Lamas 3—Conclusión de este segundo tomo.

En el año de 1767 se llevó a la práctica en el Perú la supresión de la Compañía de Jesús. Con este hecho se defraudaba al Perú, al Ecuador, a Chile y a otras muchas regiones, de elementos muy útiles de civilización cristiana y de propaganda católica.

Los padres de la Compañía realizaron en los ríos que del Ecuador y del Perú afluyen al Amazonas, una heróica labor como misioneros, debiéndose reconocer que poseían en alto grado el don de organizar, así las energías de los misioneros, como los elementos conquistados por su palabra.

La historia, al andar de los tiempos les hará justicia.

Esta supresión de la Compañía dio margen y ocasión en el Perú y en Chile, para que lucieran en ambos países los trabajos apostólicos de los misioneros de Ocopa; pues fue voluntad de los reyes de España que Ocopa se hiciera cargo de la mayor parte de las misiones que los jesuitas dejaban en estas comarcas.

Dio también la feliz casualidad de que al convento

de Ocopa fuese afluyendo sucesivamente en aquélla época un gran número de sacerdotes, dotados de grandes prendas y de ánimo esforzado para el empleo de la conversión de infieles.

Como ya lo tenemos dicho, al perderse las misiones del Perené por la sublevación de Juan Santos Atahuallpa, llegaron de España en el año de 1752, muchos y eminentes misioneros, que buscaron trabajo en Bolivia y Chile, además de emprender las arriesgadas misiones del Ucayali en el Perú, con base en Cajamarquilla.

En 1768 llegaron, así mismo, de la noble y abnegada España 32 sacerdotes y 4 legos, que relevaron a los fatigados misioneros del Oriente del Perú.

En 1787 vinieron de la misma nación 40 sacerdotes y 5 legos, en coyuntura que pudieron ir llenando los vacíos que dejaban los misioneros de Ocopa en el inmenso campo que abarcaban, en las dos regiones del Perú y Chile.

2—Los acontecimientos realizados en los cuatro lustros que van del año 1767 al de 1787, fecha de la aparición del padre Sobreviela en el teatro de las misiones, y los que siguieron a esta fecha hasta la independencia del Perú, será asunto comprendido en varios tomos hasta el noveno, siendo la materia principal de ellos exploraciones y y diarios de los propios misioneros.

Para completar la narración correspondiente a este tomo, decimos que los padres fray Manuel Gil, comisario de Misiones, fray Tomás Piqueras y fray Valentín Arrieta, quisieron cumplir la palabra dada al indio Lorenzo y a su mujer María, con quienes se entrevistaron al volver del Ucayali, como lo dijimos en el capítulo anterior.

La expedición se llevó a cabo con los debidos preparativos, con cuatro canoeros de Cuchero y catorce militares de Panao. Pero el resultado fue que no hallaron a nadie en el pueblecillo en que antes se dejaron ver los dos indios. Esto sucedía en agosto de 1768.

Como consecuencia de la supresión de los jesuitas, en el año de 1769, fueron encargadas a nuestros misioneros las conversiones de Lamas, dejadas por aquellos misioneros.

El hecho queda narrado por nuestro padre Amich por el tenor siguiente: "Fue nombrado por presidente de ellas el padre fray Raimundo Piqueras, el cual salió de Lima para su destino a mediados de Abril del año 1769, y en su compañía los padres fray Tomás Piqueras, fray Valentín Arrieta y fray Ramón Mesa. Habiendo llegado a Huailillas a principios de junio, tomaron su camino a Pampa Hermosa, desde donde embarcados en canoas, navegaron para Lamas, donde llegaron a fines de dicho mes."

" . . . La ciudad viene a ser un agregado de gente sin temor de Dios, que se juntan allí de todas partes, principalmente de las provincias de Cajamarca y Chachapoyas, y aun de Lima se van allí algunos desalmados, para vivir a su libertad, en pais donde apenas hay justicia ni quien la administre, por estar el recurso muy distante, y ser el gobernador un mestizo, que ordinariamente negocia el oficio para vivir disolutamente (1)."

Así por este orden va escribiendo el padre Amich las condiciones de moralidad de la ciudad de Lamas.

Nuestros misioneros hallaron en Lamas una fuerte resistencia. Las pláticas dominicales que dirigían al pueblo para la reforma de sus costumbres era cantar melodías al tigre; y siendo el gobernador el primero en la vida públicamente escandalosa, llegaron las cosas al extremo de tener que salir los padres de Lamas, para dedicarse al ministerio sacerdotal en Cumbaza, Tabalosos y Pueblo del Río.

Pero comprobadas las dificultades con que los padres

(1). Cap. XXXVII.

tropezaban en aquellas conversiones, las hubieron de abandonar del todo, quedando ellas al cuidado del Ordinario de Trujillo.

7—Aquí terminaremos, amado lector, la narración de nuestra pluma destinada a completar el contenido de este segundo tomo.

Es grato para nuestro ánimo pensar que éstas sencillas páginas resultan de historia religiosa y eclesiástica digna de aprecio; que los hechos aquí narrados ofrecen una base segura aun para el estudio de la civilización en el Perú.

Además, no puede menos de ser halagador para un corazón religioso, preservar del olvido los hechos edificantes de sus hermanos de profesión y ornar de alguna aureola de gloria sus nombres venerandos.

No menos halagüeño es, ofrecer a los hermanos que hoy viven alistados en el mismo apostolado que los héroes antepasados, un poderoso estímulo para el trabajo ímprobo y para la misma inmolación en las aras del martirio.

El lector puede tomar nota de que en la narración contenida en este tomo, lo mismo que en el primero, son muchos los misioneros mártires. De ciento once hacemos mención en este volúmen, agregando a los misioneros martirizados por la fe, los cristianos auxiliares, europeos e indígenas, o personas a quienes las circunstancias unieron a la suerte de los misioneros martirizados y perdieron con ellos la vida.

Este fenómeno de verter la sangre por la fe, en número tan crecido, basta por sí solo para canonizar el mérito de la presente historia.

Esa sangre vertida por la fe, es también la mejor y más segura garantía de que no faltarán ministros del E. vangelio que continúen la obra de sus antecesores. Por eso, aun hemos de ver las extensas regiones del Oriente peruano recorridas por nuevos soldados de Cristo. Aun he-

mos de ver salir de Ocopa hacia las montañas un gran número de atletas, para seguir luchando con las dificultades del terreno y con la incorregible variabilidad de sus moradores. Dentro de muy breve plazo hemos de ver al misionero en aquellas mismas playas del Ucayali, que hoy quedan desiertas de obreros evangélicos y enrojecidas con sus sangre.

La narración de aquellos hechos no interrumpidos hasta nuestros días, será tarea grata de la pluma en volúmenes posteriores.





Bibliografía de los dos primeros tomos

Estos dos tomos, según se puede colegir de las Fuentes de esta Historia ,se afianzan en su mayor parte en los escritos de los padres Córdova y Amich; aunque en torno a ambos concurre no escaso número de obras y documentos, como de Arriaga, Maldonado, Mendoza, Acuña (incluído en Rodríguez), Basabil, de San José (los dos) de San Antonio, Gil, Tena, Mendiburu, Lorente, Raimodi, Civezza, Polo (Memorias de los Virreyes) Pallarés y Calvo, García Rosell, etc.

La relación del padre Córdova, como lo dijimos en las Fuentes, se apoya en un gran número de documentos, así de testigos jurados como de autoridades constituídas en dignidad; y el escritor los ha procurado tener continuamente a la vista. Se convence uno de esto cuanto más hojea los autógrafos del cronista y del notario, de los cuales existen no pocas muestras en el archivo de la biblioteca nacional de Lima.

El padre Amich dedica su pluma a un campo histórico mucho más estrecho que el padre Córdova; y por lo que hace al valor de su testimonio, el autor puede ser considerado contemporáneo de la mayor parte de los acontecimientos que narra; habiendo intervenido en algunos de

ellos y pudiendo haber obtenido del resto documentos (1) y referencias fidedignas. Pero se nota en el padre Amich algún descuido en tener presentes las fuentes documentadas que en la fecha ya existían: por esta causa los documentos enmiendan en algunos accidentes su narración.

La **Relación del primer descubrimiento del río de las Amazonas,** autorizada en Madrid en 1640 (2), por el padre fray José Maldonado, Comisario General de Indias de nuestra Seráfica Religión, se ha trascrito del tomo V de la "Revista Histórica" de Lima, página 15; y aunque ha salido a luz en la revista bajo los auspicios del notable bibliógrafo don Carlos Alberto Romero, no se ve en dicha revista su filiación bibliográfica. Entiendo que este documento, con otros que como él se hallan en la biblioteca nacional de Lima, figuraron un día entre los muchos que oficialmente fueron remitidos al padre Córdova desde Madrid, Quito y otros centros de la América española, que integraban en sus comienzos la inmensa Provincia de los XII Apóstoles. Por lo mismo, dicho documento formaría parte del gran archivo de San Francisco de esta Capital.

"Los Autos que se han seguido en el Gobierno y Acuerdo de Justicia de la Ciudad de los Reyes sobre las jurisdicciones y linderos de las conversiones que tienen los Religiosos de Nuestro Padre San Francisco y la Compañía de Jesús (1686-1694)": copiados del Archivo General de Indias de Sevilla, se colocaron en el Archivo Especial de Límites de Lima, de donde han sido trasladados al Palacio de Relaciones Exteriores. No los he podido hojear por haber tropezado con ciertas dificultades.

En la única biografía que me he propuesto escribir,

(1). Véase el Prólogo a su historia.

(2). Se ha equivocado su fecha en las Fuentes.

la del venerable fundador de Ocopa, fray Francisco de San José, me he apoyado en la que escribieron los autores de la "Historia de las Misiones de Ocopa" y en el padre Sánchez, autor de "Un gran Apóstol de América" (el padre Margil). Los autores de la Historia mencionada no señalan las fuentes donde bebieron las noticias que consignan; pero es creíble que tuvieran disponible el material del proceso de beatificación del Siervo de Dios, incoado en la curia arzobispal, en que se sobreseyó después. En el libro del padre Sánchez, que habla de un compañero del padre Francisco de San José y se halla nutridamente documentado, quedan algunas noticias biográficas poco aclaradas; y ha costado singular diligencia extraer con visos de verdad lo que hacía a mi propósito.

El Libro de Incorporaciones y Desincorporaciones, Necrologías y apuntaciones biográficas del archivo de Ocopa, llevado con regularidad en una buena serie de años, ha sido objeto de intercalaciones indebidas que le desautorizan como documento. Y en general, el archivo de Ocopa ha quedado reducido casi a la nada en el interregno padecido a raiz de la independencia; y su rica documentación ha debido esparcirse por diversos lugares.

Los sabios viajeros Juan y Ulloa, que en sus "Noticias Secretas" fustigan tan terriblemente al clero americano, especialmente al del Ecuador, con excepción de los Padres de la Compañía; en su "Relación" dicen por todo elogio de nuestras misiones orientales: "Corregimiento de Jauja. Confina Como el antecedente (Tarma) por la parte del Oriente con los Indios Bravos de la Montaña, entre quienes tiene la Religión Seráfica entabladas sus misiones; siendo el primer pueblo de estos Ocopa (1)." Es cierto

(1) Parte II, Lib. I. cap. XI, pág. 156.

que nuestras misiones atravesaban en la fecha una época muy dura, después de los destrozos causados por Juan Santos Atahuallpa; pero, es de suponer que los sabios observadores habrían dicho algo más de las mismas, al haber tenido a mano documentación adecuada, que sin duda no la tuvieron. Aquellas misiones acababan de pasar por una época floreciente en Chanchamayo, Gran Pajonal y Huancabamba. Juan y Ulloa por otra parte, han elogiado con mucho encomio en sus dos obras las misiones de la Compañía de Jesús.



APENDICES



PRIMERO

Informe del Venerable padre fray Francisco de San José

Fundador de Ocopa.

1710=1716



IMPRESO

Copia del informe hecho por el V. P. Fr. Francisco de San Joseph al Rmo. P. Fr. Joseph Sanz, Comisario General de Indias de las Misiones de Infieles de el Cerro de la Sal, con noticias muy singulares, para gloria de Dios nuestro Señor, y credito de nuestra seráfica Religión. (Arch. Gen. de Ind. Aud. de Lima, 72, 2, 31).

Rmo. P. N.

Como perseguidas ovejas, recurrimos apresurados, desde estos incultos montes, al paternal asilo de V. Rma. como a nuestro verdadero pastor, dándole cuenta del estado de estas Misiones de este famoso Cerro de la Sal, provincia de Tarma en estos Reinos del Perú, por la vigilancia con que su religiosísimo celo solicita la promulgación del S. Evangelio en estos occidentales reynos. Y adelanta nuestra confianza la benignidad con que V. Rma. aplica el oído a los aumentos de la Iglesia, y Monarquía, compláciéndose en los progresos de tan Apostólico ejercicio, como quien más se interesaba en este nuevo Orbe con la corredención de las almas, hechas por medio de estos sus menores hijos, y mas rendidos súbditos. En cuyo conocimiento, ceñiremos nuestro Informe, debido al paternal amor, y fervoroso celo de V. Rma. y precisados del desempeño de nuestra obligación.

Noventa años, Rmo. P. N., ha trabajado nuestra Religión seráfica en esta conversión de Andes y Amages, por conseguir el santo fin de convertirlos a nuestra católica Fé, muriendo a manos de estos bárbaros veinticinco religiosos,

con más de treinta seglares, sus familiares; como consta de los escritos auténticos, que en los archivos de esta provincia se guardan. Ha se logrado su trabajo en infinidad de almas, que el infatigable celo de estos Venerables Padres trasplantó de entre estas espinas al reino celestial; pues de sola la nación de los Panatahuas (redución que linda con esta) pasaron al Señor más de setenta mil, empadronados en estos libros bautismales, y copiados en el libro de la Vida.

En Panatahuas más de 70.000 empadronados en los libros bautismales.

Habiendo pues, el soberano Padre de familias cogido estos copiosos frutos en tierna edad de la Fé, antes que en la madurez los pervirtiese la malicia, como previno el Espíritu Santo por el Sabio; fué la última ruina la agresión (habituada que algunos amotinados Gentiles, y diabólicos encantadores metieron en diversas ocasiones) a diez y siete religiosos de nuestra seráfica familia, que en varias partes de esta Misión los instruían en los misterios divinos. Por sacrílegas muertes, que estos bárbaros ejecutaron en estos Venerables Religiosos, se extinguieron las luces del S. Evangelio en este vasto y numeroso Gentilismo, quedando sus moradores ciegos, corriendo precipitados a su eterna perdición.

Persecución y martirios.

Con estas noticias, lastimados los Superiores de la Santa Provincia de los Doce Apóstoles, y llenos del celo de aquel Padre de familias, que atendió a la presteza que pedía la Redención de las almas, por haber muerto los arrendatarios a sus ministros, y a su Hijo, (que aquí representa al Misionero Apostolico), alentaron a sus súbditos, para que con más presteza se hiciese esta reducción, mandando al R. P. y Misionero Apostolico Fray Francisco de San Joseph, que con cuatro de nosotros entrase a encender las luces del Evangelio en esta ciega gentilidad, cogiendo por el atajo de este famoso cerro (comun ocurrencia de sus naciones) para atajarles su perdición.

Habiendonos resignado en aras de la obediencia, con orden también del real Govierno de Lima, entramos el año pasado de 1709 predicando el Evangelio a los Gentiles. Y después de dos años, (en que padecimos inmensos trabajos, explorando varias regiones, y evangelizando a numerosas naciones) descubrimos felizmente este deseado Cerro, y reduximos, mediante nuestra catholica doctrina, a sus moradores, que por comunicarse con las demas Gentililas naciones, (que a ellos ocurren en copiosas tropas y en varias flotas de balsas conducen esta su sal por sus ríos), son de suma utilidad para introducirse a ellas la predicación Evangélica, y por eso tan encomendado su descubrimiento por nuestros catholicos Monarcas. Y fuera de lo que nosotros aseguramos, como oculares testigos, lo testifica también el Padre Cristobal de Acuña. Jesuita, en una Relación, que refiere y trae el autor de el Libro intitulado: **Marañón** y **Amazonas**, lib. 2, cap. 12, folio 135 (1).

Al Cerro de la Sal 1709

Y con mas expresión, y claridad sentidamente lo dice el Venerable y Apostólico Padre Fr. Francisco de la Huerta, que por la dilatación de nuestra S. Fé murió aquí dichosamente. En una relación pues que este Venerable Padre escribió por mandado de los superiores de aquel tiempo, después de haber referido lo que vió, y experimentó en las muchas nacio-

Relación del P. Fr. Francisco de la Huerta.

(1). Quiere decir que el padre Manuel Rodríguez en su obra el **Marañón y Amazonas** inserta el contenido de la preciosa obrita de padre Acuña intitulada **Nuevo descubrimiento del Gran Río Amazonas.** Ambos mencionan también el descubrimiento anterior de aquel río por los franciscanos de Quito y elogian a fray Domingo Brieva.

nes que anduvo, resuelve estas ponderosas palabras: "conseguido con acierto el descubrimiento del Cerro de la Sal y reducidos a sus moradores, puedo asegurar, que toda la provincia no será bastante para cultivar tan copiosa mies, como habita en este vasto Gentilismo. Y mas me atrevo a asegurar, que sino se trata de reducir a los naturales del Cerro de la Sal, en vano será trabajar por reducir a las demas naciones." Hasta aquí este apostolico Varon, y dá sus razones, que por la brebedad omitimos; la cual relación escrita de mano del mismo siervo de Dios, remitimos para mayor satisfacción, al real gobierno de este Reyno, sacandola de este archivo, donde se ha guardado con la veneración debida, por ser de varon tan excelente en virtud como estas Provincias saben.

Con esta coinciden otras muchas Relaciones de sujetos fidedignos algunos de los cuales cita, y trae nuestra Chronica Franciscana de este Reyno, historiando las Vidas admirables de algunos Venerables Misioneros, que murieron a manos de aquellos barbaros, lib. 2, folio 126. Y lo mismo cita el autor del mencionado libro **Marañón,** en varios lugares de su Historia, especialmente en el libro 4, cap. 6, folio 387.

Comienzase desde este famoso Cerro un reyno dilatadisimo, que convertido será para el cielo de mayor regocijo, que el que refiere el Evangelista con la conversión de un pecador; pues son sin número los que aqui se hallan pasteados de la fiera singular y malograda la divina sangre. Servirá a su Magestad (Dios le guarde) de complacencia, por el desempeño de su real patronato, y aumento de sus vasallos.

Estando P. N. tendida la red de la divina palabra por estas mencionadas Misiones, desde el año atrás referido de 709, y prendido en estos Salinistas, y en los de la frontera de Quimirí, y experimentada la resistencia de las demás

naciones vecinas que a instancias de los Encantadores, nos impiden la predicación Evangélica, dispusieron los prelados de la Provincia (que obran en lugar de Dios) la tendiesemos también por nuestras Misiones de Guanuco y Jauja, enviando por esto varios religiosos, que por aquellas partes entrasen a predicar a este vasto Gentilismo. Y habiendolo hecho según su precepto, cógense cada día frutos copiosos de almas, que instruidos en los misterios de nuestra S. Fé, reciben el santo Bautismo. Y si Pedro llenó dos naves, nosotros esperamos llenar la de la Iglesia de infinidad de infieles, que está fuera de ella.

Misiones de Huánuco y Jauja.

Pero encaminandonos todos los Misioneros de unas y otras misiones, por sendas directivas a comunicarnos por el centro de esta vasta gentilidad, para reducir a nuestra santa Fé las numerosas naciones, que entre nosotros comedian, nos ha atajado la comun y diabolica coligación de sus Caciques, quienes han promulgado vando entre sus vasallos, imponiendoles graves penas, nos nieguen el natural alimento, no nos muestren sus caminos, ni nos permitan el paso: de tal suerte, que no lleguemos a comunicar por lo interior de sus tierras. Y si nosotros los Misioneros insistieremos en explorar sus regiones, predicando el Evangelio, y que no adoren el sol, a quien sacrifican ciegos, tienen dispuesto darnos cruel muerte, como lo han hecho con nuestros antepasados. Han publicado estas inicuas leyes. porque se recelan que sabidas la fertilidad de sus paises, y muchedumbre de sus gentes, concurran a la noticia nuestros españoles, y les compelan ceñirse a la observancia de la Evangelica Ley, que tanto ellos repugnan.

Hácennos repetidas amenazas de quitarnos la vida, (lo cual tuvieramos á gran dicha) intimándonos les degemos esta su sal, no porque en nada se les embarga, sino por las razones atras referidas, y

Amenazas de los salvajes.

no instruyamos en nuestros catolicos dogmas a estos Salinistas; (a quienes con grandes veras procuran pervertir). Y el día seis de Octubre que pasó, los bárbaros que conducían una flota entre otras de sal nos cominaron orgullosos diciendo: o que volviesemos a la Christiandad o esperasemos este verano la muerte, la cual no habían ejecutado por varios respetos. Consérvanos Dios la vida con especial, y aun miraculosa providencia, como lo hemos experimentado en diversas ocasiones, librándonos de la fiera cruel de estos bárbaros; pues solo en una se confederaron quatro mil, para darnos terrible muerte.

Contiéneles mucho de ver que todas estan exploradas sus tierras; abiertos a fuerza de brazo, mas de sesenta leguas de asperisimos caminos, que se pueden traginar a mula para conducción de los viveres; y se han hecho dos grandes puentes en dos navegables ríos, que les servían de muro contra nuestros Españoles. Y quienes notablemente los refrena, es el ver reducidos estos Salinistas, quienes dieran franco el paso a las Chatolicas armas, para castigar sus habituadas insolencias, como lo experimentaron el año pasado de setecientos y doce cuando sacudiendo el suave yugo del Evangelio, se sublevaron los naturales del Valle, y Puerto de Eneno, distante de este Cerro Trece leguas. Para conseguir felizmente la reducción de esas gentilicas Naciones, se necesita del real auxilio, que sin graves gastos de la real hacienda, se alcanzará facilmente.

1712

Y no menos se requiere el presente amparo de V. Rma. embiando á esta copiosa miés Obreros que la cultiven. Para esto todos los Misioneros que en esta conversión nos hallamos, puestos a sus pies, imploramos afectuosos la benignidad, y favor de V. Rma. suplicandole rendidos, informe a su Mag. (que Dios Guarde) y su real Consejo de Indias, a quien juntamente informamos, para que con

la brevedad posible, se acuda al remedio de esta numerosa Gentilidad. Con cuyo beneficio informe y Real auxilio, se verá en breve tiempo la restitución á Dios de las almas redimidas con su sangre; y la posesión a su Rey, y Señor de esta oculta, y dilatada monarquía.

Por esta tan grave causa, congregados los Misioneros en este Cerro, cabeza de estas Conversiones, y eligimos y suplicamos al R. P. Predicador, y Misionero Apostolico Fr. Fernando de San Joseph, que como superior de ellas, y Local Prelado nuestro, salga a la ciudad de Lima, y como testigo de la verdad que en esta Provincia es notorio, y experimentado, (pues fué uno de los Religiosos, que aquí dió principio a la predicación del Evangelio, en que ha estado siete años continuos) informe al Real Govierno de dicha ciudad, y si necesario fuese, obtenidas primero las licencias convenientes, pasará a estos Reynos de España, donde puesto a los pies de V. Rma. le dará parte de todo, como también a S. Majestad, y a su real Consejo de Indias: que cediendo todo en tan señalado servicio de ambas Majestades, se dan por bien empleados de tan bien logradas fatigas.

Lleva dicho Padre Misionero Fr. Fernando de San Joseph la Nomina de las numerosas Naciones Gentilicas, que aqui se hallan, y el Padron de los actualmente reducidos en este cerro. Todo vá firmado y sertificado de nosotros, y autenticado de algunos jefes militares, que lo han visto, y de los Escribanos de las Provincias de la Christiandad confinantes.

No molestamos a V. Rma. con lo notorio de los trabajos, que hemos padecido en espacio de estos siete años; no nuestras continuas necesidades, en que, como verdaderos Israelitas, nos hemos contentado con nuestro pan de lágrimas. Lo que más nos lastima es, el ver el fiero orgullo con que algunos protervos paganos, y diabolicos encantadores, ó Brujos pervienten esta ignorante plebe, pa-

ra que no atiendan, ni den asenso a los Sagrados Misterios, que los predicamos sugeriéndoles con infernal malicia perniciosisimas sectas. Y para más irritar a la vulgaridad contra nosotros los Religiosos, les intiman que todos sus azares les acaecen porque nos permiten en sus tierras y les predicamos que no adoren al Sol. Y que por esta causa las frecuentes epidemias los consumen; el aire les remonta la caza, el agua les oculta los peces a la pesca; la tierra les escasea el fruto: el monte les oculta los animales; y por fin que nosotros les introducimos las mortales pestes, que los acaban; y otras cosas que fuera largo el referirlas: con que es muy cruel la guerra, que nos hace Lucifer por medios de estos malvados sectarios, e inmenso el número de almas, que por esta causa se pierden. Hácensenos tolerables, y muy dulces estos trabajos, por verlos logrados en muchos párvulos y enfermos, que bautizados pasan a mejor vida.

Esta, Rmo. Padre nuestro, es la tierra prometida de Dios en el Perú. Y este ha sido el empeño de nuestros muy cátolicos Monarcas, mandando en sus reales cédulas, con notable encarecimiento, se descubra este famoso cerro, y se reduzcan a sus moradores; y aunque muchas veces sus Virreyes en estos Reynos lo habían intentado, por varios infortunios, jamás lo habían conseguido, hasta que Dios nuestro Señor, por medio de nosoros como tan viles instrumentos dispuso se consiguiese en estos últimos días.

Siempre los antiguos Misioneros solicitaron la reducción de estos mencionados Salinistas, lastimandose de las innumerables almas, que tributaron al tirano yugo del demonio. Y si los Religiosos que ahora lo experimentamos, y vemos, menospreciamos la oportunidad, que nos señala el dedo de la Omnipotencia en beneficio de la Iglesia, nos expondremos al perpetuo castigo, como lo tolera el Reyno de Judá de mano de los Cananeos, porque no los sujetaron cuando Dios se lo mandó, como consta del cap. 23 de Josué.

Por eso, no debiendo omitir esta Representación a tan sublime Prelado, lo hacemos rendidos a los pies de V. Rma. como a nuestro vigilantísmo y legítimo Pastor y comun y amoroso Padre, suplicandole todos encarecidamente nos dé (recibida esta) su paternal bendición, para que con ella prosigamos esforzados trabajando en esta inculta viña: a quien suplicamos la mire, y atienda con la piedad y celo que acostumbra. A cuya correspondencia quedará empeñada la divina Protección, para prosperar y sublimar los esclarecidos meritos de V. Rma. por dilatados siglos, dejando a las edades de la posteridad perpetua memoria de su alabanza, eternizandole después en la Gloria. Amen. Cerro de la Sal y Enero veinticuatro de mil
1716 setecientos y diez y seis años. Reverendisimo padre nuestro. Están a los pies de V. Rma. sus mas rendidos subditos y menores hijos, Fr. Fernando de San Joseph. Predicador Apostolico y Presidente de las Misiones; Fr. Francisco de San Joseph, Comisario de las Misiones de este reyno; Fr. Honorio de Matos, Presidente de las Conversiones de Guánuco; Fr. Mateo Bravo, Predicador, y Misionero Apostolico; Fr. Christobal de San Joseph, Predicador y Misionero Apostólico Fr. Juan Lizarber; Fr. Caetano Penedo.

Reverendisimo Padre Nuestro Fr. Joseph Sanz.

Concuerda esta copia con la carta original que se conserva en el archivo de esta Secretaría General de Indias, a que me remito. Y para que conste lo firmé en este Convento de San Francisco de Madrid en once de Marzo de mil setecientos cincuenta y un años.

Fray Florencio de Abaxo.

Secretario General de Indias.

Este es un impreso que no tenia pie de imprenta por lo cual se ignora el establecimiento en donde se publicó.



SEGUNDO

Relación que hace el padre fray José de San Antonio del martirio del padre fray Manuel Albarrán y sus compañeros.

1747



Relación lastimosa de las cruelísimas muertes que dieron los apostatas y gentiles de varias naciones a los PP. Misioneros apostólicos del Colegio de Misiones de Ocopa y Provincia de los Doce apóstoles de Lima en el Reyno del Peru.

En el Pueblo de San Pedro de Guanta, provincia de este nombre, en veinte días del mes de Abril de mil setecientos quarenta y siete años el Señor General Don Gregorio de Vega y Cruzat, Corregidor y Justicia Mayor de esta dicha Provincia, exhibió ante mí el presente Escribano de ella una relación que le hicieron al R. P. Fr. Joseph de San Antonio de la lastimosa muerte del Padre Comisario de las Conversiones de Ocopa, y sus compañeros, cuya relación sacada a la letra, es del tenor siguiente.

"Relación lastimosa de las cruelisimas muertes, que dieron los apostatas y Gentiles de varias naciones, al R. P. Fr. Manuel Albarrán, Predicador Apostolico, Comisario de Misiones y Conversiones, y Presidente del Colegio de Santa Rosa de Ocopa, y a Fr. Fernando de Jesús Religioso Lego, y al Hermano Jacobo, Donado de la Misión." En el mes de Febrero de este año de quarenta y syete salieron del Colegio de Ocopa volando en alas de su ardiente zelo de la salvación de las almas, El R. P. Fr. Manuel de Albarrán, Predicador Apostólico, Comisario de Misiones y Conversiones y Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Presidente de dicho Colegio, Fray Fernando de Jesús Religioso Lego, y el Hermano Jacobo Donado de la Misión, Chunchito de la nación Ande, Criollo de San Thadeo de los Andes, a descubrir la mucha gentilidad que pue-

El padre Albarrán sale de Ocopa

bla las riveras del caudaloso río de Xauja en la montaña de Acón, acompañados de treinta hombres de Guanta, y Luricocha, los diez Españoles, y los veinte Indios, por haverlos llamado los Indios de dicha montaña, según supe en Ocopa y haviendo llegado a la orilla de dicho río el Martes Santo, dispusieron balsa para pasar dicho río, que por ser muy peligroso, y haverse ya descubierto los Chunchos, exortó el R. P. Comisario difunto a todos los de su compañía para que se confesasen: celebró el S. Sacrificio de la Misa, les dió la Comunión; después de acabada esa función se huyeron los Indios serranos, llegaron los Chunchos, y los cercaron, dispararonse multitud de flechas, con la primera le pasaron la garganta al P. Comisario, y Fr. Fernando de Jesus aunque lleno de flechas, exortaba a los compañeros, y les ayudó a bien morir: los difuntos son trece con los diez españoles: les cortaron las cabezas y las echaron al río con los cuerpos: celebraron los Infieles las muertes, que como lobos carniceros executaron en los más inocentes corderos, poniendose unos el alba, y otros la casulla, haciendo irrisión de las vestiduras sagradas, y de nuestra santa Ley, y se las llevaron al monte, con el cáliz para celebrar sus borracheras, y sin duda beberán en él, y con él el caliz de la ira de Dios, como dice el Profeta, y Misionero de Dios, Isaías: "Bibisti de manu domini calicem irae ejus, usque ad fundum calicis; bibisti et potasti usqué ad feces": el día catorce dió un caballero la primera noticia a mi compañero Fray Juan Raymondez, Religioso Lego, y los dos fueron testigos de tres hermosisimas palmas, que se descubrieron en el cielo ácia la parte de la montaña de Acón, donde ofrecieron a Dios el sacrificio de sus vidas los tres referidos soldados de las Vanderas de Jesu Cristo, con los diez Españoles que les acompañaban, y espero en Dios, que este nuevo apostolado,

Llegan a las riberas del Mantaro en la montaña de Acón.

Trece mártires.

en el que no faltó Judas, que los vendiese a todos, fué a celebrar los sagrados misterios de la Pasión de Christo nuestra vida a la gloria, por ser día de Miercoles Santo: lo que les obligó a tanta empresa fué el texto sagrado del Evangelio, en que dice el mismo Jesucristo estas palabras; "Majoren Charitatem nemo habet ut animan suam ponat pro amicis suis": quarenta y nueve son los operarios evangelicos, que hasta oy han regado con la sangre de sus venas esta dilatadisima viña de nuestras Conversiones, en varios tiempos: y en estos catorce años, en que nuestra Misión de España se hizo cargo de dichas Conversiones ,han muerto flechados por la Fé a manos de los Chunchos de las Naciones de los Andes, Cunibos y Simirinches doce operarios evangelicos: el año de treinta y siete murieron flechados tres Misioneros Apostólicos en el Pueblo de Santa Cruz de Sonomoro los Padres Fr. Manuel Baxo, hijo de la Santa Provincia de la Concepción, de mi Colegio de Sahagun en Castilla la Vieja. Fr. Alonso del Espiritu santo, de la Provincia de San Miguel de Extremadura, del Colegio de Moheda; Fr. Christobal Pacheco, hijo de la santa Provincia de Lima, criollo de dicha Ciudad, el Hermano Simon de la Cruz, criollo de Lima, el Hermano Juan de San Antonio de Guancayo: el año de Quarenta y dos murieron flechados por la Fé, al pasar el caudaloso río del Cerro de Sal, los PP. Misioneros apostolicos Fr. Josep Cabanes, hijo de la santa Provincia de Valencia, el P. Fr. Domingo García de la de Santiago, y el Hermano Joseph de Jesus, y este año de quarenta y siete los tres que ya dexo referidos: el crecido número de españoles, mestizos indios de la Sierra, chunchos cristianos, hombres mujeres y niños, negros, mulatos, sirvientes de dichas conversiones, que han muerto en ellas acompañando a los Misioneros, solo se podrá saber el día del juicio, y los que quedamos con el deseo entrasen los Padres a bautizarlos, porque havían padecido

de acompañarles en tan feliz fortuna, vivimos con la esperanza en la divina Misericordia de que les havrá recibido el Sacrificio, pues de las plumas de las flechas supieron formar alas para volar en las de sus encendidos deseos, hasta conseguir la gloriosa palma del martirio, lo que yo he desmerecido por mis culpas. Estas son las noticias que ha podido adquirir de los tres referidos difuntos de los Españoles, que murieron con ellos, haviendose informado de los hombres mas capaces, y de un indio que fue testigo de vista, y está oy en este pueblo de Guanta, caminando para embarcarme en Buenos Ayres para traer la Misión de España, por la mucha falta que tenemos de Misioneros.—Guanta y Abril diez de mil setecientos quarenta y siete **Fr. Joseph de San Antonio.** Es copia sacada a la letra de la Relación original, que uno y otro se lo entregué al dicho Señor Corregidor testigos al ver sacar corregir, y concertar, Joseph Damian de Obregón, Juan Casimiro y Thomas Palomino Thomairo, y en fé de ello lo firmo y signo.

Firmado: Fr. José de San Antonio

En testimonio de verdad. Don Pedro de Obregón, Escribano Público.

—**Declaración.** Digo yo Juan de Caceres, sargento de Leva viva, y alguacil mayor de la Santa Cruzada de este Obispado de la Ciudad de Guamanga, que haviendo pasado aora ocho años poco más o menos a los Andes a una hacienda que tengo, oí decir y me aseguraron con toda verdad, los indios de estas fronteras, que entran adentro a comunicar con los chunchos, que los tales chunchos querían y deseaban mucho ser bautizados, y tener paz con todos los fronterizos y por lo tanto deseaban mucho que entrasen los Padres Misioneros; y aun ahora quatro años después que se levantaron, y mataron a un Señor Sacerdote, que estaba allí en una haciendita suya, oí decir, que querían muchos trabajos ,y que les pesaba mucho de haver muerto

á aquel Sacerdote, y que esto no lo havían hecho de su motu propio sino animados y esforzados de unos serranos cristianos de acá afuera, que se han entrado adentro, por ser matadores asesinos, y por vivir a la ley que quieren, como animales indómitos, y andan vestidos con el mismo traxe que los chunchos, y sirviendoles de maestro para que salgan a robar a las fronteras y enseñandoles que hagan cosas inauditas, y quitando la compañía de estos intrusos, se apaciguarán, porque es una gente muy domestica, y la causa de que ellos se levanten, y hagan muertes, son los mismos Christianos intrusos, que están adentro, pues ellos los aconsejan, y mueven a que las hagan; y fuera de estos serranos, hay adentro muchos negros, mulatos y mestizos cristianos, los cuales queriendo los chunchos salir a pedir Padres, se lo impiden y por causa de estos se pierden muchas almas redimidas con la preciosisima sangre de Christo Señor nuestro, y esto se remediará matando, o sacando afuera a estos intrusos, porque los chunchos siempre están con la mira de bautizarse, estár en paz con los fronterizos, y estar a la obediencia del Rey nuestro Señor (que Dios guarde) y de los Padres, para que los doctrinen, y enseñen la Ley de Dios y la causa para que no lo hagan son los dichos intrusos, pues ellos siempre claman por los Padres santos. Tambien por entonces me dixeron los dichos, que entran adentro a comunicar con los chunchos. que ellos avisarían a los fronterizos para que ellos avisasen á fuera para que entrasen todos, y matasen ó aprisionasen al dicho rebelde, y a todos sus parciales ,y aliados, y que ellos mismos ayudarían a matarlos, ó aprisionarlos, pues por este medio conseguirían la paz, pues ellos no deseaban otra cosa sino es tener paz con todos, y que entrasen los dichos Padres Misioneros, pues deseaban mucho ser cristianos, y estar a la obediencia del Rey nuestro Señor, y de dichos Padres Misioneros. Todo esto que dexo referido lo oí repetidas veces, como es público y notorio, en aquella comarca en a-

quellos Cocales, donde tengo mi Hacienda de Cocal, y estoy prompto a jurar, y declarar todo lo referido delante de mi juez, quando me pidiere juramento, para honra y gloria de Dios, y bien de aquellas almas; y para que conste lo firmé en Guamanga, y Mayo cinco de mil setecientos y quarenta y siete años.—**Juan de Caceres.** (Arch. Gen. de Ind., 32, 2. 31).



TERCERO

Tabla Capitular de la Provincia de los XII Apóstoles

Extensión de esta Provincia

1755



El lector ha debido darse cuenta de la forma tan digna y generosa con que contribuyó al sostenimiento de las misiones orientales la provincia de los Doce Apóstoles del Perú. Antes que viniese aquí el venerable fundador de Ocopa, ella sola sostuvo dichas misiones. Cooperó con el mismo fundador a la apertura de las abandonadas conversiones del Cerro de la Sal, de Huánuco y del Pangoa; y fundado el colegio de Propaganda Fide de Ocopa, remitió al dicho colegio gustosa un buen número de misioneros beneméritos que trabajaron con lustre en las misiones de infieles.

Por otra parte admira y sorprende el organismo y la extensión que pueden llamarse colosales adquiridos por la provincia de los Doce Apósótoles, que tenía en Lima tres conventos, el de Jesús, el de Santa María de los Angeles y el de Guadalupe, tenía convento en Panamá, Trujillo, Guamanga, Chachapoyas, Huánuco, Jauja, Cañete, Ica, Saña. Chiclayo, Callao, Chancay, Pisco, en Cajamarca dos, Huaraz, Huancavelica, Pomabamba, Tumán, Guaura, Piura, Santa María del Valle, Mito, Ascensión de Cajamarca, Orcotuna, Apata, Surco, San José de Cajamarca, San Pedro de Cajamarca, Santa María Magdalena de Lima, Chota, Nansiche, Chilinquín, Levante, Jesús de Cajamarca, San Pablo, San Mateo de Contumazá, San Marcos, Trinidad, Cascas, San Miguel de la Sierra, Santa Cruz, Celendín, Lurín, Huchapampa y Santa.

Arequipa y Cuzco pertenecían a otra entidad franciscana.

La provincia de los Doce Apóstoles proveía de personal de gobierno y enseñanza respectivamente a todos sus conventos y casas. Si pasamos revista a la tabla capitular del

año 1755, hallaremos que dicho personal asciende a ciento cincuenta. El personal de enseñanza en los conventos de la provincia ascendía a cuarenta y tres y los predicadores capitulares a veinte y tres. En el convento de Santa María de los Angeles de Lima vemos que existía un lector de la Regla y de la Mística; y vemos nombrado maestro de novicios del mismo convento al padre José Amich, asi como figuran entre los lectores de Jesús de Lima el historiador Rodríguez Tena y del convento de Panamá el padre Mauricio Gallardo que luego aparece entre nuestros misioneros. Al padre Lorenzo Núñez se le ve entre los definidores.

Cualquiera que pase la vista por esta larga nomenclatura de guardianes, regentes de estudios, lectores, vicarios, predicadores, etc., llegará a comprender la fuerza moral que significaba en la época y sigue significando hoy uno de estos organismos regulares vivificado por una savia tradicional, histórica y no interrumpida, creada no solo para la formación individual de sus miembros, sino con destino a la reforma religiosa de los pueblos.





IN NOMINE DOMINI AMEN

Haec est tabulla, et series capituli Provincialis Fratrum Minorum regularis Observat'ɛe hujus almae Provinciae XII Apostolorum Peruvii nuncupatae, in hoc conventu Jessu Limae Die 27 Mensis Aprilis Anni Domini Milessimi septingentesimi quinquagesimi quinti celebrati, ubi Paeses adest Admodum R. P. N. Fr. Franciscus Soto et Marne, Lector jubilatus et Comissarius Generalis, ac totius S. P. N. Francisci in regno peruano, tam Fratrum, quam Monialium jurisdictionis suae cum plenitudine potestatis: et in quo quidem capitulo, feliciter elapso anno celebrationis capituli intermedii R. P. Fr. Laurentii del Cid, Predicatoris preced, ac Vicarii provincialis ac celebri omnium R R. P. P. Venerabilis Definitorii ac Vocalium concursu, et suffragiis; divino auspicante numine electus fuit in Ministrum Provincialem R. P. Fr. Augustinus Mollinedo, Lector Jub. In Custodem R. P. Fr. Inocentius de los Santos L. S. Theo. In Difinitores R. P. Fr. Josephus de Ibarra L. jub., R. P. Fr. Petrus Carrilo. R. P. Fr. Laurentius Núñez, et R P. Fr. Josephus Bojan. In Pro - Ministrum R. P. Fr. Blasius Pacheco, L. S. Theologiae.

In conventu Jesu Limae:

Guardianus R. P. Augustinus Legarda

Regens Studiorum R. P. Fr. Ferdinandus Reyes. L. S. Theologiae et ex-Definitor.

Lector Primarius S. Theo. Fr. Ferdinandus Rodriguez, doctor Theologiae.

Paerdicador Curiae R. P. Fr. Joannes Hurtado.

Lector Vespertinus S. The. P. Fr. Hiacintus Lamilera.

Lector Nonae ex consensu A. R. P. N. Com. Gen. P. Fr. Petrus Magariños.

Praedicator primus P. Fr. Franciscus Baraona.

Praedicator secundus P. F. Bernardus Fagoaga.

Lector Moralis cum jure ad Jub. P. Fr. Stephanus Urbina.

Lector artium primus P. Fr. Joanes Franciscus Landa.

Lector secundus, P. Fr. Emmanuel Muñoz.

Vicarius Domus P. Fr. Gratianus de la Mota.

Magister novitiorum R. P. Fr. Franciscus Ochagavia, Lector S. Scrip. et Ex-defi.

Vicarius primus Chori P. Fr. Nicolaus Lisardi.

Rector tertii ordinis P. Fr. Gabriel Rodriguez.

Socius Rectoris, Ad libitum.

Bibliothecarius P. Fr. Josephus Ayala, Paerdicator gen.

In Collegio Sancti Antonii:

Rector P. Fr. Josephus Palacin.

Lector G. Scrip. R. P. Fr. Franciscus Ochagavia.

Lector primarius P. Fr. Gabriel Rodriguez.

Lector verpestinus P. Fr. Josephus Palacin.

Lector Nonae P. Fr. Alexius Alvitez.

Lector Artium P. Fr. Antonius Muchotrigo.

Lector Logicae:

Magister Studiorum Theolog. P. Fr. Josephus Narvaez.

Magister Artium:

In Conventu Panamá

Guardianus P. Fr. Lucas de la Barrera.

Praedicator P. Fr. Martinus de Tejada.

Lector Moralis, Lector Nonae P. Fr. Mauricius Gallardo.

Lector Primae P. Fr. Josephus Rosas.
Lector Vesper. P. Fr. Franciscus Carbonell.
Lector Artium P. Fr. Petrus Merino.
Rector Tertii Ordinis, P. Lector Vespertinus.

In Conventu Incarnationis de Truxillo.

Guardianus R. P. Fr. Josephus Grados.
Paerdicator conventus P. Fr. Gabriel Bardales.
Lector Moralis Thol. P. Fr. Lucas Vergara.
Lector Primae Fr. Antonius Alvarez.
Lector Vesp. P. Fr. Gregorius Paz.
Lector Nonae P. Fr. Joseph Malo.
Vicarius Domus Ad libitum Guardiani.
Vicarius Monialium R. P. Fr. Joannes de Muchotrigo.
Rector Tertii Ordinis Secundus P. Fr. Franciscus Gomez. —

In conventu Immaculatae Conceptionis de Xauxa

Guardanus P. Fr. Emmanuel Alzamora.
Praedicator Conventus, Idem P. Guardianus.
Vicarius P. Fr. Josephus Guinea.

In Conventu S. Francisci de Guamanga

Guardianus P. Fr. Josephus Pozo, Lectr. Theol. et Exdefinitor.
Lector Prim. P. Fr. Pascasius Armas.
Lector Vesp P. Fr. Raymundus Saravia.
Lector Nonae P. Fr. Dicadus Theran.
Lector Moralis et Regulae P. Fr. Theran et P. Fr. Joanes Paredes.
Vicarius Domus ad Libitum Guardiani.

Vicarius Monialium R. P. Fr. Paulus Grados, Lectr. Jub.

Rector Tertii Ordinis:

In Conventu S. Clarae de Chachapoyas.

Guardianus P. Fr. Cayetanus Castro.
Praedic Conventus Idem.

In Conventu Sti. Bernardini de Guanuco

Guardianus P. Fr. Gregorius Colmenares.
Praed Conventus P. Fr. Andreas Medina.

In Conventu Sti. Ludovici de Cañete

Guardianus P. Fr. Bernardus Rosas.
Praed Conventus Idem.

In Comventu Sti. Antoni de Ica.

Guardianus P. Fr. Joseph Carrillo.
Praed Conventus P. Fr. Franciscus Calderon.

In conventu S. Antonii de Saña

Guardianus P. Fr. Justus Barrena.
Praedicator conventus P. Fr. Petrus Olivares.

In Coventu Stae Mariae Vallis de Chiclayo

Guardianus R. P. Fr. Ambrosius Salazar.
Prardic. Conventus P. Fr. Emanuel Unzueta.
Vicarius P. Fr. Felix Ocampo.
Rector tertii Ordinis P. Fr. Georgius Cinibal.

In Conventu Sti Didaci. del Callao.

No hay nada.

In Conventu Sti Bonaventurae de Chancai

Guardianus P. Fr. Jacobus Godoi.
Praedic. Conventus P. Fr. Matheus Aparicio.
Rector tertii Ordinis Idem.

In Conventu Stae Mariae Angelorum Recolectionis de Lima

Guardianus R. P. Fr. Joannes Loredo, Prae. Gralis. et Exdefinit.

Lector Primarius P. Fr. Joannes Alfaro.

Lector Vespertinus P. Fr. Ludovicus Rodríguez.

Lector Nonae ex Consensu A. R. P Fr. Franciscus Caceda.

Lector Moralis cum Jure ad Jub P. Fr. Franciscus Pedroso.

Lector Sacrae Theol. P. Fr. Joachin Gomez Ex-definit.

Lector Artium P. Fr. Laurentius del Rio.

Magister Nov. P. Fr. Josephus Amich.

Lector Regulae et Misticae. R. P. Lector Nonae

In Conventu Sti Antonii de Caxamarca

Guardianus P. Fr. Ignatius Colmenares.

Praedicator Conventus Idem.

Rector tertii Ordinis P. Fr. Franciscus Pacheco.

Vicarii P. Fr. Ferdinandus Zamora, et. P. Fr. Dominicus Bueno.

In conventu Sti Michaelis Recolectionis de Pisco.

Guardianus R. P. Fr. Joachin Parra, lector Theol. e Exdefinitor.

Praedicator P. Fr. Franciscus Molina.

In Conventu Stigmatum Recolectionis de Guaura.

Guardianus R. P. Fr. Franciscus Rivas.

Praedicator Conventus P. Fr. Andreas Chacon,

In Conventu Omnium Sanctorum de Chota.

Guardianus P. Fr. Laureanus Barrena.

Vicarius P. Fr. Joseph Guerrero.

In Collegio Sti Bonaventurae de Guadalupe

Guardianus, P. Fr. Antonius Olivares.

Regens Studiorum P. Fr. Michael Larrinaga.

Lector Primarius P. Guardianus.

Lector Vesp P. Regens.

Lector Nonae Ex Consensu A. R. P. N. Com. Gen. P. Fr. Paulus Bermudez.

Lector Theol Moralis P. Fr. Emmanuel Corro.

Lector Artium P. Michael Diaz.

Lector secundus. P. Fr. Emmanuel Cuellar.

Magister Theol. P. Fr. Clemens Cordoba.

Vicarius Collegii P. Fr. Christophorus Sanchez.

Magister Juvenum P. Vicarius.

Lector Quart. P. Fr. Blasius Pacheco.

In Conventu Immaculattae Conceptionis de Caxamarca.

Guardianus P. Fr. Ferdinandus Velezmoro.
Praedicator conventus P. Fr. Paulus Arroyo.

In Conventu Jesu Mariae et Joseph de Huaras

Guardianus. P. Fr. Andreas Carvajal.
Praedicator Conventus P. Guardianus.
Lector Moralis et misticae Theol. Idem.

In Conventu Sti. P. N. Francisci de Huancavelica

Guardianus, R. P. Fr. Marianus Yañez, Lector Jub. Exdefinit.

Praedicator conventus P. Fr. Joannes Antonius Gonzalez.

In Comventu Sti Dominici de Pomabamba

Guardianus P. Fr. Antonius Freire.
Praedicator conventus Idem.

In Conventu S Hieronini de Tunan

Guardianus R. P. Fr. Ildephonsus Sosa, lector J.
Praedicator P. Fr. Marcus de la Fuente.
Vicarius P. Fr. Emmanuel Ortiz.

In Convento de Piura

Guardianus P. Fr. Petrus Carrillo, Deffin.
Praedicator P. Fr. Joannes Arévalo

In conventu Stae Mariae Vallis de Guanuco

Guardianus P. Fr. Joannes Serralta.

Praedicator Conventus P. Fr. Michael Jara, ex-Rector.

Vicarius P. Fr. Bernardus Cortes.

Praesidentes asignantur.

In Domo Ascensionis de **Mito**.

Vicarius. R. P. Fr. Franciscus Calderon, Lector Jub. et Exdefin.

In Domo **Sti Pauli** Vicarius R. P. Fr. Franciscus Aumente, Lector Jub.

In Domo Sti. Mathei de **Contumaza** Vicarius P. Fr. Antonio Castillo, Lec. Jub.

In Domo **Ascensionis de Caxamarca,** praes P. Fr. Marcelinus López.

In Domo Sti Francisci de **Orcotuna.** Praes. P. Fr. Petrus Godo.

In Domo Nativitatis de **Apata,** Praes. P. Fr. Antonius Casavedo.

In Domo Sti Jacobi de **Surco,** Praes. P. Fr. Joannes a S. Maria, Praed. Gen.

In Domo **Sti Joseph de Caxamarca,** Praes. P. Fr. Baltasar de la Carrera.

In domo **Sti Petri de Caxamarca,** Praes. P. F. Dominicus Bueno.

In Domo Stae Mariae Mag. Vallis Lim. Preses, P. F. Emmanuel Rodríguez. Vicarius P. F. Emmanuel Freire.

In Domo Salvatotris de **Nansiche,** Praes. R. P. Fr. Josephus de Ibarra.

In Domo Sti Francisci de **Chilinquin,** Praes. P. Fr. Michael Guitian.

In domo Sti Petri de **Levanto,** Praes. P. Fr. Josephus de Aguila.

In domo **Smi Nominis Jesu de Caxamarca,** Praes. P. Fr. Tomas Diaz.

In Domo **Sti Marci** Praes. R. P. Fr. Josephus Levario. Lec. Jub.

Vicarius P. Fr. Basilius Gonzalez.

In Domo **Smae Trinitaris,** Praes P. Fr. Franciscus Huerta.

Vicarius P. Fr. Bernardinus Araujo.

In domo Stae Mariae de **Cascas,** Praes P. Fr. Jacobus Lozano.

In Domo **Sti Micaelis de Pizi, Praes.** P. Fr. Felix de Arrazabal.

In Domo Stae Mariae Mag. De **Eten,** Praes. P. **Fr. Fe**lix de Ocampo.

In domo **Sti Michaelis de la Sierra,** Praes. P. Fr. Ildefonsus Quesada.

In Domo **Stae Crucis,** Praes P. Fr. Josephus de **Ara.** ona.

In Domo Inmaculatae Concepcionis de **Celendin,** Prae. P. Fr. Antonius de Hoyo. Vicarius P. Fr. Gregorius Cabanillas.

In Domo **Sti Jacobi de Lurin,** Praes. P. Fr. Joannes Moreno.

Vicarius P. Fr. Gervasius Collazos.

In Domo S. Joannis de **Huchapampa** Praes, P. Fr. Petrus de Dorador.

In Hospicio Sti Francisci de **Santa,** Praes. P. Fr. Franciscus de Castro.

Secretarius Provinciae. P. Fr. Josephus de la Fuente.

Chronologus Provinciae. R. P. Fr. Joannes Hurtadao.

Procurator Gen. Curiae P. Fr. Joannes Even Rodriguez.

Examinatores Praedicatorum, Confesorum, Studentium, et Doctrinantium, RR. PP. LL. Jubilati.

Lectores qui de Jure Jubilantur.

P. Fr. Josephus Aparicio Examin. Genlis. R. P. Fr. Gregorius de la Peña, cum onere addimplendi tempora: R. P. Fr. Franciscus Pedroso cum onere, et RR. P. Fr. Joachim Gomez, cum eodem onere.

Praedicatores generales declarantur P. Fr. Joannes Calvo. P. Fr. Joannes Caseda. et P. Fr. Joseph Ayala.

Praerdicatores Praesidentiae declarantur P. Fr. Bernardus Contador, P. Fr. Joannes Moreno, P. Fr. Joseph de la Fuente.

Praedicatores et Confesores praevio examine instituuntur, P. Fr. Nicolaus Castro. P. Fr. Nicolaus Gres, P. Fr. Clemens Cordova, P. Fr. Stefano Urvina.

Judices pro expellendis incorregibilibus qui á Smo D. N. Innocentio XI sunt designati RR. PP. Ven. Deffinitorii. Mortui sunt in hac alma Provincia a cap. Praeterito usque ad praesens 20 fratres, pro quibus peracta sunt suffragia, quorum animae per misericordiam Dei requiescant in pace. Amen.

Declarantur lectores jubilati in hac alma Provincia: R. P. Fr. Thomas de la Concha, cathedraticus S. Doctr. in regia Universitate D. Marci. et R. P Fr. Petrus Magariños, cathedraticus vespertinus in eadem Universitate.

Queis omnibus expeditis, aprobatis et. confirmatis á R. A. P. N. Com. Gen. suam cuilebet confesario aprobato omnimodan in spiritualibus autoritatem concessit, omnes fratres sibi subditos á reservatis intra Ordinem possint absolvere, ut infra quindecim dies á promulgatione electionum, et ut deprecationes, sufragia, atque orationes consuetae quas pro Smo D. N. Benedicto XIV et N. Cath. Rege Ferdinando VI. ac regia ejus prole, serio et incesanter eflagitent, et apud Deum gratiores existant, meritum S. Obedientiae cunctis fratribus indixit, eosdemque enixe commendat cuique sacerdoti Provinciae, ut Postridie á publi

cation e sacrum peragat pro hac intentione. Dat. & Act. In hoc sopradicto conventu, die mense et anno jam relatis. (Arch. de In., 115, 7, 8).





CUARTO

Real Cédula y Bula Pontificia de la erección del Colegio de Ocopa

1757-1758



BULA PONTIFICIA
Y
CEDULA REAL

PARA LA ERECCION DEL COLEGO DE OCOPA

CLEMENS PAPA XIII

Ad futuram Rei memoriam

MILITANTIS Ecclesiae Regimini per ineffabilem Divinae bonitatis abundantiam nullo licet meritorum nostrum suffragio, praesidentes. Religiosorum Virorum Altisimi obsequiis sub suavi Religionis jugo mancipatorum, uberesque in Ecclesia Dei fructus, adspirante superni favoris auxilio proferre jugiter satagentium commodis, et felicibus in via mandatorum Domini progressibus libenter consolimus, sicut ad Omnipotentis Dei gloriam, Religionis incrementum, et animarum salutem in Domini expedire arbitramur Exponi siquidem Nobis nuper fecit Dilectus Filius Josephus Torrubia Frater, expresse professus, ac in Romana Curia pro Ultramontana Familia Ordinis Minorum Sancti Francisci de Observantia nuncupatorum Commissarius Generalis, quod cum Charissimus in Christo filius noster Ferdinandus Hispaniarum Rex Catholicus sua prosequens fervida voto erga Conversionem Gentium in immensis, ac dissitis Peruanis Regionibus etxistentium sui Regii aeraii expensis ad illas partes frequentes, copiosasque Missiones

Profesorum Hispanicorum dicti Ordinis mittere pergat; ad facilius vero assequendum tam pium finem, nuper per suum Chirographum concessit, permisitque ut Hospitium Sanctae Rosae de Ocopa nuncapatum dicti Ordinis situm in ipsis finibus terrarum, quas incolunt Infideles illarum partium erigeretur in Collegium, sive seminarium Apostolicum, in quo Missionariorum ipsius Ordinis communitas degat, qui ibidem Indorum idiomata ediscere, ad eis evangelizandum praesto esse, et proximum habere possint locum aptum, commodumque, quo pro tempore secedant ad suas curandas aegritudines, et ab exantlatis laboribus sese recreandos, prout habetur in Regio Chirigrapho tenoris sequentis; videlicet:—REX.—Cum inter nonnullas, variasque expositas praetensiones a Fratre Josepho de Sancto Antonio ordinis Minorum Sancti Francisci, et Commissario Missionis Cerri de la Sal, Jauja, Huánuco, et Cajamarquilla ejus Ordinis commendatae, supplicaset quoque, ut in Collegium Missionariorum Apostolicorum de Propaganda Fide confirmaretur Hospitium Sanctae Rosae de Ocopa, ex eo quia dubitari non posset de illius necessitate, at utilitate, cum in eo stet potissimum illis finis assequatio, ad quem destinantur Missionarii, qui ex Europa mittuntur; hi namque statim ac in Collegio sint constituti, facile Indorum sermonem, aliaque scitu necessaria ad hujusmodi Ministerium exercendum ediscere possunt; et quia Collegium non longe distat a locis, in quibus Misssiones peraguntur, ipsi Missionarii sibi invicem manus adjutrices praebere, ex Collegio necessarios assumere, ad ilud impeditos, et infirmos remittere, ac sine mora alios subrogare ita valent, ut nunquam spirituale pabulum Indis sit defecturum, imo quod acquisitum est conservabitur, ac incessanter procedent ad detegendos novos Populos, eosque ad Christi fidem convertendos; neque etiam minor futura foret utilitas inde eruenda, tali namque pacto in Colegio collocatis Missionariis occasio tollitur se ad alia divertendi

quae si non opposita, saltem incompatibilia sunt cum eorum exercitio velut ordinis officia, ad quae contra dispositiones alias factas deputari solent. Hac igitur visa supplicatione, congruum duxi ad consultationem mei Indiarum Consilii rem pro informatione, et voto deferre ad Commissarium Generalem Indiarum in dicto Ordine, qui exposuit, fundationem Collegii Missionarorium Apostolicorum in Regno Peruano janduome consideratum, ordinatamque fuisse, tamquam indispensabilitter necessariam ad fidei propagationem, in Comitiis generalibus Ordinis, totiesque ordinationem istam confirmatam fuisse a summo Pontifice Innocentio XI. In primis enim quia in hisce Collegiis in modum recollectionis vivitur; stricta observantia, ac fervens viget solitudo; quae sane multum conferunt ad inducendum spiritus fervorem in illos qui tantum Ministerium evangelizandi Gentibus suscipiunt; hi enim parati esse debent, aut ad profundendum pro Christo Sanguinem, quod frecuenter accidit, aut civiliter eos mori necesse est ingredientes et precedentes per asperrima lócorum, manducantes non raro cibos, quos avia profert tellus, et recumbentes, nox atra ubi ibi eos occupat; quae quidem onera sine magno spirituali ferfovore pro animarum salute supportari nequeunt. Rursus etiam quia si erigi contingat Collegium cum sui Guardiani, Discretorum Officinarumque institutione, melius procurari valent victualia caeteraque Neophytorum subsidia, populisque potior praestari adsistentia. Ac demum quia existente prope Missionem Collegio cum suo Valetudinario, aliisque commoditatibus consolatione afficiuntur majori Conversores, sciunt quippe promptum sibi adesse receptaculum in suis aegritudinibus: locumque quietis pro defatigatis in laboribus: at vero si eis desit refugii locus, et dispersi vagari debeant per loca, in eorum vocatione frigescunt, in proposito tepidi evadunt, tristesque vivunt.

Quibus addebatur circumstantiis alia peculiaris pro confirmatione Collegii de Ocopa, quod nimirum ibi sepultus ets venerabilis ejusdem Fundator Fr. Franciscus de Sancto Josepho, a quo etiam originem acceperunt omnes Peruanae Missiones; illiusque situatio in loco ex quo dividuntur viae tendentes ad Missiones ab ipso Collegio administratas, et ad alias, quarum curam gerit Limana Provincia ex Cenventu Huarensi. Itaque conclubebatur. valde opportunum fore ad tam pium finem assequendum, si ego dignarer Regium concedere beneplacitum pro dicti Collegii erectione. Quibus omnibus visis in meo Indiarum consilio juncta etiam allegatione fiscali, desuperque consultus pro approbatione hujusmodi instantiae die XVIII Martii Anni MDCCLI. Placuit mihi eidem annuere, concedendo mean Regiam licentiam ad hoc, ut ex tunc in Apostolicum Missionariorum Collegium erigeretur praefatum Hospitium Sanctae Rosae de Ocopa. Quamquam vero istiusmodi mea Regia resolutione promulgata, et de ea certior actus fuerit Commissarius Generalis Indiarum, qui suas patentales litteras die XXXI Maii ejusdem anni MDCCLI, pro eo, quod ad ipsum spectabat, expedibit, ut apparet ex eidem patentalibus litteris nuper a memorato Fratre Josepho de Sancto Antonio praesentatis; Regium tamen Chirographum desuper tunc expeditum non fuit, quemadmodum pro captae resolutionis exsecutione necesse erat. Re igitur modo, instante dicto Fratre Josepho de Sancto Antonio, iterum in praefato meo Consilio proposita cum nova allegatione fiscali, placet mihi, ut super illa Regium expediatur Chirographum. Propterea jubeo meo Proregi in Peruanis Regionibus, meae Regiae Audientiae in Civitate Limana constitutis, et omnibus tribunalibus, singulisque ejusden Regni Ministris, et injungo admodum Reverendo Archiepiscopo Limano, caeterisque Praelatis, Judicibusque Ecclesiasticis illarum partium, ad quos quomodolibet spectabit, quod

unusquisque eorum pro sua faciat virili, ut haec mea Regia voluntas debitum consequatur effectum: Datum apud Bonum Secessum die secundo Octobris MDCCLVII.—EGO REX.—Jussu Domini Nostri Regis — Joseph Ignatius de Goyoneche.—Tribus rubricis erat rubricatum.— Vestra Majestas suum concedit Regium permissum, ut in Collegium Apostolicum Missionariorum erigatur Hospitium Sanctae Rosae de Ocopa, quod est ordinis Minorum Sancti Francisci in Regionibus Peruanis.—Concordat cum Regio Chirographo ad hunc effectum mihi exhibito a Reverendo Patre Fratre Josepho de Sancto Antonio, Commissario Missionum in Regno Peruano Ordinis Sancti Francisci, cui facta hac copia illud restitui, de quo fidem facio originali me referens. Utque de eo constet ad ejusdem requisitionem. ego Alphonsus Carralon, Domini nostri Regis Scriba, et in ejus Curia, et Provincia praesentem facio, signo, ac suscribo Matritii die XV Julii MDCCLVIII. — In tes-ejus curia, et Provincia resdentes, fiden facimus. Al-timonium veritatis Carralón.—Nos Alphonsus infra-signati et subscripti Scribae Domini nostri Regis in phonso Carralon, a quo reperitur signata copia praecedens, talem esse Scribam Regium, qualem se facit. atque denominat, fidelem, legalem, totiusque fiduciae, omnibusque ejus scripturis, et documentis per ipsum publicatis, et qui publicantur, semper adhibitam fuisse, adque adhiberi fidem tam in judicio, quam extra: Utque de eo constet, ad ejus requisitionem, praesentem facimus, Matriti die XV julii MDCCLVIII.—In testimonium veritatis Emmanuel de Obregon et Orugna.—In testimonium veritatis Petrus Garcia de Ovalle.—In testimonium varitatis Franciscus Fernandez Rosa.—Cum autem sicut dictus Josephus Comissarius Generalis Nobis subinde exponi fecit, ipse praeinsertum Chirographum, quo firmius subsistat, Apostolicae confirmationis nostrae pa-

trocinio communari summopere desideret. Nos ipsum Josephum Commossarium Generalem specialibus favoribus, et gratiis prosequi volentes, et a quibusvis excommunicationis, suspensionis, et interdicti, aliisque eclesiasticis, sententiis, censuris et poemis a jure ve lab homine quavis occasione, vel causa latis, si quibus quomodolibet innodatus existit ad effetum praesentium dumtaxat consequendum, harum serie absolventes, et absoltum fore censentes, supplicationibus ejus nomine Nobis super hoc humiliter porrectis inclinatis, praeinsertum Chirographum ab ipso Ferdinando Rege super facultate erigendi dictum Hospitium Sanctae Rosae in Collegium, sive seminarium Apostolicum Missionariorum dicti Ordinis, ut praefertur, concessum cum omnibus, et singulis in eo contentis, et expressis, autoritate Apostolica, tenore praesenium, confirmamus, et approbamus, illique inviolabilis Apostolicae firmatis robur adjicimus; omnesque, et singulos juris, et facti defectus si qui desuper intervenerint, supplemus. Decernentes easdem praesentes litteras semper firmas, validas, et efficaces existere, et fore, suosque planarios, et integros effectus sortiri, et obtinere, ac illis ad quos spectat, et pro tempore quandocumque spectabit plenissime suffragari. Sicque in praemissis per quoscumque Judices Ordinarios, et Delegatos, etiam causarum Palatii Apostolici Auditores, judicari, et definiri debere. ac irritum, et inane, si secus super his a quoquam quavis auctoritate scienter, vel ignoranter contingerit attentari. Non obstantibus Constitutionibus, ac ordinationibus Apostolicis, ac quantenus opus sit dicti ordinis, etiam juramento, confirmatione Apostolica, vel quavis firmitati alia roboratis, statutis, et consuetudinibus privilegiis quoque, indultis, et litteris Apostolicis in crontrarium praemisorum quomodolibet concessis, confirmatis, et inovatis. Quibus omnibus, et singulis, illorum tenore praesentibus pro plene, et sufficienter expres-

sis, ac de verbo ad verbum insertis habentes, illis alias in suo robore permansuris, al praemissorum effectum, hac vice dumtaxat, specialiter, et expresse derogamus, caeterisque contrariis quibuscumque. Datum Romae apud Sanctam Mariam Majorem sub Annulo Piscatoris die XVIII Augusti MDCCLVIII, Pontificatus nostri anno primo.—Pro D. Card. Passioneo.—Joannes Florius, substitutus.—Loco † Sigilli Annuli Piscatoris .(1).

(1). **Historia de las Misiones de Ocopa**, T. II, p. 345.—Padre Francisco Javier Hernaez, **Colección de Bulas**, etc., TT. I. pág. 563.





QUINTO

Relación del padre Fray Manuel Gil

1766



RELACION DEL PADRE Fray MANUEL GIL

1766

CARTA

Excelentísimo señor: Fray Manuel Gil, Religioso menor de la orden de S. Francisco, Predicador apostolico y Comisario de Misiones de todos los colegios y conversiones vivas de los reinos del Perú, paresco ante V. E. y con la mayor veneración y respeto; como por cedula real de 1740 y siete se ordena y manda conforme a la ley primera del titulo 14 del lib I de las recapituladas y de Indias que los Comisarios y superiores de las conversiones remitan anualmente al rey Nro Sr. Q. D. G. en su real Consejo de Indias una puntual relación del estado y progresos de todas las reducciones que tienen a su cuidado como tambien que representen a los Emos Sr Virreyes, Arzobispos y Obispos la necesidad que hubiese de operarios para el alto fin de propagar la fé y el Sto Evangelio: todo lo cual está nuevamente ordenado por Nro Catolico Rey el Sr Dn. Carlos en cedula del año de 1761 en cuya consecuencia y pronto cumplimiento por escritura particular que tuve de V. E. en el año pasado de 64 di una prolija relación del estado en que se hallaban las conversiones y reducciones del colegio de propaganda fide de Ocopa como tambien de la inopia de operarios para propagar las verdades de Nra. S. Fé en la vasta extensión que prometía y promete la nueva espiritual conquista de la nación seteva y compone el pueblo de S. Francisco de Manoa,

Conversión de los Setebos o Pamos.

verificada con la experiencia de las dos naciones nueva mente reducidas de Sipivos y Conivos que hoy con especial rendimiento han empezado a abrazar la ley evangelica y en que se experimenta el mas deplorable atraso por falta de operarios para la instrucción y enseñanza no solo del copioso numero de gentiles de dichas dos naciones, sino también de otras muchas circunvecinas congraciadas con estas a que tiene puerta abierta la providencia de Dios para Gloria accidental suya e intención de su iglesia en el logro de innumerables almas redimidas con el caudal de la sangre de Jesucristo, circunstancias que piden la mas circunspecta y cristiana consideración. Y porque lo prevenido en la citada ley y reales cedulas se reduce a los dos principales puntos de informar al estado de reducciones y representar la inopia de ministros evangelicos daré pronto cumplimiento con la más ingenua y sincera veracidad. En los informes que presenté a V. E. en el año pasado de 64 expuse largamente el estado de la nueva redución de la nación Seteva del pueblo de S. Francisco de Manoa, las grandes proporciones que había para grandes conquistas con otros puntos principales pertenecientes a este fin: todo lo cual se ha comprobado, como he dicho con la experiencia, pues a últimos del mismo año de 64 se redujo la nación de los sipivos y en el de 65 la de los conivos cuya mediación de la de Manoa, no es fácil averiguar a punto fijo hasta que acabe de salir a luz el mapa que se está trabajando por religioso perito en la ciencia de matematicas de que ya está servido Vuescelencia. Dicha nación Sipiva que estaba muy dispersa en casas Guaironas y Rancherías se halla hoy reducida a Cuatro pueblos, aunque no toda, porque faltan muchas familias que recoger que por distantes de las otras no ha habido lugar de recogerlas, y también porque siendo tanta la mies,

Shipibos y Cunibos

1765

Se trabaja un mapa

solo ha habido hasta aquí un operario y este muy enfermo por lo que no ha podido caminar todo el distrito que coge esta nación. Los pueblos que se hallan ya fundados en ella son Sto Domingo de Pisqui, Sta Barbara de Achani, Sta Cruz de Auaitia y el sitio o pueblo llamado Aniampa: de los que el primero tiene 400 almas y los tres que restan a 200 cada uno, poco mas o menos, que a punto fijo no se puede saber su numero ni es facil por ahora el que se sepa, porque si los PP. conversores intentaran empadronarlos entrarian los infelices, digo infieles, en algun recelo de que los querian matar como cadà día y cada instante lo piensan, sin mas fundamento que el que les administra su temor, persuadidos a que los españoles siempre entran a matarlos o captivarlos. Pues lo que digo que esta nación sipiva a juicio de los PP. conversores puede tener mas de mil almas en los pueblos mencionados, sin entrar en este computo las muchas familias que restan por recoger. En estos cuatro pueblos se hallan bautizados todos los parvulos y algunos adultos á quienes **in mortis articulo** se les ha administrado el S. Bautismo, como en estas circunstancias se hace en todos, después de instruirlos en los principales misterios de Ntra S. Fé. Los trabajos que padecen los misioneros para reducir a poblados se dejan a la alta consideración de V. E. pues lo menos que en esto se padece son las necesidades de hambre, sed, caminar á pie, sin camino, ya desnudos, ya descalzos, unas veces por cienegas, otras por rios, agua a la cintura y a los pechos con el peligro de topar a cada paso con la raya, vivora, tigre o caiman, y cuando menos con la molestia de la intolerable plaga de zancudos y mosquitos que no hay fuerza en lo humano para sufrirlos: lo que padecen con mucho gusto y consuelo de sus almas por ocurrir al remedio de tantas que perdidas gimen bajo el yugo del demonio. La nación coniva se redujo a ultimos del año pasado de 65: noticia que administró a V. E. como testigo ocular

el P. conversor Fr. Francisco de San José y ahora en carta que tengo del P. Fr. Jose Miguel Salcedo, de
1766 23 de Enero de este presente año de 66, dice así: "He venido á este de S. Miguel del Conivo donde me recibieron con grandes demostraciones de cariño y amistad; antes de llegar me salieron a recibir 14 canoas, en las que iban como 80 hombres y el resto del pueblo que me parece serian como 600 almas: salió todo el puerto y después de mi llegada en los tres dias inmediatos no cesaron de bajar canoas, que juntos todos me parece habría mas de 1200 o 300 almas; y esto es que no han bajado mas que las inmediatas tres o cuatro dias, pues de los de mas arriba no ha bajado ninguno y me dicen que hasta 12 dias rio arriba estan dispersos en varias rancherias o estancias, unas de a cuatro, otras de seis, otras de a ocho casas, y en cada una de estas casas de 12 a 20 familias. Yo creo que ya dimos con la flor del gentilismo, que ya llegó la redención de Israel para estas pobres almas." Asta aqui la citada carta de dicho P. Conversor, donde también dice que tiene bautizados también muchos parvulos y algunos adultos que en el artículo de la muerte ha sido preciso administrarles el bautismo. De esta nación de los conivos llegaron 14 a Sto. Domingo del Pisqui a tiempo que se hallaban en esta reducción el P. Fr. Francisco de S. José, quien indagando sobre las naciones circunvecinas a ellos, habiendo nombrado entre otros la de los Cappascampas, subyugado muchos años del rebelde Atahualpa, al descuido con cuidado procuró saber con la posible cautela el estado del intruso Inca, asegurando que lo habían muerto los suyos, dandole a beber veneno y que después de muerto desapareció su cuerpo dejando una humareda y causando un estrépito como cuando se dispara una escopeta; asegurando también dichos infieles que en el pueblo de Metraro donde vivió el rebelde, vieron vacas, mulas y gallinas, que sin duda son residuos de las que dejaron los Misioneros de Ocopa, cuando salieron de

dicho pueblo y nación por el tirano alzamiento del dicho rebelde; y aunque las dichas noticias por ser de indios pueden ser sospechosas, me parece no son para despreciadas, pues las circunstancias de su examen sino las hacen evidentemente ciertas las hacen muy creibles. Las naciones que están en amistad con los conivos son los pircs, nación la mas crecida y valiente que se conoce en aquel pais y por eso la mas temida. A estos siguen los campas, simirinches, remos, amages y otras muchas que ni son amigas ni enemigas, como son dos de casivos y una de maparis, de las que se puede esperar su reducción mediante el buen trato con los ya reducidos, de que precisamente llegarán a tener noticia por la comunicación que se procurará entablar con ellos. En cuanto al punto de la necesidad de operarios para instrucción y enseñanza de las tres naciones reducidas y de las que mediante la divina gracia se espera reducir según la providencia y proporciones que vemos, se hace preciso poner en la alta consideración de V. E que hay su necesidad urgentisima, para que esta dilatada viña del Señor de quienes está hoy pendiente ó el logro ó la perdida de almas infinitas, porque aun dando las providencias posibles para reducir los infieles al mas esacto y corto numero de pueblos, como se ha practicado con la nación de los sipivos, y actualmente con los conivos; se hace forzoso de dejar algunos pueblos desamparados por no haber quien les reparta el pan de la doctrina evangelica y aun se puede temer según enseña la experiencia, el que faltando religiosos de los pueblos ya formados, una vez que estén los fieles a su libertad se huiran a sus antiguas casas o Guayronas después de inmensos trabajos y sudores en recogerlas. A mas de este gravoso inconveniente resulta otro de no menos consideración que es la imposibilidad de pasar adelante a nuevas conquistas dejando las reducidas sin instrucción; lo que no fuera prudencia, pues

Necesidad de obreros

en tal caso se aventuraba todo y fuera asunto digno de llorarse el que habiendo puerta abierta cual la tenemos al presente para la conquista y reducción de infinitos gentiles les haya de atrasar y frustrar esta causa de Dios por falta de operarios; y mas cuando el real animo de S. M. Q. D. G. se halla tan propenso a proteger esta causa, que como expresamente dice en su real cedula es y ha sido siempre el principal objeto de su catolico celo la propagación de Nra. S. Fé evangelica; empresa que con el mas ardiente celo han emprendido los hijos S. Francisco en el vasto distrito de esta interminable montaña, a costa de trabajos inmensos y no pocas veces pródigos de sus vidas, circunstancias que piden de justicia el mas pronto reparo mediante el superior respeto de V. E. representando a Nro. catolico Rey la inopia de operarios en que nos hallamos hoy, a fin de que provea S. M. lo que conviniere según Dios, para que se propague el S. Evangelio en tantas naciones barbaras como tenemos a la vista: pues de no ocurrir a esta urgente necesidad con la brevedad posible puede perderse lo que a costa de tantos trabajos se ha ganado y aun tal vez se cerrará esta puerta que con mano tan liberal nos franquea la providencia divina porque los Misioneros son muy pocos y de estos algunos tan quebrantados con los trabajos de la montaña, que ya por achacosos se hallan casi inservibles. Este es un punto de tanta importancia que aun cuando no mediasen las reales cedulas y leyes del reino, me tocaba de oficio representar a V. E. por ser punto de conciencia en el Comisario de Misiones el procurar y abastecer de operarios las reduciones de los gentiles, cuya inopia precisa el P. Presidente de Manoa Fr. Juan de Dios Fresneda a enviar a esta ciudad al P. Fr. Francisco de San José, conversor antiguo y quebrantado de salud, atropellando con mas de trescientas leguas en la mayor fuerza de las aguas cuyos trabajos no es fácil ponderar. Y aunque se ha dicho y se dice a cada paso que estan abastecidos estos reinos

de ministros de Dios, predicadores y confesores, tanto seculares como regulares, esto no obstante se toca con la experiencia, que es bien raro el que se aplica a la propagación del Evangelio en la conversión de los infieles, y tal vez precisa la necesidad a que se admitan sujetos totalmente improporcionados para el ministerio apostolico, a fin de que los pueblos reducidos no queden en un total desamparo. Las proporciones que hoy tenemos para poder restaurar las conversiones perdidas en mas de 30 pueblos que nos quitó el rebelde nunca se han visto, como ni mayor imposibilidad para restaurarlas por falta de operarios, pues de los pocos que hay apenas uno que otro se halla con fuerzas naturales para poder trepar las 200 y aun 300 leguas de montañas, con la pensión forzosa de haberse de sujetar a los toscos víveres con que se sustenta un indio caminando dias enteros a pie descalzo, por no haber calzado que pueda resistir las asperezas de los caminos. Este conjunto de circunstancias me ha parecido poner en la alta consideración de V. E., para que ausiliadas de su gran celo y justificación cristiana, llegue a noticia de S. M. q. D. Gde... a fin de que provea lo que graduase conveniente en su real animo, con que logre admirables progresos la extensión de nuestra S. Fé en tantas y tan distintas naciones a que con mano liberal franquea las puertas la Providencia divina: y supuesto que el religioso celo y fervoroso espiritu que animan a V. E. han tenido hasta hoy el mas glorioso empleo en promover y adelantar la extensión de Nra. Sta. Fé y ley evangelica, procurando con la mayor solicitud acrecentar la honra y gloria de ambas majestades, espero que la urgente necesidad en que estamos de operarios será socorrida mediante el superior patrocinio de V. E., representando á Nro Rey Catolico la abundancia de mies y falta de operarios. Fray Manuel Gil, año de 1765. (Arch. Gen. de Ind. 115-7-22).

———



SEXTO

El Virrey Amat

Progresos que hacen los religiosos Conversores del Orden da San Francisco

---

1767



EL VIRREY AMAT

DA cuenta con documentos de los progresos que hacen los religiosos conversóres del Orden de S. Francisco por la parte de Guanuco y Cajamarquilla, y de las providencias que ha expedido para esta importante empresa.

Resulta de los citados documentos que el Comisario Gral. del Orden de S. Francisco Fr. Bernardo de Peon y Valdes le presentó copia de una carta que había recibido de Fr. Miguel de Salcedo fecha en S. Miguel de los Conivos, á 26 de Enero de 1766 que contiene las noticias siguientes.

Que este religioso llegó allí el 12 del mismo mes, y fue recibido de los moradores de aquel pueblo con extrañas demostraciones de regocijo. Que le salieron a recibir 14 canoas, en las que irían como 80 hombres y en las que el pueblo encontró como 600 almas. Que en los dias inmediatos no cesaron de bajar, y el día que bautizó los parvulos que fue el 18 habría allí como mil 200 almas. Que los bautizados en aquel dia fueron 97 y en el de la fecha de su carta 117 solo de las estancias inmediatas de 3 a 4 dias. Que de las demás no habían bajado todavía, y estaban repartidos en 22 parajes río arriba hasta los Piros y Campas. Que de estos llegaron allí 23 hombres conboyados de 5 conivos de los últimos de arriba y entre ellos venían dos capitanes del rebelde con los cuales estuvo hablando, y exhortandolos a que se apartasen de su mala vida, pero sin fruto, porque estan muy satisfechos de los embustes y errores que les influyó su maestro el que le aseguraron murió en Metraro. Que luego que los conivos tuvieron noticia de que venían. se jun-

taron todos los capitanes ,y armaron toda su gente en guerra mandandoles que todos viniesen a defender al Padre con cuyo orden se le entraron en casa mas de 90 hombres diciendoles no tuviera miedo, y a los Campas mandaron los capitanes que no entrasen con armas en casa de su Padre. Que le dijeron que aquella gente eran matadores, y no le desampararon un punto mientras estuvieron allí y luego les dieron orden que al otro día marchasen, y asi lo ejecutaron. Que los conivos le dijeron que dichos campas iban en animo de juntar toda su gente, y venir contra ellos. Que para asegurar aquello le parecía conveniente el que en las últimas rancherías de los conivos, donde siempre será preciso fundar un pueblo de ellos mismos, se pusiera un destacamento de 30 o 40 hombres, y que este entrase por el río arriba, no por Tarma, pues por allí solo una tropa que a sangre y fuego rindiese a los rebeldes, y nunca en mejor ocasión que ahora que estaban unos con otros encontrados. Que el paraje en donde estaban era a la orilla del Ocayal, el mas abundante de comidas que había visto, y muy regalado de pescado y tortugas. Que en el verano se experimenta en aquel paraje la plaga de los zancudos. Y en el invierno que,? . . . .

A estas noticias añadió el citado Comisario Gral, que por ser aquella reducción de una nación numerosa, y la mas valerosa de aquellas montañas, ofrecia la entrada al cerro de la Sal, y la reconquista de todos los pueblos que sublevó el rebelde Atahualpa, y que por eso despachó dicho Comisario al primer aviso, religiosos que sirviesen de auxiliares al P. Salcedo. Que Fr. Joseph Amich matemático perfecto es uno de los religiosos conversores, y además va encargado de observar alturas demarcar derroteros y levantar mapas que darán a conocer las inmensas tierras desconocidas de nuestros matematicos, que á diligencia de los hijos de S. Francisco obedecen a V. M. dando nuevamente culto al verdadero Dios. Pidiole al mismo tiempo al

Virrey que asignase en nombre de V. M. aquella redución espiritual á su religion en los Misioneros de Ocopa, y las demas que se vayan siguiendo por aquellas vastisimas montañas, como que participase a VM los servicios que estaban haciendo en aquelas partes.

También Fr. Manuel Gil religioso menor del orden de S. Francisco Comisario de Misiones de todos los colegios y conversiones vivas del Perú hizo presente al Virrey el estado y progreso de las reducciones del colegio de Santa Rosa de Ocopa, y la falta que experimentaba de operarios para propagar las verdades evangelicas en la vasta extensión que prometía y promete la nueva espiritual reducion de la nacion Seteva, y compone el pueblo de S. Francisco de Manoa verificada en la experiencia en las dos naciones nuevamente reducidas de sipivos y conivos, que con el mayor rendimiento han empezado á abrazar la ley evangelica. Que a últimos del año 64 se redujo la nación de los sipivos y en el de 65 la de los conivos. Que la sipiva que estaba muy dispersa en casas y rancherias se hallaba ya reducida a 4 pueblos, aunque no toda, de los cuales el primero tiene 400 almas, y los tres restantes a 200 cada uno poco mas o menos cuyos parbulos se hallaban todos bautizados. Que las naciones que estan en amistad con los conivos, son los piros, nacion la mas crecida y valiente que se conoce en aquel pais, á los que se siguen los campas, cimirinches, chicherenes, remos, amages y otras muchas, que no son amigas ni enemigas, como son dos de cachsivos y una de maparis, de las que se puede esperanzar su reduccion, mediante el buen trato con los ya reducidos.

El Virrey dice que mediante sus providencias, y con ser desproporcionado el número de operarios se han logrado los enunciados progresos, los que franquearán puerta para quella vereda para el descubrimiento de infinitas naciones, que pueblan el dilatadisimo continente y desde donde con verdad puede afirmarse que comienza con ver-

dad el nuevo mundo meridional que hasta ahora se puede decir incognito si se compara con la minima parte del que se halla poblado y sujeto a la dominación de España. Que sobre estos principios y las noticias que espera aumentar al regreso de un religioso instruido en matematicas que hizo introducion con el fin de levantar un plano, que en alguna manera aclare aquella tenebrosa situación, que ha hecho impenetrable los sitios poseidos de innumerables gentiles, espera promover este asunto, con todas las veras conque se interesa en lo que comprende como este del servicio de ambas Majestades.—Nota. Hállase pronta en Cadiz una Mision de 40 religiosos franciscanos para embarcarse con destino al citado Colegio de S. Rosa de Ocopa.—Aprobado y promoviendo que auxilie estas tan útilisimas Misiones. Fecho en 20 de Agosto de 1767. (Arch. Gen. de Ind., 115, 7, 22).



SEPTIMO

Relación del padre fray Francisco de San José, Guardian de Ocopa

1767



Viaje a Manoa que en este año de 1767 hicieron los PP. Fr. Manuel Gil Comisario de las misiones seráficas; Fr. Valentín Arrieta misionero apostolico; y Fr. Francisco de San José oy guardian del colegio de Propaganda fide sta. Rosa de Ocopa del orden de N. S. P. S. Francisco.

Habiendo sabido por cartas del P. Fr. José Salzedo, Presidente de la conversion Seráfica de Manoa, entre los indios del pueblo de Yapari, havian muerto al padre conversor Fr. Roque Aznar, al Hermano Manuel Ranero, donado de dicho convento, y á dose indios cristianos de la conversión de Cajamarquilla, dispusimos luego al punto llevar algun socorro de armas y regalos, para impedir con el temor o con el agasajo el estrago que temíamos con toda la convresión y habiendo conseguido licencia y armas del Exmo. Sr. Virrey y la bendición de N. R. P. Comisario General, emprendimos nuesto viaje en la forma siguiente.

Dia 10 de Julio del presente año de 1767 nos envarcamos en el rio de Pozuzo y en 14 dias apenas haviamos caminado 20 leguas á causa de los formidables pasos que encontramos en el rio en los que padecimos largas detenciones, grandes aberias y mayores infortunios, una balsa y dos canoas que llevabamos bararon repetidas beses causando imponderables fatigas para desencallarlas, en uno de estos lanzes paró la balsa con tal violencia que se desconcertó ó desgovernó toda y fue preciso descargarla á toda prisa, en otra ocasión se nos encajó la canoa mayor entre unas peñas y de los golpes que dió se rajó de popa a proa; y no haviendo herrero ni calafate para repararlo nos apli-

camos los Religiosos a estos oficios (1)... de machetes pajas para ceñirlas, de cuchillos abrasaderas, para asegurarlas y baliendonos de costeras de palo en lugar de betun y estopa para calafatearla: reforsada la canoa seguimos nuestro rio y a poco trecho dió ella y la balsa en una palisada con tal violencia que cuasi se voltearon, y quedamos perdidos, porque en esta ocasión se nos mojó cuasi toda la polvora perdimos ceis armas de dies y seis que llevavamos, perdimos muchos libros, mucha ropa, muchas herramientas y otros muchos viveres que llevavamos para regalar a los indios y finalmente perdimos cuasi todo el bastimento, porque llevando provision para 4 meses apenas nos quedo para ocho dias y esta de tan mala calidad que la mayor parte se componía de un poco de arina de maiz agria y pestifera por haverse haveriado, y unos chicharrones de cerdo, no solo rancios sino podridos, no obstante tan mal y corto bastimento seguimos nuestro destino fiando en la Divina Providencia que nos havia de dar lo necesario; y a la verdad no salió falida nuestra confianza, pues el Sr. nos socorrió con yerva, pesca, palmitos y berdolagas, de suerte que siendo 19 hombres los que habiamos entre religiosos, soldados y canoeros, no se pasó dia sin que hubieramos echo dos comidas.

Pasados ya los malos pasos del rio seguimos nuestro rumbo sin novedad asta el dia 2 de Agosto que llegamos á la nación de los Cashivos que luego que nos sintieron salieron aquellos barbaros desnudos en carnes armados de arco y flecha amenazandonos de muerte, y gritando como unos desesperados, uno de ellos andubo tan atrevido que metiendose en el agua nos disparó una flecha aunque no

(1) Está ilegible en uno que otro punto el manuscrito que se halla en mi poder, perteneciente al archivo de San Luis de Shuaro.

nos alcanzó por ser ancho el rio, no obstante nosotros por evitar peligros seguimos nuestro rumbo a todo remo, pero los barbaros nos persiguieron con tal velocidad que nos ganaron la delantera, y cogiendo un trecho de donde á su salvo nos podian flechar, advertiendo nosotros el peligro nos retiramos a la opuesta banda y saltando a tierra les preguntamos qué querian y nos respondieron que querian ser nuestros amigos, dijimosles que si eso querían pasaran a nuestra banda y saltando a tierra les regalamos, detuvieronse algún rato, pero al fin pasaron 30 hombres y algunas mujeres, y regalandoles a cada uno un cuchillo nos abrazamos y quedamos amigos; poco duró esta amistad por que al anochecer fueron cogiendo las flechas que dejaron al venir y toda la noche nos estuvieron espiando, y si no flecharon quizá fué porque los nuestros no dejaron las armas de las manos.

Dia tres al amanecer vimos á estos ingratos que una porción de ellos tenian cojida la banda del rio por donde haviamos de salir y que los restantes nos tenian cercados por distintos sitios, viendo esta disposición de guerra, los recombenimos con la nuestra a lo que se hicieron sordos, entonces el capitan de nuestra escolta Dn. Pascual Bailón indio del pueblo de Panao y de los hombres mas balientes que hemos visto le echó este ergo: apartaos de aquí, o acavaré con todos vosotros dos o tres veces le intimó esta amenaza a lo que no respondieron otra cosa que disparar las flechas. Entonces nuestro capitan mandó a los suyos disparar lo que hicieron con tal acierto que de cinco tiros que disparon dudamos si herraron uno; no huyeron los barbaros por esto, solo se retiraron algun tanto, pero entonces los nuestros les dieron otro abance en que mataron uno y a todos los demas hicieron huir a la espesura del monte desde donde nos amenazaban con furiosos gritos y sonando las flechas.

Viendoles ya distantes del rio nos envarcamos siguien-

do nuestro destino, y luego los barbaros corrieron a nosotros tirandonos flechas que no nos alcansaron por la misericordia de Dios; todo este dia navegamos a todo remo por salir del peligro mas a la noche padecimos un trabajo bien sensible para nosotros.

Y fué que la canoa donde llevabamos el corto bastimento por no haberla asegurado se la llevó el rio,—bease cual seria nuestra aflicción. En este infortunio al vernos sin bastimento y con solo una canoa, en que apenas cabiamos, es indecible la pena y afiicción de este lance, pero el Sor: que consuela a los afligidos no nos dilató mucho el consuelo porque al amanecer salimos a buscar la canoa y la encontramos a una legua de distancia arrimada a un tronco sin averia alguna.

Alegres con el hallazgo de la canoa seguimos nuestro rumbo asta el dia 7 que llegamos al desemboque del rio de Pozuzo en el opderoso Ucayali donde havitan los conivos indios pertenecientes a la conversión de Manoa, recibieronnos estos con singulares demostraciones de cariño y preguntandoles por sus padres conversores, nos respondieron que havian ido rio arriba a la nación de los Piros por haberse arruinado sus pueblos con una gran creciente del rio, y que bolverian aquel estio en concluyendoles la casa que ya les estaban fabricando, dijimosle que era necesario darles a los padres aviso de nuestra llegada; y se ofrecieron prontos a llevarles carta, asegurandonos que estarian los padres con nosotros dentro de 5 dias, esta última palabra fue la unica verdad que nos dijeron, por que su animo era en estos 5 dias, congregar toda su nación, y echarnos al cielo a flechazos, como habian echo con los que decian que estaban en los Piros pero conociendo nosotros la traicion dispusimos escapar con brevedad aquella misma noche, cuando los haziamos dormidos nos fuimos rio abajo, con animo de salir a S. Francisco de Manoa y de allí a la conversión de Cajamarquilla; pero sin duda ellos nos tenian

centinelas porque al amanecer vimos ya canoas de los que suponiamos dormidos que nos havian ganado la delantera y se iban a juntar con los de otro pueblo de la nación que havia rio abajo, viendonos en este peligro nos encomendamos a Dios; preparó nuestra gente las armas y seguimos el rumbo, asta las 3 de la tarde que descubrimos el pueblo a la orilla del rio y en su playa una gran multitud de gente armada que nos llamaban a tierra entraron unos en 8 o 10 canoas y otros siguieron la playa con que nos cercaron por tierra y agua, sin ser posible defendernos por que nuestra gente era la precisa para el remo y no podia usar de las armas ;biendonos en este aprieto saltamos a tierra y les preguntamos que á que fin nos perseguian, y respondieron que querian herramientas para trabajar sus chacras, bien se nos ofreció la respuesta que merecian estos foragidos pero considerando nuestro estado saserdotal nos pareció conveniente conceder y asi dando un machete a cada uno, nos amistamos con ellos.

Al repartir los machetes encontramos entre los Cunibos al curaca de Manoa, con muchos de sus indios, y parece lo trajo alli el cielo para remedio nuestro: dijimosle como hibamos a su pueblo y deseabamos nos fuera acompañando a lo que respondieron que estaban prontos que los esperaramos donde hicieramos pascana, que a la mañana nos alcanzarian, dimosle palabra de esperarle y despedidos de ellos y de los Conibos nos embarcamos.

Aqui llamo todas las atenciones para que se vea la inconstancia y poca bergüenza de los indios: apenas nos haviamos embarcado cuando nos dieron otro cerco por tierra y agua lo mismo que el primero saltamos segunda vez a tierra, tomó nuestra gente las armas y los Conibos acordonaronse en medio circulo, se pusieron en toda forma de batalla, entonces serian como las 5 de la tarde y asta las 9 de la noche se estubieron sin disparar: a esta hora se puso la luna y luego con la oscuridad se fueron acercando

y disparando flechas á que les correspondieron los nuestros con escopetazos: al tiempo que nos hallabamos en esta batalla, sucedió una cosa bien digna de memoria, y fué que vimos todos así los cristianos como gentiles un globo de luz mas resplandeciente que la luna que corriendo por encima de las filas de los Conibos alumbró toda la campaña; no sé si ellos hicieron misterio del caso pero si sé que luego dejaron las flechas.

No obstante que cesaron las flechas no cesó nuestro cuidado y mas al amanecer que vimos el cordon mayor que el día antecedente por haber llegado aquella noche muchos de los convocados: á un extremo del cordon vimos a los de Manoa y llamando al curaca le pregunté que intentaban los Conibos y me respondió padre "ahora te diré lo que ayer no te quise decir: as de saber "ahora te diré lo que an muerto a sus padres conversores y gente que les acompañaba y lo mismo quieren hacer con vosotros pero ya su curaca llegó esta ncohe y me he empeñado yo con el y me ha dado palabra de que no os arán daño pero es necesario que les regales algunas achas para acavar de aplacarlos."

No me pareció combeniente demostrar cobardia en esta ocasion y le dije asi: "mira curaca nosotros no tememos á los Cunibos diles que si quieren achas que dejen las flechas y vengan como verdaderos amigos y de no hacerlo así ninguno de ellos a de quedar con vida", intimoles el curaca la amaneza y luego al punto dejando las flechas, se vinieron a nosotros con tales demostraciones de cariño como si fueran nuestros mayores amigos. Regalamosles algunas achas ellos nos lo correspodieron con algunas comidas y todo el dia nos estuvimos parlando con grande amistad.

Conseguida esta descubrimos otro mayor peligro y fue que reconociendo al curaca con la palabra que me havia dado de ir con nosotros a Manoa me respondió "Padre donde quieres ir si en ese rio abajo estan esperando los sipibos para mataros", "porque nos quieren matar?"—les pre-

gunté y me respondió—"ellos an muerto tambien á sus padres conversores y juzgando que vendran los españoles á castigarles se han unido y los estan esperando en ese rio para acabar con ellos y asi no dudes que si vais rio abajo acavan con vosotros" biendome en este apuro me abrace con el curaca y le dije "ve aqui curaca en los peligros que me ves por vuestro amor, si voy rio abajo me mataran los Sipibos si rio arriba los Conibos que estos an convocado y es preciso irlos encontrando, aunque salga bien de los Conibos luego encontraré con los Casivos que irritados con la guerra que ubimos al bajar nos recibirán con mayor furor al subir, quién sino vuestro amor me a puesto en tales peligros" entonces el curaca enternecido me dijo: "no temas Padre a los Conivos que yo con su curaca y toda mi gente te hiremos acompañando asta sacarte de ellos, de los Casibos, no te puedo yo defender, pero tu gente te defenderá al subir como te defendió al bajar y asi rio arriba as de bolver.

Me vi precisado a tomar su consejo y nos volvimos rio arriba, acompañados de toda la gente de Manoa y de los Conibos amistados que nos vinieron escoltando tres dias en los cuales no cesabamos de encontrar canoas de los de el rio arriba, pero luego salian los curacas les hacian un gran sermón a favor nuestro y combertían sus furias en abrazos y finezas que nos hacian. Ya parecía se habian acabado los peligros de este paso, pero no fué asi por que ahora nos vimos en el peligro mayor, fue el caso que los de Manoa acordandose que yo havia sido su primer ministro evangelico y de los beneficios que les hize en mas de cinco años que estuve con ellos, se les hacia muy duro el dejarme ir y tratando el punto con los Conibos se empeñaron unos y otros en que me quedara con ellos este fue el mayor peligro, porque fue tal el empeño y tantas las instancias que hicieron para que me quedara que temí perder las amistades si no les daba gusto, no obstante con la ayuda de Dios los

aplaqué asegurandoles que el verano siguiente volveria a asistirles asta morir, sosegados ya con esta palabra nos despedimos de ellos y seguimos nuestro regreso.

Dia 12 salimos de Manoa y caminamos sin nevedad asta el dia 18 por la mañana que llegamos á los Casibos, apenas nos vieron cuando comensaron á gritos tan descompasados que nos confundían. Corrian por las playas y montes como unos desesperados en seguimiento nuestro tan tenazes estubieron en seguirnos que en tres dias no nos dejaron, ya cogiendo los estrechos del rio y ya poniendose en envoscada para flecharnos, pero con la ayuda de Dios no nos tocó una flecha, haviendo quedado cuatro de ellos heridos en este segundo lanze y quizás muertos.

Libres ya de estos barbaros seguimos nuestro camino sin novedad asta el dia 27 que biendonos ya sin bastimento nos detubimos á cazar y pescar junto al arroyo de San Agustin este dia entrando al monte el Padre Fr. Valentin se encontro con 3 indios en carnes desnudas que luego que lo bieron echaron a huir dejando las flechas, cogiendo el Religioso y les gritó diciendo "amigo", "amigo", al punto volvieron ellos; y el mas anciano que hablaba algun castellano, besando pies y manos al Religioso le decia "Padre por amor de Dios" como pidiendo perdon de algun delito, trajoles al rancho, el padre comisario y yo los recibimos con mil cariños, y haciendoles preguntas que de qué nacion eran, respondió que era de Pozuzo que se habia huido muchos años ha que era cristiano y se llamaba Lorenzo, que su mujer también era cristiana y se llamaba Maria que aquellos dos que le acomañaban eran sus hijos y que no tenian mombre porque no eran cristianos, con esta conversación estuvimos asta cerca de ponerse el sol que se despidieron, asegurando que yban a su pueblo á traernos bastimento.

Dia 28 por la mañana volvió nuestro Lorenzo con algunos hombres, mujeres y muchachos cargados de yucas,

plátanos, maiz y otras comidas que recibimos con el gusto que se deja discurrir y le correspondimos con algunas navajas y cuchillos recibiendo el regalo fueron al pueblo el Padre Comisario y el P. Valentín con los mas de nuestros soldados á los que recibieron con dansas y regocijos, alli pasaron la noche y el dia 29 por la mañana volvieron al rancho con cuasi todo el pueblo cargados de comidas en tal abundancia que tuvimos lo necesario para 12 dias que tardamos a Pozuzo.

Tres dias estuvieron en este sitio con ellos nos hicieron tales instancias para que nos quedasemos por sus curas que traspasado el corazón del P. Valentín y el mio pedimos licencia al R. P. Comisario para quedarnos a lo que no consintió por entonces temiendo algún asalto de los de abajo pero nos aseguró que luego nos consolaría consultando el caso con N. M. R. P. Comisario general, y con esta respuesta dimos consuelo á aquellos pobres indios.

Dia 3 haviendonos despedido de ellos con tiernos abrazos seguimos nuestro destino, y el dia 10 de (setiembre) llegamos a Pozuzo, donde todos procecionalmente fuimos a la Iglesia cantando el Tedeum laudamus en asimiento de gracia á Dios N. Sr. que nos havia sacado de tantos peligros.

Y por cuanto los devotos corazones deseasen tener noticia de los Religiosos y demas cristianos que murieron á manos de los infieles, en la sublevación referida los pongo en la lista siguiente:

En el pueblo de Lapati

El P. Fr. Roque Aznar, sacerdote.

" H. Manuel Ranero. donado y dose indios cristianos, de la conversión de Cajamarquilla.

En el pueblo de Sto. Domingo de Pizqui

El R. P. Fr. Juan de Dios Fresneda, sacerdote.
Fray Alejandro de las casas, religioso lego.
,, Francisco Jimenez, religioso lego.
Dos chapetones y tres indios cristianos.

En el pueblo de Sta. Barbara de Achans.

El R. P. Maximo Erran, sacerdote.
Fray José Cavallero, Rlgo. lgo.
El Hno. Manuel de las Animas, donado.
Un soldado chapeton y dos indios cristianos.

En Sn. Miguel de los Conibos

El R. P. Fr. José salzedo, presidente de la conversión.
,, R. P. Fr. Juan de Sta. Rosa, sacerdote.
,, R. P. Fr. José Jaime, sacerdote.
Fr. Manuel de Sn. Pablo, Religioso. Lego.
El Hno. Andres Bernal, Donado.
,, Hno. Mauricio de Sn. Fco., Donado.
,, Hno. Hipólito de Jesús, Donado.

Dn. Anto. Homati Gobernador de la Conversión. Y un soldado chapeton con algunos indios cristianos cuyos nombres no se sabe asta ahora.

Estos son los religiosos y seculares que an muerto por la extensión de nuestra santa fé a manos de los infieles de la conversión de Manoa, y Pampa del Sacramento. Pido á todos los fieles de cristo clamen al cielo por la reducción de aquellas miserables almas que ciegas en los errores de su gentilidad quitan las vidas á los ministros del Altisimo que llevan la luz del evangelio.

Y para que todos se alienten a tan santa obra, sepan que todos los que cooperan á la promoción de dichas con-

versiones se hacen participantes de todas las indulgencias y obras de virtud que se practican en toda la religión serafica, de suerte que con una ave maría que recen, una misa que oigan, o una limosna que den por la conversión de estos infieles, consiguen el mérito de las oraciones, sacrificios penitencias y demas obras de virtud que practiquen todos los religiosos de la orden, demas de esto del merito correspondiente a las fatigas. aflicciones, hambres, sedes, cansancios, peligros y muertes que los misioneros padecen entre los infieles. Como todo consta de la Bula de N. S. S. P. Inocencio XI que comienza. Ech. Catholica espedida en el año de 1686. No quieran perder un tesoro tan grande de merecimientos:

Asi lo pido desde el colegio de Santa Rosa de Ocopa, del Orden de N. P. S. Francisco en 22 dias del mes de Noviembre de 1767.—Fr. Francisco de San José.—Guardián (1).

(1) Este documento ha sido publicado en la Revista Histórica de Lima, tomado del mismo ejemplar de Shuari.





INDICE

LIBRO PRIMERO

BIOGRAFIA DEL VENERABLE PADRE FRANCISCO DE SAN JOSE FUNDADOR DEL COLEGIO DE MISIONEROS DE SANTA ROSA DE OCOPA (1654-1736).—PRIMERA PARTE: SU VIDA EN ESPAÑA Y CENTRO AMERICA (1654-1708).

MISIONEROS QUE INTERVIENEN:

Páginas

LIBRO TERCERO

SUBLEVACION DE JUAN SANTOS ATAHUALLPA APU-INCA.—PRIMERA PARTE.—PERDIDA DE LAS MISIONES (1742-1752).
MISIONEROS QUE INTERVIENEN:

Páginas

LIBRO CUARTO

EPOCA DE LA SUBLEVACION DE JUAN SANTOS ATAHUALPA. SEGUNDA PARTE.—NUEVAS MISIONES EN EL PERU, BOLIVIA Y CHILE.—EMPIEZA UNA ERA DE GLORIA PARA OCOPA (1752 - 1787).

Páginas

MISIONEROS QUE INTERVIENEN:

Páginas

Páginas

Páginas

APENDICES

INDICE DE LOS MAPAS Y FOTOGRABADOS

Mapas:

Páginas

Páginas

Fotograbados:



SUSCRITORES DE LA OBRA

(Continuación)

Curia diocesana de Huaráz.—Pbro Dr. Antunez.—Pbro. Dr. Abraham Florez.—Pbro. Víctor F. Suarez.—Pbro. N. Pineda.—Dr. Glicerio A. Fernández.—Dr. Joaquín Sotelo.—Dr. Juan M. Vidal.—D. Carlos Lozano.—Sra. Adelina Vda. de Ramírez.—Sra. Celinda Vda. de Castillo.—Srta. Jesús Norberta Jara.—Srta. Hilaria Agustina López.—Srta. Julia Maguiña Icaza.—Srta Rosa R. Ramírez.—Sr. Eliseo Larragán.—Sr. Jorge Cortez.—Sr. Daniel Mázmela.—Sr. Virgilio J. Fidel.—Sr. José Tafur.—Sr. David Alvarado.—Sr. Prudencio Sánchez.—Sr. Miguel de la R. Pando.—Sr. Juan E. Aciego.—Sr. Dagoberto Morán.—Sr. Eliseo Alarcón.—Sr. Fulgencio Vallvé.—Sr. Juan G. Mejía.—Sr. César R. González.—Sr. Teodorico Moreno.—Sr. Manuel Gonzáles Ramírez.—Sr. Miguel Salazar.—Dr. Antolín Robles.—Sr. Augusto Rizo Patrón.—Superiora de los SS. Corazones de Arequipa.—Sr. Mariano I. Zeballos.—Dr. Mariano I. Zeballos.—Dr. M. J. Medina.—Sr. Leoncio Sierra.—Srta. Trinidad Campos.—Sra. Aurora de Zegarra.—Srta. Juana López.—Sra. Carmen v. de Salas.—Dr. Abraham Apaza Rodríguez.—Sr. N. Hurtado de Mendoza.—Srta. Angela Lozada.—Sr. Manuel López.—Sr. Cirilo Salas.—Sr. Justo R. Vizcarra.—Srta. Teófila Arenas.—Sr. José B. Lozada.—Sr. Filiberto Benavente.—Sr. Tomás Quintanilla.—Srta. Herminia Delgado.—Sra. María V. de Melgar.—Srta. Manuela Lira.—Mons. Manuel Nicolás Silva.—Sr. párroco Manuel S. Valdívia.—Presbítero Domingo La Rosa.—Srta. María López de Romaña.—Sr. Alejandro Arispe.—Sr. Torcuato Somocurcio.—Sr. Juan G. Escobedo.—Sr. Enrique Arispe.—Sra. Carmen Ch. de Prado.—Sra. Herminia C. de

Calvo.—Sra. Elvira V. de Carrión.—Sra. Sara Landa de Vizcarra.—Srta. Sofía de Romaña.—Srta. Sara Vivanco. Srta. Rosa Alicia Ribera.—Srta. Estela Justo Revilla.—Srta. Herminia Sosa.—Srta. Inés Rodríguez Lizárraga.—Sr. Luis Piana.—Sr. Manuel M. Alcocer.—Sr. Carlos Damiani.—Sr. Héctor Cáceres.—Sr. Leandro F. Rodríguez. —Sr. Manuel Arredondo.—Sr. Manuel Rodríguez Lizárraga.—Sr. Carlos E. Delgado.—Sr. Manuel Toribio Molina.—Sr. Pío Soto.—Sr. F. Salinas Montoya.—Sr. Pantaleón Herrera.—Sr. Juan E. Hurtado.—Sr. Eleuterio Llerena.—Sr. Justo Macabello.—Dr. Jesús Quintanilla.—Sr. Baltasar Mariño.—Sr. Jesús Galdos Benavides.—Srta. Carmen Arispe.—Srta. María Josefa Olcay.—Srta. María Jesús Febres.—Srta. Hortensia Sanmartín.—Srta. María Rosa Benavides.—Srta. Mercedes Villavicencio.—Srta. Emma Grandy.—Sra. Elena de Smith.—Sra. María T. de Sihaler.—Sra. Eloisa de Ayres.—Sra. Grimanesa de Rivera.—Sra Luisa de Palao.—Sra. A. de Ramírez.—Sra. E. Chavez.—Sra. E. Medina.—Sra. E. Carrillo.—Srta. María Benavides.—Sr. Marcelo Paredes (Lp. 10.)—Sr. Baldomero Pérez.—Sr. Domingo Gonzáles.—Dr. Isauro Tautelean.—Sr. Ladislao Ribera.—Sra. Agustina de Cánepa.—Sra. Zoila M. de Parodi.—Niñitas Lilia y Elena Guedes.—Sra. Rosaura M. de Piedra.

Sr. Pedro de Gamio y Romaña.—Sr. Manuel E. Ugarte.—Sr. Venancio Cortés.—Sr. J. Daniel Málaga.—Sr. Manuel 2o. Maldonado.—Sr. Manuel Málaga Escobedo.—Sr. Juan José Soto Landázuri.—Sra. Victoria Aires de Palao. —Sr. Pablo S. Manrique.—Sr. Benjamín Salcedo.— Sra. Victoria Palao de Carrasco.—Sra. Lucía P. vda. de Zaraos. —Dr. Mollo Guerra.—Sr. Adolfo Poliz.—Dr. M. C. Zereceda.—Sr. F Cáceres Pereira.—Srta. Fortunata Gutiérrez.—Sr. Alejandro Cano.—Sr. Gregorio Quiroz.—Srta. Ana M. Aguilar.

Fin de la suscrición económica. La obra se expenderá a libras esterlinas 5, pesetas españolas 125.

